

A woman with long black hair is lying on her back on a vibrant green lawn. She is wearing a light-colored, possibly beige, jacket over a grey top. Her eyes are closed, and she has a serene expression. The lawn is scattered with numerous small white daisies and a few larger pink flowers. Two orange butterflies are visible near the bottom of the frame. The overall scene is peaceful and natural.

CHIARA PARENTI

SIN MIEDO
A LAS
ESTRELLAS

B

Sin miedo a las estrellas

CHIARA PARENTI

Traducción de Patricia Orts



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Riccardo,
porque a tu lado no tengo miedo.*

*A Diego,
mi fuerza, mi valor*

Lo único de lo que debemos tener miedo es el propio miedo.

FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

Prólogo

Estoy paralizada de terror. Tengo un nudo en la garganta y el corazón me va a estallar.

Me echo a llorar y no me avergüenzo, a fin de cuentas, no tardaré mucho en morir.

Pero ¿cómo se me puede haber ocurrido una cosa así? ¿Qué hago aquí arriba? Yo no hago estas cosas, no salto de los aviones. Ni siquiera subo. Yo no...

En el aire frío, la voz firme del instructor me distrae de mis pensamientos.

—Sesenta segundos —dice, anunciando el minuto más largo de mi vida.

Las lágrimas resbalan incontroladas de mis ojos, tengo la frente perlada de sudor y la certeza de que no lo conseguiré.

El instructor también se da cuenta.

Oigo que silba al piloto a mis espaldas y un instante después empieza a sonar *It's My Life*, de los Bon Jovi.

—¡Te dará la energía que necesitas, ya lo verás! —me explica, esbozando una sonrisa de aliento al verme tan confusa.

Luego me hace volverme hasta que apoyo la espalda en su pecho, de forma que podamos atar nuestros arneses de seguridad. Agarro el mío con todas mis fuerzas mientras él me pone las gafas protectoras.

Cuando la puerta se abre frente a nosotros, el joven de la cámara sale y se cuelga del fuselaje del avión, mientras una ráfaga de viento gélido me despeina y me sacude el corazón.

Tiemblo.

El hombre al que acabo de confiar mi vida me rodea con sus brazos robustos y me hace avanzar. Me gustaría oponer resistencia, pero ya es demasiado tarde para recapacitar, mi destino está en sus manos.

—OK, ya está. ¿Lista?

Tiemblo. Tiemblo sin poderlo remediar.

—¡Nooo! —grito, haciendo una mueca de terror.

Él sonrío.

—¡Perfecto! ¡Vamos! —Me empuja para que dé otro paso hacia delante y me obliga a sentarme con las piernas colgando en el vacío.

Delante de mí solo se ve el cielo. Un cielo majestuoso e imponente, que se extiende hacia el infinito que va a engullirme.

Trato de respirar hondo, pero tengo la impresión de que mis pulmones se colapsaron cuando aún estábamos en la pista de despegue.

En un último y desesperado intento, jadeo buscando algo donde agarrarme, pero el instructor me lo impide.

—No tengas miedo. Escucha la música y piensa solo en volar.

Sintiéndome desarmada e impotente, hago un esfuerzo para concentrarme en la canción que suena a todo volumen en el azul resplandeciente que nos rodea.

Mi corazón sigue el ritmo arrollador, mi pecho vibra con la percusión, mi mente se deja invadir

por la melodía y el sinfín de sensaciones que la bloquean se recoge y se amplifica en las emociones más increíbles que he sentido en mi vida. Las palabras hacen el resto: resbalan por mi interior y transforman el miedo en una poderosa carga explosiva.

It's my life

It's now or never

I ain't gonna live forever

I just want to live while I'm alive

It's my life.

«Quiero vivir mientras esté viva. Quiero vivir mientras esté viva», me repito una y otra vez.

Mi pecho se llena con esas palabras, se ensancha y se expande hasta despedazar el terror que lo aplastaba. Una energía desconocida e inesperada me invade y el instructor, como si la hubiera sentido, me explica lo que es.

—¡Es tu vida, pequeña! ¡Ahora o nunca! —grita encima del mundo que se abre a nuestros pies.

A continuación empuja para que saltemos.

El día del fin del mundo voy a trabajar como siempre.

Todo transcurre de forma lenta y pacífica, es un día normal, un día cualquiera.

Ajeno a lo que va a suceder, el sol da la señal para que ponga las cosas en marcha, como todas las mañanas, y el pueblo se anima moviéndose en perfecta sintonía alrededor de mí, como si yo fuera un director de orquesta en el escenario de la vida.

Apenas cierro la puerta de casa todos ejecutan el fragmento de la partitura que les han asignado con un ritmo familiar y confortante.

Y tres, dos, uno...

Repiqueo con la batuta en mi atril invisible y suenan los primeros acordes de la sinfonía.

—¡Buenos días, querida! —La voz aguda de la vecina me llega puntual.

Me vuelvo y le sonrío mientras abro el candado de la bicicleta.

—¡Buenos días, señora Flora!

Ahora me preguntará: «¿Despierta ya a esta hora?».

—¿Despierta ya a esta hora? —me pregunta, en efecto.

Me arrebujó en la chaqueta, divertida.

—Debo ir a trabajar —le explico, igual que todas las mañanas.

Mi vecina es una señora de maneras dulces y amables, pero está un poco chiflada.

Envuelta en su bata de color rosa, podría encarnar a la perfección el estereotipo de la anciana sola y rodeada de gatos, con el sofá lleno de pelos y el salón abarrotado de pañitos y croquetas. Si tuviera gatos...

En cambio, tiene un perro enorme, que debe de haberse comido todos los gatos.

No entiendo nada de perros, pero creo que el suyo es un cruce entre un rottweiler y un mamut.

Todas las mañanas salgo de casa esperando que aún no se haya despertado, pero todas las mañanas, tan puntual como su dueña, sale de la caseta que hay en la parte posterior del edificio para asomarse a la red de la cerca y ladrarme con enorme desprecio.

La señora Flora, que no alcanza a comprender hasta qué punto es peligrosa la situación, trata de calmarlo dándole unas palmaditas en el lomo.

—Vamos, Omero, pórtate bien..

Imaginaos si él la escucha. En un alborozo de baba y dientes afilados, también hoy me recuerda que acabaré como los gatos cuando la vieja valla del patio se derrumbe bajo su peso. Solo es cuestión de tiempo.

—¡Buenos días! —contesto, y me apresuro a zafarme de ella con un rápido ademán de la mano.

—¡Igualmente, querida! —exclama, pero para entonces ya he dado unas cuantas pedaladas y estoy lejos, con el corazón acelerado y la frente perlada de sudor.

Después, el aroma dulce y envolvente del pan recién sacado del horno embriaga mi mente y sosiega mis sentidos. Apenas me ve pasar por delante de su tienda, Francesco deja de cargar las cestas de *baguettes* en la furgoneta blanca.

Y tres, dos, uno...

«Ahora me dirá que hace sol.»

—¡Menuda suerte, esta mañana también brilla el sol! —me dice, en efecto, riéndose por el juego de palabras que ha hecho con mi nombre.

Me llamo Maria Sole, pero todos me llaman Sole[1] y a menudo soy blanco de bromas «meteorológicas» como esta.

Sigo bajando por el laberinto de callejones del pueblo, saboreando el aire somnoliento.

Apretado entre la tierra y el mar, Campomarino me cuenta su historia a través de las paredes de las casas. Todas las mañanas, cuando voy a trabajar, la recorro en los variopintos murales que campean al abrigo de las puertas y las escalinatas, narrando escenas de la vida cotidiana, los oficios y las tradiciones populares de Molise. Ahora, por ejemplo, entre un farol y la boca de una alcantarilla, se asoman un ama de casa estirando un hojaldre, un joven rondando a su enamorada, un remendón arreglando un zapato y una mujer bordando.

En un caleidoscopio de imágenes familiares, que siento como si fueran mías, bajo la colina con la brisa tibia de principios de abril bailando en mi pelo y susurrándome al oído que el verano se acerca.

Hoy, sin embargo, una nota desentona en la melodía que me acompaña.

La discusión con Stella ha sido una sorpresa, un duro golpe que me ha turbado en lo más profundo. Estoy furiosa con mi mejor amiga.

Desde hace tres días sus palabras retumban en mi cabeza y se precipitan en mi corazón arruinando la música, arruinándolo todo.

Stella sabe de sobra que me da miedo volar. Y viajar. Y estar sola en lugares desconocidos.

Sabe que la presencia de demasiada gente me produce ansiedad. Que me aterroriza quedarme encerrada en un ascensor o la idea de que me aspire una escalera mecánica.

Por si fuera poco, sabe que no tengo ningún sentido de la orientación, que podría perderme en el patio de mi casa. Tampoco como ya platos cocinados de forma distinta a la nuestra, y cuando digo «nuestra» me refiero a la manera en que los cocina mi madre.

Stella sabe que me siento incómoda con los desconocidos: si debo hablar con varias personas, paso tanto tiempo buscando algo sensato que decir que, cuando por fin decido abrir la boca, el tema de conversación ha cambiado ya tres veces.

La verdad es que mi mejor amiga me conoce demasiado bien para no saber que, tratándose de una persona como yo, la propuesta que me ha hecho no tiene ningún sentido. Es obvio que no acabo de creérmelo.

El recuerdo de la pelea me produce una desagradable sensación; es la primera vez que sucede algo así desde que nos conocemos.

Nuestra amistad nació una tibia mañana de septiembre, el día en que empezamos la escuela primaria. Bastó que le dijera cómo me llamaba para que enunciase su impecable teoría: «¡El sol es una estrella, así que somos hermanas!». [2]

Y así fue. A partir de entonces fuimos realmente inseparables, a pesar de que no podíamos ser más diferentes.

Desde que era niña siempre he comparado nuestra relación con la que existe entre Batman y

Robin. Ella es el superhéroe; yo, su joven ayudante.

Ella tiene superpoderes, yo no.

Ella está invariablemente en primera línea, fuerte y combativa; yo, en la retaguardia, lejos del escenario de la acción.

Nuestra amistad siempre se ha fundado en esta ecuación, un equilibrio perfecto que nos une desde el colegio, cuando Stella se nombró a sí misma jefa de la clase y yo, en cambio, me escondía en el cuarto de baño para que no me viera nadie.

Por eso no entiendo por qué me habló de esa forma anteayer.

Lo único seguro es que no pienso llamarla hasta que no se disculpe.

Me alegro al ver que mis compañeros aún no han llegado al supermercado. Me gusta entrar pronto, como hoy, reponer los productos en las estanterías y charlar con Danilo mientras nos preparamos para la apertura.

Me gusta el aroma del glaseado que se derrite sobre los cruasanes calientes que Francesco nos trae a las ocho en punto, me gusta el festival de colores de la fruta fresca que se exhibe bajo la luz blanca de las lámparas, me gusta oír la radio hablando y cantando durante todo el día hasta la hora de cerrar.

El nuestro no es uno de esos supermercados grandes como un barrio y con formas futuristas; más bien es un pequeño lugar encantado donde se encuentra de todo: pan fresco, papel matamoscas, patatas, detergente e incluso tarjetas postales, que están en el expositor que hay al lado de la caja desde los años sesenta.

Empecé a trabajar aquí el verano en que terminé el bachiller, y a estas alturas es como mi segunda casa. Al principio era un empleo temporal, para afrontar la afluencia de turistas durante la temporada alta, pero después me quedé, porque la universidad no era una de mis aspiraciones.

Danilo, mi jefe, siente debilidad por mí. Dice que mi tranquilidad «se propaga como un desodorante ambiental». La metáfora no es poética, pero sí concreta, como él.

Con una estatura de casi un metro noventa y el tonelaje de un armario para las cuatro estaciones, Danilo parece un gigante bueno. Además, su nube gris de pelo enmarañado confiere a su aspecto una punta de comicidad que te hace reír incluso cuando no deberías, como cuando se queja de que escasea el trabajo.

—Es mi deber decíroslo, chicos: no llegaremos a final de mes —anuncia a todo el personal con un optimismo inquebrantable al principio de cada mes, a pesar de que al final llegamos siempre. Supongo que la frase es una especie de rito propiciatorio: nuestra fortuna son, sin duda, los clientes fijos.

Para empezar, está Marisa, la peluquera, que solo compra para enterarse de los últimos chismorreos que circulan por el pueblo.

Luego está la señora Panichella, que todas las mañanas compra exclusivamente tres manzanas y un envase de croquetas para perros, cosa del todo incomprensible, ya que no tiene perro.

Además, están los clientes menos simpáticos, como el señor Palladino, que empieza a tirar humo y fuego por la boca como un viejo dragón cuando debe esperar más de un minuto en la cola de la caja.

Pero, en el fondo, ellos también me gustan.

Por estos pasillos pasa todos los días una amplia variedad de seres humanos y desde el puesto privilegiado que es la caja número uno los veo desfilar delante de mí con divertida curiosidad.

Todos me conocen y muchos de ellos se detienen a charlar conmigo entre un pitido y el otro del lector óptico que registra la compra y marca el ritmo lento y confortante de mis días.

—¡Qué guapa estás esta mañana, Sole!

Marisa escruta mi peinado con mirada profesional.

Pero no es cierto, no soy guapa, más bien diría que soy «pasable». Con mi cutis de porcelana y una trenza blanda apoyada en un hombro hoy también parezco «salida de una novela del siglo XIX», como dice siempre mi mejor amiga.

Danilo y el resto de los clientes se unen a los cumplidos y me hacen enrojecer. Prefiero quedarme atrapada en un túnel kilométrico de una autopista a ser el centro de la atención.

Serena se vuelve desde su puesto en la caja dos y, a juzgar por la mueca que veo en su cara, se siente como si estuviera asistiendo a una matanza de atunes.

Trabaja aquí desde hace menos de un mes y detesta a todo el mundo. Ha reñido ya con el encargado de la pescadería, con la responsable de la administración y, claro está, con el impaciente señor Palladino.

Nada le parece bien. Parece el Grinch.

Casi no le hablo, no me apetece meterme en líos. Como ahora: a pesar de que me gustaría preguntarle por qué ha puesto esa cara, prefiero volverme e ignorarla confiando en que la mía recupere su color habitual.

El almacén de la trastienda es mi refugio antiatómico.

En las pausas me cobijo aquí para leer unas páginas de una copia descolorida, deformada y subrayada de *Orgullo y prejuicio*, mi novela preferida.

He leído la historia de amor entre Elizabeth Bennet y el señor Darcy veintiséis veces y me ha chiflado veintiséis veces. Soy una romántica incurable y vivo el amor soñando con él entre esas líneas.

Cuando no leo, llamo por teléfono a Stella para ponerla al día sobre las últimas perlas de sabiduría de mi nueva compañera, que pasa el tiempo contradiciéndome por cualquier cosa.

—Pero ¿qué haces, Sole? Los productos de reclamo van a la derecha, los de primera necesidad lejos de la entrada, los bollos para la merienda abajo, a la altura de los niños.

Stella es mi paciente confesora y se ríe conmigo de la petulancia de mi compañera.

No tengo secretos para ella, bueno, casi ninguno.

Cuando éramos niñas, pasábamos también un montón de tiempo al teléfono. Por eso me cuesta tanto no llamarla, me hace sufrir: esta pelea es una verdadera lata.

Recuerdo nuestra última conversación por teléfono, hace tres días.

—Tengo que decirte algo superimportante —proclamó—, pero es tan superimportante que no puedo decírtelo por teléfono. Tenemos que vernos como sea, ya, si no, creo que voy a estallar. ¡Dios mío, soy superfeliz!

Colgué sintiendo una curiosidad tremenda y un miedo aún mayor.

La última vez que mi mejor amiga había tenido algo «superimportante» que decirme me había anunciado que al día siguiente se iba a París con un trapequista francés que había conocido hacía apenas dos semanas.

Stella siempre me sorprende, es un huracán.

Yo soy silenciosa y tranquila, ella siempre está haciendo algo a la velocidad de la luz.

Para ella todo es «súper»: París es superbonito, nuestro mar es superazul, la *affunniatella* que prepara su padre es superpicante. En realidad, la única súper es ella.

Habla tres idiomas, ha viajado por todo el mundo y desde que descubrió la fotografía se dedica a ella profesionalmente en cuerpo y alma.

Su pasión nació en los últimos años de instituto, cuando pasó una semana de vacaciones en Milán, en casa de su hermano Massimo. Allí conoció a un amigo fotógrafo de este y se enamoró perdidamente de él.

Cuando el ligue terminó, volvió a casa, pero solo por cierto tiempo, porque para entonces había comprendido que lejos de aquí sucedían muchas cosas. Así pues, empezó a trabajar como fotógrafa freelance.

Desde hace ocho meses el resto del mundo se llama Andras, es trapequista y vive en París.

—Dios mío, es un ángel —murmuró Stella la primera vez que lo vio exhibirse en el circo mientras contemplaba con los ojos abiertos como platos al chico que daba vueltas a diez metros de altura, colgado de un trapecio, con una gracia y una desenvoltura inigualables.

Luego me contó que en ese momento se había enamorado del joven artista francés que bailaba en el aire y vagaba por la tierra con el espectáculo itinerante con el que había viajado por toda Europa. Estaba tan segura de sus sentimientos que apenas dos semanas después subió a un tren y lo siguió hasta París.

Porque Stella es así: decide y va. Igual que la masa indómita de rizos que ondean alrededor de su bonita cara, semejantes a la melena de un león.

La observo y me pregunto qué se sentirá viviendo así, *à bout de souffle*, a fondo, bebiendo la vida a grandes sorbos.

Stella es una navegante incansable que necesita espacio para surcar mares, buscar tesoros y franquear horizontes siempre nuevos. Yo, en cambio, prefiero quedarme aquí, paciente, esperándola para ver qué ha encontrado en cada ocasión.

La esperé mientras vivió en Roma durante la universidad, cuando estuvo seis meses en España de Erasmus, cuando fue a Milán para hacer el curso de fotografía y cuando pasó un año buscándose a sí misma mientras viajaba por Europa. Y ahora que se ha instalado en París también la estoy esperando.

No obstante, confío en ella, porque cada vez que se va, sea como sea Stella me deja la promesa de su regreso: «Conozco unos barcos que vuelven siempre después de haber navegado». Cada vez que se va se despide de mí con los versos de Jacques Brel y yo la espero serena en el puerto.

Reconozco que echo de menos a Stella, que este corte en nuestra comunicación me está sacando de quicio, pero cuando recuerdo nuestra pelea vuelvo a sentir un sabor acre en la boca.

Ese día, el local estaba tan lleno como siempre.

A la hora de comer, el Siete Mares es la parada obligatoria de los que trabajan en la playa. Los amigos y los compañeros se encuentran allí para charlar un poco disfrutando de la brisa marina y saboreando uno de los famosos platos rápidos de Giorgio, el padre de Stella. Su cocina es famosa en toda la ciudad.

Sentada a la mesa de siempre, con vistas a la playa, esperaba que mi mejor amiga acabase de servir a los últimos clientes y me contase la cosa superimportante que me había anunciado por teléfono.

La insoportable de Serena me había regañado durante toda la mañana, incluso por la manera en que me sentaba en el taburete de la caja, así que estaba de un humor de perros.

Ugo, un querido amigo de los padres de Stella que frecuenta el local, estaba leyendo el diario en una mesita próxima a la barra. Desde que se jubiló se dedica a la apicultura, pero es probable que su pasión siempre haya sido el periodismo.

—Por lo visto va a entrar una fuerte perturbación procedente de Francia... —anunció a todos los presentes, como si estuviera presentando un telediario.

—De Francia nunca llega nada bueno —refunfuñó Giorgio mientras servía dos platos de *picellati*, unos dulces típicos.

El comentario del padre de Stella cayó como una bomba en la sala, todos sabían a quién iba dirigido.

La llegada a la vida de su hija de un artista circense, que la había convencido para que lo abandonara todo y lo siguiera a París, había causado un verdadero terremoto en la familia. Nadie lo había aceptado.

Stella respondió a la invectiva de su padre encogiéndose de hombros con aire desdeñoso, pero, a pesar de que parecía darle igual, yo sabía que en el fondo sufría, que le habría gustado que su familia tratase al menos de comprender lo que sentía.

—*Voilà, mademoiselle!* —Sonrió con renovado entusiasmo, tendiéndome el plato—. ¡Tu «ensalada sin»!

Como allí todos los días y Stella ha bautizado así mi plato fijo, una ensalada mixta sin mozzarella, debido a mi alergia a la lactosa, sin atún, por el mercurio que contiene, y sin sal, porque aumenta el riesgo de hipertensión arterial. Mi padre tuvo un infarto, así que sé que no es cosa de broma.

—¡Agárrate bien! —dijo Stella, dejándose caer en la silla a mi lado. Detrás de su mirada febril e inquieta había un mundo infinito—. Acabo de hablar con mis padres —anunció en tono cómplice—. Me han pedido que pase aquí la temporada y que los ayude en el local, porque Marina se marcha dentro de unos días.

Sabía que Marina, la histórica camarera del Siete Mares, se iba a marchar a finales de abril para instalarse en Campobasso con sus hijos y su marido, porque la empresa en la que este trabajaba lo había trasladado allí.

—Y tú ¿qué les has contestado? —pregunté a Stella con la emoción chisporroteando ya en mi piel.

Stella reventó:

—¡Sííí!

Sentí una oleada de inesperada felicidad.

—Entonces ¿pasarás aquí todo el verano? —pregunté incrédula.

—¡Sííí! Será como en los viejos tiempos —dijo ella, y en mi mente se desplegaron los recuerdos de todos los veranos de nuestra infancia y adolescencia, que pasamos siempre, siempre juntas, comiendo helados en la playa y corriendo en bicicleta por el paseo marítimo. Por no hablar de las conversaciones, las salpicaduras, las carcajadas, el aroma a salitre y la crema bronceadora, del sol que nos deslumbraba y nos caldeaba el corazón.

Algo parecido debía de estar sucediendo también dentro de ella, porque se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte abrazo.

—¡Será nuestro verano mágico! —me dijo en el tono que se usa para las promesas solemnes.

—¡Genial! ¡No podías haberme dado una noticia mejor! —le respondí abrazándola también.

Ella, sin embargo, se retrajo y me escrutó esbozando una sonrisa burlona.

—Pero esto no es la cosa superimportante que tenía que decirte.

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué es? —pregunté, mirándola estupefacta.

Su sonrisa se ensanchó y me embistió con una cascada de luz. Parecía realmente superfeliz.

—No te lo puedes imaginar.

Me arrastró hasta la parte posterior del local con aire conspirador. La curiosidad me devoraba y mi cerebro estaba vacío, era incapaz siquiera de aventurar la menor hipótesis.

—Pues bien, para empezar, tengo que anunciarte que he organizado un fin de semana especial à *Paris* para celebrar tu cumpleaños, *mon amour!* —Desde que vive en París, Stella salpica su discurso con exclamaciones *en français*; «para dar un poco de color al ambiente», dice ella.

La miré como si acabara de convertirse en una langosta.

—¿Eh?

—¡La primavera en París *c'est magnifique!* Haremos picnic en el Bois de Boulogne, pasaremos por el centro y luego, por la tarde, te llevaré a un sitio del que te hablaré luego, que

tiene que ver con la supernoticia y que está justo al lado de las Galeries Lafayette, donde nos tomaremos un café en la terraza panorámica y celebraremos la noticia más sorprendente que habrás oído jamás. *Merveilleuse!*

Guiñaba los ojos, la verdad es que no conseguía entenderla.

—Pero ¿qué...?

Sus palabras sin sentido rebotaban en mi cabeza y me entró una repentina sensación de fastidio.

—Pero ¿cómo se te ocurre? ¿Te has vuelto loca?

Stella abrió desmesuradamente sus grandes ojos azules.

—¡No! ¡Ya verás como será el mejor cumpleaños de tu vida!

—Pero ¡no puedo ir! —exclamé.

—¡Debes venir!

—No, Stella, ya sabes que yo no...

—¡Vamos! ¡Te he invitado al menos diez veces desde que vivo allí! —prosiguió, impertérrita—. Ya lo he organizado todo, esta vez no puedes negarte. Además, está la supersorpresa que ahora te contaré, a la que no puedes faltar, ¡no puedo siquiera imaginármela sin ti!

Respiré tratando de mantener la calma.

—Me conoces de sobra, sabes que no viajo en avión.

—¡Lo sé! —dijo, haciendo una mueca de satisfacción—. ¡Por eso Andras te ha comprado un billete de tren! Será un poco largo, pero lo importante es que vengas.

El fastidio se transformó en una irritación insoportable cuando comprendí que lo había decidido todo sola, sin consultármelo siquiera.

—Bueno, pues no debería haber comprado los billetes.

—¡Di que sí, Sole! Debes venir como sea a pasar unos días a Maison Petite —insistió, invitándome a su casa de París, a la que le gusta llamar así—. ¡Tienes que verla! Debes...

No sé muy bien qué sucedió, el caso es que perdí los estribos. Las innumerables cosas que, en su opinión, debía hacer se añadieron a las innumerables cosas que, según mi insoportable compañera de trabajo, debería haber hecho, y juntas formaron una oleada irrefrenable.

—¿Debo? ¡No debo hacer nada! —estallé—. Siento decirte que no otra vez, pero la verdad es que no entiendo por qué sigues pidiéndomelo, sabes que no puedo —dije, abriendo mucho los ojos, fijando una evidencia que no entendía cómo ella podía ignorar.

De repente su expresión cambió y su tono de voz se hizo grave y alusivo.

—No es verdad que no puedes... No quieres.

Me encogí de hombros, mosqueada.

—No quiero, no puedo... ¿Qué más da? —Mi voz subió otra octava—. ¡No iré jamás, punto final!

—¡Vamos, Sole, no te entiendo! ¿Por qué haces eso?

La irritación estalló en un ataque de rabia, insólito en mí.

—¿Puedes decirme de una vez lo que tienes que decirme? Tengo prisa. —No sé por qué, añadí—: ¡Yo trabajo de verdad!

Stella resopló.

—¡Jesús, eres como mi padre! ¡No se puede razonar contigo! Acabarás como él, cansada e infeliz, morirás aquí sin haber visto nunca nada diferente.

Luego, no sé cómo, la conversación degeneró. Las palabras se convirtieron en un río en crecida, que rompió el dique y rebosó.

—¡No todos podemos permitirnos el lujo de vagar por el mundo buscándonos a nosotros

mismos, de marcharnos así, sin mirar a la cara a nada y a nadie!

—¿Sabes lo que pensaba antes, cuando te traje la ensalada? ¡Pues que esas hojas verdes son como tu vida! ¡Una vida «sin»! ¡Sin errores, sin maravillas, sin estupor, sin sabor!

—¿Y tú qué sabes?

—¡Lo sé porque todos los días haces lo mismo! Siempre el mismo camino, la misma gente, los mismos gestos, las mismas palabras, ¡la misma ensalada! —vociferó, pero yo la superé:

—¿Qué tiene de malo? ¡Me gusta vivir así!

—¡No, no te gusta vivir así! ¡Lo haces porque no conoces nada más! ¡Lo haces porque tienes miedo de probar algo diferente, te aterroriza la idea de salir de tu zona de confort! ¡Estás impregnada de miedo, chorreas miedo!

Stella gritaba y yo no alcanzaba a comprender el motivo: jamás me había hablado de esa forma.

—¡Estás malgastando tu vida, tus mejores años! ¿Cómo es posible que no te des cuenta? ¡Dentro de pocos días cumples veinticinco años y has vivido a medio gas!

—¡Quizá debería ser una egoísta como tú y hacer solo lo que me viene en gana, seguir el viento pasando de todo y de todos! ¡Quizá entonces viviría la vida a tope!

—¡No lo entiendes!

—¡No, eres tú la que no lo entiendes! ¡Yo no te digo cómo debes vivir tu vida! ¡No te metas en mis asuntos! —le grité, sin reconocer casi mi voz en el sonido chillón que había salido de mi garganta.

—¡Te lo digo porque te quiero y porque no puedo verte más así! Ahora, con lo que me está sucediendo, no.

—Ah, ¿no? —Reventé, haciendo caso omiso de lo que estaba sucediendo—. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que no me mires! Si mi vida te parece tan insulsa y patética y tu París tan bonito, vuelve allí. Hazme un favor: vuelve y déjame en paz, ¡porque yo tampoco quiero volver a verte!

Esas fueron las últimas palabras que le dije antes de marcharme, y ahora me arrepiento un poco.

En fin, sé que Stella me quiere y que jamás me haría daño a propósito, por el mero gusto de hacerlo.

La sensación desagradable se transforma en un fastidio insoportable. La duda de haber exagerado un poco se insinúa con prepotencia y me pica donde más daño me hace.

Puede que solo tocara una fibra sensible, por eso me sentí tan dolida.

«Esperaré un poco más y quizá luego la llame», me digo.

Es cómico: a veces creemos tener todo el tiempo del mundo, pero es precisamente todo el tiempo del mundo lo que nos falta cuando el mundo se termina.

Guardo la bicicleta en el garaje sin dejar de pensar en la discusión que he tenido con Stella.

Nada más entrar en casa me doy cuenta de que algo no va bien.

Mi padre está pintando las paredes del recibidor estos días y se ha tomado la tarea muy en serio: tiene cuidado de que no salpique, no quiere que la pintura se seque, procura que no chorree y que no se ensucie nada. Y hace bien, porque mi madre supervisa la obra.

Hoy, sin embargo, el recibidor es un verdadero caos. La pared que hay enfrente de la puerta está pintada de color rosa pastel solo a medias. La escalera de mano de madera está en medio de la habitación, el cubo de pintura sigue abierto y el pincel yace en el suelo dentro de un charco de pintura.

Da la impresión de que mi padre ha dejado de trabajar de repente para atender algo más urgente. O quizá se ha caído de la escalera y se ha roto una pierna. O se ha dado un golpe en la cabeza y lo han llevado al hospital. O ha tenido otro infarto. El doctor dijo que podía repetirse si no vigilaba la alimentación y él nunca vigila nada.

Voy corriendo a la cocina y apenas lo veo consciente y entero recupero el aliento. No obstante, un segundo después me pregunto qué puede haber sucedido, porque, a juzgar por su expresión, no debe de ser nada bueno.

—Siéntate, tesoro.

El tono grave y serio de mi madre me produce ansiedad antes incluso de que diga el resto.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —pregunto a mi padre, que guarda silencio a su lado.

Cuando baja la mirada y esta se cruza por un momento con la mía, siento que no puedo hacer otra cosa que sentarme, porque las piernas me fallan de golpe.

—¿No... no has oído los telediarios? —me pregunta mi madre con ojos aterrorizados.

—No... ¿Qué...? —No consigo terminar la pregunta. Trago saliva y me preparo para lo peor.

—Ha habido un atentado —dice por fin mi madre, interrumpiendo mi respiración y el flujo de mis pensamientos inconexos.

—¿Dónde?

—En París, tesoro. —Suspira mientras baja la mirada y la fija en el mantel de cuadros.

Mi corazón, en cambio, se desploma al suelo.

—¿Pa... París?

Entorna los ojos.

—Sí.

—¿Cu... cuándo?

—Esta tarde. —Las dos palabras retumban como un disparo en mis orejas llenas de sangre.

—Hemos llamado a los padres de... —La voz de mi madre se quiebra en un sollozo incontrolado.

—Los padres de Stella —prosigue mi padre en tono firme—. Están tratando de ponerse en contacto con ella, pero hasta ahora no lo han conseguido.

Movida por un impulso, saco el teléfono del bolso y la llamo, pero la línea suena en vano y un

vacío se abre en mi pecho.

—Ya verás como está bien. Estoy segura de que apenas se calme un poco la situación llamará —masculla mi madre detrás de mí, y no hace falta que me vuelva para ver la incredulidad que se refleja en su cara.

Cuando salta de nuevo el contestador, me invade el desaliento.

—Pero ¿cómo? ¿Dónde? ¿Qué ha pasado? —pregunto a mi padre, el único que está tratando de dominarse.

—Cuatro hombres han empezado a... a disparar a la gente... en las Galeries Lafayette, en pleno centro.

Siento que me voy a desmayar.

Mi madre se da cuenta e intenta sujetarme mientras todo se mueve, se estremece y se agita.

—Pero no te preocupes, Patrizia me ha dicho que Stella vive en otra zona y que, además, casi nunca va por allí.

—Hoy pensaba hacerlo, por la tarde —digo. Mi voz suena ronca, como si saliera de ultratumba.

—Oh... bueno... —farfulla mi madre completamente desconcertada—. En este caso, seguro que salió antes de que sucediera. Todo irá bien y dentro de poco...

El teléfono fijo retumba en la habitación como una sirena antiaérea que, con un sonido largo, sombrío y lastimero, anuncia un peligro inminente. Mis padres y yo miramos el aparato sin pestañear, como si fuera un artefacto cebado, y por un momento nadie habla ni respira. Permanecemos sumergidos en un limbo de terror, en una burbuja suspendida en el tiempo y en el espacio, destinada a romperse en cuanto alguien levante el auricular.

Será alivio o desgarró. Será volver a respirar o contener el aliento para siempre. Será vida o muerte.

Al final, mi padre responde, a mí me fallan las fuerzas, me falta valor.

No es necesario que hable ni que Patrizia lo haga al otro lado de la línea. El sollozo que se le escapa basta para desencadenar un terremoto de proporciones gigantescas, que rompe los cristales y revienta los tubos, abre el tejado y derrumba todo lo que está dentro de la casa hasta que no queda nada. Solo un colosal e indeleble sentimiento de culpa.

Cuando el mundo termina, ya no siento nada.

Lo que sucede en las horas y los días siguientes a la noticia de la muerte de mi mejor amiga me llega de lejos, un eco débil y ahogado de una realidad demasiado ensordecedora para ser oída.

No oigo nada cuando mi madre me dice que Patrizia y Giorgio han viajado a París para despachar los trámites burocráticos. No oigo nada cuando mi madre me dice que el sarcófago está en Italia. Tampoco oigo nada cuando me recuerda que es tarde y que debo vestirme para el funeral, porque es hora de ir a la iglesia.

En la burbuja de dolor donde me he refugiado, sigo a mis padres arrastrándome por la plaza de la iglesia de Santa Maria a Mare.

Todo el pueblo asiste al funeral, los clientes del restaurante y del supermercado, pero también los amigos de Stella, de la universidad, de Milán, que no conozco.

Algunos vienen también de París. En la multitud vestida de oscuro los amigos circenses resaltan como flores de colores en un prado de ceniza. Andras, el ángel blanco de Stella, se queda de pie al fondo de la iglesia, con los brazos cruzados y los ojos brillantes.

Salió milagrosamente ileso del atentado. Ella, en cambio, murió en el acto.

Lo odio. Lo odio con cada fibra de mi ser.

Cuando me ve, parece reconocerme y se acerca a mí.

—Sole... —intenta decir, pero mi nombre muere en sus labios cuando alzo los ojos y lo fulmino con la mirada. Soy una fiera a punto de atacar.

«Me la robaste. Si no te hubiera conocido, hoy no estaríamos aquí. Me la robaste. Deberías haber muerto tú en esa terraza. Me la robaste.»

Andras retrocede como si le hubiera dado unos cuantos puñetazos, que es justo lo que me gustaría hacer si no fuera un cuerpo vacío que se arrastra por inercia.

Me alejo, a pesar de sentir el peso de su mirada a lo largo de toda la nave. Sigo a mis padres hasta el ataúd descaradamente cubierto con flores de colores. Su aroma, intenso y arrogante, me produce náuseas.

Giorgio y Patrizia me invitan con un ademán a sentarme a su lado: soy una más de la familia.

Pero cuando veo a Massimo me estremezco.

Hacia seis años que no veía al hermano de Stella y ahora lo tengo enfrente, de pie en la fila de bancos que hay delante de la mía. Estamos tan cerca que mis ojos se pierden en la trama del suéter negro que lleva puesto. Apenas reconoce su aroma, mi corazón se agita y me recuerda que, a pesar de mi estado de ánimo, no estoy en el ataúd con mi mejor amiga.

Cuando termina el funeral, un joven que asistía al mismo curso de fotografía de Stella grita: «¡Adiós, Stellina!», y todos se ponen de pie de golpe y aplauden.

Aplaudimos por el tiempo que Stella nos regaló, por su risa contagiosa, por sus ojos sinceros, por su manera superespecial de ser.

Fuera de la iglesia soltamos una nube de globos blancos. Me siento tan vacía que tengo la

impresión de que si me aferrara a uno saldría volando. A fin de cuentas, nada me retiene ya aquí.
Nada.

Un vuelco del alma. Agujas incandescentes que se clavan en el corazón, el hielo que lo paraliza todo. Ahora entiendo por qué se dice que la desaparición de una persona es un auténtico fin del mundo.

Sí, porque no solo muere la persona a la que amamos, también termina el mundo único y especial que creamos con ella y que con ella deja de existir.

Tampoco existe ya la llamada telefónica desde el almacén del supermercado para hablarle de Serena.

Ni la supernoticia que debía darme la última vez que nos vimos.

Ni las cosas que hacíamos juntas: las tardes en la playa, la música a todo volumen en el coche, las noches de pizza y película en su casa.

Es la disolución de todo lo que éramos, la evaporación de la infancia, el final de un mundo que antaño era bonito y que cuatro asesinos despiadados han destruido.

De golpe se abre ante mí la idea de un futuro sin ella y siento que me ahogo en un mar de desesperación.

«Será nuestro verano mágico», dijo.

«¿Dónde está la magia? Porque yo solo veo oscuridad. ¿Qué hago ahora? ¿Qué se puede hacer cuando sucede algo que creías imposible?»

Hace días que estas preguntas retumban en mi cabeza, como una lluvia de agujas en la conciencia.

Y, a medida que pasa el tiempo, empeora.

La impresión inicial fue tan grande que al principio no comprendí la magnitud de la tragedia, pero ahora el dolor se suma a otro nuevo dolor a cada instante y yo me siento derrotada.

Llevo una semana encerrada en casa, mi cumpleaños pasó sin que me diera cuenta. Estoy encerrada en casa mientras el mundo sigue ardiendo fuera.

Mis padres también están destrozados. Mi madre es una máscara de sufrimiento. Irreconocible. No pensaba que iba a reaccionar tan mal.

Me gustaría ayudarla, pero ¿cómo puedo hacerlo si yo también me siento enterrada en un ataúd, a dos metros bajo el suelo?

La primera vez que salgo de casa estoy tan absorta en mi nube de pensamientos que me sobresalto cuando oigo que me llaman.

—¡Buenos días, querida!

La señora Flora me saluda como siempre, pero hoy todo es diferente, porque yo ya no soy la de antes, así que me limito a responderle con una ligera inclinación de cabeza mientras monto en la bicicleta y empiezo a pedalear lo más rápido posible para alejarme de casa.

La gente sigue haciendo lo mismo de siempre: trabajar, beber café, bromear con los amigos, pensar en las vacaciones. En cambio, mi corazón está parado, como el de Stella.

La habitual sinfonía de mi vida se ha convertido en un grito aterrador, en un sonido desesperado que retumba en el eco invisible de la soledad.

Apenas entro en el supermercado todos se vuelven para mirarme azorados, compadeciéndome. Danilo y nuestros mejores clientes saben que Stella y yo éramos muy amigas y me escrutan como si estuviera mutilada, como si a mi cuerpo le faltara algo esencial para poder funcionar. Y, en efecto, es así.

No tengo ganas de hablar.

Paso el día en una nube indefinida. Los pitidos del sensor de la caja son una especie de canción de cuna a la que me abandono como si entrara en trance. Solo abro la boca para decir: «¿Bolsa?» y «¿Efectivo o tarjeta?».

Mascullo con dificultad «Adiós».

Todo me parece efímero, inútil, sin sentido mientras permanezco aquí, inmóvil, mirando con las manos vacías y una sola pregunta en la cabeza: «¿Qué se hace después del fin del mundo?».

«Sois polvo de estrellas», nos dijo un día la profesora de ciencias en el instituto mientras nos explicaba el origen de la vida. De hecho, según el físico Lawrence Maxwell Krauss, cada átomo de nuestro cuerpo procede de la explosión de una estrella. Y los átomos de mi mano izquierda probablemente proceden de una estrella diferente de la de los átomos de mi mano derecha. Por eso somos polvo de estrellas.

Pero la física se equivoca, porque ahora solo soy polvo.

Me arrastro de un pasillo a otro por el supermercado moviendo cosas, totalmente ajena a lo que estoy haciendo.

Mientras cruzo el pasillo de los productos alimentarios encuentro a Danilo, que está montando un nuevo expositor. En el suelo veo tornillos, pernos y repisas esparcidos alrededor de él, que está sentado delante de la nevera con las piernas cruzadas

Con el ceño fruncido y la expresión más concentrada que le he visto en mi vida, escruta el manual de instrucciones que tiene en una mano como si estuviera descifrando un jeroglífico.

Cuando me oye llegar, desvía la mirada y, al ver mi expresión de escepticismo, me pregunta:

—¿Sabes cuál es la primera regla que he aprendido jugando al póquer, Sole?

Niego con la cabeza y él me revela:

—Conoce a tu adversario.

Con una sonrisa de complicidad, mira al «adversario», que yace delante de sus pies, y logra arrancarme una mueca alegre que se desvanece apenas veo llegar a Serena con cara de pocos amigos.

—Oye, perdona, al señor Palladino le va a dar un ataque de nervios en la caja. ¡Ve tú, hoy no tengo un buen día! —me dice, y lo primero que se me pasa por la cabeza es: «Como si los demás fueran diferentes».

Me parece tan ridículo lo que me acaba de decir que agarro instintivamente el móvil para mandar un mensaje a Ste...

De repente, no puedo respirar.

—¿Sole? —Danilo se ha puesto de pie y me mira preocupado—. ¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza, pero después corro al almacén para no desplomarme en medio de la tienda.

Está muerta.

Stella está muerta y no puedo decirle adiós.

Cuando cierro la puerta tras de mí, me sobresalto al ver una sombra oscura.

—¡Hola!

Una muchacha con una melena larga y negra está sentada en el viejo mostrador de la sección de panadería. Tiene las piernas cruzadas y encima de ellas un ordenador portátil del que salen las notas de *A Sky Full of Stars*. Pienso que el universo tiene un gran sentido del humor.

—Ho... Hola —mascullo a mi pesar, preguntándome quién será y qué estará haciendo aquí.

Pero ella está mucho más preparada que yo.

—Tú debes de ser Sole, he oído hablar de ti —me contesta, y a continuación me tiende una mano blanca y delgada—. Me llamo Samanta. —Cuando sonrío sus ojos se reducen a una hendidura.

Le estrecho la mano instintivamente, a pesar de que me siento más confusa que antes. Ella debe de haberse dado cuenta, porque se apresura a explicarme:

—Soy la hija de Serena, estoy esperando a que mi madre termine el turno.

—Ah, OK —farfullo mientras, haciendo dos cálculos, pienso que Serena debió de dar a luz cuando era muy joven, ya que Samanta parece tener, al menos, quince años.

—¿Te gusta Coldplay? —me pregunta a bocajarro.

Me encojo de hombros.

—No lo sé... creo que sí... —suelto, más por educación que por otra cosa.

—A mí también, mucho. Me gustaría ir al próximo concierto, pero mi madre preferiría encerrarme en un convento de clausura y tirar la llave a darme permiso. —Esboza una triste sonrisa.

No me resulta difícil creerla.

—¿Qué tipo de música escuchas? —pregunta, volviendo a la carga—. Yo un poco de todo y...

—Oye, tengo que marcharme. —Siento haberla interrumpido con brusquedad.

Es que toda esa cháchara me irrita.

No, no me irrita. Me recuerda a Stella. Y me duele.

—Perdona, llevo toda la tarde encerrada aquí y eres el primer ser vivo que veo desde hace horas. —Pone los ojos en blanco y hace una mueca divertida—. No estoy segura de que ese gato esté vivo... —añade, volviéndose a mirar a Ernesto, el gato de Danilo, que pasa el día durmiendo en el alféizar de la ventana.

—No lo sé, y puede que él tampoco lo sepa —le digo, esbozando una leve sonrisa. Después me voy.

Me falta el aire, no resisto un instante más en este sitio.

Sin embargo, fuera tampoco encuentro alivio, porque de repente caigo en la cuenta de una verdad aterradora: lo que me falta no es el aire, sino mi mejor amiga.

Monto en la bicicleta y pedaleo a toda velocidad, aferrada al recuerdo de Stella. Los gritos de alegría que dio cuando Italia ganó el Mundial, la forma absurda que tenía de comerse la pizza, cortando el borde y comiendo solo el interior, el ímpetu y la pasión con la que lo hacía todo.

Ensimismada, entro de golpe en un agujero y me caigo de cabeza al asfalto.

Exceptuando algunos arañazos, no me hago daño. En cambio, la bicicleta se ha torcido, la cadena resbala lentamente, como si ya no pudiera funcionar. Igual que yo.

Cuando, a la hora de comer, vuelvo por primera vez al local de los padres de Stella, que volvieron a abrir al cabo de dos semanas de haber cerrado por luto, recuerdo la última vez que estuve allí con ella y se apodera de mí un sentimiento de culpa desgarrador.

Podría haberle dicho un sinfín de cosas y elegí justo las peores. Aún no acabo de creerme que se haya marchado pensando que yo no quería volver a verla y me gustaría hacer saltar por los aires el universo por no haber podido pedirle perdón antes de que me la arrebataran para siempre.

Ese pensamiento me atormentará el resto de mi vida.

Me siento en deuda con ella, en mi interior, en las ruinas que me habitan existe aún la lúgubre sensación de una culpa que nunca podré expiar.

En el restaurante, el aire es como un gas tóxico.

Es como si la capa de dolor que cubría la iglesia durante el funeral de Stella hubiera seguido a sus padres y se hubiera depositado en el tejado de este lugar. Giorgio y Patrizia tienen el semblante alterado de alguien que se ha salvado de una tragedia, pero que aún conserva el recuerdo grabado en la mirada.

Giorgio está serio, es una sombra oscura en un rincón, al lado de la barra. Está sentado a una mesa con una joven a la que no conozco, parece agradable y sonríe, en contraste con la desesperación que flota aquí dentro.

Patrizia está de pie a su lado. Cuando me ve sale a mi encuentro y me da un fuerte abrazo, los ojos le brillan.

—Siéntate, cariño.

—Gracias.

Mientras me dirijo hacia la mesa, Massimo se asoma desde la cocina. Dejo de respirar. Incluso en la nube de sufrimiento donde me siento perdida, es inevitable. Cada vez que lo veo, mi corazón hace una pirueta y me recuerda que, a pesar de todo, sigo viva.

De una forma u otra, el hermano de Stella consigue alzar el velo oscuro que me envuelve, catapultándome a las páginas de mi libro preferido.

Pero su amigo, el señor Darcy, llamó enseguida la atención de los presentes por su elevada estatura, sus hermosas facciones y su porte aristocrático.[3]

Massimo es como siempre me he imaginado al protagonista de *Orgullo y prejuicio*. El pelo castaño le resbala por la cara, que es altiva, de una belleza rara. El misterio que susurran sus ojos grises hechiza. Su elegancia es una aureola deslumbrante.

Pero, por encima de todo, Massimo fue mi primer amor.

—Hola —dice.

Necesito demasiados segundos para responder.

—Hola —farfallo, al final, sorprendida de que aún esté en la ciudad. Me gustaría preguntarle

por qué no ha vuelto aún a Milán, pero soy demasiado lenta y él demasiado rápido, de forma que, antes de que pueda reaccionar, ya está preguntando a los clientes de la mesa nueve qué quieren comer. Dos rectas paralelas que jamás se encontrarán.

Massimo fue mi primer amor, es cierto. Pero él nunca lo ha sabido.

Lo quise desde el primer momento en que lo vi, cuando Stella me lo presentó en el patio del colegio. «Ella es mi hermana Sole, él es mi hermano Massimo», dijo en tono resuelto, mientras la mirábamos perplejos.

Para mí fue amor a primera vista, un auténtico flechazo.

No es solo una expresión: en ese momento sentí una punzada en el pecho, como si un pequeño Cupido, escondido entre los arbustos, me hubiera lanzado una de sus flechas de amor.

Pasé el resto de la infancia y la adolescencia suspirando por Massimo.

Massimo, un nombre sólido, clásico y distinguido. Un nombre importante, que evoca a grandes emperadores, a intrépidos gladiadores, pero también un nombre dulce, musical, que te acaricia los labios y el corazón cuando lo pronuncias. Massimo.

Tiene cuatro años más que yo y siempre me ha considerado su hermanita pequeña. Y yo siempre he dejado que se lo crea. Ni siquiera Stella sabía lo que sentía por él: era el único secreto que no compartía con ella. Jamás lo habría entendido o, peor aún, se le habría escapado algo y eso era lo último que deseaba. Siempre he sabido que no tengo ninguna posibilidad con él y he preferido conformarme con lo que me concedían mis sueños.

Me dirijo hacia mi mesa y me siento suspirando. Mi mirada recorre las paredes del local, donde están colgadas las fotos que hizo Stella, imágenes robadas a nuestro mar, a los barcos, al pueblo, instantes capturados que nunca volverán. Siempre han estado ahí, exhibiéndose en sus marcos cromados, pero hoy siento un terrible dolor cuando las veo.

Saco del bolso mi libro mientras Patrizia se dirige a Ugo en un tono que pretende ser alegre, pero que no lo es en absoluto.

—Por el amor de Dios, ¿por qué estás tan silencioso? ¡Léenos algo, vamos!

Él le sonríe, a pesar de que su cara marcada por el tiempo tampoco es alegre. No obstante, reacciona y escucha el ruego que Patrizia le susurra con los ojos.

—Veamos, veamos... —Carraspea abriendo el diario encima de la mesa—. Veamos que hay aquí... —mascullo deslizándolo por la página, hasta que exclama—: ¡Esto es interesante!

Asiente con la cabeza y empieza a leer.

—«Molise no existe. Hasta el famoso comentarista de televisión Costantino Del Grande da su opinión sobre la popularidad de nuestra región comparada con las demás. “Basta escribir ‘Molise’ en Google Chrome para ver la sugerencia ‘no existe’ en primer lugar. Las páginas irónicas que corroboran esta tesis son infinitas: se preguntan por qué nadie recuerda cuál es la capital, o el dialecto, o incluso un plato típico o una canción. La respuesta es sencilla y casi unánime: no existe. Algunos lo atribuyen a su posición geográfica: Molise es una región muy pequeña y montañosa. Bueno, también el Valle de Aosta lo es y todos sueñan con esquiar al menos una vez en la vida en las laderas de Courmayeur. A pesar de que Molise tiene costa, Salento, que queda cerca, es mucho más famosa y atractiva para el turismo. La verdad es que Molise solo es un pedazo de tierra aplastado entre regiones mucho más famosas. Y eso se debe a que nunca ha sido capaz de crearse una imagen fuerte y reconocible a ojos no solo de los turistas extranjeros, sino también de los italianos. Ya es hora de que el departamento de promoción regional se decida a hacer algo.»»

Por fin, el local se anima y varios clientes habituales dan su parecer sobre la región olvidada.

Sin embargo, el único que me sigue llamando la atención es él.

—Lo conozco —dice Massimo, acercándose a la mesa de Ugo.

—¿A quién? —pregunta este, intrigado.

—A Costantino.

Ugo abre desmesuradamente sus pequeños ojos negros.

—¿Lo conoces?

—Viene a menudo al *sushibar* donde voy yo —dice Massimo con naturalidad.

No sé qué es lo que más me sorprende, que conozca a un personaje famoso o que frecuente un *sushibar*. De repente, me pregunto si su vida en Milán será glamurosa.

Se marchó de aquí nada más acabar el bachiller, sin demorarse en saludos ni formalidades.

Con la mochila al hombro, subió al tren que iba a llevarlo a su nueva vida.

La universidad, el máster y un trabajo prestigioso: todo lo que jamás habría podido tener aquí.

Es un bróker, un tiburón de las finanzas tan genial e impávido que se ha merecido el apodo de Gladiador.

—Devora a sus rivales —decía siempre Stella.

Por desgracia, no sé mucho más.

Mi mejor amiga no sabía que yo estaba chiflada por él, así que no le pude preguntar muchas cosas, no quería que sospechara nada. Sin embargo, la curiosidad siempre me ha carcomido. En este momento me gustaría saberlo todo.

«Me gustaría saber si eres feliz. Y si te gusta el mar tanto como a mí. ¿Te sigue gustando “con locura” el chocolate? ¿Cómo es posible que a los treinta años recién cumplidos seas ya un bróker tan famoso? A saber por qué nunca te matriculaste en la escuela de cine, te apasionaba y lo hacías muy bien. Cada vez que veo una buena película pienso en ti y me pregunto si a ti te gustaría también o si, con tu ojo de cinéfilo experto, le pondrías pegas. ¿Piensas en mí alguna vez?

»Claro que no lo haces, ¿por qué deberías hacerlo? Te imagino todos los días firmando un montón de contratos, recibiendo clientes, ocupado en una reunión interminable o en una *conference call* mientras tus compañeras te miran admirando tu inteligencia.

»Quién sabe cuántas chicas te persiguen, cuántos corazones has roto en las grandes calles de Milán.

»Sonrío y pienso que da igual en qué te hayas convertido, porque dentro de ti sigue existiendo el niño obsesionado por el cine, el director de nuestra pequeña película inacabada, mi primer amor, que nunca ha llegado a nacer.»

Cuando lo veo delante de mí, me sobresalto de nuevo.

—Hola —me dice.

—Hola.

De pie, delante de mi mesa, parece aún más alto, de manera que tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo los ojos.

—¿A... Aún estás aquí? —logro preguntarle, venciendo la timidez.

Se encoge de hombros, hasta ahora no veo que tiene en la mano un paquete rojo.

—Tengo que quedarme para echar una mano, al menos hasta que le encuentren un sustituto... a ella...

De repente, una oleada anómala de dolor nos arrastra a los dos y nos deja sin aliento. Stella debía sustituir a Marina, la vieja camarera; Stella debería estar aquí y no a dos metros bajo tierra. Este debía ser nuestro verano mágico.

Me estrello de nuevo contra el muro de la realidad, me pregunto hasta cuándo me dolerá tanto.

Cuando la joven con la que estaba hablando Giorgio se levanta moviendo ruidosamente su silla, Massimo se rehace y los mira.

—Por lo visto a mi padre no le gusta nadie —dice señalando a Giorgio, que le está diciendo que no con la cabeza.

—Comprendo... —digo, imaginando que debe de ser la enésima candidata al puesto de camarera para la temporada.

El suspiro de decepción de Massimo se traduce en una sutil alegría en mi pecho cuando caigo en la cuenta de que voy a poder verlo todos los días hasta que su padre encuentre a la sustituta.

—¿Qué vas a hacer con el trabajo? —le pregunto.

—Trataré de seguir lo que pueda desde aquí, pero espero no tener que quedarme muchos días o me volveré loco. Este lugar es un infierno.

Lo dice con tal desprecio que se me pone la piel de gallina. Mira alrededor como si fuera un pez fuera del agua, como si la que antaño era su casa solo fuera un obstáculo a su futuro luminoso hecho de *sushibar* y encuentros mundanos. La cosa más mundana en este lugar es la fiesta de santa Cristina, cuando la procesión y la banda atraviesan los callejones siempre iguales del pueblo. Supongo que le parece bastante patética.

—En cualquier caso, ten, debo darte esto —dice en tono apresurado mientras me tiende el paquete de color rojo.

—¿Qué... qué es?

«¿Me ha comprado un regalo?» Agitada por la sorpresa, mi mente no logra formular un pensamiento.

—He tratado de... de ordenar la habitación de Stella y he encontrado esto, es para ti —dice secamente, tendiéndome la pequeña caja. En el cruce de la cinta con la que está atada hay una nota. Cuando reconozco mi nombre escrito con la caligrafía de Stella mi corazón da un vuelco.

—Gracias —digo, y Massimo se aleja, como siempre.

No sé cómo logro esperar hasta la noche para abrir el paquete. No quise hacerlo en el restaurante ni en el trabajo, porque estaba segura de que no iba a poder contener las lágrimas.

Sea lo que sea, es lo último que recibiré de mi mejor amiga.

Hermanita:

Si estás leyendo esta carta significa que no me odias con todas tus fuerzas y que quizá aún quieras volver a hablar conmigo.

Jamás habíamos reñido como lo hicimos el otro día y la verdad es que no sé cómo hay que comportarse en estos casos. ¿Por cuánto tiempo hay que guardar silencio? ¿Cuánto es conveniente resistir antes de dar el primer paso? Porque, no sé tú, pero ¡yo me estoy hartando de esperar!

¡Tengo tantas cosas que decirte que necesitaría una enciclopedia!

Dentro de menos de una hora sale el tren para Pescara y allí subiré al avión que me llevará de nuevo a París. Te estoy escribiendo en mi antiguo cuarto, donde pasábamos las noches mirando películas de terror (mejor dicho, donde yo las miraba mientras tú hacías esfuerzos para respirar debajo de las sábanas, donde te habías escondido muerta de miedo). ¡Qué tiempos aquellos!

Pero ¡vayamos por orden!

¿Por qué te escribo esta carta? Porque quiero pedirte perdón por la manera en que te dije esas cosas el otro día: sé que pude parecerte arrogante y presuntuosa y lo siento (aún podía oír el maldito comentario que había hecho mi padre poco antes y me doy cuenta de que fui demasiado ácida contigo).

Pero no retiro lo que te dije. Lo pienso de verdad.

No pretendo decirte cómo debes vivir tu vida, solo quiero que todo lo que haces lo hagas porque quieres y no porque tienes miedo de probar cosas nuevas. Permíteme que te diga, Sole, que te conozco demasiado bien para no pensar que es así.

Eres mi puerto seguro, siempre lo has sido. Reconozco que cada vez que me marchó me gusta pensar que tú te quedas ahí esperándome: siempre he sabido que poco importaba adónde me llevara el viento, porque siempre te habría encontrado ahí al regresar. Siempre has sido mi fuerza, la fuente de valor que necesitaba para alzar el vuelo, pero nunca he pensado que, en lugar de dejarte aquí plantada, esperándome, debería haber insistido para que tú te marcharas también.

Sin embargo, en estos días, debido a lo que estoy viviendo, he comprendido que tú también debes recoger el ancla y zarpar. Quiero que te suceda lo que me acaba de suceder a mí, pero para que eso te ocurra es necesario que salgas al encuentro de la vida en lugar de escapar de ella. ¡Quiero que seas tan «superfeliz» como yo lo soy ahora!

La vida es tan corta... ¡Piensa en todas las cosas que te has perdido en estos años por culpa del miedo!

Jamás has subido a un avión, jamás has viajado a más de cien kilómetros de tu casa. No te matriculaste en la universidad, a pesar de que todos los profesores te animaban a hacerlo y aseguraban que era una verdadera pena que abandonases así los estudios.

Jamás has tenido novio y las dos sabemos que no es cierto que no te hayas enamorado como quieres hacer creer a todos.

Si he de ser franca, siempre he notado estas cosas, pero nunca he querido decírtelas porque tenía miedo de que te lo tomaras a mal (¡yo también tengo miedo a veces!). Pero ahora, con todo

lo que me está sucediendo y que no veo la hora de contarte, no puedo callar por más tiempo, aunque luego me odies (¡quizá no sea así si has leído hasta aquí!). Como mejor amiga y hermana, siento el deber de empujarte y animarte a lanzarte de cabeza a la vida con la que sueñas. Hasta ahora has vivido a medias y no puedo permitir que sigas haciéndolo.

Por eso te he comprado este regalo. Ya oigo desde aquí cómo me maldices.

He elegido esta caja y un vuelo para que te lances en paracaídas porque te estoy pidiendo que te tires, Sole (¡también literalmente, en este caso!). Me gustaría que por una vez trataras de relajarte, de no tener miedo a fracasar, de no decir que no, de hacer lo que verdaderamente quieres.

¿Sabes cómo se vence el miedo? ¡Haciendo justo lo que temes!

Eres más inteligente, fuerte y valiente de lo que crees. Ponte a prueba, te sorprenderá lo que eres capaz de hacer.

No olvides el mantra: «¡Haz una cosa que te asuste al menos una vez al día!». Verás como, cuantas más cosas hagas, más fuerza encontrarás para hacer otras. Son pocas las cosas a las que hay que temer de verdad, créeme.

Por eso, no te conformes con tu rinconcito seguro, súbete a la vida. Levántate y corre a apoderarte de lo que desees, lo encontrarás cuando superes el miedo.

¡Vive mientras estés viva!

¡Y resplandece, Sole, resplandece todo lo que puedas!

STELLA

P.D.: Si has leído hasta aquí, es porque no me odias (o, al menos, eso espero). Tengo que decirte una cosa, pero no puedo hacerlo por carta, tampoco por teléfono. Debo verte.

Así pues, llámame, búscame, manda una señal y yo te responderé. Siempre.

Un verano, cuando teníamos doce años, Stella y yo decidimos rodar una película con la ayuda de Massimo, que por aquel entonces tenía dieciséis.

Dada la pasión de Massimo por el cine, acordamos que él sería el director y nosotras las protagonistas, ya que éramos las únicas actrices. La historia tenía un título evocador, *The Fatal Book*, y hablaba de dos hermanas que un día encuentran un viejo libro de brujería en una casa en ruinas en un bosque.

A pesar de que la idea de pasar todas las tardes con Massimo me entusiasmaba, no tardó en suceder algo que me hizo cambiar de idea.

Un día, cuando llegamos en bicicleta para empezar a rodar, encontramos una rosa blanca delante de la puerta. En un primer momento no le dimos mucha importancia, pero luego este hecho se repitió puntualmente todos los días.

Al cabo de una semana, Massimo nos dijo que había oído hablar de una antigua leyenda relacionada con aquel lugar, que, por lo visto, estaba maldito. Según nos contó, había descubierto que en la casa había vivido una mujer joven que había muerto asesinada a manos de su marido cuando este la había descubierto en compañía de su amante. Su fantasma era el que traía la rosa blanca todos los días.

Cuando oí la leyenda sobre los fantasmas y las almas en pena que ocupaban la vieja casa, no quise saber nada más de la película. Interrumpimos el rodaje, porque una de las dos actrices protagonistas lo abandonó por miedo.

Cuanto más lo pienso, más me doy cuenta de que el miedo impregna todos mis recuerdos.

Aún me dan miedo los fantasmas. También las palomas, las montañas rusas y la verdad. Me dan miedo los sueños, porque no se realizan, pero también porque se realizan. La soledad me espanta.

Me da miedo no estar a la altura, no ser bastante buena, guapa o inteligente. A veces me siento como si fuera de papel: inconsistente, frágil. Me da miedo la opinión de los demás, perder a las personas que quiero, equivocarme. Siempre me da miedo equivocarme.

Stella tiene... Stella tenía razón. En estos días he leído y releído su carta tratando de demoler lo que me escribió, una palabra tras otra, pero no he podido porque todo es cierto.

Suspiro, las lágrimas resbalan de nuevo por mis mejillas: a estas alturas conocen el camino.

Me ovillo en la escollera pegando las piernas al pecho y apoyo la cabeza en las rodillas. Ante mí, el mar es una tabla azul que se funde con el cielo. Dos gaviotas chismorrear en la brisa, que huele a verano. Echo de menos a mi amiga.

Éramos una constelación especial, ella era la estrella más grande, bonita y luminosa, y yo la más pequeña, la compañera leal que orbita alrededor, pero que nunca podrá tener la misma luz.

Yo no camino dando pequeños saltos.

Yo no hago explotar fuegos artificiales.

Yo no corro hasta perder el aliento.

Yo no tengo unos ojos rebosantes de vida. Mis ojos están llenos de miedo.

Soy como mi tierra: no destaco en nada, nada me caracteriza, nada me representa.

No sé lo que quiero y el miedo es una capa de niebla que siempre me ha impedido ver el horizonte.

Mi mirada se desliza hacia los barcos que están en el mar y recuerdo las palabras que Stella me decía cada vez que se marchaba. No soy un barco que afronta océanos embravecidos, soy un barco inapropiado para plantar cara al mar, la primera ola me arrastra. Soy un barco pequeño y frágil que terminará su existencia en la silenciosa oscuridad del abismo, sin que nadie se haya tomado nunca la molestia de buscarlo.

Empiezo a pensar en todas las cosas que me habría gustado hacer y que nunca he hecho, en todos los sueños que he depositado en el fondo de mi corazón, entre las estanterías de ese pequeño supermercado, en todos los deseos a los que he renunciado porque sabía que jamás se iban a realizar.

Si pienso ahora en mi vida, la muerte de Stella me parece aún más absurda.

El terror ha matado a la chica que nunca le tenía miedo a nada y yo, que vivo aterrorizada por todo, sigo aquí.

Entro en el restaurante, como todos los días, pero el ambiente es más sombrío, oprimente y tóxico de lo habitual.

Patrizia me recibe con una sonrisa que no puede ser más triste.

—¿Cómo va, cariño?

Me encojo de hombros, mis ojos brillan de repente reflejando los suyos. Es inútil preguntarle cómo está.

Patrizia me abraza y suspira. Luego me susurra algo al oído que me pone la piel de gallina.

—Ella no querría verte así. Tienes que hacer un esfuerzo y reaccionar. Tenemos que esforzarnos. Debemos hacerlo por ella.

Cuando me libero de su abrazo apenas puedo contener las lágrimas.

—Es que... ¡es tan difícil! ¡La echo mucho de menos!

—Lo sé. Era un huracán de vida.

Es cierto. Stella era así. No vivía de puntillas, no era una bailarina. Era un volcán en erupción. Nada era igual después de su paso, porque ella se quedaba impregnada en la piel; a diferencia de mí, que resbalo, que soy tan transparente e inaprensible como el agua.

La idea se clava en mi corazón como un cuchillo, jadeo y Patrizia se da cuenta.

—¿Qué te pasa?

—Me siento culpable.

Me escudriña confundida.

—¿Qué quieres decir?

Alzo los ojos del suelo y, por fin, le digo:

—Me siento culpable... por estar viva yo. El mundo necesita más a alguien como ella que a alguien como yo.

Patrizia me vuelve a abrazar y me acaricia el pelo.

—Tesoro, ¡no debes pensar eso!

—Ella era especial, yo solo soy... ¡yo! Si esos locos me hubieran matado a mí, el mundo no se habría dado ni cuenta. Así, en cambio, todo es más... —farfulto.

—¡Basta, Sole! —No me deja terminar—. Ella era ella, tú eres tú. No debería haber sucedido

una desgracia así, ¿no debería haberle sucedido a nadie! —exclama enérgicamente. Después baja la voz—: Pero ha ocurrido y nosotros tenemos que aceptarla como sea. No es posible cambiar las cosas que... que no se pueden cambiar.

Trago saliva con fuerza tratando de engullir el nudo que se me ha hecho en la garganta, además de las palabras de Patrizia.

—Creo que lo único que puedes hacer ahora, que podemos hacer ahora —precisa— es mantener vivo su recuerdo, quererla dondequiera que esté y tratar de vivir como lo hizo ella, sonriendo, con valor.

Aún no puedo hablar, por eso me limito a sacar del bolso la cajita que Stella me regaló.

Patrizia me mira aturdida cuando se la tiendo.

—¿Un salto en paracaídas?

—Me lo regaló para mi cumpleaños. Por lo visto me lo dejó aquí antes de regresar a París.

Patrizia guarda silencio, así que hablo en lugar de ella.

—Además me escribió una carta bastante larga. Quería que me lanzase. En todos los sentidos. También en el literal. Quería que saliera del cascarón, que no me acomodase, que viviera la vida a tope, como hacía ella.

La voz de Patrizia tiembla cuando me pregunta:

—¿Y... y piensas hacerlo?

—No... bueno, no lo sé. —Me encojo de hombros, ni siquiera yo sé lo que quiero hacer.

—Piénsatelo —dice, y acto seguido, con una expresión más resuelta y la voz de nuevo firme, añade—: pero tenía razón sobre una cosa: debes vivir la vida.

Busca mi mirada con los ojos y se detiene en ella.

—Eres como una hija para mí, Sole. Te he visto crecer y te quiero mucho, hoy más que nunca. No debes sentirte culpable por su muerte, pero debes prometerme una cosa.

—¿Qué?

—Que de ahora en adelante vivirás por las dos, por ti y por ella. Así Stella nunca morirá y seguirá resplandeciendo en tu sonrisa. —Los labios de Patrizia se ensanchan, su cara se ilumina—. Vuelve a encender la sonrisa, Sole. Hazlo por mí. Por ella. —Después, su mirada recorre el local, donde parece que haya estallado una bomba y haya dejado solo un montón de escombros—. Vuelve a encender las estrellas. Esta oscuridad nos está cegando a todos.

Mi madre pasó mi infancia temiendo que sudara, enfermara o me hiciera daño.

Me decía más a menudo «¡Cuidado, Sole!» que «Te quiero mucho». Creo que me vacunó contra todo tipo de enfermedades, incluso contra aquellas que estaban erradicadas desde 1632. Era tan aprensiva que llevaba en el bolso un pequeño botiquín de primeros auxilios y tenía el número del pediatra pegado en la nevera para que estuviera a mano en cualquier momento, «porque nunca se sabe». En la playa se convertía en mi sombra: «¡No corras, te vas a caer!», «¡No estés tanto al sol, te vas a quemar!», «¡No vayas adonde no pueda verte!». Me doy cuenta de que mi vida ha estado llena de noes: eran más las cosas que me prohibía que las que me concedía.

Los polvos de talco para no sudar, el bálsamo para que no se deshidratara la piel, el sombrero en la cabeza para que no me diera una insolación. Antes de salir de casa, me abrigaba como una cebolla, a pesar de ser inútil, porque solo podía ir a la playa al amanecer o al atardecer, como si fuera un vampiro. No podía ir al parque si estaba nublado, porque podía llover y entonces podía enfermar de pulmonía. ¿La nieve? Era el apocalipsis.

No podía hacer deporte, porque podía romperme una falange jugando al voleibol, romperme un ligamento practicando gimnasia artística o estropearme los pies con la danza clásica.

Por eso, no es sorprendente que hoy viva oprimida por el miedo.

Mis padres me tuvieron cuando habían perdido ya la esperanza de tener hijos y siempre me han considerado su pequeño milagro. «Habíamos renunciado», me cuenta siempre mi madre, que habla de mi nacimiento como si fuera el de Jesús. «Después de doce años de cuidados, medicinas y hospitales, todos nos habían dicho que no podía tener hijos, así que habíamos renunciado. Cuando hice el test, no me lo podía creer. Un embarazo con cuarenta años pasados era lo último que me podía imaginar. En ese instante comprendí que la Virgen había escuchado mis ruegos, que nos había concedido una gracia.»

De ahí mi nombre, Maria Sole: Maria como la Virgen, y Sole, como el rayo de sol que traje a sus vidas.

Un don del cielo, siempre he sido esto para mis padres, algo infinitamente precioso que hay que proteger a toda costa de la vida.

Trabajaron duro para que nunca me faltara de nada y ahora que están jubilados viven para mí. Y para ver su programa favorito en la televisión todos los domingos.

Por eso estoy segura de que mi decisión no les va a gustar.

Cuando saco del bolso la cajita que contiene el bono para tirarme en paracaídas, la miran como si hubiera sacado un conejo muerto de un sombrero de copa.

—¿Qué es eso? —pregunta mi padre poniéndose las gafas. A mi madre no le sirven, ya ha cambiado de cara.

—Es lo que me regaló Stella por mi cumpleaños. Un salto en paracaídas. He decidido que... esto... lo voy a hacer la próxima semana —balbuceo. Luego, al ver sus caras de incredulidad, lo repito, quizá porque yo misma no acabo de creérmelo—. La semana que viene me lanzaré en paracaídas.

—Es una broma, ¿verdad? —pregunta mi madre en tono belicoso.

—No, en absoluto. Stella me hizo este regalo y creo que debo contentarla.

—¿Estás segura? —pregunta mi padre con voz conciliadora, y yo asiento con la cabeza.

Mi madre, en cambio, está ya furibunda.

—¿Te has vuelto loca?

Sus ojos, desmesuradamente abiertos, me gritan a la cara el desconcierto que siente.

—No, mamá. Stella quería que me lanzase, que viviera la vida a tope, como hacía ella, y no quiero negárselo —resoplo. Después añado alzando la voz—: Lo hago por ella, por lo que nos unía. ¿No lo entiendes?

—¿Acaso quieres morir tú también? ¡No entiendo qué sentido tiene esa locura!

—No... yo... no lo entiendes... —farfullo. Me gustaría explicarme mejor, pero no lo consigo. La ansiedad es un nudo prieto de frustración que me obstruye la garganta.

Es imposible discutir con mi madre. Siempre lo ha sido, porque ella no lo permite: erige un muro que impide cualquier posibilidad de contacto.

Sin embargo, hoy tengo la impresión de que hay algo más. Algo que no tiene que ver conmigo ni con Stella.

—No, no lo entiendo, ¡disculpa! —estalla. Entonces sale de la habitación con su frase preferida —: En cualquier caso, haz lo que te dé la gana.

Es una frase pérfida, porque, en realidad, no significa lo que parece. Solo es una amenaza camuflada de invitación, la mitad de una frase que sonaría más o menos así: «Haz lo que quieras, pero recuerda que, si no haces lo que te digo, no te dirigiré la palabra durante, al menos, una semana».

En mi cabeza salta de inmediato una antigua trampa de angustia que me resulta familiar, que conozco desde que era niña.

Lamento lo que he dicho, siento haberla hecho enfadar, así que cambio de idea. Es lo que suelo hacer.

Salvo esta vez.

Nunca había estado en el hangar del aeropuerto. Parece un garaje enorme y hace que me sienta insignificante. Ante mí, bajo el cálido sol de junio, se extiende la pista, una lengua de asfalto en la hierba.

Llevo un mono negro y unas gafas de plástico en una mano, y estoy pálida, mi cara tiene un preocupante color grisáceo. Acaban de explicarme lo que debo hacer cuando abandone el avión a cuatro mil metros de altura, pero no recuerdo una palabra. Ni siquiera el nombre del instructor con el que voy a saltar, y dudo incluso del mío.

No me reconozco.

Yo, que no subo a la noria porque me da miedo la altura. Yo, que jamás he subido a un avión, estoy a punto de saltar en paracaídas.

Yo.

Salto.

En.

Paracaídas.

Hace un cuarto de hora que me repito lo que estoy a punto de hacer, porque me parece imposible.

Sé que lo decidí de golpe, sin pensar, y ahora me estoy arrepintiendo amargamente. Mi madre tiene razón: ahora me doy cuenta de que es una locura, pero ya es demasiado tarde.

El instructor hace un ademán para indicarme que es hora de marcharnos, de manera que saludo rápidamente a mi padre, a Danilo y a los padres de Stella, que han venido a animarme. Mi madre no me habla desde el día en que le dije lo que pensaba hacer, de manera que ni siquiera intenté pedirle que viniera.

Si pienso en ella, siento que mis convicciones se derrumban y corro el riesgo de tirar por la borda el esfuerzo monstruoso hecho para venir aquí.

Así pues, pienso en Massimo.

Cuando llegó hace media hora, Patrizia me dijo que quizá él iba a venir también, pero no le hice caso. Seguro que tiene algo mejor que hacer. Porque, vamos a ver, ¿alguien como él molestándose por algo así? ¿Por mí?

«Es imposible», me digo, y mientras lo pienso sucede algo increíble: el hangar se abre y entra una luz deslumbrante. Todos los aviones que están en la pista despegan en un difícil vuelo acrobático y el cielo estalla.

Mi corazón despega también y la sangre se apelotona en mis mejillas.

Incrédula, veo que Massimo entra con paso seguro y que todos, tanto en el cielo como en la tierra, varios kilómetros a la redonda, se vuelven para mirarlo. Es inevitable.

«¿Ha venido? ¡Es imposible! ¡Massimo ha venido hasta aquí para verme!»

Un ímpetu de desconsiderada alegría invade mi pecho.

—Hola a todos —dice con su voz redonda, plena y acariciadora.

—Hola —respondo, procurando contener la sonrisa de idiota que pugna por dibujarse en mi

cara desde que lo vi entrar.

El instructor lo escruta y luego le dice esbozando una sonrisa burlona:

—¿Has venido a despedirte para siempre de ella?

Todos sonríen, salvo yo.

Massimo sonríe con los demás y luego sus ojos intensos se posan en mí. Siento que me fallan las piernas.

—¿De verdad quieres hacerlo? —pregunta en un tono divertido que no comprendo. Busco un asomo de preocupación en su voz, pero no lo encuentro.

—Sí... sí... —farfullo poco convencida.

Él mueve la cabeza y me dice algo que es como un puñetazo en el estómago.

—Estás loca —afirma, mirándome como si de verdad lo estuviera.

De repente siento que me invade una mezcla de sensaciones indescifrables, de las que solo reconozco una decepción enorme que me tira al suelo arrastrando todos los aviones que vuelan en el cielo.

—Ven, vamos a ver si se abre el paracaídas —dice otra vez el instructor con un sentido del humor más que discutible, que está empezando a sacarme de quicio.

Dado que no consigo moverme, apoya una mano en uno de mis hombros y me empuja hacia la pista. El único motivo por el que lo sigo es que quedarme aquí mirando la expresión de escepticismo y burla que hay en la cara de Massimo es aún peor que lanzarse al vacío.

No obstante, a medida que me voy alejando del hangar siento una ansiedad oprimente. El avión está cada vez más cerca y tengo que esforzarme para dar un paso detrás de otro desoyendo los latidos de mi corazón, que me gritan: «¡Por el amor de Dios, vuelve atrás!».

Mi paso vacilante debe de inquietar al instructor, porque me pregunta:

—¡Eh! ¿Qué te pasa?

Lo miro con aire escéptico.

—¿Tengo miedo?!

—Ah, yo también, no te preocupes —responde como si fuera la cosa más natural del mundo.

Sorprendida, alzo la cabeza para mirarlo a la cara y comprobar si está bromeando.

—¿Tú también?

—Por supuesto —asiente—. Cualquier persona en su sano juicio tendría miedo de lanzarse colgado de un pedazo de tela a cuatro mil metros de altitud —exclama como si fuera obvio.

—No entiendo mucho de esto, ¿sabes?, pero no creo que sean las palabras más adecuadas que decir mientras subes al avión del que vas a saltar.

Él se echa a reír.

—Es normal tener miedo —dice, mirándome fijamente con sus ojos azules—. Lo que necesitamos, pequeña, es un único, singular y magnífico instante sin miedo. ¡Entonces es cuando se hacen las cosas más increíbles!

Frunzo el ceño, aturdida.

—¿Tirarse de un avión?

—Sí, ¡o declararse a una antigua novia una hora antes de que se case con otro! —Alza los ojos al cielo y suelta una carcajada.

Sonríe también y me relajo por un momento. Me paro delante del avión y respiro hondo.

Desecho la imagen de Massimo del fondo de mi mente y me concentro solo en Stella.

Pienso que estoy aquí por ella y dejo que me invada una sensación maravillosa. Sé que estoy haciendo lo correcto, lo que ella quería.

—Esto va por ti —le digo.
Sonrío, puedo conseguirlo.

—¡Quiero bajar! —Mi grito se oye a pesar del zumbido de los motores.

El instructor esboza una sonrisita astuta, propia del que ha visto la escena un millón de veces.

—¡Bajamos enseguida, no te preocupes, unos minutos más de paciencia, pequeña!

El joven que va a filmarnos se ríe a su lado.

El pánico me impide respirar cuando el instructor se desata el cinturón de seguridad y se sienta a mi lado.

—Esto..., me temo que ya es un poco tarde —me dice, señalando el detector de altitud que marca los fatídicos cuatro mil metros.

La pasmosa tranquilidad de este hombre me pone aún más nerviosa. Mi corazón late demasiado deprisa, no lo podrá aguantar, lo siento.

—Tírate tú, de verdad. ¡Te espero aquí! —digo fuera de mí.

Ellos se echan a reír y, si no fuera porque me va a dar un infarto, abriría la puerta y los tiraría el vacío. Sin paracaídas.

Luego, con los ojos llenos de lágrimas, veo que el instructor se pone en pie, agarra mi cinturón de seguridad, lo desengancha y me obliga a levantarme.

Mis manos están soldadas a la barra de acero que hay delante de la puerta, creo que va a ser necesaria una llama oxhídrica para soltarlas. Es inútil, como decía don Abbondio:[4] «Uno no puede darse valor a sí mismo».

—¿Cuál es tu helado preferido? —me pregunta de buenas a primeras el instructor.

—¿Quééé? —digo, porque no estoy nada segura de haberlo entendido bien. El ruido de los motores es ensordecedor.

—El helado... ¿cuál prefieres?

Frunzo el ceño, aturdida.

—Dios mío... ¿Qué...?

—¡Responde! —exclama.

—Cho... chocolate —digo sin pensar.

Asiente con la cabeza, divertido.

—Bien, si llegamos vivos a tierra, te invito a un helado de chocolate. ¡Prometido!

«¿Si llegamos vivos a tierra?»

Se echa a reír y, ante mi sorpresa, yo también me río, una carcajada morbosa y descontrolada sale de mis labios trémulos.

—O... OK —asiento, incapaz de hacer otra cosa.

En un instante de lucidez, me viene a la mente Massimo: si pudiera verme ahora, pensaría que estoy como un cencerro. De hecho, yo también empiezo a pensarlo en este momento.

—Prométeme que no le dirás a nadie lo que he hecho aquí arriba —le pido al instructor.

Me guiña un ojo con aire de complicidad.

—Tranquila. Nos llevaremos el secreto a la tumba.

Unos segundos después estoy en medio de un azul psicodélico y el mundo pasa a toda velocidad por delante de mí en unos flashes taquicárdicos.

La adrenalina entra en circulación, jamás había visto nada similar.

Mientras bajo en caída libre por encima de las nubes, no acabo de entender si me estoy arrojando en brazos de la muerte o si solo reboso vida. Todo va tan deprisa que no me da tiempo a reconocer el miedo en la vorágine de sensaciones increíbles que experimento.

Ahora soy un gran pájaro negro, mis dedos se cubren de plumas y mis brazos se convierten en dos alas gigantescas que hienden el aire y se abren en el viento. Me siento salvaje, poderosa.

Un sinfín de estratos de cielo me azotan la cara, mi alma se expande y explota en un grito espantoso, que nace en lo más hondo de mí y detona en la nada que me rodea.

Jamás me había sentido tan libre.

Cuando se abre el paracaídas y nos vemos aspirados hacia lo alto, el corazón me estalla en la garganta.

La caída se hace más lenta y a nuestros pies el mundo abre el telón de su plácida maravilla.

Cuando mis pies se posan en el suelo, mis piernas tiemblan bajo el peso de una emoción que no logro contener. Soy viento y soy aire, soy una mezcla de algo desconocido y embriagador.

Estoy colocada. Colocada de vida. Sudo y me estremezco, tiritó, pero jamás me he sentido tan fuerte. Camino con los ojos pegados al cielo, con la música aún en los oídos.

«¿Me has visto? Me has visto, ¿eh? Era lo que querías, ¿verdad? ¿Querías que me sintiera así? ¿Con un temblor en el lugar del corazón y burbujas estallando por todas partes, en la piel, en la cabeza, en lo más profundo de mi alma?»

Cuando entro de nuevo en el hangar del aeropuerto, me recibe el abrazo caluroso de mi padre, que está asombrado. Giorgio y Danilo también me saludan con una sonrisa enorme y me abrazan con afecto.

Patrizia está llorando.

En las lágrimas que surcan su rostro leo un montón de cosas: alegría, estupor, orgullo y una infinita y desgarradora nostalgia de la hija que debería haber estado aquí hoy animándome. El vacío que, en cambio, ocupa su lugar es una vorágine en el terreno. Patrizia me abraza y yo me aferro a ella para no hundirme de nuevo en ese remolino impetuoso.

Mientras estoy en brazos de su madre, que me susurra lo orgullosa que se siente de mí, Stella me parece un poco menos lejana.

Cuando me separo de Patrizia, veo que Massimo me mira desconcertado.

—Bueno, querido. ¡Has perdido! ¡Me debes diez euros! —dice Danilo satisfecho, dándole un codazo.

Los miro sin entender una palabra.

—¿Habéis apostado sobre mí?

Massimo se encoge de hombros como si le importara un comino.

—No te creía capaz de hacerlo, la verdad.

«Capullo.»

La idea me sorprende también a mí cuando pasa por mi mente.

Ha venido hasta aquí porque estaba seguro de que no lo conseguiría. Algo se contrae en mi pecho, un arranque de cólera, como si las palabras de Massimo hubieran tocado un nervio abierto: mi orgullo.

—¿Vamos, Sole? —me pregunta mi padre.

—No, id vosotros. Voy a comerme un helado con... este... —Me vuelvo hacia el instructor, chasqueando los dedos para que salga en mi ayuda.

—Cesare. —Me sonrío con aire de complicidad.

Massimo se ríe, sarcástico.

—¿Ni siquiera sabes cómo se llama?

—Ahora lo sé —le contesto con brusquedad.

No, esta no soy yo, desde luego. Soy adrenalina y nubes, aún estoy volando, mis pies están suspendidos en el vacío.

Además, pensándolo bien, después de haberme lanzado desde un avión, comerme un helado con un extraño al que conozco desde hace solo dos horas no me parece tan aterrador.

Entre otras cosas, porque en tierra firme, sin el peligro inminente de estrellarme contra el suelo, Cesare me cae simpático.

Me acompaña al bar del aeropuerto, compra dos helados y con un ademán me invita a sentarme a una mesa en la sombra, delante de la pista. Al fondo se oye el zumbido de los motores y el aire es terso y cálido, no sé desde cuándo no me sentía tan bien.

—Entonces ¿cómo terminó? —le pregunto de buenas a primeras.

Cesare frunce sus tupidas cejas negras.

—¿Qué?

—Tu ex... ¿se casó después de que tú te declararas? —Sonrío.

En un primer momento, mi pregunta parece sorprenderle, después suelta una sonora carcajada.

—¡Por supuesto! ¡La muy cabrona!

Por primera vez en el día de hoy, me río también muy a gusto; mejor dicho, por primera vez desde que murió Stella, me río muy a gusto. Pero enseguida me siento terriblemente culpable y por un instante no puedo respirar.

¿Cómo puedo reírme si ella se ha ido para siempre?

Me esfuerzo para recordar el extraño sonido de su risa, una mezcla de campanas tañendo en un día de fiesta y el rebuzno de un asno. A medida que va pasando el tiempo, el sonido se va amortiguando, se aleja, como si llegase de un lugar remoto, situado en el otro extremo de la galaxia.

Cesare impide que me hunda en un mar de tristeza. Después del helado, un té frío y una generosa porción de patatas fritas, descubro que es muy hablador. Me cuenta muchas cosas sobre él, sus palabras son las rocas a las que me aferro para no perderme de nuevo.

Es tatuador, tiene una tienda al lado de la estación, y cuando se quita el mono negro, veo que tiene toda su vida grabada con tinta en la piel.

El primer vuelo, el primer salto, los viajes en moto, el nombre de su ex escrito en el pecho y, sin duda, tatuado también para siempre en su corazón.

Por primera vez pienso en el presente, en lo que estoy haciendo en este bar, en un soleado domingo del mes de junio. Pienso en mí, aquí y ahora. Una yo desconocida que acaba de lanzarse desde un avión y que ahora está comiendo patatas fritas con un tatuador paracaidista al que le gustan las motos, los tatuajes y «la cabrona de su ex» más que cualquier otra cosa en el mundo.

Pienso que estoy viviendo el día más increíble de mi vida y enseguida recuerdo que Stella no está aquí y que no volverá.

Tengo un agujero negro en el corazón y de vez en cuando caigo dentro. Hoy me he hundido en esa vorágine y no sé cómo salir de ella con la cuerda de porqués que lanzo al cielo, además de los insultos.

Para no enloquecer, decido mirar el vídeo que me hicieron cuando me lancé en paracaídas, de manera que, aprovechando un rato de tranquilidad, me refugio en el almacén.

Cuando pulso *play* en el móvil y miro la pantalla, no me reconozco. En parte porque tengo la cara desencajada por el miedo y en parte porque aún me parece imposible que haya sido capaz de hacerlo.

Además, cada vez que vuelvo a ver el momento del salto me quedo sin aliento.

Entonces, no me di cuenta de que gritaba tan fuerte, pero ahora comprendo que con ese grito lancé el miedo al viento, porque en mi cara aparecieron al instante un sinfín de emociones diferentes y no quedaba ni rastro del terror.

Unos sollozos me devuelven a la realidad. Aguzo el oído y averiguo que proceden del cuarto de baño. Intrigada, me acerco y por la puerta entornada veo dos chanclas de color rosa y arriba, apoyada en las rodillas, la cara triste de Samanta.

—Hola..., ¿te encuentras bien?

Confío en que responda que sí, porque así podré marcharme, con mis lágrimas me basta y me sobra.

—No...

Suspiro.

—Pues no sé... si quieres que hablemos... esto... o no.

—Mañana hay una fiesta y no puedo ir —dice de un tirón con los ojos llenos de lágrimas.

Trato de adivinar quién puede ser el causante de su tristeza.

—¿Tu madre no te deja ir?

—No, pero ¡no podría ir de todas formas! —insiste, y ahora sí que no entiendo nada.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué?

Mientras alza la barbilla para mirarme a los ojos, se le escapa un sollozo.

—Porque me da vergüenza.

—¿De qué?

—No me gustan las fiestas. Soy insignificante, patosa, torpe. ¡Una nulidad! Siempre me quedo sola en un rincón, sonriendo a todos como si me hubiera quedado pasmada —responde Samanta.

Por un momento no sé si se refiere a ella o a mí.

—¡No es cierto, eres muy mona! Además, solo es una fiesta, ¡no debes preocuparte! —dice la que pasó casi toda la fiesta del instituto encerrada en el baño porque le daba vergüenza bailar.

Samanta se encoge de hombros, el rubor de su cara no logra ocultar el escepticismo con el que recibe mis palabras.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —me pregunta y luego mira mi móvil—. ¿Qué eran esos gritos? ¿Estás mirando una película de miedo?

—Más o menos, es el vídeo que me hicieron cuando me lancé en paracaídas —contesto, haciendo una mueca.

—¡Qué guay! —exclama. En su cara aparece de repente una expresión de auténtico asombro, pero luego parece cambiar de opinión y dice—: Yo nunca podría hacerlo, ¡me moriría de miedo!

El recuerdo me hace abrir desmesuradamente los ojos.

—A mí me faltó poco, créeme.

—Entonces ¿cómo conseguiste tirarte? ¿Cómo venciste el miedo?

Su pregunta me trae a la memoria la carta de Stella: «¿Sabes cómo se vence el miedo? ¡Haciendo justo lo que tememos!».

—Tirándome —contesto, y en ese momento comprendo que es verdad.

Si un instante antes de lanzarme me sentía como estrangulada por un terror ciego, el miedo debió de saltar conmigo, porque luego se desvaneció en el aire. Mientras caía no lo sentía, porque el frenesí de mil sensaciones increíbles y desconocidas me llenaba la mente y el cuerpo hasta hacerlos rebosar.

Bajo su mirada llena de admiración me siento distinta. Me siento un poco más fuerte que ayer y puede que lo sea.

El hecho de haberlo conseguido, a pesar de que ni siquiera yo pensaba que fuera posible, me da una sensación de poder que nunca había experimentado.

Samanta se encoge de hombros y vuelve a hablar desilusionada.

—Me da miedo hasta el avión, así que imagínate... —masculla, abriendo mucho sus grandes ojos negros.

—¡A mí también! Hasta ayer nunca había volado —reconozco.

—Es que no soporto la altura. Me dan miedo incluso las montañas rusas, por ejemplo.

Me encojo de hombros.

—¡A mí también! ¡La feria es terrible!

Samanta me escruta con atención y luego, con un asomo de sonrisa en la cara, dice:

—¡Me da miedo tirarme de una escollera!

Abro los ojos como platos, aterrorizada.

—¡A mí, hasta los patines de la playa!

Contiene la risa y luego confiesa suspirando:

—Me da miedo decirle a mi madre que no me apetece pasar todas las tardes de verano esperándola en el almacén del supermercado.

—Me da miedo decirle a mi madre cualquier cosa que sé que no le va a gustar.

Nos sonreímos con la complicidad de los que viajan a bordo del mismo barco. A continuación retoma la lista de sus miedos.

—Este es ridículo, lo sé.

—¿Cuál?

El tono en el que lo dice me hace reír ya.

Samanta se tapa la cara con las manos.

—¡Pasar de un vagón a otro del tren!

Aprovecho al vuelo la ocasión.

—No me digas, ¿a ti también? ¡A mí me pasa lo mismo!

Cuando aparta las manos, veo en su cara una mueca cómica, parece divertida, pero también indefensa.

—Somos unas miedosas, ¿eh? ¡Nos asusta todo!

—Ya... —admito, y luego sucede algo extraño. En lugar de deprimirme, como sería normal, siento un estremecimiento y, de repente, algo se enciende en mi interior.
El atisbo de una idea.

Después de la conversación con Samanta, anoche no pude conciliar el sueño.

Leí y releí la carta de Stella mientras una frase retumbaba en mi cabeza: «¡Haz una cosa que te asuste al menos una vez al día!».

Esta mañana, en el trabajo, no he dejado de darle vueltas y sigo pensando en ello ahora, que estoy en el restaurante de sus padres. No logro quitármela de la cabeza.

Pero cuando Massimo entra en la sala, mi cerebro se vacía de golpe.

Hago un esfuerzo para no seguirlo con los ojos mientras se mueve entre las mesas, con la mirada torva del que tiene la mente a kilómetros de distancia.

Es como si esta ciudad, este local, esta gente, fueran demasiado pequeños, aburridos y estúpidos para alguien como él. O quizá él sea demasiado fascinante, inteligente y brillante para nosotros.

—Agarraos, esta historia es tremenda.

Me sobresalto al oír las palabras de Ugo.

Mis ojos extraviados se posan al instante en él, que empieza a leer con vehemencia: «Una pitón real de poco más de un metro de longitud ha salido del inodoro de la familia Gennai, una pareja de recién casados que vive en el tercer piso de un edificio del paseo marítimo. Por lo visto, “la bestia” deambulaba por las tuberías de la casa desde hacía una semana».

—Pero ¿cómo es posible que una serpiente de ese tamaño haya acabado en las alcantarillas? —pregunta Patrizia horrorizada mientras corta el pan en la barra.

—Bueno, hoy hay muchos tipos extraños que, en lugar de tener un perro o un gato en casa, ¡prefieren tener serpientes cascabel!

Se me pone la piel de gallina, detesto las serpientes.

Me viene a la mente la conversación que tuve ayer con Samanta, cuando enumeramos nuestros miedos: debería añadir este a la lista.

— Un amigo mío del instituto de aquí, de Lido, tiene una tarántula —añade Massimo, y todos nos volvemos hacia él.

Ahora, sin embargo, ya no pienso en lo orgulloso que es, porque la palabra «araña» me hace temblar. No puedo ni verlas y si tuviera que tocar una me desmayaría.

Así que se me ocurre una idea.

Saco un cuaderno y un lápiz del bolso y me pongo a escribir.

«La primera regla es conocer a tu adversario.»

Es lo que dice siempre Danilo cuando habla de póquer y me pregunto si no valdrá también para mis miedos.

—¿Qué haces?

La voz de Massimo, que está de pie al lado de mi mesa, me distrae de nuevo. Mis ojos resbalan por él, abrazan su tórax, sus bíceps torneados, pero luego, presa del pánico, los obligo a posarse de nuevo en el cuaderno que tengo en la mano.

—Una lista de las cosas que más me asustan.

—Son muchas... —exclama, mirando el folio.

—¿Te sorprende?

—Te conozco desde hace veinte años: me sorprende que el cuaderno te baste para escribirlas todas —contesta, y de nuevo esboza esa sonrisa burlona que me saca de quicio.

¿Desde cuándo es tan arrogante y presuntuoso?

No nos veíamos desde hacía seis años, apenas recuerda mi nombre, pero está convencido de que me conoce como la palma de su mano.

Odio que juzgue sin saber. Odio que se divierta pinchándome justo donde más me duele. Odio no poder decirle que se equivoca. Pero, por encima de todo, odio que mi corazón lata tan fuerte porque está aquí.

Mi orgullo sigue lamiéndose las heridas cuando veo que su mirada se alza hacia el escaparate y se ilumina con un número desproporcionado de vatios.

Intrigada, mi mirada sigue la suya y se cruza con la mirada espléndida de una joven atractiva, con una melena larga y rubia y los labios de color rubí.

—Bueno, tengo que marcharme —farfulla a toda prisa, y me deja plantada aquí, como si no existiera.

Corre hacia ella y la recibe de forma tan ceremoniosa que uno diría que se le ha aparecido la Virgen.

Sin moverme de mi asiento, agarro el lápiz y me pongo a escribir otra vez, quizá solo por despecho, pero aprieto con tanta fuerza la página que el lápiz se parte en dos. No me queda más remedio que aparcar el proyecto durante la hora de comer y hundirme de nuevo en las tranquilizadoras páginas de mi libro.

—Su orgullo —añadió la señorita Lucas— no me ofende tanto como el de otros, pues es fácil de justificar. No puede sorprendernos que un joven tan apuesto, rico y distinguido, con todo a su favor, tenga tan buena opinión de sí mismo. Si se me permite decirlo, tiene *derecho* a ser orgulloso.

—Eso es verdad —contestó Elizabeth—, y a mí no me costaría nada perdonar *su* orgullo si no hubiera herido el *mío*.^[5]

Mis miedos

1. ~~Lanzarme en paracaídas.~~
2. Subir a la montaña rusa.
3. Entrar en la casa del terror de una feria.
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. Tener una tarántula en la mano.

...

—¡Eh, mira aquí!

Samanta deja el móvil en la mesa a la que está sentada y escudriña el cuaderno que tengo en la mano.

—¿Qué es?

Cuando lo abro, siento un estremecimiento de esperanza en la espalda.

—Un proyecto especial dedicado a una persona especial.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta ella con un punto interrogativo dibujado en la frente.

—Es la lista de mis mayores miedos. He decidido afrontarlos uno a uno durante cien días, un miedo al día —trato de explicarle—. Bueno, la lista no está completa, claro. Iré añadiendo poco a poco los miedos que se me vayan ocurriendo. Saltar en paracaídas me ayudó a comprender cuántos tengo, pero sobre todo cuánto camino me queda por recorrer.

Samanta me mira sin decir una palabra y, a la vista de su silencio, las dudas y la inseguridad que siempre llevo dentro se abren paso ofuscando la esperanza, ofuscándolo todo.

—¿Crees que es una locura? —le pregunto vacilante, porque, de repente, la idea ya no me parece tan buena.

La cara de Samanta se extiende en una sonrisa rebosante de admiración.

—¡Me parece superguay!

Es todo lo que necesitaba oír.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Nos sobresaltamos cuando Serena entra en la habitación dando un portazo. Por un momento, nos escruta con suspicacia, luego se dirige a mí—: ¿No sabes que ahí fuera hay gente que te necesita? —dice con el consabido tono de declaración de guerra. A continuación lo usa también con su hija—: ¿Y tú? ¿No deberías estar estudiando?

Nos ha pillado in fraganti, así que Samanta y yo asentimos con la cabeza con aire condescendiente, a pesar de que, al menos en mi caso, siento que me invade la rabia. Me gustaría que ardiera.

El lugar de eso, añado otro punto a la lista antes de seguir a Serena, que ha salido ya.

—¿Qué has escrito? —me pregunta Samanta intrigada.

Cierro el cuaderno para que no pueda leerlo.

—Nada.

—He visto que has añadido otro punto a la lista. ¿Cuál es? —Al ver en sus ojos un auténtico interés por mí y por la nueva idea, me rindo—. Decir lo que pienso.

—¿A mi madre?

Sobre todo.

—También.

—Si consigues hacerlo, serás realmente estupenda —murmura ella con una punta de tristeza en la voz—. Yo hace años que lo intento, pero ella no me hace caso y no me gusta reñir.

La miro con complicidad.

—Te comprendo. Mi madre es igual.

Samanta guarda silencio unos segundos y luego estalla.

—¡Vamos, mírame! ¡Ya no tengo seis años, tengo dieciséis! —me dice poniéndose de pie de un salto, instigada por la frustración—. ¡No puede obligarme a pasar todas las tardes de verano en la trastienda de un supermercado en compañía de un gato narcoléptico porque le da miedo dejarme en casa, donde no puede controlarme!

—No entiendo por qué lo hace, pareces una chica tranquila.

—Y lo soy... ¡demasiado! ¡El problema es que hace un par de meses una amiga mía se metió en un lío y ahora teme que pueda seguir sus pasos!

—¿Qué tipo de lío?

—Salía con chicos más mayores que ella y poco recomendables. Empezó a hacer tonterías y la pillaron robando de la caja de la heladería en la que trabajaba los fines de semana.

Me encojo de hombros.

—Bueno, que ella se haya equivocado no significa que tú lo vayas a hacer también —le digo, mirándola con aire comprensivo. Dado lo rígida y petulante que es su madre, tiene toda mi solidaridad.

Samanta abre desmesuradamente sus grandes ojos negros.

—¡Lo sé, pero díselo a ella!

—¿Y tu padre? ¿Qué piensa de todo esto?

—Mi padre está en Roma, trabaja allí... pero él tampoco es capaz de enfrentarse a mi madre. Por eso la dejó —me confía, acompañando las palabras con una mirada elocuente—. Siempre está nerviosa, no se puede hablar con ella.

—Lo siento.

Samanta se encoge de hombros, después su cara cambia de expresión, la curiosidad puede con la melancolía.

—¿Por dónde vas a empezar? —me pregunta antes de que vuelva al supermercado a recibir órdenes de su madre.

Frunzo los labios.

—¿Dónde dijiste que se celebra esa fiesta esta noche?

En la sonrisa conspiratoria que me dirige Samanta encuentro la respuesta que necesito.

Me siento perdida delante del armario abierto. No tengo nada que ponerme, la última vez que fui a una discoteca fue... no, no sé cuándo fue, hace mucho tiempo, en cualquier caso.

En el supermercado le dije a Samanta que la idea de ir a la fiesta con ella me parecía estúpida, pero a medida que pasan los minutos, noto que mi convicción se va desmoronando.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Qué sentido tiene ir a una fiesta de desconocidos con una cría de dieciséis años que conozco desde hace apenas unos días?

El paño negro de la ansiedad me cubre, es un manto rígido y pesado que no me permite moverme.

El miedo teje sus hilos formando una trama aterradora.

Desde aquí abajo todo se amplifica: la angustia, la desazón, la vergüenza.

Abatida por la inseguridad, desisto y me echo en la cama lanzando un suspiro de rendición. Agarro el móvil y empiezo a escribir a Samanta un mensaje de disculpa.

«Lo siento, pero no puedo.»

No tiene ningún sentido, haría el ridículo y acabaría siendo el hazmerreír de la noche. Es mejor que me quede aquí y lea unas páginas de mi libro antes de dormir.

Con el móvil en la mano, se me ocurre hacer un último y desesperado intento. Voy a YouTube y busco algo fuerte, que me llene de energía. Lo intento con los Bon Jovi. Funcionaron en una ocasión, así que quizá vuelvan a conseguirlo. Pongo a todo volumen *Livin' on a Prayer* y cuando mi madre abre la puerta de la habitación como un rinoceronte, me encuentra saltando en la cama.

—¿Qué demonios estás escuchando? —gruñe con un desprecio que me pilla desprevenida.

Estoy desconcertada.

—Una canción —contesto, y me siento ridícula. Luego, de forma automática, empiezo a disculparme, a pesar de no saber muy bien por qué—. Lo siento, ¿el volumen está demasiado alto o...?

La frase muere en mis labios cuando mi madre me arrebató el teléfono, apaga la canción y tira el aparato encima de la cama. Este rebota y cae al suelo.

—No vuelvas a poner esa música. Nunca —me dice como si me hubiera pillado oyendo un himno a Satanás.

Acto seguido sale y me deja sin saber qué ha sucedido exactamente. La sigo con la mirada y al otro lado de la puerta, en el pasillo, veo a mi padre, que debe de haber asistido a la escena.

—¿Qué le pasa? —le pregunto.

—Nada... —contesta, tratando de quitar hierro a lo sucedido, pero la expresión preocupada de su semblante da a entender algo muy diferente—. Voy a hablar con ella.

Cuando me vuelvo a quedar sola, me siento aún más confusa que antes. Me inclino hacia el suelo para recoger el móvil y me pongo a escribir de nuevo el mensaje para Samanta.

Por casualidad, alzo la mirada de la pantalla y mis ojos se posan en una vieja foto enmarcada que está apoyada encima del escritorio.

Las dos niñas abrazadas y sonrientes disfrazadas de brujas somos Stella y yo.

De repente, por la ventana abierta a la noche tibia, el viento trae recuerdos que había olvidado y sonrío como una idiota, como cuando te despiertas de un sueño maravilloso.

Calabazas monstruosas, linternas encendidas y cestas llenas de caramelos. Teníamos trece años y era nuestra primera fiesta de Halloween. Yo no quería vestirme, me daba vergüenza, pero ella insistió tanto que al final cedí.

Aún me parece oírla: «Vamos, Sole, ¡dí que sí!», me había suplicado juntando las manos y poniendo una cara tan cómica que al final me había arrancado una sonrisa.

Así pues, fuimos a la fiesta vestidas de brujas, con una falda de tul, los labios pintados de negro y un sombrero puntiagudo. Cuando vimos que éramos las únicas disfrazadas, yo quise marcharme enseguida, pero Stella me aferró un brazo antes de que pudiera echar a andar por el callejón. «Qué más da lo que llevas puesto. Ahora estamos aquí, ¡así que vamos a divertirnos!», dijo encogiéndose de hombros.

No sé cómo lo hacía, pero siempre se sentía a sus anchas, era una especie de camaleón, se adaptaba a todas las situaciones. Yo, en cambio, me sentía más bien como un cachorro de oso panda delicado, que, tras haber sido arrebatado a su hábitat natural, corre el riesgo de perecer.

Su naturalidad acabó por convencerme. Hice bien en aceptar, porque al final la fiesta no estuvo tan mal y, a pesar de mi timidez crónica, conseguí divertirme.

Esta vez, también digo que sí.

Borro el mensaje para Samanta y meto el teléfono en el bolso para no cambiar de opinión. El viento estival canta y me pide que vaya a la ventana, donde el cielo está tachonado de estrellas. Los puntitos minúsculos de un bordado luminoso brillan en un paño de seda azul. Respiro hondo el aire fresco de la noche y mi corazón se enciende en la brisa que huele a jazmín.

La noche responde y con su aliento ligero me susurra que vaya, que se ha hecho tarde, que el verano está a punto de estallar. Y será un verano mágico. Un verano sin miedo.

—¿Tu madre te ha dicho algo? —pregunto a Samanta.

—Mi madre cree que estoy en casa de Rachele y que me quedo a dormir allí.

La joven que está a su lado da un paso hacia delante y se presenta:

—Encantada, soy Rachele.

Asiento con la cabeza mientras le estrecho la mano.

«Estupendo, la noche no podía empezar mejor», me digo.

He quedado con Samanta en un local del paseo marítimo, la música ensordecedora se oye desde la carretera.

Con mi carga de inquietud a cuestas, entro con las jóvenes y me abro paso en la multitud. Encima de nosotras varias bailarinas se mueven sobre unos cubos como vestales ardiendo con el fuego sagrado de la libertad.

Al reunirnos con los amigos de Samanta me doy cuenta de que, en medio de este nutrido grupo de alumnos del instituto, la vertiginosa reducción de la edad de los que me rodean es inversamente proporcional a la desazón que siento, que en este momento alcanza cimas inexploradas.

—¡Lucas De Santi ha venido también! —murmura Samanta mientras su cara cambia de color.

—¡Diosmíooo! —grita Rachele, llevándose las manos a la boca pintada de rojo.

Siguiendo sus ojos soñadores mi mirada se posa en un joven moreno, alto y descoordinado.

—¿Es él? —pregunto.

Aterrorizada, Samanta inmoviliza mi mano.

—¡Sí, pero no lo señales!

—¿A que está buenísimo? —me dice Rachele, exhalando un suspiro—. Su madre es una exmodelo brasileña de origen alemán. Su padre jugó en el equipo italiano de baloncesto. Su ADN debería ser patrimonio de la UNESCO. —De repente, olvida la genética y su semblante se ensombrece—: ¡Ahí está! ¡Empezaba a preguntarme dónde se había metido la Abeja Reina!

Presumo que la Abeja Reina es la joven rubia y esbelta que, a pesar de tener dieciséis años, aparenta veinticinco y que está coqueteando descaradamente con el guaperas de Lucas. La historia de siempre.

La cara de Samanta se contrae en una mueca dolorosa y siento un arrebato de sincero afecto por ella. Sé de sobra cómo se siente.

—Maldita Daniela Di Pilla —resopla Rachele, que luego trata de consolar a su amiga—. ¡Vamos, no te enfades! ¡Mira cuántos chicos han venido esta noche!

En efecto, el local está abarrotado, a tal punto que me cuesta respirar. Samanta parece estar en un tris de echarse a llorar, así que le propongo que salgamos a la terraza que da a la playa.

Dejo que la brisa me acaricie, pero también allí siento que un pensamiento repentino e insistente me sofoca: ¿y si un loco armado con un kalashnikov se mezclara con la multitud de muchachos que están sonriendo a la vida y empezase a disparar?

Sucede. Sucedió.

Siento que la ansiedad se apodera de mí, que puede abatirme en cualquier momento, y sé que

debo hacer algo, porque no voy a poder resistirlo mucho tiempo.

«Quiero vivir mientras esté viva. Quiero vivir mientras esté viva —me repito—. Es mi vida. ¡Ahora o nunca!»

Si funcionó cuando salté al vacío, funcionará también para bailar delante de un joven borracho.

Media hora después comprendo que no, no funciona.

De repente, los cócteles de colores que los jóvenes tienen en la mano delante de mí me parecen increíblemente apetecibles.

No bebo alcohol, nunca me he emborrachado, pero supongo que en esos casos se dice: «Necesito beber algo», y, en efecto, es así.

Hago un ademán a Samanta para indicárselo y mientras nos dirigimos hacia la barra, vemos a Lucas.

Está rodeado de su grupo de amigos, demasiado ocupado riéndose y discutiendo con ellos para notar la presencia de la chica que solo sueña con él en silencio.

La cara de Samanta vuelve a teñirse de un color preocupante, casi burdeos, y siento una incontenible ternura por ella, porque en sus ojos soñadores me veo a mí misma a su edad.

Cuando Lucas pasa por delante de nosotras, Samanta hace acopio de valor y se aventura a dirigirle un leve saludo con una mano, al que él se digna a responder con una fugaz mirada.

La historia de mi vida, en pocas palabras.

La decepción que refleja la cara de Samanta me parte el corazón y me hace recordar el verano de mis dieciséis años.

Stella era una de las chicas más populares del instituto, en parte por su carácter extrovertido, pero también porque era el centro de cualquier actividad extraescolar, del equipo de voleibol a la compañía teatral.

Al final de aquel curso, los chicos mayores organizaron una gran fiesta en un local del paseo marítimo a la que asistieron alumnos que, como Massimo, habían terminado el instituto el año anterior.

Como es de suponer, él no me hizo el menor caso: acababa de volver de Milán, donde había terminado el primer año de universidad.

Pasé la velada sentada en un muro bajo e incómodo mientras, alrededor de mí, mis compañeros se abrazaban en los sofás o se desmadraban en la pista. Stella no solo estaba con ellos, los dirigía.

Cuando se sentía el centro de atención, como esa noche, Stella se olvidaba de mí. Eso me hacía sufrir, aunque sabía que mi amiga no lo hacía adrede, simplemente era así.

Debía saludar a tantos amigos y tenía tantas cosas que decir y tantas canciones que bailar que no podía parar siquiera un momento a recuperar el aliento.

Por otra parte, yo no era como ella y enseguida me cansaba del barullo. No estaba hecha para lugares tan abarrotados y ruidosos como ese.

Solitaria por naturaleza, prefería llenar mi vida con las emociones que me procuraban los libros. Bajo mi capa de timidez, observaba de lejos a las otras chicas, más descaradas y preparadas para ser mayores que yo, y me sentía como un pez fuera del agua.

Necesitaba atenciones reales y palabras sensatas, en lugar de pronunciadas a voz en grito y alteradas para poder ahogar la música a todo volumen.

Por eso me encerraba en mi mundo y me quedaba allí.

Cuando a alguien se le ocurrió jugar a la botella, me fui a la playa para respirar la magia de la noche y mirar las estrellas silenciosas y sinceras.

—¿No quieres jugar?

Una voz familiar quebró la oscuridad y el silencio. Me volví y vi a Massimo, que se estaba sentando a mi lado con una botella de cerveza en una mano. Hizo ademán de ofrecérmela, pero yo la rechacé.

—No, no me gusta —contesté, aludiendo a la cerveza y al juego.

—Quizá te pierdas un beso —me dijo esbozando una sonrisa maliciosa, que aceleró mi corazón—. Creo que es el único motivo por el que seguimos proponiendo ese viejo y estúpido juego.

Me encogí de hombros.

—Exacto.

—¿Qué quieres decir? ¿No quieres que te besen? —preguntó intrigado.

—Claro que sí, pero no quiero que lo haga cualquiera —confesé, y me alegré de haberlo hecho envuelta por el manto de la noche, porque este le impedía ver cómo me había ruborizado por hablar de ese tema con él.

Massimo comprendió al vuelo.

—Sería tu primer beso, ¿verdad?

—Sí, y quiero que sea inolvidable, con el amor de mi vida —declaré con una firmeza repentina, que se deshizo bajo su mirada inquisitiva—. Te parezco patética, ¿verdad?

—No —dijo serenamente—, me parece bonito que sepas quién eres y lo que quieres.

Por la manera en que desvió la mirada y la fijó en el horizonte entendí que estábamos tocando un tema espinoso.

—¿Por qué? ¿Tú no lo sabes? —le pregunté.

Él se encogió de hombros y, exhalando un largo suspiro, contestó:

—Ya no.

La inquietud que delataba su voz me estremeció, hubiera dado lo que fuera por ayudarlo, no podía verlo así.

—¿Por qué?

Massimo volvió a suspirar.

—Es complicado.

—¿No te gusta vivir en Milán? —aventuré.

—No es como me imaginaba. No se parece en nada a esto —dijo, recorriendo la playa con la mirada.

—¿Te sientes solo?

Se volvió a encoger de hombros.

—Quizá sí.

—Entonces ¿por qué no vuelves a casa? —aventuré de nuevo, deseándolo con todas mis fuerzas.

Lanzó un nuevo suspiro cargado de inquietud.

—Ya te lo he dicho, es complicado —murmuró.

—Te escucho —le dije. El deseo de ayudarlo pudo incluso con la timidez.

Como una mariposa pequeña e indefensa, trataba de abrirme paso de puntillas en su mundo y en su corazón.

Él se volvió y me miró de nuevo, me sonrió e hizo amago de decir algo, pero alguien lo llamó en ese momento gritando desde la calle.

—Debo marcharme —dijo, y por unos segundos me pareció ver una mueca de decepción en su cara, como si hubiera preferido quedarse a charlar conmigo en lugar de irse de juerga con sus amigos del instituto.

—Está bien —dije, tratando en vano de ocultar la desilusión que sentía—. Bueno, si necesitas hablar con alguien, ya sabes —solté de un tirón antes de que se marchase.

Él se quedó de pie a mi lado, me miró un instante y me sonrió como nunca lo había hecho.

—Eres tan dulce, Sole —susurró como si las palabras resbalaran de sus labios sin que pensara en ellas—. Si no fueses como una hermana para mí, esta noche te besaría yo.

Esa fue la primera y última vez que Massimo y yo hablamos en serio. Nos vimos tres o cuatro veces más después de esa noche, pero nunca volvimos a conversar.

Y a pesar de que de eso hace ya nueve años, sigo siendo la niña que suspira en la orilla del mar.

La voz del camarero me devuelve al presente.

—¿Qué quieres, guapa?

Pánico.

¿Qué se bebe en una ocasión como esta? ¿Cómo se llaman los cócteles de colores que he visto pasar durante toda la noche?

¿Y si me emborracho?

¿Y si no me emborracho?

—Esto... —murmuro, mirando alrededor con la mente vacía. Luego, un joven que está a mi lado me dice: «Un vodka solo», así que repito—: Un vodka solo. Mejor dicho, dos.

—Sole, recuerda que no puedo beber.

A mis espaldas, Samanta me tira de la camiseta.

Me vuelvo y esbozo una sonrisa nerviosa, que refleja cómo me siento.

—El segundo no es para ti, es para mí.

Mientras ella me mira, entre confundida y divertida, agarro la pequeña copa de forma acampanada. Guiño los ojos y a continuación, como si fuera una medicina, apuro el primer vodka de un sorbo, luego el segundo.

Una llamarada se eleva en mi estómago y me estalla en la garganta, mis ojos se llenan de lágrimas y la cabeza me da vueltas por un instante. Me agarro a la barra para recuperar el aliento.

Samanta se ríe a mi lado.

—¿Cómo va?

—Estoy ardiendo, creo.

Trastabillando, la sigo hacia la pista de fuera, buscando espacio y un poco de aire fresco. La brisa del mar parece contener el incendio.

El vodka me produce la sensación de estar evaporándome, justo lo que quiero.

Rachele ha encontrado a varias amigas y se ha ido a bailar con ellas en el centro de la pista para llamar la atención de Lucas y sus amigos, que son desenfadados, terriblemente fascinantes.

Samanta, en cambio, se ha quedado conmigo. Por lo demás, somos dos que sonríen sin participar en la diversión.

Nos hemos hecho un hueco en la multitud, en un rincón próximo a la salida. Estamos a un paso del aparcamiento. Da la impresión de que hemos intuido un peligro inminente y de que necesitamos tener una vía de escape preparada.

Bailamos un rato, si es que a mover las caderas de forma imperceptible, pasando el peso de una pierna a la otra, se le puede llamar bailar.

A pesar del vodka, o quizá precisamente por él, comprendo al vuelo que esto no es lo que debo hacer.

Es demasiado fácil, así no tiene sentido, en esta nueva zona de confort donde me he refugiado no hay miedo ni valor.

Recuerdo las palabras que me dijo Cesare poco antes de subir al avión: «Lo que necesitamos,

pequeña, es un único, singular y magnífico instante sin miedo. ¡Entonces es cuando se hacen las cosas más increíbles!».

Así pues, espero este fatídico instante, o que el vodka borre las inhibiciones y ofusque mi capacidad de juicio, de forma que por fin pueda mirarme con más indulgencia. Pero no sucede nada de eso.

Al cabo de unos minutos empiezo a pensar que voy a tener que ser yo la que provoque los acontecimientos, porque, de lo contrario, esta noche será monótona e insignificante y pasará antes de que pueda darme cuenta, como siempre me ha sucedido.

Recorro con la mirada la pista buscando un asidero, una idea, algo, y al final lo encuentro.

Apunto al pinchadiscos, que está de pie junto a la consola, al otro lado de la sala, con una copa en una mano y los auriculares en la otra. Me dirijo hacia él con paso firme, sin dejar de mirarlo, como movida por una fuerza invisible que me abre paso entre la gente.

—¡Hola! —le digo gritando.

El pinchadiscos, un joven corpulento con cara simpática, me escruta desde lo alto.

—¡Hola!

La energía que me ha traído hasta aquí se desvanece de repente: me siento cohibida, no sé qué decir.

«Pero ¿qué demonios estás haciendo? ¡Apártate de ahí!», me grita la vocecita de la razón en la cabeza.

«¡No, no la escuches, adelante!», grita más fuerte alguien en otro lado. No sé quién es, pero no es el vodka que acabo de beber, seguro.

El grito procede de mi interior, de un lugar oscuro y profundo donde nunca he estado. Es como un rugido que libera una energía desconocida.

Dura solo un instante, pero un instante es lo único que necesito.

—Escucha, tengo que bailar. ¡Bailar de verdad! —farfullo, agitando las manos.

El joven sonríe divertido, probablemente se pregunta cuánto he bebido.

—¡Tienes suerte, has venido al lugar adecuado!

—Sí, pero... no lo entiendes... Stella, esto, mi mejor amiga ha muerto y yo tengo que bailar como sea, desmadrarme como nunca lo he hecho.

Él entorna sus ojos oscuros y me mira de través.

—No era una gran amiga, ¿eh?

—No... grrr... —Suspiro frustrada tratando de ordenar mis ideas. Cuando retomo la palabra, hablo con toda la convicción de la que soy capaz—: Me he retado a mí misma, ¿vale? Nunca he bailado en una fiesta. A ella le habría gustado que venciese el miedo. Le habría encantado verme bailar. De manera que, te lo ruego, ¡pon algo que obligue a bailar incluso a una tipa tan tímida, insegura, vergonzosa y torpe como yo!

En un primer momento, el pinchadiscos me mira titubeando, tengo la impresión de ver un punto interrogativo enorme fluctuando en su cabeza. Seguro que piensa que estoy como una cabra.

Pero luego, cuando sus labios se ensanchan en una amplia sonrisa que casi roza la comisura de sus ojos, algo se libera en mi pecho y recupero la respiración que he contenido sin darme cuenta hasta ese momento.

—OK —me dice con aire de complicidad, y empieza a pulsar teclas en la consola—. Bailarás esta aunque no quieras, tesoro. —La elocuencia de su mirada me produce un escalofrío en la espalda—. ¡Ve y desmelénate como si no hubiera un mañana! —dice, y luego añade algo que roba un latido a mi corazón—: Apuesto a que ahí arriba te está mirando una estrella.

Le doy las gracias con una sonrisa y mientras vuelvo al lado de Samanta, la música cesa de repente, las luces dejan de girar emitiendo rayos de colores y quedamos envueltos en una débil penumbra.

—¡Parad, chicos! ¡Todos parados! —dice el pinchadiscos en el micrófono, y de repente todo el mundo se detiene estupefacto, yo más que nadie—. Es la primera vez que me ocurre algo así. Debemos ayudar a esta chica. ¡Acércate, deja que te veamos!

Un foco deslumbrante me ilumina, si pudiera ir a la playa y enterrarme en la arena lo haría. Esbozando una leve sonrisa alzo una mano temblorosa y miro alrededor como si fuera un cervatillo acechado por un grupo de cazadores. La cara me arde.

Cuando empieza a sonar *Basket Case* de los Green Day pienso convencida que el pinchadiscos debe considerarme un caso desesperado, una loca, y suelto una carcajada nerviosa.

—Se ha retado a sí misma a bailar en público y tiene que superar el miedo que le da hacerlo. ¿Queréis ayudarla? —El pinchadiscos invita a los jóvenes que ocupan la pista gritando por el micrófono—: ¡Vamos, bailemos todos con ella!

La respuesta es entusiasta e inesperada, un grito ensordecedor que ahoga la música y el miedo. Los mismos jóvenes que hasta hace un minuto me aterrorizaban saltan ahora alrededor de mí al ritmo frenético de esta canción, que rebosa energía.

Así pues, como hice ya en una ocasión, me concentro en la música sin pensar en nada. No pienso en la camiseta pasada de moda, ni en el pelo despeinado, ni en lo torpe que soy, ni en lo fea que debo de estar en este momento. Solo pienso en la guitarra apremiante, en la batería, que me retumba en el pecho; pienso en la fabulosa e increíble energía que está brotando en mi interior y que me impide quedarme quieta.

No es el alcohol, es algo que se eleva en mi interior y cabalga mi respiración.

De esta forma me pongo también a saltar, primero poco a poco, después cada vez más fuerte, cada vez más alto. A cada salto, a cada nota, me siento más ligera, libre del peso de no sentirme adecuada, de la ansiedad con la que me muevo todos los días.

Cuando un chico se acerca a mí y me da un golpe con un hombro estoy lo suficientemente preparada y exaltada para devolvérselo. Lo mismo hago con la rubia que me empuja desde el otro lado.

Al cabo de unos segundos estoy bailando en medio de la gente, que me anima, me sonríe y me contagia su increíble energía, que, al unirse a la mía, estalla encima de nuestras cabezas en una llamarada. Estoy cargada como una bomba y cuando siento que me agarran las piernas y me alzan en el aire, no opongo resistencia, todas las barreras han caído y ya no tengo límites.

Con la música pulsándome en la cabeza, las venas, el cerebro y los pulmones, acabo tumbada encima de decenas de manos que saltan, pero no tengo miedo de caerme, porque es como si estuviera volando.

Debajo de mí está todo lo que he temido durante toda la noche, durante toda mi vida.

Encima de mí solo está el cielo tachonado de estrellas.

Estoy demasiado borracha para conducir. Estoy demasiado borracha para hacer cualquier cosa. Me sucedió lo mismo cuando toqué tierra después de saltar en el paracaídas: siento renacer en mí una fuerza increíble, una especie de coraza.

Estoy sudada y despeinada y se me ha corrido el rímel, pero jamás me he sentido tan bien.

El sol, que asoma por el mar, me mira sorprendido y sonrío también al verme aquí, tumbada en la arena, descalza y aturdida.

A mi lado, Samanta está volviendo a ver el vídeo que me hizo mientras bailaba en el centro de la pista. Se ríe de buena gana y no hace más que repetir lo mucho que se divirtió anoche. Es la primera vez que la veo tan feliz desde que la conozco, por lo general está aburrída y enfurruñada en el almacén del supermercado.

—¡Has estado genial! ¡La tipa más dura de toda la noche! —exclama entusiasmada mientras una chica con la cara idéntica a la mía y los brazos levantados grita con todas sus fuerzas en la pantalla la sensacional emoción que acaba de estallar en su interior.

—¡Exagerada!

—Yo no digo nada, aunque lo pienso. ¡Lo dice la mitad de mis amigos en Facebook! ¡Lucas también! —Samanta me tiende el móvil y yo lo agarro.

—¿Lo has publicado? A ver...

Guiño los ojos velados por el cansancio y veo las decenas de comentarios sobre mi exhibición y las veces que la han compartido.

Qué locura, jamás me había sucedido algo así. Igual que tampoco había bailado hasta quedarme sin aliento, ni había sido el centro de atención durante una noche, ni había desayunado cruasanes calientes esperando el amanecer en la playa.

Los recuerdos confusos de las últimas horas se asoman a mi mente como flashes de luces psicodélicas y mientras trato de comprender si todo es verdad o si lo he soñado, Samanta me devuelve a la realidad diciendo en tono fúnebre:

—¡Dios mío, mi madre está ahí!

De repente, su mirada se llena de terror. Me vuelvo hacia el aparcamiento y reconozco la furia llameante en el semblante de Serena a un kilómetro de distancia.

Samanta y yo nos levantamos de golpe. O, mejor dicho, ella lo hace mientras yo lo intento y caigo miserablemente en la arena. La playa me da vueltas. Respiro hondo y trato de levantarme otra vez, pero de repente me parece tener ciento cinco años.

—¿Qué haces aquí, mamá? ¿Cómo has...? —pregunta Samanta con voz trémula, debido a la carrera, pero también al miedo. Corro hacia ella para ayudarla y tratar de explicar no sé qué a Serena.

—Rachele se equivocó de número y, en lugar de llamar a su madre para que fuera a recogerla, me llamó a mí —dice, y en la cara de Samanta leo escrita en mayúsculas la palabra IDIOTA, referida a su amiga.

—Supongo que sabes que pasarás el resto de tu vida castigada.

Serena lanza una mirada furibunda a su hija, que acepta el castigo balbuceando:

—Lo siento, te lo juro, no volveré a hacerlo.

El buen humor que iluminaba su cara hasta hace cinco minutos se ha desvanecido con la llegada de su madre.

—Me has mentado, has llegado tarde, has bebido.

—¡No es verdad, no he bebido! —lloriquea mi amiga.

—¿Cómo puedo creerte después de lo que ha sucedido? ¡Jamás volveré a creer nada de lo que salga de tu boca! Se ha acabado, señorita: se acabó el móvil, se acabó salir con tus amigas, se acabó ir a la playa por las tardes. ¡Pasarás el resto de las tardes de este verano encerrada en casa!

—Siempre estaba encerrada en el almacén, así que no cambia mucho —digo a media voz, con la mirada perdida en algún rincón de la playa. Ni siquiera yo sé cómo se me puede haber escapado una frase así.

En cualquier caso, ha sido en un susurro, espero que no me haya oído.

—¿Qué? —me pregunta, y yo me vuelvo haciéndome la tonta.

—¿Eh?

—¿Qué has dicho? —repite irritada.

—Nada.

—Te he oído. ¿Te parece mal cómo educo a mi hija?

—No —respondo, pero luego la joven que ha bailado durante toda la noche, la que ha tocado el cielo con un dedo y después ha vuelto a bajar, habla por mí—: ¡Por supuesto que sí! ¡Claro que me parece mal! —oigo que grita—. ¡Tratas a tu hija como si fuera un perrito amaestrado que debe pensar y hacer todo lo que quieres! ¡Aunque, la verdad, tratas así a todas las personas que te rodean!

A continuación, yo, que siempre he estado callada, que he encajado en silencio sus comentarios y reproches, le vomito lo que estoy deseando decirle desde hace semanas.

—Ponte recta cuando te sientas en la caja, Sole: pareces insegura y eso arruina la estrategia de venta. Debes mostrarte enérgica y feliz, aunque lo justo, porque si te pasas, el cliente puede sentirse incómodo —digo, imitándola con una vocecita chillona y antipática—. ¡Luego está la epopeya sobre la manera de poner los productos en las estanterías! Podrías escribir un libro. Mejor dicho, podrías venderla por entregas en los quioscos. ¡En entregas bien colocadas, por supuesto!

Serena hace amago de decir algo, pero la interrumpo, no hay quien me pare.

—¡No, no, espera, espera! ¿Qué me dices de los términos técnicos que tanto te gusta intercalar para darte aires? —La imito de nuevo con voz chillona—: «¡Oh, Danilo, debemos hacer un *advertising* que aumente nuestra *brand awareness*!» —exclamo, agitando estúpidamente una mano—. Aunque mi preferida es: «¡Tenemos que trabajar en la *shopping experience* de los clientes!».

Chasqueo la lengua y la miro fijamente.

—Pero, me pregunto, ¿has visto a nuestros clientes? Esa pobre mujer, la señora Panichella, que compra croquetas para perros fantasmas y tres manzanas todas las mañanas, ¡¿qué *shopping experience* quieres que tenga?!

Serena abre desmesuradamente los ojos mientras yo me preparo para el gran final.

—Esto es lo que haces con todos, todos los santos días. ¡También con la buena de tu hija! Solo tiene dieciséis años, se equivocó, te ha pedido perdón y te ha prometido que no volverá a hacerlo. ¿Qué más se supone que debe hacer, suplicarte de rodillas? Le estás arruinando el verano con tus obsesiones y probablemente le arruinarás la vida si sigues así, pero no te das cuenta, porque estás

demasiado ocupada odiando a todo el género humano. Lo que hace tu hija está mal. Lo que hago yo siempre está mal. Lo que hace Danilo está mal. Incluso has criticado al gato Ernesto, que se pasa la vida en una larga y continua fase REM. ¡Vamos, di que eres la única que lo hace todo bien! ¡Menudo coñazo, Serena!

Grito y luego incluso lo deletreo:

—¡M-E-N-U-D-O-C-O-Ñ-A-Z-O!

Se hace un silencio gélido: nadie, ni siquiera yo, se esperaba que reaccionara así.

Samanta se muerde el labio tratando de contener la risa. Su madre, en cambio, se está tragando de forma más que evidente la retahíla de insultos que debe de haberle subido a la garganta.

Supongo que ahora se abalanzará sobre mí o hará algo por el estilo, pero me equivoco de medio a medio.

Sin decir una palabra, agarra por un brazo a Samanta, me lanza una última mirada gélida, cargada de desprecio, y a continuación se vuelve y se marcha arrastrando a su hija.

Un minuto después estoy sola en el arcén, contemplando el coche de Serena, que se aleja derrapando. Tardo un poco en comprender lo que ha sucedido. Luego, dado que no me queda otra opción y que no estoy en condiciones de conducir, exhalo un suspiro de resignación y echo a andar bajo la luz del alba.

Son casi las seis de la mañana y en la casa aún reina el silencio. Mis padres están durmiendo y no quiero despertarlos.

Jamás he vuelto tan tarde y no sé qué prevé el protocolo de la joven desconsiderada en la que, a todas luces, me estoy convirtiendo, pero supongo que la primera regla es no encender la luz.

Así pues, me tambaleo en la penumbra con los zapatos en una mano y el móvil en la otra, iluminándome con la pantalla.

Entrar a hurtadillas en mi casa me produce un sutil estremecimiento de excitación, pero, cuando casi estoy segura de haberlo conseguido, oigo el tono seco de mi madre, que me azota en la espalda como un latigazo.

—¿Te parecen maneras?

Jamás me ha hablado con tanta rabia y, por un instante, tiemblo. Me vuelvo vacilando y la veo de pie, con las manos apoyadas en los costados y los ojos entrecerrados. La penumbra contribuye a que el cuadro resulte aún más aterrador.

—¡Menudo susto me has dado, mamá!

—¿Qué se supone que debería decir yo, entonces?

—Perdona, se me ha hecho un poco tarde. ¿Por qué me has esperado?

—Porque no podía conciliar el sueño, no sabía dónde estabas, qué estabas haciendo. ¡No respondías al teléfono!

—Lo siento, no lo oí y perdí la noción del tiempo.

Da un paso hacia delante y yo dos hacia atrás.

—Me alegro de que te hayas divertido tanto que te hayas olvidado de que tus padres estaban preocupados en casa.

—¡Estaba bien, mamá, y, además, no tengo dieciséis años!

—¡Lo sé, a esa edad no te comportabas así! ¡No te reconozco!

No sé cómo responder a esto, porque yo tampoco me reconozco.

Al morir, Stella se llevó a la vieja Sole, así que ya no sé quién soy. ¿La tímida cajera del supermercado de un pequeño pueblo de provincias o la joven que ha saltado y gritado toda la

noche en la fiesta de unos desconocidos? ¿La silenciosa lectora de *Orgullo y prejuicio* o la temeraria que se lanzó en paracaídas a cuatro mil metros?

No lo sé. Ya no lo sé.

Mis miedos

1. ~~Lanzarme en paracaídas.~~
 2. Subir a la montaña rusa.
 3. Entrar en la casa del terror de una feria.
 4. Tirarme desde una escollera.
 5. Tirarme desde un patín acuático.
 6. Dar de comer a las palomas.
 7. Pasar de un vagón a otro del tren.
 8. Tener una tarántula en la mano.
 9. ~~Decir lo que pienso.~~
 10. Recibir críticas.
 11. Tener una serpiente pitón en la mano.
 12. ~~Ir a una fiesta.~~
 13. ~~Ir a una fiesta y emborracharme.~~
 14. ~~¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!~~
 15. Fumar un cigarrillo.
 16. Coquetear con desconocidos.
 17. Llevar a Omero al parque.
 18. Subir y bajar escaleras de caracol.
 19. Usar un baño público.
 20. Pasear sola por el bosque.
 21. Patinar.
- ...

Después de pasar la noche del lunes en blanco, ayer no pude ir a trabajar: me derrumbé en la cama al amanecer y no conseguí levantarme hasta las tres de la tarde.

Jamás había tenido una jaqueca tan fuerte y, por si fuera poco, esta me hizo compañía todo el día; además, el cansancio me impedía tener los ojos abiertos incluso para leer o ver la televisión. No volveré a beber una gota de vodka en mi vida.

La aventura de la pista de baile me dejó exhausta: puede que ya no tenga la edad ni el físico, aunque el espíritu sí, ese debe de estar en alguna parte, porque de vez en cuando se decide a salir.

Como la otra noche, como esta mañana.

Busco a mi madre para despedirme de ella antes de salir y la encuentro sentada en su cama con una caja verde en las manos.

—Hola, ¿qué haces? —le pregunto intrigada.

—¡Oh, Sole! —Mi madre se vuelve de golpe, como si la hubiera sorprendido con las manos metidas en un tarro de mermelada. Por un instante parece cohibida y no entiendo por qué. ¿Qué está buscando en esa vieja caja de zapatos?

Cuando me dispongo a preguntárselo, ella se adelanta:

—¿Hoy tampoco vas a ir a trabajar? —me pregunta, observando cómo voy vestida.

Me encojo de hombros.

—Sí, esto, voy... así.

Me escruta como si estuviera cubierta de mierda de caballo.

—¿En pijama?

Miro la camiseta y los pantalones cortos que llevo puestos.

—Esto, sí... Es parte del proyecto... Lo hago por Stella.

—Ah, sí, es verdad, el «proyecto»... —Chasquea la lengua, imitando las comillas con los dedos—. ¿Cuánto va a durar esto, Sole? Porque, la verdad, ¡estoy empezando a hartarme!

A pesar de la angustia que ha conseguido instilarme, no he vuelto a mi cuarto a cambiarme de ropa. Ahora, sin embargo, he de reconocer que me muero de vergüenza, que me estoy hundiendo literalmente en un abismo de vergüenza.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Cómo se me ha ocurrido hacer algo así? Debo de haberme vuelto loca y esta vez no tengo siquiera la atenuante del vodka.

En el supermercado, los clientes me miran boquiabiertos y yo no dejo de pensar que es una locura, que el pijama es muy corto y ligero, que deja entrever mis formas y bien a la vista no sé cuántos centímetros de piel, que normalmente suelo esconder bajo varias capas de ropa. Me gustaría desaparecer para siempre.

Danilo soltó una carcajada cuando me vio. Lo había avisado a primera hora de la mañana por teléfono, le había explicado mi proyecto y le había pedido permiso y él había accedido, pero, por la cara de estupefacción que puso cuando fui a saludarlo, era evidente que no me había creído capaz de hacerlo.

En cambio, aquí estoy, explicando por enésima vez que «Sí, soy yo, no, no me he vuelto loca.

Me he retado a mí misma e intento hacer cosas que hasta ahora no he tenido el valor de afrontar».

En cualquier caso, llamar la atención en un pueblecito como este significa estar en boca de todos en pocas horas y esto atrae a un montón de clientes no habituales, que a las diez de la mañana han llenado ya el supermercado.

—¡Mañana todos en pijama! —exclama Danilo mientras camina por los pasillos, feliz por el repentino aumento de las ventas. Puede que este mes no tenga que cerrar la tienda.

Mientras estoy en el pasillo de los objetos de papelería, llenando los estantes con la mente a miles de kilómetros de distancia, noto que alguien me mira.

Me levanto de golpe, como si me hubiera pillado in fraganti.

Un joven con el pelo desgreñado se acerca a mí, intrigado.

—Hola —me dice en tono amistoso.

—Hola —murmuro con una voz tan ronca que parece salida del Hades.

Él me sonríe mientras mira cómo voy vestida.

—Estás haciendo lo que siempre he soñado. —Al ver mi expresión de asombro, añade—: Nunca he entendido por qué hay que quitarse el pijama para salir de casa. Es una convención inútil y molesta, ¿no crees?

Me encojo de hombros tratando de taparme con la caja de pasteles que tengo en la mano, que equivale a tratar de esconder un elefante detrás de un dedo.

—Esto, sí... pero no es lo que parece... es un reto que me he puesto a mí misma —farfullo—. ¡Una historia complicada, vaya!

—Me parece fascinante —afirma convencido, y siento que me arde la cara.

—Me alegro, no sé si el resto de la gente que hay aquí dentro piensa lo mismo que tú —digo mirando alrededor, titubeante.

El tipo observa mi cara por un instante que me parece eterno, como si quisiera captar ciertos detalles que solamente él puede ver.

—¿Temes su opinión?

Me encojo de hombros.

—Bueno, ya sabes cómo es.

Asiente con la cabeza.

—Es normal, el miedo a no ser aceptados nos acompaña desde el Paleolítico, está en nuestro ADN.

Frunzo el ceño aturdida mientras él sonríe.

—En la prehistoria, los que vivían en los grupos de cazadores y recolectores tenían muchas más probabilidades de sobrevivir que los lobos solitarios, de manera que a nuestros antepasados les aterrizzaba que sus semejantes pensaran mal de ellos y no los aceptaran. El terror de parecer diferentes, inadecuados, de ser excluidos, está en nuestro ADN —me explica—. Por suerte, hoy en día el hecho de ser aceptado no determina nuestra supervivencia. Si alguien piensa mal de nosotros, paciencia, significa que no es nuestro compañero de caza. ¡Ahora están los supermercados! —Abre los brazos y mira alrededor—. Así que no te preocupes. Creo que nada nos aleja más de la felicidad que buscarla en la cabeza de los demás en lugar de hacerlo en nosotros mismos.

—¡Eh, Sole, saluda a la cámara, estamos haciendo un vídeo para tus admiradores!

Me sobresalto al ver aparecer de repente a Samanta en el pasillo con el móvil en la mano.

El joven, en cambio, la ignora y se acerca a mí. Cuando sus ojos azules se clavan en los míos, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Se acerca un poco más. No sé qué hacer. Solo sé que hasta ahora no me había dado cuenta de lo guapo que es. Paralizada, advierto que se inclina ligeramente a pocos centímetros de mí. Mi mente se vacía de golpe.

Con los ojos desmesuradamente abiertos, veo que coge un cuaderno de dibujo de la repisa que hay a mi lado. Luego se aleja sin dejar de sonreír.

—Parece que estás ocupada, te dejo. Buen trabajo —dice.

Tardo unos instantes en comprender lo que ha sucedido y, sobre todo, lo absurda que ha sido mi reacción.

—Gracias —murmuro, pero él ha desaparecido ya.

Antes de que pueda recuperarme de la sensación de ser una torpe, Samanta suelta:

—Dios mío, ¿quién es?

—No tengo la menor idea —respondo. «Pero daría lo que fuera por saberlo», pienso.

—Venga, concentrémonos: ¡tenemos que hacer el vídeo! —exclama Samanta. Su renovado entusiasmo me impresiona.

—¡Sea como sea, me alegra ver que estás bien! Me sentía un poco culpable por lo que sucedió la otra noche.

Se encoge de hombros.

—Sí, bueno, estoy castigada y tendré que pasar el resto del verano en vuestro almacén haciendo compañía al gato Ernesto, pero, en cualquier caso, lo habría pasado aquí, así que...

—En fin, que no ha cambiado nada. —Sonrío.

—Ya, solo que ayer no sabía con quién hablar y se me ocurrió abrirte una página en Facebook. Así que vamos, ¡hemos de hacer un vídeo para que empiece a crecer!

Me levanto de un salto.

—No, Dios mío. Me da vergüenza, no quiero...

Prefiero publicar el pin de la tarjeta del cajero automático que un vídeo donde aparezco con el pijama corto.

Samanta me lanza una mirada elocuente, como si dijera: «No tendrás miedo, ¿verdad?».

Sí, tengo miedo. Mi estómago se encoge de nuevo. Daría lo que fuera para evitar esa sensación tremenda, dolorosa. Si la mirada del desconocido me ha causado pánico, no quiero ni imaginar cómo me sentiría multiplicando el efecto.

Me siento pequeña. Y sola, sin defensas, sin una máscara. Desnuda delante del mundo de la red, delante del juicio despiadado de los demás.

«Pero, esa, ¿quién se ha creído que es? ¡Es ridícula! ¡Qué pena!»

Mis inseguridades me destrozan el estómago y me animan para que ruegue a Samanta que apague el teléfono, borre el vídeo y lo olvide todo.

Les gustaría que olvidara el proyecto, también que mi mejor amiga ha muerto, para que siguiera viviendo como antes: en la sombra, bajo tierra.

De manera que ahora me resulta realmente difícil estar en el escenario y no entre bastidores, ser la protagonista iluminada por los reflectores, el blanco de las críticas cuando termina el espectáculo.

Comprendo que no puedo vencer el miedo: lo siento, está aquí, forma parte de mí. Por lo visto, existía ya mucho antes que yo. Me vuelven a la mente las palabras del desconocido: «Nada nos aleja más de la felicidad que buscarla en la cabeza de los demás en lugar de hacerlo en nosotros mismos».

Stella era feliz porque le importaba un comino lo que pensarán los demás: «¡Qué más te da lo

que llevas puesto! Ahora estamos aquí, ¡así que vamos a divertirnos!».

Exacto, me digo. Ahora estoy aquí, así que voy a divertirme.

—OK, ¿estás lista?

—No —respondo automáticamente.

—Vamos... ¡no es para tanto! —exclama Samanta, haciendo un amplio ademán con la mano. Hemos salido por la puerta trasera del almacén, aprovechando la pausa del mediodía. Protegidas de las miradas indiscretas, estamos sentadas en unos palés. He decidido que mi siguiente prueba de valor será fumar un cigarrillo y, por lo visto, Samanta, que no suelta el móvil, no quiere perderse un solo segundo.

—¿Vas a filmarme? —le pregunto titubeando.

—Por supuesto, tenemos que documentarlo todo.

—¿Esto también? No me parece muy educativo. —Señalo el paquete y el encendedor, cada vez más perpleja.

Samanta niega resuelta con la cabeza.

—No, solo es una prueba. No estás diciendo: «Vamos, chicos, llenaos los pulmones de alquitrán». Solo estás experimentando una de las mil cosas que nunca has hecho para sentirte menos incapaz, menos miedosa, menos inútil. En fin, menos...

—¡Sí, sí, lo he entendido, gracias! —la atajo, fulminándola con la mirada.

Samanta se ríe y al final consigue arrancarme una sonrisa. Después me enfoca con el móvil y me pide que empiece con un ademán.

Abro el paquete y saco un cigarrillo, pero Samanta me interrumpe enseguida.

—Para aumentar el impacto visual deberías coger el cigarrillo con los dedos y los labios, en lugar de solo con los dedos.

—¡Dios mío! ¿A quién has visto hacer eso?

Samanta se pone como un tomate, no hace falta que me responda: Lucas.

—Está bien, haré lo que dices.

Trato de aferrar un cigarrillo con los dientes, pero me siento idiota. La sensación se convierte en certeza cuando consigo agarrarlo con la boca, pero no sé cómo sujetarlo.

Samanta se ríe como una loca y el móvil se mueve.

—¡No, no te lo pongas así! ¡No debes comértelo!

Trato de mover el filtro para sujetarlo solo con los labios.

—¿Así?

—Sí, ahora enciéndelo.

Acercó el encendedor a la punta del cigarrillo y doy una calada como si bebiera con una pajita.

—No aspire cuando lo enci...

Demasiado tarde, ya estoy tosiendo como una tísica. Tengo los ojos llenos de lágrimas y me arde la garganta.

—¡Qué asco! —exclamo, apartando el humo de la cara con la mano.

Samanta se echa a reír.

—¡Vamos! Acabamos de empezar... Vuelve a probar, pero esta vez retén el humo en la boca.

—Veo que eres una experta. ¿No me dijiste que nunca habías fumado?

—Digamos que soy buena observadora —dice, pero enseguida vuelve a desviar la atención hacia mí—. ¿Cómo sujetas el cigarrillo, te has visto? ¡Pareces una de esas espías nazis que se ven en las películas! —me regaña de nuevo—. Debes ser más femenina, apretarlo entre la primera y la segunda falange de los dedos índice y medio. La mano debe estar relajada, doblada hacia atrás y con la palma hacia arriba.

Sigo sus instrucciones y, por fin, asiente con la cabeza.

—Bien, ahora intenta dar otra calada.

Me vuelvo a llevar el cigarrillo a los labios y aspiro, pero es inútil. El alquitrán me entra directamente en la garganta y empiezo a toser otra vez con los ojos llenos de lágrimas y sorbiendo por la nariz.

Hago un par de intentos más mientras Samanta me critica despiadadamente, según ella parezco un pez boqueando.

—¡Vamos, da otra calada!

—No, tengo angustia. ¡Qué asco!

Samanta tira la toalla y deja de filmar.

—OK, dejémoslo aquí. ¡Creo que es la mejor campaña antitabaco de la historia!

Nos reímos de lo desastrosa que ha sido mi interpretación. Luego, sin poder dominar la curiosidad, le pregunto:

—¿Cuándo has fumado? Vamos, ¡dime la verdad!

Samanta alza la mirada al cielo y esboza una sonrisa culpable.

—¿Te acuerdas de Lucas, el chico que... ejem... en fin, me gusta? —Apenas lo nombra se le iluminan los ojos—. Una vez me encontré con su grupo de amigos, porque había seguido a Rachele y con ella nunca se sabe lo que puede suceder... Varios de ellos estaban fumando y nos ofrecieron un cigarrillo a las dos. Así que acepté, pero solo para darme aires, para no ser siempre una asocial. Todos lo hacían, si no lo hubiera hecho, habría llamado la atención y, como supongo que habrás entendido ya, eso es lo último que quiero. En pocas palabras, lo hice por miedo —admite, frunciendo los labios—. Por miedo a decir que no. Por miedo a lo que podían pensar o, peor aún, a lo que podían decir de mí. Por miedo a no ser aceptada, a que se burlaran de mí. La adolescencia es un período de mierda —sentencia al final, arrancándome una sonrisa.

Asiento con la cabeza, tiene razón. Mis recuerdos del instituto son, más o menos, la trasposición terrenal del infierno.

Recuerdo que deseaba emanciparme y que buscaba libertades que luego se apagaban apenas aparecía el miedo, que, al final, te obliga a ir adonde van todos. Es más fácil imitar a los demás que buscarse a sí mismo. Recuerdo el deseo indescriptible de marcharme, así, sin una meta, pero también la necesidad incesante de tener una casa.

—Esa ha sido la única vez que he fumado y, además, fue una casualidad que lo hiciera con ellos: imagínate si Lucas y sus amigos quieren salir conmigo. Pero, por suerte, ¡yo no hice el ridículo cuando fumé mi primer cigarrillo!

Alzo la mirada al cielo, divertida.

—¡Lo tuyo es un talento natural!

Samanta se ríe y pienso que me gusta la complicidad que está naciendo entre nosotras.

—OK, espera, te enseño cómo se hace. —Me sonrío con afecto.

Con una tempestividad perfecta, mientras Samanta me coge el cigarrillo de la mano y da una calada, la puerta del almacén se abre.

Serena nos mira un instante y pone en blanco los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —grita, abalanzándose sobre su hija.

Le arranca el cigarrillo de la boca con brusquedad y lo tira en medio del aparcamiento, como si fuera una bomba de mano.

Los ojos de Samanta se llenan de lágrimas y yo siento que se me encoge el estómago.

Serena está furibunda.

—¿Te has vuelto loca? —le grita. Después se vuelve hacia mí con los ojos fuera de las órbitas —: Y tú, deja en paz a mi hija, ¿OK? ¡No la necesitas para hacer tus chaladuras! —Su voz es chillona, denota desprecio.

Su cara es una máscara de rabia y repulsión. De repente, noto que se me forma también un nudo en la garganta.

—No... yo... No lo has entendido, te lo puedo explicar —intento decirle, pero Samanta me interrumpe.

—No lo hagas, no intentes explicar nada —dice con la voz quebrada, a la vez que se levanta y vuelve a entrar en el almacén—. Es inútil hablar con ella.

Cuando la puerta se cierra a nuestras espaldas, guardamos silencio unos instantes. Después carraspeo y trato de defender de nuevo a Samanta:

—Ella no tiene nada que ver con esto, de verdad. Solo estábamos...

Serena me ataja:

—¿Por qué no te buscas una amiga de tu edad y haces con ella esas tonterías?

Sus palabras me dejan helada.

De repente, todo es frío, vacío, mudo. De repente tengo la impresión de estar navegando hacia el abismo, en una eternidad sin Stella y sin sentido.

No vuelvo al trabajo, no puedo. Le pregunto a Danilo si puedo irme a casa y él me deja. En mi cara se lee el espanto que siento.

En casa no va mucho mejor, mi madre casi no me habla. Cuando mi mirada se cruza con sus ojos negros, lo que veo en ellos me hace vacilar. Es un rencor aterrador, que me asesta el golpe de gracia: quizá tengan razón, quizá esté cometiendo un gran error.

Este proyecto es estúpido, yo soy estúpida, ridícula.

Me he encariñado con una cría a la que casi no conozco y puede que esté haciéndole daño de verdad. No sé, ya no sé nada. Me siento terriblemente sola y patética. De repente, la llegada de un SMS detiene la vorágine negra en la que me he perdido.

«Siento lo de mi madre. ¡En cualquier caso, quería decirte que vas superbién! No sé si te has dado cuenta, lo dudo, pero tus vídeos tienen muchas visualizaciones y la gente los comparte. ¡Es increíble!»

A pesar de que debo hacer un esfuerzo enorme, llamo a Samanta.

—Agradezco tu ayuda, de verdad, pero no quiero que tu madre se enfade más. Puede que sea mejor que lo dejemos aquí y que...

—No, no lo hagas, por favor.

—Lo siento, Samanta, pero quizá sea mejor así. Deberías tener amigas de tu edad, hacer las cosas que hacen ellas.

Sigue un instante de silencio que me hace pensar que he sido bastante convincente, pero al oír lo que Samanta me dice a continuación comprendo que no es así.

—He creado un *hashtag* para el proyecto, ¿sabes? —me dice como si no hubiera escuchado una palabra—. Lo he llamado #paralanzarsedelasestrellas. Lo he hecho en recuerdo de Stella. Lo

he hecho porque, gracias a ti, ayer tuve el valor de lanzarme por primera vez. Subí las escaleras mecánicas del centro comercial y no me aspiraron, como temía. Después probé el helado de pitufo, el azul, el que está lleno de colorantes.

—Todo eso está muy bien, Samanta, pero...

—Además, llamé a mi padre. No hablaba con él desde Navidad del año pasado. Lo hice pensando que, si tú habías conseguido tirarte de un avión, yo podía marcar un simple número de teléfono. ¡Y lo hice! Le pregunté cómo estaba, cómo le iban las cosas. Fue una conversación muy natural. Tenías razón: cuando estás dentro, ya no da miedo. Y eso, para mí, que voy a pasar el verano de mis dieciséis años en la trastienda de un supermercado, es un descubrimiento increíble, en serio. Por eso no le hagas caso a mi madre, ella no me entiende. Tú eres la única que me comprende.

—Esto debe terminar, Paolo, ¡o la detienes tú o lo haré yo a mi manera!

—Ya no es una niña, Anna, ¡no puedes decidir por ella!

Oigo a mis padres discutiendo en su habitación y, en lugar de bajar a desayunar, me acerco a la puerta entornada para echar un vistazo y escucharlos. Mi madre está de pie delante de la ventana, mirando por ella con aire sombrío. La maldita mirada de siempre, ensombrecida por algo que no logro descifrar.

—Creo que el problema es... —dice, pero mi padre la acalla con una frase que me deja boquiabierta.

—Creo que la única que tiene un problema eres tú.

Se acerca y le rodea los hombros con un brazo en un ademán afectuoso:

—Escúchame, cariño, deberías pedir ayuda... No lo has superado. —El tono es sereno, pero firme—. Es evidente. La muerte de Stella ha reabierto la herida y el comportamiento de Sole en este período no hace sino agudizar el dolor. ¿Me equivoco?

Mi madre se separa de él con rabia y, al alzar la mirada, me ve.

—¿Qué haces ahí?

—Nada... ejem... yo... —farfullo, pillada en flagrante. Después miro a mi padre con aire suplicante, solo él puede ayudarme—. ¿Qué pasa? ¿De qué estabais hablando?

—¡Nada! ¡No sucede nada! —responde mi madre por él, con el hastío con el que se dirige a mí desde hace varias semanas, y entonces sale de la habitación en dos zancadas sin mirarme a la cara.

Me precipito hacia mi padre.

—Explícame qué ocurre. ¿Qué le he hecho? ¿Por qué está tan enfadada conmigo?

Suspira.

—No está enfadada contigo, tesoro. No tiene ningún motivo.

—En ese caso, ¿qué es lo que la devora por dentro? Porque sé que hay algo, ¡solo que no sé qué!

Busca mi mirada y la retiene.

—Creo que debe decírtelo ella, Sole.

—No quiere hablar conmigo.

—Lo hará. Tarde o temprano tendrá que hacerlo.

En el trabajo no dejo de pensar en el retazo de la conversación entre mis padres que he oído. Daría lo que fuera por saber qué le está sucediendo a mi madre, pero ella no quiere hablar conmigo.

Alzo la mirada y suspiro. Serena no quiere hablar conmigo.

Como compensación, sin embargo, Samanta no deja de hablarme.

Me cuenta todos los miedos que quiere superar, los que debería superar yo. Me habla también de Lucas, que sigue saliendo con la Abeja Reina.

Mientras pienso en lo que puedo hacer con ella, la voz de Ugo leyendo el diario me distrae del

flujo de mis pensamientos.

«*Molise, tu tierra de las maravillas*. Es el título de la nueva campaña con la que la región quiere responder a las críticas de Costantino Del Grande, el comentarista televisivo que hace unas semanas lanzó su enésima provocación al asegurar que Molise no está en el mapa de Italia. La campaña pretende valorizar la belleza única de esta tierra y para ello cuenta con la colaboración de sus habitantes. De hecho, la iniciativa promocional va unida a un concurso cuyos participantes deberán explicar, con una contribución multimedia, que, además de existir, esta tierra es maravillosa. Dentro de poco se publicará el bando con un importante premio monetario.»

Ugo alza la mirada del diario.

—¿Por qué te gusta esta tierra? —pregunta a Gennaro, el pintor de brocha gorda, que está sentado a dos mesas de distancia de él.

—Me gusta porque, como siempre hace sol, ¡la pintura se seca antes! —bromea, y nos hace sonreír a todos.

—A mí me gusta porque las antiguas tradiciones, las de nuestros padres, siguen vivas —dice su compañero.

Después la conversación se extiende y en las mesas se enumeran las bellezas de esta tierra, que tiene mar, pero también montañas, vino y aceite, y además conserva los valores de antaño.

—¡Ah, Sole! Oigamos qué piensa una joven —me dice Ugo de repente.

Recuerdo el impresionante panorama que se abrió ante mis ojos cuando me lancé en paracaídas, la silenciosa maravilla de una tierra incontaminada, un cofre de bellezas naturales donde reina la tranquilidad y la serenidad propias de un paisaje perdido en los pliegues del tiempo. ¿Cuántos tesoros puede esconder una tierra así?

Respondo de golpe, sin dudar.

—Porque hay mucho por descubrir.

Igual que yo, me gustaría añadir, porque esta tierra y yo somos iguales. Para la masa somos invisibles, indiferentes. Los que, en cambio, tienen paciencia y se detienen a observar pueden descubrir lados oscuros y sorprendentes.

Massimo asiste a la conversación con la expresión de cinismo y aburrimiento en la cara que siempre me saca de mis casillas. En su opinión, Molise ya no existe. Tampoco yo. Su arrogancia me irrita, pero también me envalentona. Me dirijo hacia él con paso resuelto. Con una seguridad inaudita en mí, lo interrumpo mientras acaba de quitar la mesa de dos clientes extranjeros.

—Necesito hablar con ese amigo tuyo que tiene una tarántula en casa.

Massimo comprende al vuelo lo que quiero hacer.

Deja encima de la mesa los platos sucios que llevaba en las manos, como si temiera romperlos mientras se esfuerza por contener una carcajada.

—¿Bromeas? —me dice con una sonrisita odiosa que hace que la pregunta suene más o menos así en mis oídos: «Sabes que nunca lo conseguirás, ¿verdad?».

—No, no estoy bromeando —respondo en tono gélido.

Me escruta unos minutos y veo que lee en mi cara lo que pretendo hacer.

—Está en casa, seguro. Nunca sale. —El tono de desafío es evidente, pero lo que añade después me deja pasmada—: Si quieres, podemos ir...

Frunzo el ceño, quizá no lo haya oído bien.

—¿Tú también vas a venir?

La risa burlona se convierte en una sonrisa de satisfacción que me irrita como una ortiga.

—Por supuesto —dice, y añade solo con la mirada: «¡No me perdería el espectáculo por nada

del mundo!».

Mi orgullo, que hasta hace poco desconocía pero que, además de existir, es bastante combativo, responde por mí:

—Perfecto.

Una hora más tarde, no sé cómo, estoy en casa de la señora Panichella: un pequeño adosado recién construido en Campomarino Lido.

El amigo de Massimo es su hijo, un chico delgado, con aire aturdido, que se esconde detrás de un par de gafas negras y gruesas que hacen que recuerde de forma increíble a Peter Parker antes de transformarse en Spiderman. Puede que él también está esperando su metamorfosis. Por eso se rodea de arañas y de otros insectos terribles.

Blanco como un cadáver, Stefano encarna el perfecto estereotipo del *nerd*: podría parecer una especie de eremita con la cabeza en las nubes, pero, en cambio, es un valeroso caballero de dragones o un Dungeon Master indiscutible cuando está delante de un ordenador.

Comprendo por qué Massimo estaba tan seguro de encontrarlo en casa: Stefano parece no haber salido nunca de allí desde 1997.

Cuando entramos en su reino —su habitación—, toma la palabra. Yo, en cambio, la pierdo de inmediato al ver una pared cubierta de vitrinas de cristal en cuyo interior saltan libremente todo tipo de insectos.

Paralizada, escucho a Stefano, que nos explica con un entusiasmo que haría palidecer de envidia al más experto de los entomólogos:

—Esto son grillos —dice señalando la vitrina que está abajo, luego alza la mirada hacia la de arriba—, y esto, saltamontes.

De repente, siento una arcada.

—¿También crías insectos? —le pregunta Massimo a mis espaldas.

No me vuelvo, no quiero que vea lo pálida que estoy y empiece a meterse conmigo.

—Sí, pero solo para dar de comer a Rocco.

Me vuelvo vacilante hacia Stefano.

—¿Rocco? ¿Quién es?

—Mi *Grammostola rosea*, una tarántula chilena.

Una tarántula, voy a coger una tarántula. La mera idea me causa un sudor frío. Massimo, en cambio, parece estar a sus anchas y se acerca a las vitrinas como un niño curioso en un museo de ciencias naturales.

—¿Qué comen? —pregunta a Stefano, que se aproxima a él para completar la visita guiada.

—Croquetas para perros, que pulverizo con la trituradora, y chupan el agua de los trozos de manzana. ¿Ves?

Massimo asiente con la cabeza mientras yo comprendo, por fin, la extraña compra de la señora Panichella, pero no logro disfrutar del descubrimiento, porque sufro hiperventilación.

Stefano se dirige hacia el escritorio donde hay un recipiente con tierra aún más grande y un cuenco de agua, y, en su interior, la araña más grande, negra y peluda que he visto en mi vida.

La miro y se me pone la piel de gallina. En un instante siento que camina por mi cuerpo moviendo rápidamente sus patitas hirsutas, que sube por mi espalda y por el cuello, que entra en mi pelo y... ¡puaj!

Me gustaría lanzar un grito y escapar, ir corriendo a casa y quitarme la ropa, porque desde que entré en este tugurio siento que tengo insectos hasta en los pantalones. Si no lo hago, es porque Massimo me está mirando como si esperara que lo hiciera.

—Bueno, pues esta es Rocco. —Stefano pasa a las presentaciones oficiales y empieza a desgranar medidas, datos y noticias sobre la araña, como si fuera un padre orgulloso hablando de su hijo.

Me limito a tratar de mantenerme en pie. La empresa se complica cuando Stefano abre la vitrina y acerca lentamente las manos a la base, donde la araña está inmóvil.

—Hay que ir poco a poco... Así.

Habla tan bajo que por un momento temo que solo se oigan los latidos de mi corazón, que parece haber enloquecido. Tras vacilar un poco, la tarántula sube por los dedos y se detiene en la palma. Cuando Stefano hace un silencioso ademán para que me acerque a él, hago un esfuerzo sobrehumano para dar el primer paso.

—Dame las manos y procura mantener la calma. Rocco es muy sensible y si estás nerviosa lo notará. En cualquier caso, no te preocupes, antes de picar avisa con unas señales.

El pánico se apodera de mí.

—¿Se... señales?

—Cuando se siente amenazada, se encoge así. —Stefano toca con los dedos a la araña, que se hace un ovillo. —Luego alza el abdomen, si insistes... —me explica como si me creyera capaz de ensañarme con una tarántula—, restriega las patas y lanza al aire pelos urticantes. Después, al final, cuando está verdaderamente irritada, levanta las patas y enseña los dientes.

Supongo que lo dice para tranquilizarme, pero consigue justo el efecto contrario: estoy aterrorizada.

—Si no haces ninguna de estas cosas, no te atacará —termina con aire satisfecho. Acto seguido me mira y pregunta—: ¿Estás lista?

No.

Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas incluso para asentir imperceptiblemente con la cabeza. Espero que Stefano no se dé cuenta, pero un instante después me pide con un ademán que abra las manos y aproxima las suyas.

Mis dedos se estremecen enloquecidos cuando las patas peludas de la araña los recorren para llegar a la palma, donde se detienen.

—Muy bien... Con calma... Así —murmura Stefano, tratando de animarme—. Si no detecta ningún peligro, no te hará nada. Las arañas muerden a las presas con las que quieren alimentarse, y no es nuestro caso, o para defenderse de una situación que les parece peligrosa.

Sus palabras me hacen reflexionar. Por lo visto, también las arañas grandes y amenazadoras como las tarántulas tienen miedo.

La conciencia de ese hecho aplaca un poco mi ansiedad: pensar que Rocco puede temerme me hace sentirme más fuerte en cierto sentido. Ella debería tener miedo de mí, no yo.

Cuando alzo la mirada para buscar la de Stefano y confirmar que lo estoy haciendo bien, mis ojos se cruzan con los de Massimo.

Me está escudriñando como si quisiera comprender quién es la extraña joven que de un tiempo a esta parte está haciendo un montón de cosas extrañas.

Sostengo su mirada con descaro. Me asombra comprobar que soy capaz de hacerlo.

—En lugar de mirarme como si fuera una atracción de circo, ¿por qué no me filmas con el móvil? —le digo, manteniendo las manos lo más firmes que puedo.

En un primer momento, Massimo reacciona como si lo hubiera pillado en falta, pero luego coge la ocasión al vuelo.

—¿Quieres immortalizar el encuentro con Rocco? —pregunta riéndose—. ¡Mira, le gustas! —

me dice señalando a la araña, que ahora camina por mi antebrazo.

Trago saliva con fuerza, pero no renuncio a responderle. Tengo una araña enorme en mis manos, Massimo y sus pullas son el último de mis problemas en este momento.

—Quiero publicarlo en Facebook.

Él se ríe.

—Ya sé que tienes admiradores.

Afilo la mirada.

—No querrás que los decepcione —digo riéndome, aunque él se ríe más fuerte.

—Por supuesto que no.

Massimo recibe una larga llamada telefónica de trabajo mientras volvemos a su local. Camino a su lado en silencio, mirando incrédula la página de Facebook que ha abierto Samanta para documentar mi proyecto. El nuevo vídeo apenas lleva unos minutos en la red y ya tiene un montón de comentarios. Las amigas de Samanta no dejan de preguntarme cuál será el próximo desafío.

Cuando Massimo cuelga, finjo que estoy ocupada con el móvil para no tener que hablar con él, pero es inútil.

—¡Aún no me puedo creer que lo hayas hecho! —exclama.

—Atento, porque si sigues apostando contra mí acabarás arruinándote —mascullo sin alzar la mirada de la pantalla.

—No aposté contra ti —me asegura. Después puntualiza—: Esta vez.

Levanto la cabeza para mirarlo arqueando las cejas.

—¡Gracias por la confianza!

Doy a duras penas otro paso, pero él se planta delante de mí. Se detiene y hunde sus ojos en los míos buscando algo desesperadamente.

—De acuerdo, pero ahora debes decírmelo.

No lo entiendo.

—¿A qué te refieres?

—Dime por qué estás haciendo todo esto.

Lo esquivo y echo de nuevo a andar, no tengo la menor intención de permitir que me tome el pelo.

—Es complicado, además, es asunto mío.

Massimo me agarra un brazo y me retiene, mi piel hormiguea bajo su mano.

—Lo sé, pero tengo la impresión de que este asunto tiene que ver con mi hermana, de manera que también es un poco mío. —Sus ojos se clavan en los míos y no los sueltan—. Mi madre me dijo que el salto en paracaídas te lo regaló... Stella... y que mi hermana te dejó también una carta bastante larga.

Está al corriente de todo y saber que es así me turba. Me rindo exhalando un suspiro y me preparo para lo peor.

—Sí... está bien, sé que te parecerá estúpido y que te burlarás de mí y...

Massimo me aprieta aún más el brazo y cuando me habla de nuevo, la luz de sus ojos ha cambiado.

—Jamás bromearía sobre la muerte de mi hermana y no creo que hagas cosas estúpidas. Solo estoy tratando de comprender.

Es sincero, por primera vez desde que ha vuelto puedo hundirme en sus ojos y veo que en el fondo solo hay auténtico dolor por la muerte de su hermana. El mismo que siento yo.

—Lo estoy haciendo por esto —digo sacando la carta de Stella, que llevo siempre en el bolso.

Massimo la agarra, me suelta el brazo y se apoya en el muro bajo que bordea la acera.

Sus ojos se deslizan veloces por la página. Cuando veo que está llegando al final, intento

explicarle:

—Quería que venciese mis miedos, así que pensé que debía contentarla. Estoy haciendo una lista con las cien cosas que más me asustan y me he prometido afrontar una al día durante cien días.

Gesticulo mientras pienso que mis palabras deben de parecerle ridículas.

Él, sin embargo, se encoge de hombros.

—«Haz una cosa que te asuste al menos una vez al día» —dice a media voz leyendo la cita de Eleanor Roosevelt que escribió Stella.

—Exacto —susurro, y me apoyo en el muro a su lado.

Cuando alza la mirada hacia mi cara, veo una nueva luz, el asomo de algo indescifrable.

—¿Puedo ver la lista? —pregunta.

Saco el cuaderno del bolso y se la enseño.

—Lo que estás haciendo por ella es precioso, Sole —me dice al final. Su voz está impregnada de una repentina emoción, que acelera mi corazón con un número increíble de latidos.

Ahora es sincero, ahora lo reconozco.

—También lo hago por mí —admito con idéntica sinceridad.

—Ella se sentiría superfeliz.

Mientras lo dice, sus ojos se empañan inesperadamente.

Él tampoco lo ha superado.

Ahora que se ha quitado la máscara, puedo leerlo en su cara, contraída por una tristeza inmensa.

Por primera vez desde que lo conozco, comprendo que algo me une a Massimo: la ausencia, la nostalgia, una absurda y desgarradora soledad.

«Sin ti, mi querida Stella, estamos supertristes. ¿Nos ves? ¡Mira lo que has conseguido marchándote! Has transformado esta acera en un río de melancolía.»

Me estoy hundiendo de nuevo en el agujero que tengo en el pecho, pero de repente sucede algo inesperado.

Massimo recupera el buen humor, da un salto hacia delante en la acera y me escruta con ojos nuevos.

—Está bien, pero ahora esto debemos hacerlo en serio —anuncia como si estuviese respondiendo en voz alta a una pregunta que solo se ha oído en su cabeza.

Frunzo el ceño, aturdida.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuál es el próximo punto de la lista? —quiere saber.

—Patinar. Mañana he de ir a la pista de patinaje.

Sus labios se extienden en una sonrisa de complicidad.

—Muy bien, iré contigo.

—¿Vas a venir también? —le pregunto sorprendida, aunque no logro expresar siquiera la mitad del desconcierto que siento.

Massimo se encoge de hombros como si fuera obvio.

—Llevaré la cámara, ¡no puedes filmarte con un móvil de antes de la guerra!

A continuación, me dedica una larga mirada silenciosa, que retumba como un grito desesperado en el fondo de mi alma.

—De... de acuerdo —farfullo, aún boquiabierta.

Él asiente con la cabeza, decidido.

—De acuerdo.

Me gustaría ser Elizabeth Bennet, ese es mi sueño. Me gustaría ser como la protagonista de mi novela preferida, tener siempre la respuesta justa en el momento justo, y sentirme bien incluso con seis dedos de barro en la orilla de mi vestido. En pocas palabras, me gustaría ser la heroína perfecta cubierta de muselina, vivaz, irónica y determinada que no se somete a nadie.

Como de costumbre, pienso esto con la nariz metida en las páginas descoloridas de *Orgullo y prejuicio*, mientras espero a Massimo fuera de la pista de patinaje. Estoy en la gran sala de baile de Netherfield, lista para bailar un *reel*, luzco un vestido blanco de estilo imperio, ligero, que me acaricia delicadamente el cuerpo y un par de extravagantes zapatos de seda, cuando, de repente, oigo la voz de Massimo.

—¿Qué estás leyendo?

Alzo la cara y le enseño la cubierta arrugada.

—No debe de gustarte mucho, ¡casi lo has destrozado! —me dice, frunciendo el ceño.

Niego con la cabeza.

—Al contrario, está así porque lo he leído veintiséis veces.

—¿Veintiséis veces? —Abre desmesuradamente los ojos, horrorizado—. No sé cómo puedes leer esas cosas tan empalagosas.

—No es empalagosa, es romántica, pero eso no significa que no sea inteligente, actual.

Massimo mira el libro con una mueca de disgusto idéntica a la que yo debí de hacer ayer con Rocco.

Cuando el instructor inicia la lección, me veo rodeada de una fila de niños. El curso básico de patinaje en línea está dirigido a los alumnos de seis años. Y a mí.

Empezamos por las cosas más rudimentarias: cómo guardar el equilibrio, cómo dar los primeros pasos.

—Al principio no es necesario que sepáis frenar, es más importante aprender a caer —dice el instructor, y siento que ya me tiemblan las rodillas. Frenar es casi lo único que quería saber—. Entonces, abrid los pies hasta que queden debajo de los hombros, doblad un poco las rodillas y empezad a oscilar apoyando el peso primero en una pierna y luego en la otra —nos invita a probar.

Ni siquiera los niños que tengo a mi lado mantienen fácilmente el equilibrio en una fila de ruedas.

Poco a poco, el movimiento se va ampliando, el instructor nos hace separar un pie del suelo, después el otro, luego cada vez más rápido, hasta darnos un poco de impulso y movernos.

A los niños les cuesta un poco, de manera que me siento eufórica cuando, por fin, logro moverme; al terminar la hora, he aprendido a patinar hacia delante, aunque no sé cómo parar.

—¿No me dices nada? —pregunto a Massimo cuando vuelvo al banquillo.

Sé que esta vez no me va a tomar el pelo, porque la mirada cínica de los días precedentes se ha desmigajado bajo el peso de un nombre imborrable. Stella, que estaría aquí animándome, que me seguiría siempre. Stella, que sería superfeliz.

—No lo has hecho tan mal —dice Massimo encogiéndose de hombros—. ¡Por unos segundos has ido incluso más rápida que la pequeña Erika! —dice en tono burlón.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Ja, ja!

—Creo que deberías ser más atrevida.

—¿A qué te refieres?

—Deberías enfrentarte a alguien que mida más de un metro y veinte.

—¿Como quién?

Su sonrisa se ilumina.

—¡Como yo!

Al ver mi cara de asombro, Massimo toma la iniciativa.

—¡Vamos! —me dice, tirándome de un brazo para que me levante.

Mientras trato de recuperar el equilibrio, él se pone un par de patines, deja la cámara en el banco y empieza a filmar.

Después me aferra una mano y me arrastra hasta el centro de la pista. Damos un par de vueltas así, cogidos de la mano. No sé cuánto tiempo hacía que no me sentía tan feliz.

—¿Ves como puedes? ¡Ahora te dejo, ve sola! —me avisa, y, en parte porque tengo miedo de caerme y en parte porque me gustaría quedarme así para siempre le suplico:

—No, no, no... Massi... ¡No!

Hago un esfuerzo para convencerme de que sí, por primera vez en mi vida, mis manos están entre las suyas, solo es porque está tratando de honrar la memoria de su hermana, pero mi corazón no escucha. Se debate en mi pecho, toma impulso cada vez que Massimo me sonrío divertido, galopa si me ciñe la cintura y escapa cuando me empuja lejos.

Pero ¿está bien que me ría así, que me sienta tan eufórica de repente?

No, no está bien. De hecho, en la euforia del momento pierdo el equilibrio, empiezo a patear como un caballo encabritado y después caigo al suelo dándome un buen golpe. El crac que he sentido en un brazo no presagia nada bueno.

Por otra parte, como dice miss Elizabeth: «Un plan que promete incontables placeres no puede triunfar; y el desencanto general solo se conjura con ayuda de algún pequeño disgusto».[6]

Urgencias es uno de los lugares más espantosos del mundo. Massimo ha ido a la salida cuando ha recibido una llamada de su despacho de Milán, de manera que ahora estoy sola, delante de la sala de rayos X, sentada en una silla de plástico que chirría cada vez que respiro.

A decir verdad, no estoy realmente sola. Me rodea una amplia variedad de seres humanos que lloran, gritan o se quejan.

Yo sufro en silencio, con la muñeca izquierda hinchada, pulsando con un dolor incesante. En cambio, la señora que habla por teléfono delante de mí lee el informe de su radiografía en voz alta a su marido, que está al otro lado de la línea:

—¡Está roto! —sentencia lapidaria—. Es una fractura descompuesta, tendrán que operarlo.

A continuación empieza a describir con exactitud las graves condiciones en que se encuentra la pierna tumefacta de su hijo. Los detalles me causan una violenta arcada.

—¿Vas a desmayarte?

La voz de Massimo me hace dar un salto en la silla.

—¿Eh?

Alzo la mirada y veo que me está filmando con la cámara.

—Supongo que, si te desmayases, te visualizaría mucha más gente. El público adora estas cosas —me dice en tono burlón.

—No, no me voy a desmayar, tranquilo.

Se sienta a mi lado y se ríe.

—¿Estás segura? Lo digo porque he apostado con la enfermera que está al fondo y...

Lo interrumpo dándole un codazo en el brazo y él apaga la cámara riéndose con tanta gracia que acaba arrancándome una sonrisa, a pesar de que me siento como si fuera camino del patíbulo.

—¿Santoro?

El miedo se vuelve a apoderar de mí cuando un médico se asoma a la puerta y me llama. Me aprieto la muñeca dolorida, sintiendo una sensación espantosa en el pecho, el estómago y la cabeza.

—¡Eh, Sole!

Cuando Massimo me llama, me vuelvo pensando que he olvidado algo. En cambio, lo veo sentado, sonriéndome, y me pregunto por qué.

—Te espero aquí —me dice en tono dulce, tranquilizador.

Asiento con la cabeza y en la mirada de Massimo encuentro todo lo que necesito. Comprensión, apoyo y la certeza de no estar sola.

Jamás me había mirado así.

Massimo no se ha movido de donde lo dejé, de manera que nada más abrir la puerta veo que sigue sentado, esperándome. Tengo que hacer un esfuerzo para contener la estúpida sonrisa que siento dibujarse en mi cara.

—¿Y bien?

—Ya lo ves, sigo entera.

—¿Ninguna amputación por hoy? —bromea, y yo me río.

—No, por hoy no.

Me siento de nuevo a su lado y, mientras esperamos el informe escrito, le explico que, según el médico, no tengo nada roto, solo es una torcedura grave, que pasará pronto gracias a un vendaje compresivo.

Entretanto, saco mi cuaderno del bolso y borro dos puntos de la lista. Massimo observa todos mis movimientos intrigado y no deja escapar la ocasión:

—Patines y excursión a urgencias: dos miedos en un día, ¡hoy estás haciendo horas extraordinarias!

—Ya —digo—. ¡Voy por el ocho! Solo me faltan noventa y dos para acabar.

—¡Casi lo has conseguido!

Nos reímos, pero enseguida vuelve a cubrirnos el velo de tristeza que ensombrece nuestras miradas y nos hace enmudecer.

—¿Piensas alguna vez en lo que diría ella si aún estuviera aquí? —le pregunto al cabo de un rato.

—Continuamente. —Suspira.

—Diría: «*Parbleu*, Sole, ¡has patinado superbién, no te has roto el hueso del cuello!» —mascullo—. O: «Vamos, Sole. ¡Deja de quejarte y vamos a patinar un rato por el paseo marítimo!». Y yo respondería: «¡Ni hablar!» —exclamo, negando con la cabeza—. Éramos tan diferentes. —Abrumada por los recuerdos, mi voz se reduce a un murmullo.

—Jamás he visto a dos amigas tan unidas como vosotras. Erais como hermanas —susurra Massimo con la mirada perdida, como si estuviera hablando en voz alta.

—Ella lo dijo desde el principio —afirmo, y, con un salto, los dos volvemos al patio del colegio.

—Es verdad... —admite, suspirando con una mueca de dolor—. Sé que tú también estás sufriendo mucho por ella.

—Sí —murmuro, y siento el incontenible deseo de acariciarle la mano que tiene apoyada en la pierna, a escasos centímetros de la mía.

De nuevo se hace un silencio viscoso y nostálgico, que habla de ella y que Massimo vuelve a romper.

—La última vez que hablé con ella le dije que estaba harto de sus locuras y le colgué el teléfono.

Lo dice apresuradamente y luego me mira para observar mi reacción.

Frunzo el entrecejo.

—¿Cuándo? ¿Qué locura?

—El lunes antes del atentado. Me llamó y la traté fatal. Estaba ocupado, tenía una reunión con unos clientes importantes, un montón de mails sin responder. No tenía tiempo para sus ideas malsanas.

Sigo sin entender una palabra.

—¿Qué ideas malsanas?

Massimo hunde sus ojos en los míos cuando me revela que mi mejor amiga, su hermana, mi hermana:

—Iba a casarse.

El cielo se desploma sobre mi cabeza.

—¿Iba a casarse?

—Mis padres no lo sabían, siguen sin saberlo, he preferido no decírselo, pero creía que te lo había contado. Siempre te lo contaba todo.

«Tengo que decirte algo superimportante», las palabras que Stella pronunció la última vez que la vi retumban en mi cabeza y me hacen temblar. Me trago el nudo que se acaba de formar en mi garganta.

—Quizá quería decírmelo, pero yo tampoco la traté bien ese día —reconozco por primera vez—. Quería que fuera con ella a París ese fin de semana y me negué, ella insistió y nos peleamos. Lo último que le dije fue que no quería volver a verla.

No tengo valor para mirar a Massimo a los ojos, de manera que dejo vagar los míos por el suelo de linóleo mientras siento que se están llenando de lágrimas.

—¡Es increíble! —suspira—. Ninguno de los dos le dijo adiós como se debe.

—Ya —asiento, y el remordimiento me aplasta como una roca.

—Creo que esta idea me perseguirá toda la vida —reconoce Massimo.

La amargura de su voz se une a la mía y las dos parecen estar a punto de desplomarse sobre nosotros.

¿Qué haremos con las palabras que no le dijimos y que nos habría gustado decirle? Las disculpas que no formulamos, los adioses que no nos intercambiamos permanecerán aquí, sofocándonos, atascados en la garganta, sin saber cómo retroceder, pero sin poder salir tampoco. En la oscuridad que me rodea solo logro pensar que Massimo es el único que me comprende.

Los dos estamos suspendidos en un limbo de dolor que nunca cambiará.

Me alegro cuando, por fin, oigo que la enfermera me llama, porque estaba a punto de echarme a llorar.

Le doy las gracias con un hilo de voz mientras ella me tiende mi carpeta y me sugiere que vaya a un ambulatorio para que me vendan la muñeca.

Stella iba a casarse, cuanto más lo pienso más increíble me resulta la noticia. Mi amiga no veía la hora de decírmelo y yo no le permití hacerlo.

—¿Mañana qué prevé el programa? —pregunta Massimo en cuanto subimos al coche. La mirada que acompaña sus palabras es una petición de auxilio, me suplica que aligeremos el tono para no enloquecer de dolor.

—Quizá podríamos descansar, dado que hoy hemos hecho dos cosas.

Hago un esfuerzo para sonreír, apartando la oscuridad que nos envuelve.

—Vamos, no seas cobarde.

—¡Qué fácil es hablar cuando no te arriesgas a tener un infarto todos los días! ¡Me gustaría verte en mi lugar!

Nos reímos, algo aliviados.

Me doy cuenta de que, además de ser el único que me entiende en este momento, Massimo es también el único amigo que consigue aplacar la angustia que me corroe por dentro.

El secreto que me ha revelado y su dolor silencioso, tan parecido al mío, hacen que lo sienta más próximo que nadie.

—A propósito, ¿de qué tienes miedo? —le pregunto curiosa, decidida a mantener encendida la llamita de buen humor que acabamos de recuperar—. ¿Qué es lo que más te asusta?

Massimo desvía la mirada del parabrisas por un instante y me escruta como si hubiera hecho

una pregunta inoportuna.

—No tengo miedo de nada. No sé si sabes que en Milán me llaman el Gladiador —dice con una seguridad exagerada, que no me creo.

—Pero ahora no estamos en Milán, estás en casa. En casa puedes tener miedo.

Él mueve la cabeza y yo insisto.

—¡Vamos! ¿Entonces?

Se encoge de hombros y se concentra de nuevo en el volante.

—No lo sé, de verdad.

Me vuelvo hacia él y lo incito otra vez a hablar.

—¡Venga!

—Antes dime cuál es tu mayor miedo —replica, mirándome de nuevo.

Respondo de manera impulsiva, sé de sobra cuál es:

—Hablar en público. Prefiero lanzarme al vacío a decir lo que pienso delante de mucha gente.

De hecho, creo que será lo último que haga.

Massimo frunce el ceño.

—¿En serio?

Después sigue mirándome con aire perplejo mientras yo me pregunto a qué viene tanto desconcierto.

—¡Ya me conoces! —exclamo—. He leído el mismo libro veintiséis veces, como la misma ensalada sin aliñar todos los días y jamás he salido de Molise: no creo que lo que diga pueda interesar mucho a la gente que, se supone, debería escucharme.

Él guarda silencio y empieza a frenar. Pero yo no he olvidado el pacto:

—Entonces, ¿a qué tienes más miedo?

Massimo mira por la ventanilla.

—Has llegado. Te lo diré en otra ocasión.

La expresión de la cara de mi madre la otra noche me asustó más que la carrera al hospital.

—No es nada —la tranquilicé enseguida, antes de que pudiera decir algo, nada más entrar en casa.

—Sí, sí, ya lo veo —respondió sarcástica. Después se volvió hacia el otro lado, fingiendo que estaba muy interesada en lo que hacían en televisión, y yo choqué contra una pared.

Sentí que me derrumbaba.

—No te preocupes, mamá, de verdad, yo...

Después desenfundó la habitual arma invisible: el silencio.

Un silencio obstinado, determinado y severo que a veces, como anoche, tiene sobre mí un efecto más humillante y devastador que las palabras. Desalentada y vencida, salí. Sé que la dejé sola con sus fantasmas. Me gustaría ayudarla, ayudarnos a las dos, pero no sé qué hacer. ¿Cómo se derriba una pared de cemento?

Esta mañana aún me duele el brazo y no tengo fuerza en la mano. Cuando Danilo me ha visto y le he contado mis dificultades, me ha sonreído y me ha tranquilizado con su inquebrantable espíritu comercial.

—No te preocupes, sé qué puedes hacer hoy.

Media hora más tarde, estoy de pie al lado de la sección de verdura, explicando a los clientes lo buena que está y la extraordinaria calidad de la patata larga de San Biase, un famoso producto típico de Molise. Para aumentar las ventas, los productores han seleccionado unos cuantos comercios donde se promoverá el antiguo tubérculo. Sin saber cómo, ahora luzco un ridículo delantal marrón con encajes y bordados y un sombrero aún más ridículo en forma de patata.

—¡Si fuiste capaz de venir en pijama, no creo que te importe ponerte esto! —ha sentenciado Danilo.

Tiene razón, así que paso la mañana vendiendo patatas.

Mientras las ordeno en el expositor, Samanta se abalanza sobre mí de repente. Me da un fuerte abrazo, está llorando.

—¡No puedo más! —dice entre sollozos.

—Vamos, tranquilízate, ¿qué ha pasado?

—Mi madre... ¡Le he dicho que mi padre me ha invitado a pasar un fin de semana con él en Roma y no quiere que vaya!

—Lo siento, Samanta, no sé qué...

—Aquí está...

La voz airada de Serena nos estremece a las dos. Observa la escena disgustada.

—¡Ve, ve a pedir ayuda a tu amiguita, eso es! ¡A fin de cuentas, la culpa siempre la tiene la bruja de tu madre, que no te entiende! —gruñe.

De repente, Samanta se separa de mí y se enfrenta a ella.

—¡Es verdad, no me entiendes!

Pienso que debo hacer algo, pero sin el vodka que me suelte la lengua, no me siento tan

preparada como me gustaría. Cierro los ojos por un instante y tengo la impresión de estar viéndonos a mi madre y a mí. Mientras yo le grito, ella se refugia detrás de una pared.

Así pues, procuro hacer un favor a Samanta e intento decir a su madre lo que me gustaría decir a la mía si tuviera valor:

—Quizá no deberías enfadarte así con ella, quizá deberías dejarle que te explicara sus motivos. Háblale con calma, pero, sobre todo, escúchala. Pregúntale qué piensa, qué siente, qué quiere... qué le asusta. No podrás tenerla siempre metida en una urna de cristal. No podrás impedir que se equivoque, que caiga, que se haga daño. Porque luego, cuando se quede sola, no sabrá qué hacer para superar los obstáculos de la vida y vencer sus debilidades. La ayudarías mucho más si le explicases cómo afrontar sus mayores miedos, en lugar de apartarla de todo lo que puede hacerle daño.

Por un instante, me siento orgullosa de haber dicho lo que pienso a Serena, pero la agradable sensación dura un abrir y cerrar de ojos.

—¿Se puede saber qué quieres? ¿Tú qué sabes? —prorrumpe con rabia—. Basta, solo eres una cría que vive en babia, mimada por todos, incluso por su jefe, que le consiente todos sus caprichos. —Tira del traje que llevo puesto y luego lo suelta con una mueca de disgusto.

—No es un capricho —digo, pero el tono es quejumbroso y no me gusta.

A Serena, en cambio, no hay quien la pare. Está tan cabreada que da la impresión de que se va a echar a llorar de un momento a otro.

—Deja que te diga una cosa: no sabes qué significa tener una hija y educarla sin ayuda de nadie. ¡No sabes lo que es estar sola!

Una vez más, mete el dedo en la parte más sangrante de la herida.

—Mi mejor amiga murió hace unas semanas y jamás me he sentido tan sola, tan frágil y tan perdida en toda mi vida —digo con la voz quebrada por la emoción, y esta vez logro hacerla callar.

Las dos tenemos lágrimas en los ojos y el corazón en un puño.

La expresión iracunda que antes tenía la cara de Serena se ha transformado en otra de tristeza e incredulidad. Quizá debería aprovechar el momento para intentar hablar con ella, pero me parece que no voy a poder hacerlo.

Tengo que tomar un poco de aire.

Salgo corriendo, tratando de deshacerme de la horrible sensación que me ha dejado la pelea. Doy dos pasos en el pequeño jardín que hay delante del supermercado. Me enjugo los ojos y me dejo acariciar por la brisa que sopla entre los árboles.

Pienso que todo es mucho más difícil sin Stella. Pienso en lo difícil que es hablar con quien no está dispuesto a escucharte.

Absorta, me siento en un banco al lado de un chico que está leyendo.

—Disculpa, pero tengo que decírtelo: me encanta cómo te vistes.

Me vuelvo y veo que es el joven del otro día, el del pelo desgreñado y la sonrisa afable. La primera vez me vio en pijama ordenando ceras de colores y ahora me ve paseando por el parque vestida como una especie de patata gigante.

—No, Dios mío... Pensarás que estoy loca —exclamo ruborizándome.

—La vida humana solo es un juego de la locura —me responde imperturbable.

Arqueo las cejas.

—Bueno, en ese caso, últimamente la mía es un auténtico *Elogio de la locura*...

—Es maravilloso: «A la ilustre sabiduría y roca de la felicidad nadie puede acercarse si no es

guiado por la estulticia —dice—. A la consecución del conocimiento se oponen dos obstáculos principales: la vergüenza que ensombrece con sus nieblas al ánimo, y el miedo, que, una vez evidenciado el peligro, disuade de emprender las hazañas. De ambas libera estupendamente la estulticia. Pocos son los mortales que se dan cuenta de las ventajas múltiples que proporciona el no sentir nunca vergüenza y atreverse a todo».[7]

Me sonrío y precisa:

—No son palabras mías, sino de Erasmo de Rotterdam.

Asiento con la cabeza, impresionada.

—¿Y tú citas a Erasmo de Rotterdam así, a una desconocida?

—Te conozco un poco. —Se encoge de hombros—. Te pones roja con facilidad, como ahora.

—Sonríe y siento que me arde la cara. Luego añade—: No estás acostumbrada a ser el centro de atención, mejor dicho, lo detestas. Eres una soñadora y en ti hay algo terriblemente melancólico. Temes lo desconocido, la opinión de los demás, pero en el fondo de tus ojos veo algo más poderoso que lucha por abrirse paso. Una chispa de locura, quizá. Tienes una sonrisa que caldea el corazón, pero, por encima de todo, tienes un gusto marcado, indiscutible y nada convencional a la hora de vestir.

Me río, pero me siento muy confusa.

¿Quién es ese joven? ¿Cómo puede saber tantas cosas de mí si no me conoce?

—En cualquier caso, me llamo Samuele —dice como si me hubiera leído el pensamiento. Sonríe y me tiende la mano.

Tiemblo al estrechársela.

—Sole.

—Bien, ahora nos conocemos.

—Ahora sí.

Cuando Danilo me ha llamado desde el otro lado de la calle para que volviera al trabajo, me he despedido a toda prisa de Samuele, pero me he pasado el resto de la mañana pensando en él.

Después de haber hablado con él, siento algo indefinido. He olvidado incluso la discusión con Serena y la expresión de decepción y asombro que vi en la cara de Danilo cuando me regañó.

Es como si Samuele me hubiera hecho un retrato y hubiera logrado captar mi verdadera esencia. Con unas cuantas pinceladas describió mi miedo y mi valor, vio lo que, probablemente, no puedo ver ni yo. Es increíble.

Cuando Massimo pasa a recogerme, mis pensamientos quedan reducidos a simples iconos. La feria ha llegado a Termoli, a la playa, y ahí es justo adonde vamos para emprender mi próxima aventura: la montaña rusa.

Las raras veces que Stella consiguió arrastrarme a la feria pasé el tiempo esperando a que bajara de las atracciones, mirándola desde el suelo. Estando allí pensaba a menudo en lo complicada que parecía la montaña rusa vista desde abajo y me convencía de que no era, desde luego, para mí.

Al igual que el resto de las cosas que nunca he probado.

Siempre he mirado de lejos y con desconfianza todo lo que no conozco, siempre he dicho que no sin haberlo probado.

También en este momento me gustaría decir que no, ser sincera. Mientras espero en la cola para comprar el billete, los gritos de las personas que están en la montaña rusa vibran en mi pecho y me hacen temblar.

El ruido que hace el vagón al deslizarse como una exhalación por las vías retumba en mi cabeza y de nuevo me pregunto: «¿Qué demonios estoy haciendo?».

Cuando la agitación alcanza el máximo nivel, me vuelvo hacia Massimo.

—¿Vienes conmigo? —le pregunto sin pensar, en parte porque estoy asustada, pero también porque quiero que esté a mi lado.

—¿No tendrás miedo?

—¿Miedo yo? ¿Cómo puedes pensar algo así? —bromeo—. Lo digo porque me apetece invitarte a dar una vuelta, para agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Él se pone serio.

—Lo estoy haciendo también por mí, Sole.

Entiendo lo que quiere decir: lo hace por ella. Los dos lo hacemos por ella.

—Sea como sea, ¡me muero de miedo, sube conmigo, por favor!

Massimo sonrío y yo me pierdo en su sonrisa, rebotante de gratitud.

Compramos los billetes y nos dirigimos hacia la verja de la entrada, él se acomoda con paciencia a mi paso lento, el paso del que se encamina hacia una muerte cierta.

Cuando el vagón amarillo se para delante de nosotros y las barras suben, siento una ya familiar sensación de pánico y tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol para no echar a correr gritando.

Soy la primera en tomar asiento, Massimo aún no ha subido. Tengo los dientes apretados y los nudillos de las manos blancos debido a la fuerza con la que agarro la barra de protección que está delante de mí. Ignoro las punzadas de dolor en la muñeca: en este momento el miedo es más fuerte.

—¿Quieres que te coja la mano? —me pregunta Massimo titubeando, probablemente porque ve que estoy en plena crisis.

«¡Por supuesto!», me gustaría responderle, pero aún me queda dignidad suficiente para encogerme de hombros y mascullar con indiferencia:

—Si quieres...

Él sonrío y me tiende la mano. Se la aprieto en silencio, a pesar de que en mi interior grito enloquecida.

El convoy parte poco a poco. Sube, sube, sube, con un ruido de cadenas que, imagino, pueden romperse en cualquier momento y hacerme caer al suelo en un vuelo trágico que nos matará a todos en una masacre sangrienta. El convoy se detiene en la cima y el ruido cesa por un momento que se prolonga durante casi una hora.

«Voy a morir.»

A continuación, el convoy vuelve a ponerse en marcha a toda velocidad, a diferencia de mis pensamientos, que se quedan parados en lo alto de esa subida infinita, esparcidos por el aire, expulsados del cerebro.

Cuando inicia la bajada, los pensamientos se han desvanecido. Solo queda la adrenalina, que al entrar en circulación me abre los labios y el corazón. Lanzo un alarido al viento, con los ojos cerrados, porque el aire es muy fuerte y el pelo me azota la cara.

Ya no tengo miedo, solo una indescriptible sensación de libertad.

También ahora, cuando todo termina, estoy irreconocible. Pálida, sudada y despeinada; mi pelo es una maraña informe.

Si tengo que abandonar cualquier pretensión de excelencia para sentir el corazón latiendo como si fuera a alzar el vuelo y para tener las piernas de gelatina y un fuego ardiendo en mi interior, sea.

Aquí y ahora decido que quiero vivir así, despeinada, imperfecta, con el alma rebosante de vida.

Cuando vuelvo al suelo estoy aturdida, me cuesta poner un pie delante del otro, dirigirme hacia el próximo reto. Pero esta experiencia me ha regalado una nueva conciencia: nunca hay que rechazar nada *a priori*. Muchas veces me doy cuenta de que renuncio a mis sueños, de que retrocedo frente al cambio, porque miro las novedades y todo lo que desconozco con los ojos del miedo. Como en el caso de la montaña rusa: la verdadera dificultad era superar el momento crítico de la espera. Lo demás era en bajada, literalmente.

«Son pocas las cosas a las que hay que temer de verdad.»

Cuando las palabras de Stella me vuelven otra vez a la mente las siento más mías, porque ahora las he experimentado en mi piel.

Mi buen humor se desvanece apenas entro en casa y me enfrento a la presencia silenciosa, oprimiente y oscura de mi madre. Pienso que es mucho más fácil hacer el rizo con un avión que hablar con ella. Está en su habitación, sentada en la cama, los sollozos le hacen mover convulsivamente los hombros. En una mano tiene de nuevo la vieja caja verde.

Al verla así, siento una punzada en el corazón.

—¿Qué haces? —le pregunto, acercándome a ella con cautela.

Mi madre se siente pillada in fraganti y yergue la espalda.

—Nada —murmura, enjugándose a toda prisa las lágrimas con el dorso de una mano.

—¿Por qué miras siempre esa caja vieja? ¿Qué hay dentro?

Se encoge de hombros, aún parece muy turbada.

—Nada importante.

Me siento lentamente a su lado y miro el contenido de la caja. Está llena de fotos que han amarilleado con el tiempo. Veo que mi madre sujeta una en una mano.

—¿Quién es? —le pregunto, señalando a la niña que está a su lado. Están de pie delante de un coche rojo, mi madre tiene una barriga enorme y las dos parecen muy felices.

Silencio.

Respiro hondo y lo intento de nuevo.

—Eres tú, embarazada, pero ¿quién es ella? Se parece a ti. —Luego miro mejor. Los ojos de color avellana, la nariz puntiaguda, el óvalo perfecto de la cara—. ¡Mejor dicho, se parece a mí!

Mi madre entorna los ojos bajo el peso de un doloroso y antiguo cansancio.

—Es tu tía Maria.

Enumero rápidamente sus hermanos. Para empezar, están Antonio y Fernando, que viven en Campobasso, y Carlo, que se instaló en Ancona nada más casarse. Después, sabía que mi madre tenía otra hermana, la más pequeña, a la que no llegué a conocer porque murió muy joven.

Supongo que es ella. Mi madre siempre ha sido bastante reservada sobre su familia y apenas tiene relación con ella.

Me vuelven a la mente las palabras de mi padre: «Deberías pedir ayuda... No lo has superado».

Así pues, esa hermana tuvo que ser importante para ella, pero no entiendo por qué ni por qué justo ahora.

Le abro mi corazón, lo único que puedo hacer.

—Háblame de ella, mamá, estoy contigo, te escucho.

Pero su reacción me desarma: se vuelve de golpe, chasquea la lengua, la expresión de sufrimiento de su cara se transforma en otra de rabia.

—Vaya, ¿estás conmigo, Maria Sole? ¿De verdad? —No sé si me aterrará más eso o que me llame por mi nombre completo. La observo inerte mientras estalla en mi cara como una granada—. ¡Y yo que pensaba que ahora te dedicabas a tratar de avergonzarnos a todos con tus nuevas manías de exhibicionismo! Ah, pero tienes razón, claro, ¡ahora estás conmigo! —se burla de nuevo de mí—. ¡Qué raro que no estés tratando de matarte en algún lado!

—Lo estoy haciendo por Stella, ¿no lo entiendes?

Alzo la voz, como si gritando tuviera más posibilidades de que ella me escuchara.

Mi madre se vuelve a reír en mi cara apuntándome con el dedo índice.

—¡No, lo estás haciendo por ti! Eres una egoísta, te importo un comino, tu padre también. ¡Todos! —insiste, lanzándome sus palabras de piedra. Lo último que me dice me remata—. ¡Eres decepcionante!

Me he pasado la vida haciendo lo que fuese para ser como ella quería que fuera, de forma que esta frase es lo más cruel que podía decirme.

Voy a mi habitación con el deseo de no volver a salir de ella.

Samanta es la única cosa positiva de esta mañana. Después de la discusión que tuve anoche con mi madre, hoy me siento exhausta, deprimida y peligrosamente desmotivada. Serena no me mira y eso lo empeora todo. Para no agravar la situación, me he prometido que evitaré a Samanta, pero ella hace todo lo posible para estar conmigo. Se lo agradezco en silencio.

—¡Te estás haciendo famosa! —me anuncia con orgullo, enseñándome los números de vértigo de la página de Facebook que me ha abierto—. Todos mis amigos te siguen, tus aventuras están apasionando a toda la ciudad. La gente te adora. Todo el mundo tiene miedo de algo y se identifica contigo. —Luego, su tono eufórico se torna serio—. Yo me identifico contigo —me confía, mirándome a los ojos.

Suspiro mientras sigo ordenando las botellas de puré de tomate en la estantería.

—Me alegro, Samanta, pero...

Me interrumpe con renovado entusiasmo.

—Tengo dos cosas que decirte. La primera es que ayer hice también una lista de miedos; es pequeña, pero muy personal.

—Bien hecho, debes estar orgullosa —digo, y lo pienso de verdad.

Sin embargo, toda su seguridad se desmorona cuando admite:

—No creo que te cueste mucho imaginar qué es lo que más miedo me da.

Frunzo los labios en una mueca de dolor.

—Hablar con tu madre.

—Exacto. —Suspira—. Me gustaría que hablar con ella fuera más fácil, como hablar contigo. Tú me escuchas, me entiendes de verdad. Ella se enfada enseguida y erige un muro. ¿Has visto?

Pienso que Serena reacciona igual que mi madre. El silencio es su arma invisible para evitar el enfrentamiento directo y dominar la situación.

—¿Sabes lo que pienso? —La verdad se revela como una iluminación—. Que detrás de su rabia solo hay mucho miedo. Pienso que su coraza de dura solo le sirve para defenderse.

—¿De qué? —dice frunciendo el entrecejo, aturdida.

—De algo que puede hacerla sufrir. Creo que tiene mucho miedo de sufrir y la rabia es su manera de liberarse de él.

—Ha sufrido mucho, es cierto. Cuando mi padre se marchó. No dejaba de llorar. Aún la oigo llorar a veces, de noche. Me gustaría ayudarla, pero ella no me deja.

—Lo siento.

—Ya... —murmura pensativa.

Por un momento nos perdemos cada una en nuestro mundo, aferrándonos a un cordón umbilical que, a menos que reaccionemos, acabará estrangulándonos.

Después, Samanta me agarra un brazo y me hace volver a la realidad.

—¡En cualquier caso, esta es la segunda cosa que debía decirte! ¡Tenemos que abrir un blog, ha llegado el momento!

Me impresiona que use el plural, como si se sintiera tan involucrada en este proyecto que le

pareciera ya un poco suyo. Y si por una parte me alegra verla tan próxima a mí y tan entusiasta, por la otra me asusta lo que pueda decir su madre.

Frunzo el ceño. Esta vez la que se siente aturdida soy yo.

—Dios mío, no sé...

Estoy en un tris de decirle que no, que lo siento, pero que no debe perder tanto tiempo con mis absurdas empresas. Además, un blog sobre mí sería ridículo: ¿a quién le interesaría?

Cuando las inseguridades de siempre se disponen a hablar por mí, Samanta se adelanta:

—Vamos, Sole, di que sí —me suplica, juntando las manos en ademán de oración y poniendo ojos de cervatillo.

«Vamos, Sole, di que sí» era justo lo que me rogaba Stella cada vez que se embarcaba en la difícil tarea de convencerme para hacer algo que yo no quería. Samanta no lo sabe, pero ha tocado una fibra sensible. Le respondo sin pensármelo dos veces.

—Está bien, de acuerdo.

Una sonrisa gigante se dibuja en su cara.

—¡Genial! Porque he trabajado en él toda la noche y ahora lo único que me queda por hacer es darle visibilidad —exclama—. Disculpa, pero ¡tengo que ir a publicarlo!

La observo mientras se aleja por el pasillo de la pasta, tan feliz que casi parece volar. Así pues, es inevitable que yo también me sienta feliz.

He encontrado una nueva amiga. Así, sin desearlo, sin siquiera buscarla. Samanta me ayuda y me anima, igual que hacía Stella.

Puede que la nuestra no sea una amistad convencional, dada la diferencia de edad, pero en experiencia de vida las dos estamos más o menos a cero, quizá sea eso lo que nos une. Eso y el deseo de cambiar las cosas o, al menos, de intentarlo. Sí, es el deseo de poner a prueba nuestra fuerza.

Me pongo de nuevo a ordenar las botellas en la estantería, pero me cuesta, porque aún me duele la muñeca. De hecho, una se me resbala y se rompe al caer.

Suspiro y empiezo a recoger los cristales del suelo.

De repente, dos manos finas y ágiles aparecen de la nada y empiezan a limpiar.

—Deja que te ayude.

Al alzar los ojos, mi mirada se cruza con la de Serena. La tímida sonrisa que veo en sus labios me confunde.

—Tienes razón, ¿sabes? —me dice. Se para y me mira con los ojos repentinamente brillantes—. Tengo miedo. —Inspira hondo y luego espira lentamente, como si estuviera expulsando un mal antiguo que se le hubiera quedado incrustado dentro—. Tengo miedo de no poder pagar el alquiler, las facturas y los libros para mi hija. Tengo miedo de que se meta en líos, de que alguien le haga daño. Tengo miedo de no poder darle el futuro que se merece. Tengo miedo de perderla y quedarme sola. Tengo miedo porque no puedo hablar con nadie más y, de repente, lo estoy haciendo contigo. Yo tampoco me he sentido nunca tan sola como ahora.

No me lo puedo creer, no sé qué decir. Parpadeo tratando de asegurarme de que ella está aquí de verdad y de que me está abriendo su corazón.

—Me alegro de que lo hagas. Te prefiero así a cuando no me miras a la cara —le respondo sonriendo.

Inspira y luego espira profundamente.

—Creo que debo pedirte perdón.

Ahora que se ha desnudado, que se ha liberado de todos sus miedos, decido hacer lo mismo. El

miedo nos une de una manera u otra, en el fondo, nos une a todos.

—Perdóname también a mí. Ayer no quería parecerte arrogante, solo quería decirte lo que me habría gustado que alguien le dijera a mi madre hace muchos años. Si hubiera afrontado mis inseguridades y mis miedos a su debido tiempo, ¡quizá ahora no estaría tratando de hacer acopio de valor para deambular vestida como una patata por un supermercado!

Serena sonrío, pero enseguida se vuelve a poner seria.

—Contigo Samanta está tranquila y sosegada. Diría que incluso entusiasmada. Es más, nunca he visto a mi hija tan excitada y apasionada por algo como cuando hablaba contigo hace poco. Os oí y casi no podía reconocerla. —Suspira de nuevo—. Contigo se abre, yo solo soy una gruñona histérica que le corta las alas y le arruina la vida. Dios mío, no soporto que me odie. —Su voz se crispa.

—Samanta no te odia, estoy segura.

—Y tú ¿cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho ella?

—No, lo sé porque cuando os miro veo que os une la misma relación que hay entre mi madre y yo. Ella también es ansiosa y protectora, siempre lo ha sido. Me crio bajo la famosa urna de cristal y cada vez que intentaba salir de ella me bastaba una de sus miradas de reproche para que volviera sobre mis pasos. Ahora estamos enfrentadas porque yo estoy haciendo añicos la urna. No sé cómo terminaremos, pero una cosa es segura, no la odio. Al contrario, la conciencia de decepcionarla, de no ser como ella querría que fuera me hace temblar más en ciertos momentos que la idea de tirarme de un avión. Me gustaría que mi madre no se atrincherase detrás de un muro de silencio, que me escuchara y hablara conmigo. Por eso te dije esas cosas ayer, porque pienso que hablar es la única solución.

Serena asiente con la cabeza y le sonrío.

—Por ejemplo, no sabes cuánto me alegra que estés aquí ahora. Creía que no te gustaba y que no querías tener nada que ver conmigo.

Alza los ojos y nuestras miradas se cruzan.

—Tienes razón, no me gustabas —reconoce con sinceridad—. Creía que solo eras el ojito derecho del jefe. Hablabas con todos, salvo conmigo. Ni siquiera te acercabas a mí.

Su sinceridad me impresiona, de manera que decido ser tan franca como ella.

—Soy tímida y, además, desconfío bastante de las novedades. Por eso tardo un poco en abrirme a las personas que no conozco. Bastante, a decir verdad —admito también—. Danilo es amigo de mi familia, me conoce desde que tenía cinco años. Por eso a veces dice que soy como una hija para él.

—Sí, lo sé, lo he comprendido. —Me sonrío y luego añade algo que abre una ventana en mi corazón—: Te he comprendido.

Así pues, Serena pensaba que yo solo era una cría inmadura, presuntuosa y mimada. A mí, en cambio, siempre me ha parecido una maniática del control arrogante. Nuestros prejuicios solo nos han dejado ver lo que queríamos, porque nos hemos mirado con los ojos del miedo.

Es cómico. Cuando somos niños nos asusta la noche, porque los monstruos se esconden en la penumbra de nuestra habitación, pero cuando crecemos, las cosas no cambian mucho: seguimos teniendo miedo de la oscuridad, de todo lo que desconocemos.

Me conozco y sé que estoy a punto de tirar la toalla. Las palabras de mi madre han tenido el efecto de una explosión atómica y ahora me parece estar vagando por un árido desierto nuclear.

Por eso me obligo a afrontar otra prueba de vuelo esta tarde, para no destruir el capullo de fuerza que siento germinar en mi interior. Samanta también está triste. Rachele la ha llamado y le ha dicho que ayer Lucas pasó la tarde en la playa con la Abeja Reina y ella ha perdido definitivamente la esperanza.

Así pues, pregunto a Serena si puedo llevármela al campo. Como hemos aclarado las cosas, acepta sin vacilar.

Cuando llegamos a la casa de Ugo en la colina, él nos está esperando con los brazos abiertos.

Desde su jardín se ve brillar el mar como una lámina plateada. Parece una tarjeta postal. Me gustaría vivir en esta casa maravillosa y levantarme cada mañana con este impresionante panorama.

Las notas leves y sublimes de un piano salen volando por la ventana abierta y cuando llegan a nosotros nos inundan de luz.

Ugo me propuso esta prueba apenas se enteró de mi proyecto (mis fotos en pijama han circulado por toda la ciudad).

«¿Te daría miedo que te cubriera un enjambre de abejas?», me preguntó. Le contesté que sí, por descontado.

Así que aquí estoy. Dado que Massimo hoy trabaja en el restaurante, me ayudará Samanta. Respecto a hace una hora, cuando suspiraba melancólica en el almacén del supermercado, parece otra.

Ugo está electrizado y mi ansiedad aumenta en modo proporcional a su excitación. ¿Qué demonios se le habrá ocurrido hacer?

Para empezar, me invita a ponerme un mono amarillo de apicultor y eso hace que me encuentre mejor por un instante, pero la sensación de calma relativa solo dura hasta que nuestro experto empieza a explicarme:

—A las abejas hay que acercarse siempre con calma, porque pican cuando perciben ansiedad y miedo.

Genial. De nuevo estoy en peligro.

No obstante, embutida en el mono me siento bastante protegida, así que al final me acerco con cierta tranquilidad a las colmenas que hay al fondo del jardín, alineadas a lo largo de un camino de tierra que lleva al bosque.

El zumbido que, unos metros antes, era un leve rumor de fondo se ha convertido en un ruido angustioso, en la banda sonora perfecta de una película de terror.

—Lo primero que hacemos es encender el ahumador para poder alejar a las abejas de la zona en que estamos trabajando —dice Ugo.

Acto seguido, saca de las cajas los bastidores cubiertos de cientos de abejas rodeadas de miel y me pide que los coja con las manos.

Los guantes que llevo son mi armadura y, a pesar de que la idea de tener cientos de abejas en las manos no me seduce precisamente, resisto sumida en un digno silencio.

Ugo nos explica un montón de cosas sobre las abejas y sobre la apicultura. Samanta parece fascinada por la extemporánea lección de ciencias, a tal punto que, de repente, deja incluso de filmar. Pero cuando oigo que pregunta a Ugo cómo muere la abeja reina comprendo que su interés se centra más bien en las ciencias sociales.

En cuanto a mí, lo que más me interesa es no morir ahogada dentro de este mono enorme, que mantiene mi cuerpo a la temperatura de un alto horno. Así pues, me alejo un poco de las abejas *killer* y me quito la capucha. Estoy cansada y muerta de calor. Respiro con fuerza y, mientras lo hago, oigo que un coche frena a mis espaldas.

Cuando me vuelvo y reconozco a Samuele al volante de un viejo Panda, mis labios se curvan en una amplia sonrisa de asombro.

Los suyos imitan mi gesto y, cuando lo hacen, tengo la impresión de que su sonrisa entra en mi cuerpo, porque de repente siento aún más calor.

Nos miramos durante un tiempo que no sabría definir. Me gustaría decirle por qué hoy también voy vestida de manera absurda, me gustaría poder explicarle por fin lo que estoy haciendo, convencida de que lo entendería. Tengo la sensación de que lo comprende todo.

—No pensarás arreglártelas así, ¿eh?

El grito de Ugo me sobresalta y me arranca del mar límpido de los ojos de Samuele.

—¡Vuelve aquí, aún no hemos terminado!

Así que me limito a encogerme de hombros, también esta vez a las palabras les cuesta salir, y lo lamento.

Él se detiene a mirarme unos segundos más, mejor dicho, se adentra en mí como sabe hacer a la perfección, según parece. Luego arquea las cejas y, por fin, me dice:

—Si quieres miel, debes tener el valor de enfrentarte a las abejas.

Sonríe.

Asiento con la cabeza, pensando que sus palabras no pueden ser más atinadas en este momento. En este período. En mi vida.

—¡Hola, artista! ¿Cómo estás? —A mi lado, Ugo mueve los brazos en ademán de saludo.

—¡Bien, Ugo! ¡Veo que tú tampoco te puedes quejar, además, hoy estás en magnífica compañía!
—le responde Samuele mientras lo miro de hito en hito. ¿Se conocen?

Ugo me rodea los hombros con un brazo.

—¡Pues sí, me estoy divirtiendo mucho! —admite riéndose.

Inclino la cabeza, vacilante.

—Me gustaría poder decir lo mismo —murmuro.

Samuele me oye y se ríe, y yo tengo la impresión de que me pierdo en alguna parte de su sonrisa, porque no sé cómo salir de ella.

—¡Ahora, sin embargo, tenemos que dejarte, la reina nos está esperando! —dice Ugo, dando un paso hacia atrás y obligándome a seguirlo.

—La reina no puede esperar —asiente—. ¡Divertíos!

Samuele se despide de Ugo con la mano y me guiña un ojo cuando este se vuelve. Me he quedado petrificada. Una parte de mí, desconocida, le gritaría que se quedase. Él, en cambio, se marcha, dejándome con una especie de extravío que hace dar vueltas a mi cabeza. ¿Cómo es posible que un chico al que apenas conozco me altere tanto?

—¿Lo conoces? —le pregunto a Ugo apenas Samuele se marcha.

—Sí, es un artista. Un verdadero talento —afirma convencido—. Viene a menudo a la colina para inspirarse y «extasiarse con la vista que se contempla desde aquí lo alto», como dice él.

«Vengo a menudo aquí para extasiarme con la vista.» Sí, puedo imaginarme a Samuele diciendo algo así. De nuevo siento que esa sensación indefinida me pellizca el pecho.

—Oh, y... —Me gustaría hacer un millón de preguntas más, pero Ugo me vuelve a poner la capucha y no parece dispuesto a escuchar—. ¡Ven, vamos! ¡Aún tenemos mucho que hacer!

Mis pies lo siguen obedientes hacia las colmenas, pero mi mente está en otro lugar.

¿Un artista? Si cierro los ojos, veo los suyos, intensos, tan profundos como el mar, al que han robado el color y el brillo. Desecho la imagen apenas se asoma con toda la locura que conlleva a mi mente y me concentro en las abejas. Es mucho mejor.

Ugo se lo ha tomado tan en serio que apenas llego a su lado me unta el mono con un poco de miel para atraer al enjambre. Cuando comprendo lo que está sucediendo, por un momento temo más por su vida que por la mía.

Con la visera completamente cubierta de abejas, que se mueven a pocos centímetros de mi cara, de pronto pienso que no voy a poder resistirlo. El corazón me late a toda velocidad y tengo la frente perlada de sudor mientras me fuerzo a permanecer inmóvil. Es un auténtico infierno. El zumbido es tan ensordecedor que me impide incluso reflexionar. Cosa que, por otra parte, me convendría, dadas las fantasías que tuve hace unos segundos.

Una vez más, la música sale en mi ayuda.

Me concentro en las notas desconocidas y maravillosas que llegan desde la casa. El piano acompaña a una voz masculina, cálida y envolvente.

Es una canción que habla del miedo a mostrar nuestros límites y nuestra cara más auténtica. Nos gusta sentirnos héroes, hacer creer a los demás que somos invencibles, pero ese vivir en la apariencia no puede hacernos felices. Solo podemos serlo persiguiendo nuestros sueños.

Sin saber cómo, al final logro resistir una eternidad, o eso me parece, hasta que Ugo se decide a quitarme las abejas de encima con un ahumador.

Para hacerse perdonar nos invita a una limonada con miel a la sombra del porche.

Para hacerse perdonar no le bastaría con poner la casa y el jardín a mi nombre.

Cuando entramos en la cocina, la música se interrumpe en el piso de arriba.

—¿Quién estaba tocando? —le pregunto, enterrando por un momento el hacha de guerra. La curiosidad puede con el resentimiento.

—¡Mi nieto! —exclama, ruborizándose de orgullo. Después, cuando oye unos pasos en la escalera, su sonrisa se ensancha aún más—. ¡Aquí está!

Unos segundos después, un joven alto y delgado aparece en la cocina y se dirige hacia la nevera. Al vernos se detiene, es evidente que le sorprende que estemos aquí. Viste una camiseta de los Coldplay y un par de pantalones cortos. Su cara me resulta familiar, pero no sabría decir dónde lo he visto.

De repente lo reconozco.

—¡Es Lucas, el músico de la casa! —Ugo lo presenta como si fuera una estrella mientras él resopla y trata de ocultar la vergüenza que siente alzando los ojos al cielo.

—¡Hola! ¡Tocas genial! ¡Felicidades! —exclamo con sinceridad. Después me vuelvo hacia mi amiga para que se una a la conversación—. ¿No es verdad, Samanta?

—Sí —susurra ella tan bajo que solo la podría oír un murciélago. Después se pone a estudiar con atención los cordones de sus zapatos.

Sorprendida de lo mucho que se parece a mí, siento la necesidad de ayudarla.

—Esto... Creo que os conocéis ya —digo, mirando primero a uno y luego a la otra.

Samanta se limita a asentir con la cabeza. Él la imita, parece incluso un poco molesto, pero luego dice algo que me sorprende:

—Y tú eres la chica de los miedos, ¿verdad?

La chica de los miedos. Repito mentalmente el nombre y esbozo una sonrisa.

—Sí —asiento. Luego, con estudiada indiferencia, añado—: Veo que te gustan los Coldplay. A Samanta le encantan también. —Los dos asienten con la cabeza. Acto seguido, Lucas se apresura a coger una Coca-Cola de la nevera para volver arriba. Sé que solo dispongo de unos segundos, así que debo jugar bien mis cartas—. ¿Tienes una banda o...?

—No, no. Solo escribo letras, hago arreglos, no es algo serio.

—¿Cómo que no es algo serio? —tercia su abuelo, divertido. Le pone una mano en un hombro y lo mira con un orgullo conmovedor—. Lucas solo piensa en la música desde que era un niño de pañales. Cuando era pequeño rascaba la raqueta de tenis y hoy se pasa el tiempo encerrado en su habitación con la guitarra. Pero no es una cosa seria, no —bromea.

—Bueno, no soy experta, pero quizá llegue a serlo... Una cosa seria, quiero decir. —Busco la mirada de Lucas y la retengo—. Tienes mucho talento, en serio. Tu música consiguió distraerme mientras tu abuelo intentaba matarme con sus malditas abejas —añado mirando a Ugo, y sonrío—. Sin ofender, ¿eh?

Ugo se ríe, pero quiere saber lo que piensa su nieto, se le nota en la chispa que mueve ahora su mirada.

—Sí, bueno... esto... La verdad es que me gustaría dar a conocer mi música, pero no sé por dónde empezar —farfulla Lucas, y yo me pregunto cómo es posible que este chico tímido y torpe sea el mismo que hace varias noches chuleaba con sus amigos en la discoteca. El miedo tiene muchas caras.

—¡Ella te puede ayudar! —afirmo señalando a Samanta, que abre los ojos como platos, incrédula y aterrorizada.

—¿Yo? —murmura.

—Sí.

Le lanzo una mirada terrible para obligarla a seguir el juego, pero por lo visto está demasiado ocupada tratando de recordar cómo se respira. Así pues, sigo explicándole a Lucas:

—¡Puede hacer un blog en una noche, conoce el HTML mejor que el italiano y puede conseguir que seas más viral que el SARS!

—Ah, ¿sí? —Lucas la observa titubeante, arqueando una ceja.

Samanta se encoge de hombros, apurada. Luego, con un hilo de voz, dice:

—Sí, pero no soy tan buena...

—Es cierto, no es buena. Es buenísima —preciso.

Lucas se encoge de hombros.

—Está bien, me lo pensaré —dice, y luego sale bajo la mirada incrédula de Samanta, que parece no haber entendido una palabra de lo que ha sucedido en los últimos cinco minutos.

Cuando la llevo de nuevo a su casa, Samanta entra corriendo en su habitación.

—¿Qué le pasa? —me pregunta Serena en la puerta.

Le sonrío.

—Acaba de intercambiar un número considerable de monosílabos con el chico que le gusta.

—¡Guau! ¡Un asunto serio, por lo que veo! —bromea, y me arranca una carcajada.

Pero enseguida comprendo que no soy quién para reírme.

—Bueno, no debería hablar mucho. Para coquetear con el chico que me gusta necesitaría una tasa de alcoholemia en la sangre superior a 3,0 —admito.

Serena me guiña un ojo divertida.

—La verdad es que el alcohol te vuelve muy sociable.

Pongo los ojos en blanco.

—Te vuelvo a pedir perdón.

—Ya pasó. —Se encoge de hombros—. Es más, ¿por qué no nos tomamos un aperitivo sin alcohol y volvemos a empezar desde aquí?

Al cabo de cinco minutos estamos en el bar que hay debajo de su casa bebiendo un cóctel de fruta y charlando amigablemente.

Si Stella me viera ahora, no podría creérselo.

A mí también me cuesta creer que esté ocurriendo de verdad, pero la nueva Sole no deja de sorprenderme.

Me sorprende también lo que me cuenta Serena, que por primera vez me abre su corazón.

Su marido y ella tenían una empresa de marketing y comunicación que quebró cuando su matrimonio se rompió. Tras pasar por una serie de trabajos precarios, acabó de cajera en el supermercado, a pesar de que estudió en la universidad.

Lo que más le preocupa ahora es Samanta y tiene intención de esforzarse y procurar que la relación entre ellas mejore.

Intentará ser más abierta y empática, menos agobiante, siguiendo los consejos que le he dado.

El cambio se puede entrever ya, también conmigo es diferente. Se muestra tan disponible que incluso le confío los problemas que tengo con mi madre.

—Dice que la he decepcionado. Desde que me embarqué en este proyecto casi no me habla. Desaprueba lo que estoy haciendo y me castiga con el silencio. No me deja que le explique mis razones, que me defienda de sus acusaciones, que remedie de alguna forma el sufrimiento que puedo haberle causado. Su respuesta a esta historia es una condena inapelable.

—Lo siento, pero, por desgracia, me identifico un poco con ella. A veces me cierro como un erizo e interrumpo la comunicación con Samanta. Es probable que lo haga cuando me doy cuenta de que no sé cómo llevar el enfrentamiento, la situación. Creo que me sucedió lo mismo con mi exmarido. Al final él se marchó y he de reconocer que no hice nada para retenerlo. Lo alejé de Samanta. Estaba tan enfadada con Antonio porque nuestra relación había llegado al final que no pensé que comportándome así estaba privando a mi hija de su padre. Por eso me enfurecí cuando supe que ella estaba intentando retomar la relación con él. Tengo miedo de que me la quite, de que la convenza para que se marche y se vaya a vivir con él, que le lave el cerebro como hice yo. En fin, llevas razón, tengo un montón de miedos. Los que me conocen superficialmente pueden pensar que soy una dura, alguien que no se deja vencer por nada. En cambio, me doy cuenta de que no es

así, nada más lejos de la realidad. Puede que tu madre se comporte así por eso: tu proyecto debe de haberla obligado a encararse con sus debilidades más profundas.

—Sí, puede que sea así —murmuro pensativa—, pero, además del proyecto, debe de haber otra cosa. —Un vacío en el espíritu, el fin del mundo, algo que solo puede corresponder a la muerte de un ser querido—. Tengo la impresión de que la muerte de Stella ha reabierto la vorágine y que ahora está combatiendo contra todos sus fantasmas. Puede que el miedo que siente por mí solo sea una parte de su malestar. De hecho, cada vez que entro en casa y mis ojos se cruzan con su mirada oscura me entran ganas de dejarlo todo y hacer solo lo que ella quiere para que se sienta mejor.

—Puede que la muerte repentina y terrible de Stella haya abierto una vieja herida. En cualquier caso, Sole, deja que te dé un consejo. Los fantasmas son de tu madre, no tuyos.

Tengo la impresión de haber encontrado una nueva amiga. Otra.

Hablamos largo y tendido, y es un placer. Samanta está en el centro de nuestros pensamientos y, a pesar de que Serena me confía que conceder más libertad a los hijos no es fácil y que exige a los padres un valor extraordinario, al final decide ponerse a prueba.

Cuando vuelvo a casa, trato de esquivar a mi madre. «Le plantaré cara cuando me sienta más fuerte», me digo.

Por el momento solo quiero volver a saborear cada instante del día de hoy, en el que me parece haber comido emociones en lugar de pan, dado lo intenso que ha sido.

Las escribo en el blog, que actualizo con los últimos retos que he afrontado y con mis impresiones.

Después recuerdo la cara que puso Samanta cuando Lucas entró en la cocina: fue estupenda.

Ella estaba tan asustada y resultaba tan torpe, tan frágil y tan auténtica que me pareció preciosa.

Veó una y mil veces la sonrisa de Samuele, tan dulce que te penetra sin pedir permiso. No sé si sus ojos son del color del cielo o del mar, pero seguro que son tan profundos como ambos. A pesar de que es tarde, me levanto y me asomo a la ventana para que me acaricie la brisa, como si no quisiera irme a dormir para no desperdiciar ninguno de los instantes que me brinda la vida. La misma vida despiadada que me arrebató a mi mejor amiga y me dejó sola, ahogándome en un mar de lágrimas, ahora me regala un sinfín de nuevas sorpresas.

A Ugo De Santi no le ha bastado echarme encima un enjambre de abejas. Ahora está contando a todo el restaurante su versión de la historia, haciendo reír a todo el mundo.

También Massimo sonrío disimuladamente mientras se mueve entre las mesas. Cuando veo que se despide de dos clientes y se acerca a mí, mi corazón se hincha como un globo.

Apenas me pregunta cuál es nuestro programa para hoy me siento tan ligera que podría alzar el vuelo, pero, por desgracia, debo responderle que no he pensado en nada.

—Se me ha ocurrido algo para esta noche.

Me escruta, la desilusión que veo en su cara no es una impresión, es real.

—¿Como qué?

—Como ir a un bar sola.

—¿Qué bar?

—No sé, quizá uno del paseo marítimo. En cualquier caso, debo ir sola, así que... —Me encojo de hombros.

—Está bien —murmura en tono grave, pero después su cara se ilumina con la chispa de algo que no reconozco. Massimo me sonrío con complicidad y desaparece en la cocina.

Vuelve al cabo de diez minutos con la cámara en una mano y un plato humeante en la otra. En la cara tiene la expresión más satisfecha y divertida que le he visto desde que está aquí.

—A partir de ahora me ocuparé personalmente de tu dieta —sentencia.

Río al oír su tono solemne.

—¿En serio?

—¡A partir de hoy se acabaron las ensaladas insípidas! —dice, y luego me pone el plato delante—. ¡Veamos si tienes valor para comerte esto! —El desafío es evidente en su voz y algo se vuelve a encender en mi pecho—. ¿Sabes lo que es?

—La *affunniatella* que hace tu padre.

—¿Y sabes que es muy, pero que muy picante?

Asiento con la cabeza.

—Sé que es superpicante —preciso.

Se queda sin aliento unos segundos, después, con el descaro de hace un instante, esboza una sonrisa de complicidad.

—Ya... es superpicante.

Basta el recuerdo de Stella para dejarlo fuera de combate en menos de un segundo, pero, una vez más, mi proyecto nos ayuda a mitigar el dolor.

—OK, empieza a filmar —murmuro con mi mejor tono retador.

Me encaro con mi próximo desafío: un plato humeante de pimientos salteados con cebolla, perejil y albahaca, amalgamados con huevos revueltos. El guiso se completa espolvoreándolo con una guindilla picantísima, que lo convierte en «letal incluso para los paladares más audaces», como advierte siempre Giorgio, que cultiva personalmente sus guindillas «radioactivas».

Mientras me dispongo a llevarme a los labios el primer bocado, el chef sale de la cocina para

ver lo que pasa, incrédulo, pero también visiblemente preocupado.

—¿Estás segura, Sole?

—Mmm, mmm —digo, mintiéndome incluso a mí misma.

Inspiro y retengo el aire, como si fuera a tirarme al agua. Guiño los ojos y muerdo el primer pedazo de pimienta.

Los segundos iniciales pasan indemnes, a tal punto que llego a pensar que la fama del plato es injustificada. Pero apenas me trago el bocado, comprendo que no es así.

Mi boca arde, la garganta es pasto de las llamas y he perdido la sensibilidad en la lengua. Socorro.

Bebo un sorbo de agua, pero el incendio no se aplaca y empiezo a lagrimear sin remedio.

—¿Cómo está? —Massimo se ríe, pero esta vez no hay malicia en su tono.

—Bueno —susurro, ya que casi no puedo articular las palabras.

—¿Piensas acabártelo? —me pregunta con su mirada provocadora, que me enciende más que la guindilla de este plato.

—Por supuesto —digo tragándome otro bocado sin casi mastigarlo, como si fuera una medicina espantosa.

Otra llamarada y un nuevo lago de fuego resbala por mi estómago. Jamás me ha apetecido tanto mi ensalada sin aliñar como en este momento.

Giorgio va a la cocina a llamar a Patrizia y le dice que salga corriendo a ver.

—¿Es tu *affunniatella*, Gio'? —le pregunta Ugo desde su mesa, intrigado por el barullo que me rodea.

Cuando el padre de Massimo le dice que sí, se levanta y se aproxima divertido.

—Hace años que vengo aquí y jamás he visto a nadie que consiguiera comérsela. ¡Me muero de curiosidad! —me dice sonriendo—. Veamos que es mejor, esto o mis pobres abejitas, ¿eh, Sole?

En menos de un minuto los ojos de toda la sala están clavados en mí y una vez más, desde que emprendí este proyecto, vuelvo a ser el centro de atención.

Es como si hubiera vivido durante veinticinco años a la sombra y ahora un faro me apuntase con su luz todo el tiempo y el mundo fuera más brillante.

Cuando supe que Stella había muerto pensé que no iba a sobrevivir. Pero hoy me doy cuenta de que no solo no estoy muerta, sino que además me siento un millón de veces más viva desde que ella no está aquí.

Me sucede a mí, pero también a Massimo, que no deja de sonreír desde detrás de la cámara. Le sucede a este restaurante: todos me animan con aplausos y gritos de aliento, como si estuviéramos en el estadio. Desde la fiesta de Nochevieja del año 2000 no se había vuelto a oír un bullicio como este aquí dentro.

Patrizia observa la escena desde la barra, como si quisiera disfrutar del espectáculo de lejos. Como si, después de haber estado a oscuras durante semanas, toda esta luz la deslumbrase. Me mira y sonrío conmovida frente al techo, que se desmenuza y, por fin, deja entrar el sol.

«¡Resplandece, Sole, resplandece todo lo que puedas!»

La despedida de Stella retumba en mi mente mientras siento el aire cálido del verano en la espalda y las olas del mar, al fondo, siguen rompiendo.

Me pregunto: «¿Cómo es posible que me sucedan cosas como esta y que las viva sin ella? ¿Cómo hago para no volver a casa, llamarla por teléfono y charlar con ella varias horas? ¿Cómo?».

Daría lo que fuera para que pudiera verme: tengo la cara encendida, las mejillas llenas de

lágrimas, me ha entrado hipo y jadeo, pero jamás me he sentido tan orgullosa.

Cuando me trago el último bocado y apuro la segunda jarra de agua, en el restaurante se eleva un fragoroso aplauso. Alzo los brazos y lanzo un grito de victoria, a la vez que cierro los ojos, que me arden. Todos están tan alegres como yo, que balbuceo en lugar de hablar.

—Estaba seguro de que lo conseguirías. ¡Esta vez he apostado por ti! —me murmura Massimo al oído.

—Gracias, eres un encanto —farfullo en tono sarcástico con los labios hinchados e insensibles. Su mirada se hace más penetrante y me sonrío con dulzura.

—No, tú eres un encanto —murmura, y mi corazón se abre de par en par.

Estar en un bar por la noche, sola, no es tan sencillo como pensaba.

Sobre todo, no es sencillo estar sola, ya que todos los hombres solteros en un radio de varios kilómetros se sienten en la obligación de acercarse a mí y preguntarme si necesito compañía.

He rechazado más intentos de abordaje en la última media hora que en toda mi vida.

Bebo mi Coca-Cola tratando de mostrar una desenvoltura de la que carezco. Estoy tensa y se nota. Mi madre me ha instilado la idea de que la soledad es algo que debe evitarse, un castigo peligroso y temible. Una mujer sola puede ser víctima de una agresión.

Así que me pregunto qué pensará la gente: «¿Por qué está sola? ¿No ha encontrado nadie con quien pasar la velada? ¡Menuda pringada!». La agitación aparece puntualmente para llenarme la cabeza de preguntas, de manera que, para no salir corriendo como me gustaría hacer, trato de distraerme mirando alrededor.

A mi izquierda hay un pequeño escenario donde varios temerarios practican el karaoke; delante de mí está la barra, donde se arraciman decenas de personas, a la derecha, en cambio... está Massimo. ¿Massimo?

Lo miro fijamente en la penumbra del local y compruebo que, en efecto, es él. Apenas me ve, se acerca cogido de la mano de una chica.

—¡Caramba, vaya coincidencia! —exclama en tono de excesiva sorpresa—. Por lo que veo, al final hemos elegido el mismo bar.

Frunzo el ceño, suspicaz.

—Eso parece...

Mis sospechas se confirman cuando mi mirada se cruza con la de su acompañante: dada la exasperación que manifiesta, no parece, desde luego, una coincidencia. Es alta y delgada, y su melena de color rubio ceniza se apoya suavemente en un hombro formando unas ondas brillantes y perfectas.

—¿Cómo va? ¿Qué te parece estar sola en un bar? —me pregunta Massimo.

—La verdad es que no lo sé. Por lo visto, los hombres pensáis que una mujer no puede estar sola en un bar sin tener ganas de ligar. Me he pasado el tiempo espantando gente.

—Bueno, en ese caso, te dejamos sola... —dice, dando un paso hacia atrás.

—No, no me refería a eso. ¡Figúrate! —Me levanto de un salto, apurada, y muevo la silla que está al lado de la mía—. ¡Sentaos, sentaos, por favor! —exclamo como si estuviera hablando con Lancelot y Ginebra.

Me digo que quizá debería dejar de leer ese libro.

Massimo sonrío y me presenta a la rubia que lo acompaña.

—Es Nicole, una amiga.

Ahora la reconozco, es la chica a la que saludó arrobado hace unas semanas fuera de su restaurante.

Se sientan, piden algo de beber y hablamos del motivo que me ha traído hasta aquí. Nicole sonrío al enterarse de mi prueba de valor, mientras pienso que lo más arriesgado que podría hacer

ella sería publicar una foto suya sin filtros en Instagram. Por lo visto es una vieja amiga de Massimo, no se veían desde la época del colegio. En cualquier caso, si no tuviera que odiarla, podría ser simpática.

Mientras cuento mi aventura con Rocco y Nicole afirma que no sería capaz de tener en la mano una cosa con más de cuatro patas sin morir, un agudo desentonado procedente del escenario que hay a la izquierda llama nuestra atención.

Agarrado al micrófono del karaoke, un joven intrépido se entrega al público en cuerpo y alma.

—Quizá deberías lanzarte... —Massimo me da un codazo y yo comprendo al vuelo a qué se refiere.

—Ni se te ocurra.

—¿Tienes miedo?

Me encojo de hombros.

—No está en la lista.

Frunce el ceño, divertido.

—¿Tienes un bolígrafo en ese bolso enorme que llevas? Podríamos añadirlo, no es tan difícil.

—No, Massi... —digo en tono de súplica, con un nudo de ansiedad en la garganta.

—A menos que tengas miedo de cantar ante este magnífico público, en cuyo caso...

De nuevo esa mirada. Temo y deseo a la vez esa mirada provocadora que pincha mi orgullo y lo inflama.

Respiro hondo e imito la sonrisa burlona que anima la cara de Massimo.

—No, no tengo miedo.

—Estupendo, no veo la hora de oír tu voz.

—Estupendo, si debe ser así, que sea así. —Me levanto de golpe mirándolos con severidad—.

Un viejo proverbio dice sabiamente: «Reserva el aliento para enfriar tus gachas» —recito, y luego echo a andar con la cabeza bien alta, como haría Elizabeth.

El pánico llega después, cuando me quedo de pie delante del técnico que pone las bases musicales al lado del escenario y no tengo ni idea de qué demonios hago allí.

—¿Qué vas a cantar, guapa?

La pregunta del técnico me saca bruscamente de mi ensimismamiento. Por un instante no sé qué responder: cometo el error de volverme y mirar el local lleno de gente, porque al hacerlo se me corta la respiración.

«Menuda ocurrencia he tenido ¿Qué estoy haciendo? ¡No sé cantar! Todo el mundo se reirá de mí.»

Respiro hondo y me concentro aguardando el fatídico instante en que deje de tener miedo.

—¿Y bien? No tengo toda la noche...

El tono exasperado del técnico me anima. De los retos anteriores he aprendido que la música me ayuda, de manera que elijo una canción que me dé la energía que necesito.

Mientras espero a que la chica que va antes de mí termine, estudio varias veces la distancia que me separa de la salida de emergencia. Lo peor siempre es la espera.

Igual que antes de saltar en paracaídas, durante los segundos que tardo en subir al escenario y acercarme al micrófono, que está a la vista de todo el local —a la vista de Massimo—, estoy convencida de que no lo conseguiré.

Tengo la garganta seca, las manos sudadas, y cuando entreveo a Massimo en la multitud, apuntándome con el móvil para filmarme, temo que voy a desmayarme de vergüenza.

Cuando, petrificada delante de un centenar de personas, que, sin duda, van a burlarse de mí, a

tomarme el pelo, me vuelven a la mente las palabras de Samuele:

A la consecución del conocimiento se oponen dos obstáculos principales: la vergüenza que ensombrece con sus nieblas al ánimo, y el miedo, que, una vez evidenciado el peligro, disuade de emprender las hazañas. De ambas libera estupendamente la estulticia. Pocos son los mortales que se dan cuenta de las ventajas múltiples que proporciona el no sentir nunca vergüenza y atreverse a todo.[8]

No sé si se lo debo al recuerdo de ese muchacho misterioso o a sus palabras, que incitan a mi alma a dar volteretas, el caso es que, al menos por un instante, me convenzo de que puedo conseguirlo.

«Vamos, noche, vísteme de locura.»

El arranque del piano vacía mi mente. *Fight Song*, de Rachel Platten, inicia lentamente, cierro los ojos y me concentro en la letra, como me sugirió Cesare antes de que nos lanzáramos en paracaídas.

*Like a small boat
On the ocean
Sending big waves
Into motion
Like how a single word
Can make a heart open
I might only have one match
But I can make an explosion*

Aquí estoy, soy yo. Puedo verme, una barca pequeña y sola a merced del océano infinito. No sé adónde ir, no conozco la ruta y de vez en cuando me pierdo en las tormentas, pero, al menos, ya no estoy atracada en un puerto. Es aterrador, pero a la vez increíblemente excitante.

*And all those things I didn't say
Wrecking balls inside my brain
I will scream them loud tonight
Can you hear my voice this time?*

Delante de mí el público desaparece en una aureola indistinta, solo veo a Massimo, el chico de mis sueños. Estoy cantando para él, él me hace cantar. «¿Oyes mi voz?», le pregunto.

Él no responde, pero debe de gustarle lo que ve, porque la sonrisa que se dibuja en sus labios me inunda el corazón con una emoción incontenible.

*This is my fight song
Take back my life song
Prove I'm alright song
My power's turned on
Starting right now I'll be strong*

*I'll play my fight song
And I don't really care if nobody else believes
'Cause I've still got a lot of fight left in me*

Encuentro por fin la fuerza para cantar a voz en grito esta pieza, que ya no es una simple canción de karaoke, ahora es mi canción de batalla. Soy una guerrera, soy un concentrado de fuerza y energía, y me da igual si desentono, me da igual lo que piensen los demás, porque ya no están aquí. Aquí solo estoy yo. Dedico esta canción a Stella, a mí.

El miedo ya no es mi límite, es una oportunidad. Vuelvo a la mesa casi saltando, a tal punto estoy excitada. Tengo la frente perlada de sudor, el pelo desgreñado, me arden las mejillas, pero, una vez más, me siento maravillosamente bien.

Movido por un impulso, Massimo me abraza y me susurra al oído:

—Has estado genial.

Cuando se aparta, me mira fijamente a los ojos, de manera que puedo ver en los suyos una chispa de auténtico estupor.

Cómo me gustaría saber qué piensa cuando, como sucede ahora, franqueo sus pensamientos. Porque los franqueo en algún momento, estoy segura. Él esboza una leve sonrisa y cabecea sin decir una palabra, pero está sorprendido, lo veo, y quizá por un instante no sabe qué decir.

Nicole está hablando, pero no la oigo y apuesto a que él tampoco. Aunque se marche con ella ahora, estoy segura de que esta noche pensará en mí. Un grito de esperanza se lanza desde ese precipicio que es mi corazón y por primera vez aquí, ahora, siento un estremecimiento en la piel que me susurra que puedo lograrlo. Es el sueño de mi vida.

*I might only have one match
But I can make an explosion.*

Mis miedos

1. ~~Lanzarme en paracaídas.~~
2. ~~Subir a la montaña rusa.~~
3. ~~Entrar en la casa del terror de una feria.~~
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. ~~Tener una tarántula en la mano.~~
9. ~~Decir lo que pienso.~~
10. Recibir críticas
11. Tener una serpiente pitón en la mano.
12. ~~Ir a una fiesta.~~
13. ~~Ir a una fiesta y emborracharme.~~
14. ~~¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!~~
15. ~~Fumar un cigarrillo.~~
16. Coquetear con desconocidos.
17. Llevar a Omero al parque.
18. Subir y bajar escaleras de caracol.
19. Usar un baño público.
20. Pasear sola por el bosque.
21. ~~Patinar.~~
22. ~~Ponerme un delantal ridículo para vender patatas.~~
23. ~~Sumergirme en un enjambre de abejas.~~
24. ~~Crear un blog.~~
25. ~~Ir a urgencias.~~
26. ~~Hacerme una radiografía.~~
27. Dormir en el bosque.
28. Hacer pipí en el bosque.
29. Bajar sola al sótano.
30. Decir que no.
31. Hablar (con calma) a mi madre.
32. Estar en la playa en bikini y sin pareo.
33. ~~Ir a un bar sola por la noche.~~
34. Ir sola al cine.
35. ~~Cantar en un karaoke.~~
36. ~~Comer picante.~~

37. Donar sangre.

...

—¡Mira, te estás haciendo viral! —exclama Samanta, poniéndome delante de los ojos su móvil con el vídeo de mi exhibición de anoche.

—¡A la gente puede darle algo si me escucha, desde luego! —digo, y la hago reír—. ¿Has hecho las paces con tu madre? —le pregunto después.

Por primera vez desde que la conozco, su cara se relaja cuando piensa en Serena.

—¡Casi! Creo que le ayuda hablar contigo, ahora me escucha más.

Siento un pequeño estremecimiento de orgullo en el pecho.

—Me alegro.

—¡Voy a actualizar tu página!

Su entusiasmo es contagioso, de manera que sonrío mientras la veo alejarse hacia el almacén.

—Hola. —Una voz masculina y desconocida me sobresalta.

Cuando me vuelvo, no puedo dar crédito a lo que veo.

—¡Lucas! —exclamo. Me levanto y le pido con un ademán que me siga, disfrutando ya con la cara que pondrá Samanta cuando lo vea—. Samanta acaba de ir al almacén, te acompaño.

Pero él no se mueve.

—La verdad es que he venido a hablar contigo.

—¿Conmigo? —pregunto confusa.

Asiente con la cabeza.

—Quiero pedirle consejo a una experta en miedos.

—Pues aquí me tienes. —Sonrío.

Le ruego a Serena que me sustituya durante cinco minutos y salgo con Lucas a la luz blanca de la tarde.

—He pensado mucho en lo que me dijiste. Creo que me gustaría dedicarme a la música... Es lo único que me hace sentir vivo —suelta de un tirón, como si se supiese esa declaración de memoria—. Mi abuelo tiene razón, no pienso en otra cosa desde que era niño. Él siempre me ha animado.

—¿Tus padres no? —aventuro.

—No, no, ellos también. Siempre me han dejado libre. En realidad, creo que fui yo el que acalló este sueño. Por miedo, precisamente.

—¿Miedo de qué?

Sus ojos recorren por un instante el adoquinado.

—De lo que puedan decir mis amigos —confiesa—. No quiero parecer una mujercita que necesita expresar los sentimientos que pueblan su complejo mundo interior con cancioncitas lacrimógenas. —Sonríe encogiéndose de hombros—. El miedo a lo que piensen los demás me paraliza.

—¿Y has venido porque mis pruebas te han parecido valientes? —pregunto sin lograr ahogar la punta de orgullo que delata mi voz.

—Sí, bueno, sobre todo porque anoche te oí cantar en público y pensé: «Caramba, si ella lo ha

hecho, también puedo hacerlo yo».

Abro mucho los ojos, fingiendo enfado.

—Ah, ¡pues muchas gracias!

Él sonríe y se rasca la cabeza.

—No, bueno, disculpa, ¡no quería ofenderte! Aunque ¡la verdad es que fue duro escucharte!

Pongo los ojos en blanco.

—Está bien, comprendo. Pero ¿no estábamos hablando de ti y de tus miedos?

Se encoge de hombros, de nuevo cohibido.

—Ejem... sí —dice, y vuelvo a ver en este muchachito torpe al príncipe de la fiesta en la discoteca, el que se comportaba como un hombre adulto, rodeado de sus secuaces.

—A ver si lo entiendo, Lucas, ¿vas a decirme por qué has venido?

—Creo que necesito un poco de tu valor.

Frunzo los labios.

—No puedo darte el valor que necesitas, solo lo encontrarás dentro de ti. Pero puedo decirte lo que me dijo un amigo, que me ayudó mucho.

Él asiente con la cabeza y yo le repito las palabras de Samuele. «Nada nos aleja más de la felicidad que buscarla en la cabeza de los demás en lugar de hacerlo en nosotros mismos.»

Dejo que digiera la frase mientras se me ocurre que, de una forma u otra, la adolescencia parece el Paleolítico de nuestros días: estar fuera del grupo significa morir, al menos socialmente.

La aprobación de los coetáneos y su reconocimiento son vitales a esta edad. Miro a Lucas, que tiene un talento innegable, y pienso que el miedo al juicio de los demás lo angustia tanto que le impide expresarse con libertad y lo obliga a enmascarar su personalidad, su carácter, incluso sus sueños, en un doloroso contraste entre la necesidad de ser invisible y la de ser visible.

—El concepto es interesante, pero es evidente que tu amigo no es un adolescente. —El comentario de Lucas me arranca una sonrisa.

—¿Sabes lo que me dijo Samanta sobre la adolescencia? —le pregunto, y él niega con la cabeza.

—Que es una mierda. —Me río y él me imita.

—Tiene razón.

—Claro que sí, pero ¿tiene también algo positivo!

—¿Qué?

—Que termina, solo es una fase. —Nos reímos, luego abro la puerta y lo invito a entrar con un ademán—. Vamos, ahora te acompañaré a ver a Samanta, ella te ayudará a dar a conocer tu música.

Lucas se tensa y cambia de expresión de golpe.

—No, espera, yo no sé...

—Has venido hasta aquí. No hay nada que no sepas. Solo tienes miedo, y ¿sabes cómo se supera el miedo? —Le sonrío—. Haciendo lo que nos asusta.

La expresión que ha puesto Samanta al ver que le había llevado a Lucas al almacén es lo más adorable que he visto en mi vida.

Como siempre, está sentada en el antiguo mostrador de la panadería: con el ordenador entre las piernas cruzadas, se está comiendo un bollo al mismo tiempo que canturrea una canción que desconozco.

Al vernos entrar parpadea varias veces y casi puedo oír su cerebro ajetreado mientras se pregunta si será verdad. Cuando comprende que aquello con lo que sueña despierta está ahí,

delante de ella, algo poderoso la arrasa. Se pone de pie de un salto y, tratando de peinarse con las manos y de sacudirse las migas de la camiseta, tropieza con el cable del portátil. Todo a la vez.

Casi no puede abrir la boca para saludarlo, al final se le escapa un chillido que despierta al gato Ernesto.

—Lucas te necesita —le digo, después vuelvo a la caja cerrando la puerta tras de mí.

Podría jurar que sigo oyendo el corazón de Samanta martilleando sin parar.

«¿Me traes a Lucas al almacén sin avisar? ¡Me habría arreglado, parecía alguien que se hubiera escapado de casa! Te odio.»

«¿Volverás a verlo?»

«Quiere que lo ayude a abrir un blog. Creo que a partir de ahora lo veré mucho. Y creo que te quiero.»

Sonríó pensando en el último mensaje de Samanta mientras entro en mi casa. En ella reina un extraño silencio y me inquieto. En la cocina encuentro solo a mi padre trajinando con algo que parece bastante cocido y que humea de manera preocupante en la olla.

—¿Qué estás haciendo?

Mueve la cabeza mientras se apresura a apagar el fogón.

—No lo sé.

Su tono me hace sonreír.

—¿Y mamá?

—No se encontraba bien. —Su cara se ensombrece y la mía también.

—¿Qué le pasa?

—Tenía una jaqueca terrible, se fue a la cama —dice echando a la basura lo que debería haber sido la cena.

Después deja ruidosamente la olla en el fregadero, como si esta contuviera toda su angustia.

—Creo que va siendo hora de que me lo cuentes todo. —Le acaricio el brazo y lo obligo a volverse—. Sé que tiene que ver con su hermana, la que murió. Maria. —Suspiro—. Pero no sé por qué.

Él inspira hondo, entorna los ojos, como si se estuviera preparando para el impacto. Me preparo también cuando empieza a hablar.

—Maria era la más pequeña de los hermanos de tu madre. Se llevaban veintitrés años, de manera que Anna siempre la consideró una hija. Después de tres hermanos, esa niña fue el regalo más hermoso e inesperado que le podían hacer sus padres. Cuando Anna se quedó, por fin, embarazada de ti, Maria tenía diecisiete años. Le entusiasmaba la idea de ser tía: decía que te iba a mimar de todas las maneras posibles y que iba a introducirte en el mundo sagrado del rock. —Sonríe, y algo en mí se contrae—. Le apasionaba la música, le apasionaba la vida —añade. Carraspea y prosigue cada vez más deprisa—: El 6 de abril de 1993 su banda preferida estaba de gira por Italia e iba a tocar en Milán. Ella quería ir a toda costa al concierto, pero tu abuela no la dejaba. Así pues, hizo lo de siempre, pidió ayuda a tu madre. Anna sabía cuánto deseaba ir, de manera que al final aceptó tapparla. Si no hubiera estado embarazada, la habría acompañado. Pero estaba en el séptimo mes, así que se limitó a llevarla sin que nadie lo supiera a Campobasso, a casa de unas amigas que iban a ir al concierto con ella. Pensaban volver al día siguiente, de esta forma tu abuela nunca se habría enterado. Por desgracia, mientras regresaban, empezó a llover y tuvieron un accidente a pocos kilómetros de casa. Las amigas de Maria salieron prácticamente ilesas; en cambio, Maria murió poco después en el hospital. Cuando tu madre recibió esa maldita llamada telefónica se sintió mal y se puso de parto prematuramente. La ingresaron enseguida y dio

a luz al cabo de unas horas. Mientras tu tía agonizaba, tú nacías. Intenta imaginar cómo se sentía tu madre. Por una parte, el sentimiento de culpa y el dolor por una tragedia tan imprevisible como insensata, por otra, la inmensa alegría de poder abrazar finalmente a la hija que tanto había deseado y que tanta fatiga le había costado. Un corazón partido. Tú le diste fuerza para salir del abismo, Sole. Sin ti no sé cómo habría acabado. El sentimiento de culpa era insostenible, el dolor, insoportable. Tú eras tan pequeña y necesitabas tantos cuidados y afecto que conseguiste centrar toda su atención, como solo puede hacerlo un recién nacido. El tiempo hizo el resto, pero la herida del alma nunca cicatrizó del todo. Pulsaba y ardía cada vez que temía que tú estuvieras mal, que te cayeras o que te sucediera algo malo. Por eso tu madre siempre ha sido tan aprensiva contigo, Sole. Porque, cuando todo parecía perdido, fuiste la única razón de su vida.

—Dios mío. —Es lo único que consigo decir. Estoy destrozada.

—Fue un episodio tan doloroso que quisimos protegerte, evitar que lo supieras. Como el resto, por lo demás. —Se encoge de hombros, con una expresión de derrota—. La muerte repentina y terrible de Stella y tu nueva manera de ser, tan exuberante y descontrolada, deben de haberle reabierto la herida. No es ella la que te habla, Sole. Es su dolor. Es el sentimiento de culpa, profundo y varado en su mente, que la atormenta desde hace veinticinco años. El terror absoluto y desgarrador de perder lo que más quiere.

En este momento me gustaría hacerle, al menos, un millón de preguntas.

—Sí, pero...

Mi padre me interrumpe esbozando una sonrisa amarga.

—Lo siento, Sole. El resto debe decírtelo ella.

No sé cómo abordar a mi madre, no sé qué decirle, cómo contener lo que la está despedazando por dentro. Me gustaría ayudarla, pero no encuentro las palabras.

O quizá no encuentro el valor necesario.

En cualquier caso, decido seguir adelante con mi proyecto, es más, trato de concentrarme en él, probablemente para no pensar.

Hoy Samanta ha venido conmigo a comer al restaurante de Massimo y los he presentado oficialmente, a pesar de que sabían ya el uno del otro.

En los próximos días me van a acompañar en una serie de empresas que me obligarán a viajar por mi región. A través de Molise, una tierra donde la majestuosidad de la naturaleza parece vigilar una historia milenaria. Una deliciosa y continua alternancia de colinas, cascadas, ríos, lagos y montañas salpicados de pequeñas ciudades.

De esta forma, en un parque de aventuras de Campobasso me embriago con el *tree climbing*: auténticas acrobacias entre los árboles, cuerdas y túneles suspendidos, puentes tibetanos e inmersión total en la naturaleza. Después llega el turno del *free climbing* y de una experiencia conduciendo un todoterreno por caminos sin asfaltar y senderos insidiosos en la vaguada del río Rivo.

Bajo al corazón de la tierra en el Pozzo della Neve y me sumerjo en los abismos del mar en la costa de Pozzilli, en una sesión de *scuba diving*.

Molise existe, tengo las pruebas que lo demuestran: es una joya preciosa que debe conocerse a fondo, descubrirse en sus impresionantes paisajes, vivirse en sus poblaciones antiguas, donde se afana un pueblo genuino y auténtico, orgulloso de su identidad y de sus tradiciones, que aún se respetan y custodian con obstinación, desafiando a la modernidad.

Gente enamorada de su tierra silenciosa, tranquila y segura.

Pruebo platos que jamás he comido hasta ahora, me deleito con los sabores, los aromas y las fragancias de tiempos remotos en recetas seculares, que se guardan celosamente de generación en generación.

Mi alma, mi verdadero yo interior, que ni siquiera yo misma conozco, se afirma en el amor por mi tierra, en la pasión que pongo en este proyecto, en el descubrimiento del viaje, en la sorpresa de lo inexplorado, de lo desconocido, en una carrera continua hacia un horizonte ilimitado.

En el curso de lo que se ha transformado en un auténtico viaje por mi región, entiendo un sinfín de cosas sobre mí y sobre mis miedos.

Comprendo que la única manera de superar un miedo consiste en afrontarlo, tirarse de cabeza a él, justamente como quería Stella.

El miedo es un espejo deformante que nos hace ver las cosas más feas de lo que son, y he descubierto en carne propia que son más las cosas que nos asustan que aquellas realmente peligrosas. Hasta mi percepción del miedo ha cambiado por completo: ahora el miedo es una oportunidad para descubrir nuevas emociones, para extender las fronteras y superar los límites.

Y si cambia la actitud hacia el miedo, cambia también la actitud hacia la vida.

He descubierto que me siento orgullosa de mí misma. Porque lo intento siempre, y porque me

da igual si al final no lo consigo.

Sigo actualizando el blog con mis aventuras y me siento cada vez más fuerte y más audaz, crezco cada día que pasa y conmigo crece el número de personas que me siguen.

Desconocidos que encuentran su valor en el mío, que ven en mi proyecto un ejemplo para reencontrarse a sí mismos.

Algunos, sin embargo, consideran que la empresa es una locura, que no tiene sentido. Algunos critican las pruebas que elijo, dicen que soy una exhibicionista o censuran las canciones que uso para darme ánimos o el color de mi pelo.

Ciertas afirmaciones me hieren profundamente, pero he decidido que no voy a dejar que me hundan, así que solo me quedaré con lo positivo de esta experiencia.

«Si quieres la miel debes tener el valor de enfrentarte a las abejas», dijo Samuele. Seguiré su consejo y tendré en cuenta las críticas más útiles, pero haré caso omiso de las demás. En cambio, guardaré los mensajes de los que me incitan a continuar, porque lo que hago no solo puede ayudarme a mí, sino también a un montón de personas.

También Massimo ha cambiado respecto a cuando volvió de Milán.

Es más amable y divertido, está más relajado, e incluso le apasiona el proyecto más que a mí y a Samanta.

A veces representa el papel del director de cine exigente y me obliga a repetir varias veces la escena, como cuando tuve que sujetar en la mano una serpiente pitón. Aunque creo que lo hizo adrede para probar mi resistencia.

No sé si se está enamorando, pero cada célula de mi cuerpo dice, grita que es así.

Es feliz cuando está conmigo, lo sé, lo siento. No puedo creer que solo me esté siguiendo en esta empresa para respetar la voluntad de su hermana.

Este viaje me ha dejado una certeza: si Stella estuviera viva, él no estaría aquí ahora, ni yo tampoco.

La playa parece un pequeño hormiguero donde cada uno se dedica con diligencia a su tarea: los niños juegan, sus madres los llaman, algunos leen el periódico y otros, en cambio, duermen dejándose acariciar por el sol. Los gritos de los niños y la música del quiosco que está aquí detrás ahogan el ruido del mar.

Es una bochornosa mañana de domingo de principios de agosto y Massimo está sentado en una toalla a mi lado.

De vez en cuando miro a hurtadillas su piel lisa, que brilla bajo los rayos de sol.

Hoy estamos solos. Samanta está en casa de Lucas trabajando en su blog, aunque espero que no hablen solo de eso. El hecho de que él la haya invitado me parece una buena señal. Así pues, confío en que le esté yendo mejor que a mí, dado que hasta ahora no he conseguido grandes resultados.

La prueba de hoy es «coquetear con desconocidos» y para mí es realmente difícil, porque no sé nada sobre la materia.

Mi conocimiento de los chicos se limita a los protagonistas de las novelas que adoro, en especial al señor Darcy.

El resto es un universo ignoto y, en cierta medida, aterrador, así que no es sorprendente que nunca me haya besado nadie. Me avergüenzo, pero es así. El problema es que sigo siendo la muchachita de dieciséis años que sueña con uno de esos besos que te dejan sin respiración y te hacen perder la cabeza, un beso tan desesperado y arrebatador como el de Cathy y Heathcliff en el páramo.

Pero, por encima de todo, un beso que debe ser inolvidable, con el amor de mi vida.

—No puedo —confieso a Massimo—. Me educaron con la idea de que el hombre debe dar el primer paso y jamás me he planteado lo contrario.

—¿Dónde está escrito que deba ser así? —suelta él, luego afila la mirada, como hace siempre que quiere provocarme—. Apuesto a que en ese libro que te gusta tanto.

Miro al cielo.

—¡Lo dice mi madre! —resoplo—. Además, se sabe, siempre ha funcionado así. Es una convención social.

—Los tiempos han cambiado, si te gusta un chico, ¿no veo por qué no puedes decírselo!

Le parece muy fácil, pero él es hombre y, además, atractivo, así que no necesita hacer nada para tener todas las chicas que quiere.

—Vamos, Sole, mírame —me dice, levantándose la barbilla con dos dedos, y mi corazón se salta un latido—, y escúchame. —Busca mi mirada y la retiene—. Eres mona, simpática e inteligente. Además, a este punto de la empresa puedo asegurarte que no tienes miedo de casi nada. —Se ríe y me arranca una sonrisa, a pesar de que me he extraviado en su arrebatadora mirada—. Así que, ¿de qué te preocupas? ¡Solo debes ser tú misma! —Se encoge de hombros—. Los chicos de esta playa tienen mucha suerte y apuesto a que están deseando conocerte. Yo lo estaría —admite, y luego me mira de una forma que me turba.

¿Y si se lo dijera? ¿Y si le confesara que siempre he estado enamorada de él?

En el fondo, ha dicho que la mujer puede dar el primer paso, tiene una mentalidad abierta. Pero luego desecho el pensamiento cuando me enfrento a la dura realidad: jamás tendré valor para hacerlo.

Puedo lanzarme en paracaídas o hacer *rafting* en los rabinos, pero cuando se trata de sacar lo que llevo dentro aún no tengo valor y no sé si lo tendré alguna vez.

—¿Y bien? —Las palabras de Massimo interrumpen el hilo de mis pensamientos y me devuelven a la realidad.

Respiro hondo, asiento.

—Está bien, voy.

Y lo hago. Me pongo de pie y me encamino hacia la orilla pisando el miedo a cada paso.

Imagino lo terrible que sería tener que declararme a Massimo, de manera que ir al encuentro de un desconocido para hablar con él diez minutos no me parece imposible.

Recorro con la mirada la playa, donde varios chicos están jugando al fútbol. Mmm, demasiado agitados para mi gusto. Decido andar un poco más. Entre los grupos de niños que construyen castillos de arena y madres temerosas que no los pierden de vista veo a un chico de espaldas que está pintando, sentado en una tumbona.

El cuadro que tiene delante me parece una magnífica excusa para pegar la hebra sin parecerle inoportuna ni desesperada.

Pero cuando llego a su lado mi mente se vacía.

En la tela está representado el mar con toda su sublime potencia. Los barcos parecen bailar con las olas en un equilibrio temerario y perfecto.

Las pinceladas son densas de color y de pasión y es evidente que su autor sabe captar unos detalles que a los demás se nos escapan.

Intrigada, miro al artista y cuando lo reconozco siento un vacío en el estómago. Es Samuele. Mientras pinta parece fundirse con el mar, formando con él una única cosa.

—¡Hola! —exclamo con repentina alegría.

—¡Hola, qué gusto volver a verte, Sole!

Cuando pronuncia mi nombre, mi corazón pierde un latido.

De repente, su sonrisa se desvanece y parece titubear.

—Aunque me decepcionas un poco, la verdad. Camiseta y pantalones cortos para venir a la playa —dice, mirándome de pies a cabeza—. De ti me esperaba algo menos banal. No sé: un traje de nabo o un mono de astronauta.

—Hasta hace poco iba vestida de oso panda, pero ¡después me he extinguido!

Nos reímos. Se inclina hacia la toalla que está doblada a su lado y la extiende.

—¿Te apetece sentarte y hacerme compañía durante un rato?

—Está... está bien.

Me encojo de hombros y tomo asiento a su lado.

Satisfecha, me vuelvo hacia Massimo, que nos está filmando a la debida distancia. Él me sonrío con aire cómplice y alza un pulgar para decirme que lo estoy haciendo bien. Sé que soy un poco tramposa, pero, en mi defensa, puedo alegar que apenas lo conozco, así que me convengo de que no pasa nada.

—¿Eres aficionado a la pintura?

—Pinto para vivir, en el sentido de que no podría vivir sin la pintura. ¿Y tú?

—Yo no pinto.

—No, quiero decir, ¿para qué vives?

—Esto... bueno... —balbuceo sorprendida—. No lo sé, nunca lo he pensado.

—¿Qué hace vibrar tu alma, qué te hace arremolinarte como un cometa? —me sugiere, y la manera en que lo hace me enciende—. ¿Qué te hace estallar?

Massimo. Cada vez que me sonrío desencadena un huracán en mi interior.

—Un chico —digo vagamente.

—Ay —exclama él llevándose las manos al pecho, como si le hubiera dado en el corazón, en un gesto tan teatral que me hace reír—. Creía que habías venido aquí por mí.

—Bueno, sí, aunque lo cierto es que he venido porque estoy llevando a cabo una empresa especial —le revelo.

Él se vuelve con interés y, por fin, se lo explico todo.

Reflexiona unos segundos.

—Vaya, así que no solo no has venido a hablar conmigo porque te gusto, sino que, además, ¡me estás diciendo que solo soy un conejillo de Indias!

El tono en que lo dice me hace reír otra vez.

—No, esto... Bueno, ¡quizá sí! —debo admitir—. En cualquier caso, no descubrí que eras tú hasta que te volviste y me saludaste.

Guiña los ojos, como si lo hubiera impresionado.

—Ah, esto significa que ni siquiera me elegiste a mí, ¡no me reconociste hasta que estuviste a mi lado!

—Dios mío, ¡por lo visto solo estoy empeorando la situación!

Nos reímos y me doy cuenta de que estoy sonriendo como una mema desde que llegué.

—Sea como sea, me parece muy interesante lo que estás haciendo —vuelve a decirme muy serio—. Yo hago casi lo mismo: todos los días desafío al miedo.

—¿Qué quieres decir?

—Cada día desafío el miedo poniendo toda el alma en lo que pinto, desnudándola, liberándola. Cada día desafío el miedo al vacío que tengo dentro, el miedo de que lo que hago no guste, no se comprenda o no se aprecie. El miedo de mostrar lo que soy de verdad.

La sinceridad de sus palabras me impresiona y me desarma. Este chico es una sorpresa continua y comprendo que pasaría horas escuchándolo.

—¿Y qué pintas? —le pregunto, cada vez más intrigada.

—Lo que llevo dentro —me dice como si fuera obvio, y si me concentro en el cuadro veo que es así, porque da la impresión de que en cada pincelada coge los colores en la paleta de su alma, de que pinta su esencia en este mar.

—¿Y te mantienes con tus obras? —le pregunto otra vez.

—¡Para nada! —Suspira—. Para eso doy un curso de desnudo y de pintura creativa.

Frunzo el ceño, estupefacta.

—¿Desnudo?

Samuele señala mi cara riéndose.

—¡Te has puesto roja!

Me llevo las manos a las mejillas instintivamente y compruebo que están muy calientes.

—Oh, no, esto... no me lo esperaba.

Él vuelve a sonreír sin dejar de mirarme a los ojos.

—Me gusta que te pongas roja —murmura con una voz ronca, que resbala en mi interior como miel caliente—. La verdad es que me gustan un montón de cosas de ti.

Trago saliva vistosamente, incapaz de replicar. Una emoción desconocida sube por mi pecho y choca con sus magníficos ojos, ya no sé si soy yo la que está coqueteando con él o al contrario.

—Además, me encantaría hacer otra cosa —me dice con una mirada más que misteriosa.

—¿Qué?

—Pintarte un retrato.

Asiento con la cabeza, el pánico empieza a arremolinarse en mi interior.

—¿Vestida o desnuda?

Sonríe.

—Eso debes decírmelo tú.

Nunca había estado en el estudio de un artista. Es un poco caótico, pero da la impresión de que en el caos existe un orden secreto, una especie de control.

El aroma a café se mezcla con el de los libros, en el aire hay poesía.

Tengo la impresión de haber entrado en otro mundo, mejor dicho, en otros mundos, distintos pero fascinantes. Hay bocetos, dibujos al carbón, esbozos preparatorios, cuadros más o menos terminados esparcidos por todas las superficies del apartamento. Y cada uno de ellos da voz al alma del que los ha pintado.

Samuele me recibe con una camiseta manchada de pintura, unos vaqueros arrugados y el pelo cada vez más enmarañado, y descalzo.

Hay algo terriblemente atractivo en la manera en que se viste, se mueve y me mira. Sí, sobre todo en la forma minuciosa que tiene de mirarme, como si quisiera buscar mi alma en el fondo de mis ojos y sacarla de ahí, igual que hace con sus cuadros.

Dado lo que voy a hacer, he venido sola. Este desafío no forma parte del proyecto, siento que esto debe ser algo mío.

Estoy nerviosa y sé que Samuele se da cuenta. Por eso se lo está tomando con calma y primero me enseña el apartamento. Es un apartamento pequeño, con una sola habitación, en el último piso de un viejo edificio, pero tiene una vista magnífica. Estoy casi segura de que lo eligió por eso.

Al otro lado de la ventana, el mar está tan cerca que da la impresión de que se puede tocar.

Salvo la pared de la ventana, donde está colgado el diploma de la academia de bellas artes, todas las paredes del piso están cubiertas de librerías que llegan hasta el techo. Jamás he visto tantos libros en mi vida. En el sofá también hay varios y Samuele los aparta para que me pueda sentar.

—Disculpa, estaba estudiando.

Intrigada, cojo un volumen y veo que es la *Metafísica* de Aristóteles.

—¿Filosofía? —pregunto.

—Sí, he decidido hacer una segunda carrera.

—Guau, pero ¿por qué filosofía? —pregunto sorprendida. La filosofía era una de mis asignaturas preferidas en el instituto.

—Porque la filosofía genera asombro y eso es precisamente lo que necesito para pintar.

No recuerdo mucho de los tiempos del colegio, pero me parece que es más bien lo contrario.

—¿Aristóteles no decía que la filosofía nace del asombro? —digo, echando un vistazo al libro.

—Sí, pero yo pienso lo contrario —afirma complacido—. Pienso que nos asombramos porque algo nos impresiona, porque algo sucede sin que nos lo esperáramos, porque nos alejamos de la normalidad. Piensa un poco: ¿qué es lo ordinario sino nuestro conocimiento de cómo va el mundo, una filosofía sobre la manera de ser de las cosas normales? Así pues, pienso que el hombre es filósofo por naturaleza y que, también por naturaleza, tiene una visión propia del mundo: a él corresponde ser capaz de asombrarse mirando las cosas familiares con ojos distintos, porque solo así puede darse cuenta de lo que siempre ha tenido delante y nunca ha visto.

Necesito unos segundos para digerir sus palabras, no tanto por la complejidad del razonamiento, sino por el estupor que siento. Tengo la vaga impresión de que nunca he conocido un chico como él.

—De acuerdo, perdona. Como habrás visto, hablo como un descosido.

Río.

—Me gusta —digo con sinceridad.

—Tú también me gustas, pero eso ya te lo he dicho. Te lo he dicho precisamente porque charlo mucho.

Me río y él, al advertir mi apuro, sonrío aún más.

No logro sostener su mirada, es demasiado profunda, demasiado penetrante, así que miro alrededor. Entre las numerosas cubiertas, reconozco la de *Orgullo y prejuicio* en la repisa más próxima y siento un arrebató de felicidad.

—Caramba, ¿tú también lees a Jane Austen?

Samuele se encoge de hombros.

—Leo de todo.

Basta mirar el apartamento para corroborarlo.

—He leído *Orgullo y prejuicio* veintiséis veces. Estoy enamorada del señor Darcy desde 2007. —Sonríó—. Justo desde que estoy enamorada de Massimo, el chico del que te hablé. Él es mi señor Darcy.

Lo suelto de un tirón y mientras tanto me siento un poco estúpida, ingenua. Así pues, me apresuro a cambiar de tema.

—¿Por qué están aquí? —pregunto, señalando los cuadros amontonados que hay a mi lado.

—Porque no sé si guardarlos o tirarlos.

Con un ademán le pregunto si puedo mirarlos y él me responde encogiéndose de hombros.

Lo hago de inmediato y enseguida me doy cuenta de que es la primera vez que veo algo similar.

Un toque tenue y poético los vuelve fascinantes: puede que sean oníricos, pero a la vez son increíblemente auténticos.

Da la impresión de que, partiendo de la realidad, Samuele te coge de la mano para acompañarte en un viaje intenso e inesperado por las profundidades de ti mismo. Tiene la increíble capacidad de hacerte ver lo extraordinario en lo ordinario. La luz se transforma en materia, revelando la belleza dondequiera que esté: las flores, las caras, los frutos, las ruinas antiguas, los paisajes o ciertas vistas del mar.

—¿Por qué quieres tirarlos? ¡Son preciosos! —digo con sinceridad.

Samuele se encoge de hombros.

—No sé, ya no me representan.

Reconozco el cuadro que estaba pintando el otro día en la playa, el que nos ayudó a encontrarnos.

Lo saco del montón.

—¡Este es maravilloso! —exclamo.

—Lo es, igual que el mar —murmura como si estuviera pensando en voz alta, y sus palabras, apenas susurradas, me hacen sentir el amor que le inspira este lugar.

En cualquier caso, insisto.

—En serio, no entiendo por qué quieres tirarlos.

—Hace tiempo que estoy en crisis, busco una nueva inspiración, algo que me estimule y me devuelva la pasión de antes.

—Esta vista, tu mar, ¿ya no lo son?

Suspira.

—Los son, pero no lo suficiente. Probablemente, no es lo que busco en este momento.

—¿Y qué buscas?

—No lo sé. Supongo que lo sabré cuando lo encuentre.

Samuele se pone en pie y se dirige hacia la ventana, con la mirada fija en el horizonte.

—Picasso decía: «El pintor vive estados de plenitud y restitución. Ese es el secreto del arte. Voy a pasear por el bosque de Fontainebleau, me indigesto de verde y tengo que librarme de esa sensación en un cuadro». —Se vuelve con una sonrisa de complicidad—: Pues bien, yo aún no he encontrado algo que me llene de tal manera que me cause una indigestión de verde.

Frente a la fuerza de esta imagen, enmudezco. Me doy cuenta de que Samuele sabe mostrar mundos nuevos incluso cuando no pinta.

—Pero ahora háblame de tu proyecto —dice.

Le hablo de Stella, el motor de todo. Le hablo también de Samanta, mi ayudante, y de Massimo, el hombre de mis sueños.

No sé por qué, pero me resulta fácil hablar con él. Me recuerda cuando charlaba con Stella, sin vergüenza, sin frenos ni inhibiciones.

Le enseño mi lista y él abre desmesuradamente los ojos. Al cabo de un minuto de preocupante silencio, exclama:

—¡Dios mío! Me da miedo solo leer la lista. ¡Jamás podría hacer lo que estás haciendo!

Después me confiesa que tiene miedo de un montón de cosas, sobre todo de las arañas. Pero también de los payasos. Me hace reír más de una vez mientras me cuenta cómo sufría de niño cuando sus padres lo llevaban al circo pensando que le gustaba y a él, en cambio, le parecía estar en el infierno.

Mientras habla, mis ojos bajan curiosos de su cara luminosa a sus hombros anchos y a sus manos, preciosas, manchadas de color y vida. Me gustaría acariciárselas y estrechárselas, trenzar sus dedos con los míos.

Siento que doy un bandazo, un verdadero mareo.

—Es inútil esconderse: no puedes escapar del miedo, forma parte del proceso creativo —dice Samuele en un tono de firmeza que capta de nuevo toda mi atención—. Por otra parte, en ocasiones es útil, porque te empuja a dar lo mejor de ti mismo. Pero el miedo excesivo puede paralizarte en la mediocridad, en la solución más banal, o incluso llevarte a renunciar y a bloquearte definitivamente. —Por último, concluye—: Como decía Matisse, la creatividad requiere valor.

Deseo que nunca se detenga mientras habla, cada vez que lo hace me abre un mundo.

Será por los cientos de libros que hay esparcidos por todas partes en este apartamento, pero la verdad es que siempre que expresa un pensamiento o cuenta algo demuestra que sabe un montón de cosas: es como si estuviera dando nueva voz a los poetas, a los artistas, a los filósofos, con unas palabras tan profundas que acarician mi mente.

—¿Sabes? Si he de ser franco, no he hecho otra cosa que pensar en ti desde la primera vez que nos vimos en el supermercado. Intuí que había algo especial en ti, algo familiar, en cierto sentido, solo que no sabía de qué se trataba. —Sonríe—. Pero ahora sé que somos iguales. Los dos combatimos contra el miedo a diario: tú con tu lista, yo con mi pintura. En fin, ¡creo que al final vamos a tener que casarnos!

Nos reímos, pero después entre nosotros se hace un silencio lleno de expectativas y enseguida

comprendo lo que me pide.

Sobran las palabras, basta una mirada.

Samuele me indica con un ademán el pequeño cuarto de baño que hay debajo de la escalera para que me desvista en él.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella. Con los ojos cerrados, respiro hondo y, como siempre que pienso que no voy a conseguir algo, me falta el aliento.

Empiezo a desnudarme con parsimonia, tratando de acallar los pensamientos mientras en la otra habitación oigo ruidos de pasos y de cosas que se mueven.

La habitual vocecita de mi cabeza me dice, o en realidad, me grita: «¿Te has vuelto loca? ¿Qué demonios estás haciendo?».

La acallo y me desabrocho el sujetador. Con el clic cae mi último escudo, nada me protege ya.

Me suelto el pelo y me peino con una mano. Después me ciño una toalla a la cintura y antes de salir me miro al espejo.

—¿Quién eres? —pregunto a la joven que tengo delante, que me mira con expresión temerosa y salvaje a la vez—. ¿Quién eres? No te conozco.

La joven despeinada y con las mejillas teñidas de un rubor virginal se aferra a la toalla con mano trémula. Parece que va a renunciar, que va a sucumbir bajo el peso de todas las reglas que le han enseñado —«Eso no está bien, no se hace...»—, pero después responde con una sonrisa loca y atemorizada, un estruendo que sacude la quietud del alma.

Cuando salgo, soy un manojo de nervios.

—¿C-cómo d-debo...? —balbuceo a duras penas.

—Ponte allí —me contesta Samuele señalando una pequeña cama llena de cojines, al lado de la ventana. Él también parece nervioso.

Samuele me explica cómo tengo que poner la cara, las manos y las piernas de forma que la luz me dé bien.

Después, en la habitación se vuelve a hacer un silencio absoluto, únicamente interrumpido por los latidos enloquecidos de mi corazón.

Me siento en diagonal respecto a él, con las piernas a un lado, una mano dejada caer en las rodillas y la otra en el suelo. La cara inclinada, los ojos sumergidos en los suyos.

Samuele coge el cuaderno de dibujo y se lo pone en las rodillas. Agarra un lápiz, traga saliva vistosamente y luego me indica con un ademán que está listo.

Respiro hondo y, sin dejar de mirarlo, lo hago.

El ruido que hace la toalla al caer al suelo es el estruendo de un muro de la vergüenza que se derrumba.

Estoy desnuda. Desnuda delante de un chico al que apenas conozco.

Ni siquiera yo acabo de creérmelo.

—Nadie me ha visto nunca desnuda —murmuro con la voz tan baja que no sé si me oye.

Esboza una sonrisa tierna, que le llega a los ojos haciéndolos brillar.

—Entonces, soy el hombre más afortunado de la tierra —dice con dulzura.

Mi corazón se acelera y late como un tambor durante el resto del tiempo.

Samuele no hace preguntas y se lo agradezco. Guarda silencio, absorto, completamente perdido en un diálogo mudo entre sus ojos ávidos de detalles y su mano rápida, que corre por el papel para capturarlos todos y entregarlos a la inmortalidad.

Su mirada delicada y envolvente recorre cada centímetro de mi cuerpo y, a pesar de que estoy completamente desnuda, me siento cubierta por un velo de emociones desconocidas.

Siento calor y frío, siento agitación, vergüenza, tormento, pero también excitación, frenesí, una embriaguez que jamás he experimentado.

Nos miramos mezclando las respiraciones, los corazones y los sueños. Mientras dibuja mi cara y acaricia mi piel con una delicadeza infinita, tengo la impresión de estar haciendo el amor por primera vez.

Descubro que, bajo la capa de miedo, siento una agradable sensación concediéndome a él así, sin inhibiciones, sin frenos. Mi alma y mi cuerpo bailan con sus ojos, de un color azul que nunca he visto hasta ahora.

—¿Tienes miedo? —me pregunta en voz baja de repente.

—Sí.

Sonríe levemente.

—Yo también.

Sonríó a mi vez.

—Pero la creatividad requiere valor.

Él alza los ojos de la tela y los encadena a los míos.

—También amor.

Oigo las olas romper en la orilla a lo lejos, el ruido responde a los pensamientos desordenados que rebotan de un lado a otro de mi cabeza.

No sabría describir el remolino de sensaciones que asedian mi estómago en este momento.

¿Qué me está sucediendo?

He escrutado tanto tiempo y de forma tan intensa la cara de Samuele en las últimas dos horas que ahora que ya no la tengo delante me da la impresión de que sigo viéndolo.

Me siento confusa, desorientada, pero también electrizada. Apenas me doy cuenta de que estoy demasiado excitada debido a Samuele, aprieto el paso en dirección al restaurante de los padres de Massimo.

En cierta medida, tengo la sensación de haberlo engañado. Samuele y yo nos hemos intercambiado los números de teléfono. Pero, sobre todo, me he sentido tan bien en su compañía que durante unas horas incluso me he olvidado de Massimo, que es desde siempre el único dueño de mi corazón.

Samanta me está esperando fuera del local. Me apoyo en su sonrisa, ya familiar, para intentar recuperar la calma y volver a mí misma. Me saluda dándome dos rápidos besos en las mejillas y luego me acompaña dentro.

—¡Aquí están mis valerosas chicas!

Cuando nos ve entrar, Massimo deja la bandeja con los platos sucios en el mostrador y nos sale al encuentro. Yo vuelvo a dedicarle toda mi atención: su mandíbula cuadrada, sus brazos fuertes, sus hombros anchos, que parecen capaces de sostener el mundo.

Ahora va mejor.

Me siento a la mesa exhalando un suspiro de alivio mientras Samanta me cuenta entusiasmada los inesperados resultados de la mañana que ha pasado con Lucas.

—Ha cantado para mí, ¿entendéis? —dice incrédula, recordando de nuevo lo que ha sucedido como si quisiera asegurarse de que no ha estado soñando despierta—. Lucas De Santi me invitó esta mañana a subir a su habitación, agarró la guitarra y cantó para mí. Solo para mí. Dios mío, aún no acabo de creérmelo —exclama, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla. Guarda unos instantes de silencio mientras mira el techo, como si hubiera caído en trance.

Massimo me mira enternecido y sonrío.

—Eh, ¿estás viva? —pregunta, sacudiéndole un brazo al cabo de un poco.

Samanta se ríe.

—Creo que no.

Sin embargo, está viva, jamás lo ha estado tanto. Su alma está estallando de vida. Está llenando el restaurante con la emoción salvaje que rebosa de su pecho.

Cuando va al servicio a lavarse las manos, Massimo me pregunta:

—Tú, en cambio, ¿qué has hecho?

—He ido al estudio del pintor con el que hablé el otro día en la playa —digo, y me sorprende

de nuevo la extraña sensación, una mezcla de euforia y sentimiento de culpa, que me invade cada vez que pienso en Samuele.

—¡Ah! —exclama Massimo, y su mirada se hace más penetrante, parece intrigado.

No dejo escapar la ocasión.

—Me ha hecho un retrato —digo. Luego añado—: Desnuda.

Massimo abre desmesuradamente los ojos sin lograr ocultar su estupor.

—¿Desnuda?

—Completamente —asiento con una sonrisa de satisfacción—. ¡Al principio fue peor que el salto en paracaídas o la montaña rusa! Nadie me había visto desnuda... pero luego...

—¿Cómo que nadie te había visto nunca... desnuda? —pregunta sin querer, y enseguida parece arrepentirse de haberlo hecho.

—Soy virgen —reconozco, de golpe cohibida, bajando los ojos y la voz.

Massimo, en cambio, parece horrorizado.

—¿Virgen? —exclama, mirándome como si acabara de revelarle que tengo una enfermedad infecciosa muy contagiosa y, por un instante, logra incluso que me sienta así. Enferma. Distinta. Inadecuada.

Hace unos meses una mirada así me habría dejado paralizada. Hoy, en cambio, cargo la mano con una seguridad que me sorprende.

—Tampoco me han besado nunca —revelo, y a continuación añado en tono amistoso—: Desde entonces... —Después dejo que el recuerdo de aquella noche en la playa, hace muchos años, cobre vida en sus ojos confusos—. ¿Te sorprende?

Massimo se encoge de hombros, parece apurado.

—Sí, bueno, no es asunto mío, pero me cuesta creer que con veinticinco años nunca hayas...

—¡Solo el verdadero amor podrá llevarme al matrimonio, razón por la que me quedaré soltera! —digo citando de nuevo a mi otra yo, Elizabeth Bennet.

Cuando regreso a casa, veo que mis padres han salido. «Estamos en el médico, ¡hasta luego», dice la nota que encuentro en la cocina, escrita por mi padre. Comprendo que por fin ha conseguido convencer a mi madre para que pida ayuda y trate de remediar las jaquecas, que empiezan a ser insoportables.

Aprovecho la ocasión para hacer lo que deseo desde hace tiempo. Entro corriendo en su habitación y empiezo a revolver los cajones de mi madre buscando la caja.

Tengo la sensación de que puede explicarme un montón de cosas sobre ella, sobre mi tía y puede que incluso sobre mí.

Tras registrar la cómoda y la cajonera, paso al armario. Cojo una silla y busco en la repisa más alta, entre los suéteres de lana.

—¿Se puede saber por qué estás hurgando en mis cosas?

Me vuelvo de golpe y me mareo.

—Mamá...

Está en la puerta, observándome, y lo que veo en sus ojos me asusta.

—¿Robar es otra de tus pruebas absurdas? ¿Ahora eres también una ladrona? —me dice en tono de reproche.

—¿Qué? No. ¡No! —me apresuro a contestar, pero sé que es inútil, porque ha logrado que me sienta como la hija degenerada que no deja de decepcionarla.

Frente a la mirada torva que me lanza no hace falta fingir que no es así, en mí no queda nada de la hija perfecta de la que presumía con sus amigas. «Ah, ¿tu hija te da problemas? Mi Sole jamás

me ha dado ningún motivo de preocupación. Es una buena chica, con tanto sentido común. Jamás un capricho, un berrinche. ¡Todo el mundo querría tener una hija así!»

Siempre he estado rodeada de un amor puro e incondicional, pero es como si hubiera tenido que merecer siempre ese amor. Si no inquietaba a mis padres, si, sobre todo, contentaba a mi madre, merecía de verdad el amor que me inundaba. Nunca he pensado, y ahora aún me cuesta pensarlo, que mis padres —pero, en general, cualquier persona— deberían amarme por lo que soy, al margen de todo. Por eso ahora sufro tanto.

Con los ojos llenos de lágrimas, bajo de la silla, cierro el armario y me dirijo hacia la puerta. Cuando paso por su lado encuentro de alguna forma la fuerza para alzar la mirada y cruzarla con la suya.

—Sé que estás sufriendo mucho y lo siento, pero hacerme sufrir a mí no te ayudará.

Después me encierro en mi habitación, bajo la mirada triste de mi padre, que ha asistido impotente a la escena desde el pasillo.

Massimo, Samanta y yo estamos en el macizo del Matese. Para llegar hasta aquí hemos tenido que atravesar más bosques, torrentes, cañones y montañas que Indiana Jones, pero por fin hemos podido montar nuestra tienda y estamos listos para enfrentarnos al próximo miedo: dormir en el bosque.

Exceptuando algún que otro ruido sospechoso, por el momento estoy bastante tranquila.

Aspiro el aroma penetrante de los pinos, saboreo en los labios la dulzura del aire estival de esta tibia noche de finales de agosto, lejos de las luces de la ciudad.

Samanta no parece en absoluto interesada en la maravillosa naturaleza que nos rodea, está demasiado ocupada chateando con Lucas en el teléfono. En su caso, la maravilla chisporrotea en su corazón, loco de un amor puro y, por primera vez, no solo imaginario.

Nos comemos los bocadillos que compramos por el camino, extendemos las mantas en la hierba y nos tumbamos bajo un cielo tachonado de estrellas. El mundo brilla a nuestro alrededor.

Permanecemos así, pensando cada uno en lo suyo, por un tiempo indefinido pero bastante largo, porque Samanta al final se duerme, exhausta.

—He decidido matricularme en la universidad —digo de buenas a primeras.

—¿En serio?

—¡Sí! Pensando en mi vida, he comprendido —la verdad es que siempre lo he sabido, pero no quería reconocerlo— que no me matriculé en la universidad por miedo a no ser lo bastante buena, a tener que marcharme, a no pasar los exámenes, a no ser capaz de defender una tesis. Así que renuncié de antemano, diciendo que no me interesaba. —Frunzo el ceño—. En cambio, me interesaba, ¡me interesa! —exclamo—. He reflexionado y he entendido que no debo tener miedo de fracasar, porque el verdadero fracaso es no intentarlo siquiera. Si no nos damos una oportunidad, ¿cómo vamos a realizar nuestros sueños?

Massimo guarda silencio unos segundos.

—Has hecho bien —murmura al final, después su mirada se pierde en el vacío, como si estuviera pensando en otra cosa.

Vuelve a mirar el cielo y yo olfateo su aroma en la brisa, escucho su tenue respiración en la oscuridad.

—¿Cuál es? —digo.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuál de todas es nuestra Stella?

Siento que sonrío a mi lado.

—Aquella, la más luminosa. —Massimo alza un brazo y apunta con el índice una estrella a la derecha, la más brillante.

—¿Crees que nos está mirando? —le pregunto—. A mí me parece que sí.

—Ojalá, Sole —dice suspirando, y cuando susurra mi nombre con el timbre grave de su voz, mi corazón da un vuelco.

Siempre que Massimo y yo estamos juntos, Stella nos acompaña.

—No he tirado las cajas, ¿sabes? No pude... no puedo. —La amargura con la que habla de repente es un puñetazo en el estómago—. Las guardé en el armario de mi habitación —añade, y respira abatido—. Es como si ella ya no estuviera aquí, pero a la vez como si nunca se hubiera marchado. No sé cómo explicarlo.

—No, no. Te entiendo de sobra —me apresuro a decir—. No te despediste de ella, yo tampoco. Sé a qué te refieres, porque siento lo mismo.

Cierra los ojos, perdido en el esfuerzo de la confesión.

—De noche, a veces voy a su habitación. Me siento en su cama y pienso que ella no volverá a dormir allí. Miro el armario, el que dejaba siempre abierto, todo desordenado. Ahora está cerrado y lo estará siempre. Entonces me acuerdo de que no le dije adiós y siento que no puedo respirar.

Massimo se vuelve y me mira y yo me extravió en sus ojos llenos de dolor y pienso que mi tristeza encuentra el contrapunto perfecto en la suya.

—A mí me pasa lo mismo. A veces me cuesta creer que ya no puedo contarle las cosas increíbles que me están sucediendo. Daría lo que fuera por que pudiera verme ahora.

—Yo también.

Suspira, después se vuelve hacia mí y me acaricia el pelo.

Trago saliva con dificultad, sin desviar la mirada, mientras espero que aparte la mano. Pero él no lo hace, tampoco deja de mirarme.

—Oh, Sole...

Su suspiro, prolongado y trémulo, se dispersa en el candor de la noche. Alzo los brazos para tocar las estrellas y las toco de verdad.

—Cada vez que estoy contigo me parece tenerla más cerca —susurra—. Me siento feliz de estar aquí. Soy feliz. No sé cuánto tiempo hacía que no me sentía así.

Lo miro arrobada mientras él agarra mi mano y me atrae con dulzura hacia él.

Le sonrío, sin palabras, sin aliento.

«Soy la criatura más feliz del mundo. Quizá otras personas hayan dicho lo mismo antes, pero ninguna con tanta justicia.»[9]

Las palabras saltan por el aire y se pierden en un silencio nuevo, distinto de los demás silencios, que nunca han existido. Massimo no deja de mirarme y en sus ojos veo una revelación: se ha enamorado de mí, ahora estoy segura.

El amor que siente brilla en su mirada iluminada por la luna, tiembla en sus dedos, que se entrelazan con los míos. Mi corazón arde al ver realizarse mi sueño.

«Hola, Stella, sé que puedes verme.

»No te lo esperabas, ¿eh?

»Pues bien, sí, estoy enamorada de tu hermano. Siempre lo he estado, a decir verdad.

»Fue el único secreto que nunca te revelé.

»No te lo dije porque... Bueno, no te lo dije porque tenía miedo. Como siempre, dirás. Pues sí, tenía miedo, como siempre.

»Temía que no me entendieras, que no me apoyaras o que te pareciera una tontería, pero, por encima de todo, temía que se lo dijeras, porque si había una persona en el mundo que no debía saberlo era él.

»Pero ahora todo es diferente.

»Ahora soy distinta, él es distinto.

»Ahora siento que tengo una posibilidad.

»¿Has visto cómo me mira? ¿Has visto cómo me aprieta la mano? ¿Cómo suspira cuando

susurra mi nombre al viento?

»Algo en él ha cambiado, ha cambiado todo.

»Me he pasado la vida esperando este momento y ahora no quiero dejarlo escapar. Así que quiero decírtelo, amiga mía, hermana, quiero gritarlo, gritárselo a todo el mundo, al cielo y a sus estrellas. Pero, sobre todo, quiero decírselo a él. Y al infierno el miedo, al infierno todo, se lo diré.»

Mis miedos

1. Lanzarme en paracaídas.
2. Subir a la montaña rusa.
3. Entrar en la casa del terror de una feria.
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. Tener una tarántula en la mano.
9. Decir lo que pienso.
10. Recibir críticas
11. Tener una serpiente pitón en la mano.
12. Ir a una fiesta.
13. Ir a una fiesta y emborracharme.
14. ¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!
15. Fumar un cigarrillo.
16. Coquetear con desconocidos.
17. Llevar a Omero al parque.
18. Subir y bajar escaleras de caracol.
19. Usar un baño público.
20. Pasear sola por el bosque.
21. Patinar.
22. Ponerme un delantal ridículo para vender patatas.
23. Sumergirme en un enjambre de abejas.
24. Crear un blog.
25. Ir a urgencias.
26. Hacerme una radiografía.
27. Dormir en el bosque.
28. Hacer pipí en el bosque.
29. Bajar sola al sótano.
30. Decir que no.
31. Hablar (con calma) a mi madre.
32. Estar en la playa en bikini y sin pareo.
33. Ir a un bar sola por la noche.
34. Ir sola al cine.
35. Cantar en un karaoke.
36. Comer picante.

37. Donar sangre.
 38. Hacer voluntariado en un comedor social.
 39. Ir sola a casa de Samuele.
 40. Ir a un concierto de heavy metal.
 41. Disparar en un tiro al blanco.
 42. Subir en un helicóptero.
 43. Asistir a un curso de pastelería.
 44. Mirar sola una película de miedo.
 45. Inscribirme a un gimnasio.
 46. Hacer *free climbing*.
 47. Pilotar una canoa canadiense.
 48. Caminar por un puente tibetano suspendido en el vacío.
 49. Hacer *bungee jumping*.
 50. Explorar una cueva.
 51. Aprender a llevar un velero.
 52. Estar fuera durante una tormenta.
 53. Ir al dentista.
 54. Conducir un tractor.
 55. Hacer una retransmisión en directo en Facebook.
 56. Hacer una declaración de amor.
-

Para siempre empieza esta noche.

La luna más brillante que he visto en mi vida asiste con complicidad al encuentro con Massimo delante de mi casa.

Es maravilloso, un sueño de carne y hueso. Mi señor Darcy con la cámara en la mano, preparado para inmortalizar la noche que, dentro de unos años, les contará a nuestros hijos, con la emoción quebrándole todavía la voz: «Todo empezó así, chicos. Vuestra madre era guapísima, aún la recuerdo...».

A juzgar por la expresión de estupor que pone en cuanto me ve, Massimo parece haberse quedado de verdad sin aliento. Yo estoy exultante.

Llegamos al restaurante puntuales y no se me escapa la sonrisa ensoñadora de la camarera, que nos invita a sentarnos como corresponde a una bonita pareja de enamorados. Será la primera vez que pruebe la comida coreana.

Todo es perfecto, o al menos lo es hasta que llega el primer plato. Después de los deliciosos *dubu jeon*, los buñuelos de tofu y verdura, me sirven una humeante *beondegi*, una sopa coreana especial con larvas de gusanos de seda. La camarera nos ha explicado que se suele servir como tentempié, pero yo he querido probarla para hacer una nueva demostración de valor en esta velada memorable.

Massimo se prepara para filmarme con la cámara. Cuando pulsa el botón me llevo una cucharada de sopa a la boca.

Me digo que si he comido la *affunniatella* de Giorgio, mi estómago puede resistir cualquier cosa.

Me equivoco, porque la idea de tener unas larvas blandas y crujientes en la boca me repugna. No sé qué hacer, el pánico se apodera de mí. Empiezo a sudar, en parte por vergüenza y en parte porque, de repente, tengo ganas de vomitar. No consigo tragar, pero no puedo escupir lo que tengo en la boca, aunque el estómago rechaza los animalitos marrones y redondeados y responde con unas arcadas que no logro controlar.

Me llevo las manos a la boca, pero es inútil, porque el contenido ha salido ya entre espasmos violentos bajo la mirada atónita y disgustada de Massimo.

Con el estómago revuelto y muerta de vergüenza, corro hacia el servicio, donde trato de recuperarme y evaluar los daños.

Cuando veo las manchas amarillentas y apestosas en el top y en la falda me entran ganas de echarme a llorar. Intento limpiarme con papel y un poco de agua, pero solo consigo hacerlas más grandes.

Me desanimo, tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no ceder, pero no dejaré que un pequeño incidente estropee la noche más importante de mi vida.

—¿Cómo estás? —me pregunta Massimo apenas vuelvo a la mesa; la preocupación que percibo en su voz me hace sentir enseguida mejor.

—Um... En fin... —murmuro.

Trato de disimular el malestar con una sonrisa tranquilizadora, pero, por lo visto, no lo consigo, porque Massimo parece leer mis pensamientos.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta con dulzura y con una sonrisa comprensiva que me conforta.

—Sí, por favor —le suplico, dejando caer mi máscara.

Volvemos al aparcamiento caminando por el paseo marítimo y el aire fresco de esta bonita noche me anima de inmediato.

Bromeamos sobre mi intolerancia a las larvas y me como un helado de limón, después respiro a pleno pulmón y en un abrir y cerrar de ojos me siento como nueva. Y esto es bueno, porque debo cumplir una misión.

«Bueno, ha llegado el momento», me digo mientras Massimo sigue riéndose. Lo miro, lo adoro.

Respiro hondo y mi corazón se acelera. Sin lugar a dudas, esta es la prueba más difícil que he tenido que afrontar hasta ahora.

Cuando trato de reunir las palabras que llevan toda la vida esperando para salir me doy cuenta de que estoy temblando de miedo.

En mi interior se está librando una auténtica batalla entre la Sole que aspira a crecer, a cambiar, a luchar por realizar sus sueños y afirmar su unicidad, y la Sole racional, cauta y controlada, que prefiere seguir anclada al pasado para sentirse segura, porque sabe hasta qué punto puede ser peligroso lanzarse.

El miedo es el momento de la batalla, un enfrentamiento poderoso entre futuro y pasado, entre sueño y realidad.

Quizá por eso temblamos cuando tenemos miedo, porque una fuerza nos arrastra hacia un lado y otra, hacia el otro, y nosotros estamos justo en el medio.

Pues bien, ahora estoy viviendo ese terremoto.

Tiemblo mientras le anuncio:

—Massimo, espera. Tengo que decirte algo enseguida o el corazón me reventará.

—¿De qué se trata?

Busco su mirada y la retengo.

—Yo... yo... —farfullo, jugando nerviosamente con la orilla de la falda.

—¿Tú? —Massimo frunce el ceño y, al ver mis torpes vacilaciones, en su cara se dibuja una leve sonrisa.

Cierro los ojos y lo suelto de un tirón, con el corazón enloquecido.

—Te quiero —digo, pero es apenas un susurro, de manera que lo repito para asegurarme de que me oye—. Te quiero... con todas mis fuerzas —añado, y, una vez roto el hielo, las palabras encuentran la salida y fluyen solas—. Ya está, te lo he dicho. Te quiero. Te quiero desde la primera vez que te vi. —Suspiro—. Te pertenezco, nadie te querrá nunca como yo te quiero, porque mi corazón no puede ser de nadie más. He soñado contigo todas las noches desde que tengo memoria, eres el chico de mis sueños. Vivo de ti, vivo para ti —continúo revelándole todo—. Si no te había dicho nada, era porque, en primer lugar, tú ni siquiera me veías, pero ahora, dado lo que estamos viviendo juntos, creo que la opinión que tenías de mí también ha cambiado.

El estupor de Massimo es indescriptible. Me escruta en silencio. Me pregunto qué irá a hacer ahora. ¿Me besará? ¿Me dirá: «¡Oh, Sole, yo siento lo mismo!»?

—Sole... —murmura con un hilo de voz.

—Sí —susurro suspirando.

Massimo frunce el ceño sin dejar de mirarme a los ojos.

—Pero ¿qué... qué estás diciendo?

Abro desmesuradamente los ojos, no alcanzo a entender qué significan sus palabras.

—Me has entendido mal —me dice, y luego se lleva las manos a la cabeza—. ¡Dios mío, lo siento, no quería darte una impresión equivocada! Yo no... yo no siento nada por ti —aclara. Y a continuación añade—: ¡Eres como una hermana para mí!

Esta es la frase que más me desquicia, la que, como un bloque de cemento, me aplasta contra el suelo.

La frase que me ha perseguido durante toda la vida vuelve a atormentarme.

Tengo pánico, no sé qué decir ni qué hacer, ya no sé nada. Solo me resta una cosa, la única y tremenda verdad que permanece muy clara en mi mente:

—Tu hermana está muerta.

En mi voz hay rabia y desesperación.

El dolor, la humillación y la vergüenza, todo lo que hierve en mi interior en este momento estalla con estas palabras, que salen de mí sin que pueda hacer nada para retenerlas.

Años de sueños, de esperanzas, de ilusiones. Un grito que sale de dentro y que quema el pasado, tan fuerte que no se oye, porque lo invade todo.

Es el momento más humillante de mi vida. Me siento tremendamente estúpida. ¡Estúpida! ¿Cómo he podido ser tan ingenua y pensar que él sentía algo por mí? ¿Cómo?

Massimo me mira en silencio, desconcertado, incapaz de decir una palabra. Yo me muerdo los carrillos para no romper a llorar, las mejillas me arden.

—Es...OK... yo... me voy —farfullo fuera de mí, y echo a andar por la acera sin poder pensar en otra cosa que no sea escapar lo más lejos de aquí lo antes posible.

—¡Sole, no! ¿Adónde vas? ¡Espera, te acompaño a casa! —Massimo se rehace del torpor y me da alcance en dos zancadas.

—No, iré sola —digo con la voz ronca, quebrada por un llanto ahogado.

—¡No puedes ir sola a pie, es de noche! —contesta, y comprendo que tiene razón.

El final perfecto de esta noche desastrosa sería que un criminal me agrediera.

Resignada, pero sobre todo tan aturdida que no logro oponer resistencia, hago lo que me dice.

Alguien debe de haber añadido un centenar de kilómetros al camino, porque tengo la impresión de que no llegamos nunca. Es el viaje más largo que he hecho en mi vida.

Paso el tiempo —que me parece una eternidad— arrancándome los carrillos a mordiscos para contener el llanto.

Cuando por fin se para delante de mi casa, Massimo trata de entablar una conversación.

—Sole, lo siento mucho.

El nudo que tengo en la garganta me va a ahogar.

—No, calla, por favor —digo, y entro en casa en un abrir y cerrar de ojos, en mi habitación, donde por fin puedo dar salida a las lágrimas más desgarradoras de mi vida.

—Ha dicho usted más que suficiente, señorita Bennet. Comprendo muy bien sus sentimientos y solo me queda avergonzarme de los míos. Perdona que le haya robado su precioso tiempo, y acepte mis mejores deseos de salud y felicidad.

Y, después de estas palabras, salió apresuradamente de la habitación, y Elizabeth le oyó abrir la puerta principal y salir de la casa.^[10]

«La imaginación de las damas es vertiginosa; en unos segundos pasa de la admiración al amor y del amor al matrimonio.»[11]

Mi imaginación ha cometido un error garrafal, y yo con ella.

El peor intento de seducción de la historia me produce una vergüenza indescriptible.

Acostumbrado a salir con bombones como Nicole, Massimo debe de estar riéndose de mí: debo de haberle resultado tremendamente patética.

Primero perdí a Stella y ahora a él, porque una cosa es segura: jamás podré mirarlo de nuevo a la cara.

Me equivoqué de medio a medio y ahora me gustaría volver a ser la vieja Sole, la que vivía en la sombra, en el silencio, porque no puedo soportar esta humillación.

No he ido a comer al restaurante: he hecho acopio de las últimas migajas de fuerza que me quedaban para decirle a Massimo que necesito descansar del proyecto durante unos días. No se lo he dicho, se lo he escrito, porque la idea de hablar de nuevo con él me resulta insoportable.

Esta noche no he pegado ojo y he tomado una decisión importante: mi proyecto termina aquí.

Me he superado a mí misma con creces, he llegado adonde jamás habría pensado que sería capaz de llegar, he hecho mucho, no necesito continuar con los vídeos, los blogs y todo lo demás.

—Dios mío, y ahora ¿qué?

Los ojos abiertos como platos de Samanta expresan perfectamente su desconcierto. Le he contado lo que pasó la peor noche de mi vida y creo que la he dejado sin aliento.

—Ahora se acaba todo. El proyecto, probablemente nuestra amistad. Sería demasiado embarazoso...

Me encojo de hombros tratando de deshacer el nudo en la garganta que, de nuevo, me impide respirar.

—¡No! ¡No puedes! —exclama—. ¿Qué harán todos los chicos y chicas que te siguen? ¿Qué haré yo? ¡No, no puedes! —repite con una firmeza que no admite peros.

Su reacción me desconcierta, la de su madre aún más.

—Tiene razón. No puedes —corroborra Serena. Me vuelvo y la veo plantada en la puerta del almacén con los brazos cruzados—. Esas crías te quieren y te siguen con verdadera pasión, te has convertido en un ejemplo. Tienes una responsabilidad con ellas. Has empezado algo y debes ir hasta el final. Por ellas, por tu amiga, pero, sobre todo, por ti. —Esboza una leve sonrisa—. No lo abandones todo por un hombre. No se lo merece —dice lanzándome una mirada elocuente, propia del que habla por experiencia.

Paso el resto del día rumiando sus palabras, pero la vergüenza que tengo lo supera todo. Me siento demasiado incómoda.

Al menos, hasta media tarde, cuando, como un rayo de sol, veo entrar a Samuele en el supermercado.

Lo primero que pienso cuando lo miro es: «Me ha visto desnuda», y en un abrir y cerrar de ojos me encuentro catapultada de nuevo a su caótico estudio, lleno de colores y de vida.

—Eh, ¿qué te pasa? —me pregunta, escudriñándome de forma casi científica—. ¿Estás triste?

Debe de ser porque es artista, pero su mirada es tan sensible que le basta una simple ojeada para leer en mi interior. Ahora me parece como si miles de hormigas caminaran por mi piel.

—Sí —reconozco abiertamente. No sé por qué, pero me fio de él—. ¿Recuerdas cuando te dije que me gustaba un chico?

Hace una mueca de desencanto.

—Sí.

—Pues bien, anoche por fin tuve el valor de decírselo y él me contestó que no siente nada por mí.

—Qué idiota —masculla—. Quiero decir... eh... disculpa.

Esbozo una leve sonrisa.

—Bueno, la única idiota en todo esto soy yo. —Resoplo—. Me siento una estúpida por haberme ilusionado, por haber creído que sentía algo por mí. Ahora me muero de vergüenza, no quiero volver a verlo.

—¿No era el chico que hacía los vídeos de tu proyecto? —Samuele recuerda todo lo que le digo, es impresionante.

—Esto... sí... —Me encojo de hombros—. Pero supongo que a partir de hoy se acabaron los proyectos.

Samuele se acerca a mí y me aferra con fuerza los hombros.

—Escúchame bien. —Busca mi mirada y la retiene con la suya, que es firme y penetrante—. Ha llegado el momento.

—¿El momento de qué?

—El momento de ser valiente. ¿Sabes qué decía Gandhi? —me pregunta, y yo niego con la cabeza—. «El cobarde no es capaz de declarar su amor. Eso es prerrogativa del valiente» —cita, y me sonrío con dulzura—. Eres valiente, Sole. Es increíble todo lo que has hecho hasta ahora, lo que me has contado. Yo no habría sido capaz de enfrentarme a la mitad de las cosas a las que tú te has encarado. ¿Sabes de dónde procede la palabra «coraje»?

Vuelvo a negar con la cabeza, sorprendida de la cantidad de cosas que no sé, a diferencia de él.

—La palabra «coraje» es muy interesante: es un préstamo del francés *courage*, que a su vez deriva de la palabra latina *cor*, que significa «corazón». Así pues, tener coraje, valor, significa «vivir con el corazón» —me explica, y acto seguido sonrío. Su sonrisa es bonita, llena de energía—. ¡Estás viviendo con el corazón, Sole! ¡Y eso es magnífico, es lo que más admiro de ti! Es muy raro encontrar a alguien que actúa movido por el corazón, persiguiendo sus sueños y superando constantemente sus límites. Alguien que encuentra en su interior la fuerza de perseguir lo que considera bueno para sí mismo, enfrentándose a los retos y a las dificultades, perseverando y sin abandonar jamás. Antoine de Saint-Exupéry dice en *El principito* que quizá las estrellas del cielo estén iluminadas para que cada uno de nosotros pueda encontrar la suya. Pues bien, desde que te conozco, Sole, creo que cada acto de valor nos acerca cada vez más a nuestra estrella. Eso es justo lo que estás haciendo tú —me dice, y siento que se me encoge el corazón—. Por eso no puedes abandonar, porque estás demasiado cerca de tu estrella para volver atrás. Eres una chica valiente.

No sé si es por sus palabras, por la manera sencilla y natural en que las dice, como si brotaran directamente de su corazón, sincero y desbordante, pero Samuele logra hacer mella en mí.

Cuando ve que la sonrisa ha vuelto a aparecer en mis labios, se despidió de mí no sin antes

arrancarme la promesa de que volveremos a vernos pronto: no lo sabe, pero si me lo pide con esos ojos brillantes y profundos, me temo que va a poder arrancarme cualquier tipo de promesa.

Sale de la tienda con paso triunfal, dejándome sumida en una nebulosa de pensamientos extraños.

Cuando está cerca siento que algo se agita en mi interior, su proximidad despierta todos los sentidos, agiganta todas las emociones.

—Tierra llamando a Sole. Tierra llamando a Sole.

Me sobresalto y al alzar la mirada veo que Lucas se está riendo. Estaba tan absorta que ni siquiera he advertido que se acercaba.

—¡Qué risa, parece que estemos en la NASA! —Suelta una risotada grosera, parece nervioso. Después añade—: Houston, tenemos un problema.

Lo interrumpo.

—Muy divertido, sí. —Pongo los ojos en blanco—. Samanta está allí. Ve, ya conoces el camino.

Él se pone serio de repente.

—No, es cierto que tengo un problema, así que antes me gustaría hablar contigo.

Pido a Serena que me sustituya cinco minutos en la caja y con un ademán invito a Lucas a salir conmigo. Espero que se dé prisa, hoy no estoy para consejos ni soy la persona más adecuada para darlos.

—Sé que acabáis de meter el blog en la red. ¿Tienes miedo? —le pregunto, segura de haber adivinado lo que lo angustia y de ir directa al grano.

Se encoge de hombros, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros.

—Sí...

—Es normal que los sueños asusten. Lo importante es que sean más grandes que el miedo.

—El mío es tan grande que ahora estoy pensando en publicar un álbum.

Asiento con la cabeza, impresionada.

—Me parece una idea estupenda. ¿Qué dicen tus padres?

—Nada, siempre me han dado mucha libertad. Nunca me han puesto límites, a pesar de que quizá me habrían venido bien. A veces me siento un poco perdido.

—Entonces sigue tu sueño, él te guiará —le sugiero sonriéndole para animarlo.

—Exacto. Lo primero que quiero hacer es encontrar un trabajo, necesito dinero para producir mi música.

—¿Qué harás con el instituto? No queda mucho para que empiece de nuevo el curso.

—Iré a clase por la noche, acabaré al año que viene —responde sin vacilar, como si hubiera reflexionado sobre ello un millón de veces.

Ladeo la cabeza, divertida.

—¿Ves como ya sabes lo que debes hacer?

—Ahora solo debo lanzarme, ¿verdad?

—Así es. —Le sonrío—. Bueno, espero haberte sido útil.

—No, es decir, sí... pero, en realidad, quería hablarte de otra cosa.

—Ah.

Frunzo el ceño, aturdida, y lo invito a explicarse con un ademán. Veo que cambia enseguida de expresión, baja la mirada mientras dice:

—Digamos que... es sobre el amor.

Me río con acritud.

—Dios mío, ¡entonces no debes hablar conmigo!

Lucas me mira disgustado.

—Sé lo que ha pasado, Sam me lo ha dicho.

Cuando oigo que llama a Samanta con ese apodo afectuoso lo entiendo todo sin necesidad de que añada nada más.

—Vosotros dos habláis mucho últimamente, ¿eh?! —le digo, mirándolo de forma alusiva. Se ríe.

Ahora parece cohibido, es adorable.

Respira hondo y se lanza.

—Está bien, imagina que siempre has pensado que eres el tipo de chico al que le gusta un tipo de chica.

—Me cuesta un poco, pero sigue. —Tengo que hacer un esfuerzo para no perder el aire grave.

—Bueno, pues de repente deja de gustarte ese tipo de chica. No te gusta nada. Porque ahora te gusta una chica que jamás habrías imaginado que te podría gustar y quieres pasar todo el tiempo con ella y escuchar todo lo que dice, porque es inteligente. Y sensible. Además de muy dulce — dice.

Pero ya no está hablando conmigo, porque Sam está ante sus ojos y es a ella a quien está abriendo su corazón.

—Se ha metido en una parte de mí que desconocía. Con ella no debo ponerme ninguna máscara, no debo demostrar nada, puedo ser yo mismo. Con ella oigo música. Lo oigo todo. Con ella no tengo miedo. Y me gustaría besarla y...

—¡Bésala! —lo interrumpo decidida.

Él vuelve en sí y me mira titubeando.

—¿Sí? —susurra con la respiración atascada en la garganta.

Le agarro un brazo.

—Bésala, enseguida. —Lucas asiente con la cabeza sin apartar sus ojos de los míos—. No pierdas un segundo. —Abro la puerta y lo empujo dentro—. ¡Ve y bésala!

Lo observo mientras camina dando grandes zancadas hacia su sueño y siento que me invade una poderosa emoción.

Justo cuando había dejado de creer que el amor ahuyenta el miedo, Lucas me lo ha demostrado.

Por eso, sin darme cuenta y a pesar de lo que ha sucedido con Massimo, vuelvo a sonreír. La felicidad de Samanta y Lucas es también la mía y me siento en parte responsable de ella. Me digo que va bien así.

El teléfono suena. Al ver que he recibido un mensaje me estremezco.

Alguien ha escrito en el blog, echo una rápida ojeada y cuando leo el nombre del remitente se me corta la respiración.

«Andras Dupont.»

Sin pensármelo dos veces, pulso la pantalla para leer el mensaje, que es una respuesta a mi pregunta silenciosa: «Estoy seguro de que Stella te mira y sonríe desde ahí arriba, desde el cielo donde está».

Samanta está extasiada.

Anoche me tuvo dos horas al teléfono describiéndome con pelos y señales un beso capaz de hacer perder la cabeza. Por lo visto, Lucas entró de golpe en el almacén, abriendo la puerta con tal fuerza que el gato Ernesto huyó asustado.

Después se acercó en tres zancadas a ella, indómito, resuelto, mirándola a los ojos. Samanta solo pudo decir «hol...» antes de que los labios de él se pegaran a los suyos y le diera uno de esos besos que solo se ven en las películas.

Me alegro por ella, por ellos, pero no puedo por menos que pensar en la evidente tragedia que es ahora mi vida sentimental.

Estoy destrozada.

Trato de animarme pensando que, al menos, el consejo que le di a Lucas ha servido: está claro que sé lo que hay que hacer en la vida de los demás, la mía es la que me causa algún que otro problema.

Estoy contenta de que haya seguido mis sugerencias, no solo en el amor. El blog también le está dando muchas satisfacciones: por teléfono, Samanta me dijo anoche que sus amigos están entusiasmados con él y con su música. No tenían la menor idea de que fuera tan bueno.

Pensé que la mayoría de las veces el miedo es irreal, no existe en la realidad, solo en nuestra cabeza.

Recuerdo también que Lucas me dijo que quería trabajar y se me ocurre una idea.

Ahora que estoy mucho mejor, porque las cosas están saliendo tal como proyecté, no solo lo ayudaré a él, sino también a mí.

Cuando caigo en la cuenta de que estoy delante del restaurante y recuerdo con quién puedo encontrarme, la sonrisa se borra de mi cara.

Como siempre, daría marcha atrás de buena gana y pondría pies en polvorosa.

Sería demasiado embarazoso volver a ver a Massimo ahora, me moriría de vergüenza.

Siento lastres en los pies y el corazón partido, siento que el miedo me bloquea de nuevo.

Miro el local, que está a escasos metros de mí, pero estoy demasiado nerviosa para entrar. Cuando estoy a punto de tirar la toalla, Lucas, que está a mi lado, lo comprende y dice:

—Todo va bien. Puedes hacerlo. Debes hacerlo —me anima, luego se ríe—. Al menos por mí.

Gracias a una de sus salidas, logra aliviar la tensión que me paraliza. Con el corazón latiendo a mil por hora, abro la puerta y miro alrededor con aire circunspecto, pero no veo a Massimo. El camino está despejado.

Giorgio me ve y sale a mi encuentro esbozando una amplia sonrisa.

—Vaya, Sole, ¿cómo estás?

—Bien —murmuro.

—El otro día Massimo nos enseñó tu blog, ¡eres fantástica! Vi el vídeo de la montaña rusa: gritabas como un águila, ¡jamás había oído a nadie gritar así! Lo he visto tres veces. ¡No sabes cuánto me he reído!

Su risa es contagiosa, pero solo soy capaz de responder a ella esbozando una sonrisa triste, que añora algo que nunca volverá.

Una oleada de depresión me arrastra.

—Parte del mérito es de tu hijo, hace vídeos muy buenos —afirmo con la voz quebrada, y me encojo de hombros.

La sonrisa de Giorgio se desvanece también de repente.

—Pues sí, siempre ha sentido debilidad por esas cosas.

Guardamos silencio un instante, perdidos en nuestros pensamientos.

Lucas carraspea y me recuerda el motivo por el que hemos venido.

Pero la curiosidad es más fuerte.

—¿Massimo no está? —pregunto a Giorgio para asegurarme de que no pueda aparecer en cualquier momento.

—No, acaba de marcharse y no volverá en un par de horas —me explica, y yo vuelvo a respirar con normalidad, mis nervios se relajan—. Dijo que tenía que ir a la playa por un proyecto —añade Giorgio—. No entendí de qué se trataba.

«Ah, ¿ahora se dice así?»

Imagino a Massimo en compañía de la hermosa Nicole y siento una dolorosa punzada en el estómago. Trato de ignorarla y voy directa al grano.

—Bueno, en realidad te necesito a ti. Me gustaría hablar contigo un momento, si puedes.

—Por supuesto.

—¿Sigues buscando ayuda para el restaurante?

—Sí.

—¡Pues aquí la tienes! —anuncio con una sonrisa de complicidad—. Te presento a Lucas. Es un buen chico, serio y voluntarioso, además de rápido. Puede empezar enseguida.

Giorgio lo mira de forma penetrante, pensativo.

—Tengo la impresión de haberlo visto ya.

—¡Ah! —exclamo—. Además, es el nieto predilecto, y también el único, de Ugo. Quizá por eso su cara te resulta familiar.

Giorgio da un puñetazo a la barra.

—Eso es, ¡ahora lo recuerdo!

Busco su mirada, debo atrapar toda su atención. Tengo que convencerlo.

—Lucas quiere ser músico, su sueño es producir un álbum con sus canciones y por eso necesita un trabajo. Así que...

Giorgio me ataja.

—De acuerdo.

—¿Eh?

—He dicho que de acuerdo. —Me sonrío.

—¿Significa eso que puede trabajar aquí? —vuelvo a preguntar, porque no estoy muy segura de haberlo comprendido bien.

—Puede empezar enseguida. Siempre hacemos un período de prueba. Si va bien, lo contrataré.

Lucas me mira desconcertado. Antes de venir aquí lo preparé diciéndole que iba a ser duro, que

Giorgio es muy exigente, que ha entrevistado a un montón de gente en estos meses sin encontrar a nadie que le gustara. En cambio, ha dicho que sí enseguida.

¿Por qué? ¿Cómo es posible?

Yo también estoy sorprendida, pero decido no darle demasiada importancia. A fin de cuentas, he conseguido lo que quería.

Si Lucas se queda en el restaurante para ayudar a los padres de Stella, Massimo no tardará en irse y, a pesar de saber que lo voy a echar terriblemente de menos, en cualquier caso, será menos doloroso que verlo todos los días sabiendo que no me quiere. Sí, si Massimo se va, todo será más fácil.

Me equivocaba: no es nada fácil. Camino hacia el restaurante con el corazón encogido, cada paso que doy hacia el futuro que tanto he deseado y que nunca tendré es una tortura.

Después de varios días de silencio, Massimo me ha escrito esta mañana. Su mensaje me partió el corazón: sí, por un lado, estaba extasiado de recibir sus noticias, por otro se puso de luto después de leer sus palabras.

«Hola, Sole, ¿cómo estás? Quería decirte que Lucas se las arregla de maravilla, la prueba va bien, así que aprovecho para volver a Milán. ¡En el despacho me dan por desaparecido! Me gustaría despedirme de ti antes de marcharme. Si te apetece venir a comer...»

No quiero ir, para nada, pero sé que debo hacerlo. Porque si algo he aprendido en esta aventura es que las cosas que no quiero hacer son justo las que más necesito: debo afrontar lo que más temo para ser más valiente.

Pero apenas lo veo delante de mí, la intensidad de su mirada da al traste con mis buenos propósitos.

—Hola —me dice con cautela, como si me estuviera pidiendo permiso.

Titubea al hablar, a años luz de la confianza y del calor que manifestaba hace unos días, antes de que yo pusiera punto final a nuestra amistad.

—Hola.

Tengo la voz ronca, como si llevara siglos sin abrir la boca.

—¿Todo bien? —me pregunta.

Asiento con la cabeza, tratando de mostrar una seguridad de la que carezco.

—Sí, sí. No te preocupes.

A continuación, guardamos silencio, el embarazo es demasiado grande para que no se sienta y es evidente que ninguno de los dos sabe cómo superar el obstáculo, ya sea de lo no dicho o de lo dicho.

—¿El proyecto? —me pregunta con torpeza.

Me encojo de hombros.

—He estado un poco ocupada, pero lo retomaré en los próximos días.

Massimo suspira, me mira de forma penetrante y con voz grave y firme me conforta:

—Quería decirte que ha sido un honor acompañarte en esta aventura. Gracias.

Hago una mueca con los labios, que pretende ser una sonrisa, pero que en realidad solo es el patético intento de contener el llanto.

—Buen viaje —murmuro con la voz quebrada.

—Gracias. Cuídate.

—Igual te digo —murmuro mientras veo como se aleja de mi mirada y de mi vida.

El golpe con el que mi sueño se hace añicos me sobresalta. En este momento me gustaría ser muy pequeña para poder desaparecer entre las tablas del suelo.

Quería un final feliz como los que leo en los libros que amo, pero solo he tenido un final. El vergonzoso y patético final de todos mis sueños.

Me dan ganas de llorar, no sé cómo dominar los sollozos. Pienso que la culpa de que estemos aquí despidiéndonos es solo mía.

Me gustaría tener una máquina del tiempo, retroceder a la otra noche y decirle a la chica desconsiderada que se calle, que cierre sus labios trémulos y forzarla a un silencio eterno.

—Quién sabe si esta vez volverá.

El suspiro de Patrizia me devuelve a la realidad.

Me vuelvo y la veo a mi lado, mirando absorta la puerta por la que acaba de salir Massimo.

—«Conozco unos barcos que vuelven siempre después de haber navegado» —murmura, y mi pobre corazón, herido por los adioses acumulados en poco tiempo, se estremece.

Patrizia se da cuenta.

—Es de un cantautor francés. —Me sonrío comprensiva.

—Lo sé, Stella lo citaba siempre —digo con un nudo en la garganta.

Patrizia suspira otra vez, su mirada vuelve a parecerme perdida en un sueño.

—Siempre he querido ir a París, pero nunca he ido. Supongo que me habría enamorado de la ciudad, como le sucedió a mi hija —exclama—. Stella hizo más cosas en su corta vida que yo en toda la mía.

Sus palabras me impresionan y me confunden.

—Creía que te habías opuesto a la historia de París y a todo el resto —digo, pensando en Andras.

—Mi marido y Massimo se oponían. No era lo que deseaba para ella, pero sabía que era feliz. —Me sonrío mientras me mira de forma elocuente—. Una madre sabe ciertas cosas.

Tardo unos segundos en digerir esas palabras inesperadas y, en el silencio que se instala entre nosotras, veo que mira hacia el otro lado de la barra, donde Giorgio está explicando a Lucas cómo hacer el café.

—Giorgio es un buen hombre, pero siempre ha sido muy rígido. Conmigo, pero sobre todo con nuestros hijos —me dice Patrizia—. Tenía ciertos proyectos para ellos. Massimo los realizó, Stella hizo siempre lo que quiso —me explica, y luego añade algo que me turba—: por eso ella era feliz y Massimo no.

La escudriño, aturdida.

—¿Crees que Massimo no es feliz?

—¿Cómo puedes ser feliz si, en lugar de tus deseos, realizas los de otro?

Frunzo el ceño, cada vez más sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

La respuesta a mi pregunta muere en los labios de Patrizia cuando Giorgio la llama.

—¿Sirves tú, Patrizia? Aquí estamos un poco perdidos.

Patrizia mira hacia la puerta, donde una pareja, a la que no he visto entrar, espera.

—Voy —responde dando un paso hacia ellos. Sin embargo, enseguida se vuelve y me dice sonriendo—: Una cosa, Sole: sigue resplandeciendo como ahora, no permitas que nadie apague esa luz, ¿OK?

Después de una tarde tormentosa en el trabajo, rumiando sobre Massimo y sobre lo que me dijo su madre, me tumbo agotada en la cama nada más entrar en mi habitación.

¿No es feliz? ¿Significa eso que se marchó a Milán después del instituto solo para contentar a

su padre?

Estas preguntas sin respuesta me atormentan, de manera que, para distraerme, me dedico a poner al día el blog: acabo de recordar que aún no he contestado al comentario de Andras.

Es inevitable pensar en Stella cuando pienso en él.

Ella lo quería con todas sus fuerzas, a pesar de que habían pasado poco tiempo juntos. Veía algo en él que ninguno de nosotros ha querido ver nunca. Me pregunto si por miedo.

Después de mucho pensar, respondo al comentario del novio de Stella por pura educación: «Gracias».

Dos segundos después recibo un mensaje suyo, está conectado: «Tus aventuras me apasionan. Siguiéndote me acuerdo de ella...».

La melancolía que rezuman sus palabras me toca el corazón. Cuando murió Stella lo odié con todas mis fuerzas. En el funeral lo evité y lo miré con desprecio.

Ofuscada por un dolor que me superaba, lo culpé de lo que había sucedido, pero ahora comprendo que me equivoqué.

La verdad es que nunca he pensado cómo debió de sentirse después de la muerte de la muchacha con la que iba a casarse. Ninguno de nosotros lo ha hecho. Ni Giorgio, ni Patrizia, ni Massimo.

«Bien», escribo sin saber qué decir.

«No obstante, si me lo permites, creo que en la lista de tus miedos falta uno», responde, y sus palabras me pican la curiosidad.

«La estoy poniendo al día. ¿A cuál te refieres?»

«A venir a París. Si quieres, serás bienvenida. Ella sería superfeliz de verte aquí.»

Mis miedos

1. Lanzarme en paracaídas.
2. Subir a la montaña rusa.
3. Entrar en la casa del terror de una feria.
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. Tener una tarántula en la mano.
9. Decir lo que pienso.
10. Recibir críticas
11. Tener una serpiente pitón en la mano.
12. Ir a una fiesta.
13. Ir a una fiesta y emborracharme.
14. ¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!
15. Fumar un cigarrillo.
16. Coquetear con desconocidos.
17. Llevar a Omero al parque.
18. Subir y bajar escaleras de caracol.
19. Usar un baño público.
20. Pasear sola por el bosque.
21. Patinar.
22. Ponerme un delantal ridículo para vender patatas.
22. 23. Sumergirme en un enjambre de abejas.
24. Crear un blog.
25. Ir a urgencias.
26. Hacerme una radiografía.
27. Dormir en el bosque.
28. Hacer pipí en el bosque.
29. Bajar sola al sótano.
30. Decir que no.
31. Hablar (con calma) a mi madre.
32. Estar en la playa en bikini y sin pareo.
33. Ir a un bar sola por la noche.
34. Ir sola al cine.
35. Cantar en un karaoke.
36. Comer picante.

37. Donar sangre.
38. Hacer voluntariado en un comedor social.
39. Ir sola a casa de Samuele.
40. Ir a un concierto de heavy metal.
41. Disparar en un tiro al blanco.
42. Subir en un helicóptero.
43. Asistir a un curso de pastelería.
44. Mirar sola una película de miedo.
45. Inscribirme a un gimnasio.
46. Hacer *free climbing*.
47. Pilotar una canoa canadiense.
48. Caminar por un puente tibetano suspendido en el vacío.
49. Hacer *bungee jumping*.
50. Explorar una cueva.
51. Aprender a llevar un velero.
52. Estar fuera durante una tormenta.
53. Ir al dentista.
54. Conducir un tractor.
55. Hacer una retransmisión en directo en Facebook.
56. Hacer una declaración de amor.
57. Ir sola en el ascensor.
58. Hacerme agujeros en las orejas.
59. Cruzar una puerta giratoria.
60. Tener un saltamontes en la mano.
61. Hacer *rafting*.
62. Hacer submarinismo.
63. Nadar en mar abierto.
64. Comer comida coreana.
65. Ponerme una minifalda y tacones de aguja.
66. Volver al restaurante para despedirme de Massimo.
67. Ir a París.
68. Viajar en avión.
69. Viajar sola en metro.
70. Visitar sola una ciudad desconocida.
71. Conocer a Andras.

...

—¡Ahora sí que basta, me tienes harta!

Una puñalada. Encajo el primer golpe, previsible, y trato de defenderme.

—Intenta comprenderlo, mamá, yo...

—Tú ¿qué? ¿Quién eres? ¡No te conozco! ¡No eres mi hija! —grita, y me tumba con una mirada aterradora. Me deja fuera de combate en menos de un minuto—. ¡Mi hija jamás viajaría sola a París! —grita fuera de sí—. ¿Te has vuelto loca?

Sus palabras son bombas y la conversación parece un campo minado del que, lo sé ya, voy a salir destrozada.

—¿No te he enseñado nada? ¡Todos estos años de consejos para que luego decidas marcharte así, de buenas a primeras! Una chica sola por el mundo. ¡Si te sucede algo malo, no te quejes! ¡No digas que no te lo advertí! —exclama con desprecio, casi parece que desea que me ocurra algo malo para tener el gusto de demostrarme que llevaba razón.

Me gustaría interrumpirla y explicarle a voz en grito mis motivos, pero no puedo, es superior a mis fuerzas. Su rabia seca el aire de la habitación.

Me parece ver la vorágine en su pecho. La muerte de Stella la ha destapado y ella ha caído dentro.

El dolor por la pérdida de Maria, que había enterrado con tanto esmero en los recovecos de su alma a lo largo de estos años, ha resurgido con más intensidad. Ahora lo reconozco, a pesar de estar camuflado por una ansiedad incontenible.

Ha permanecido en su interior como algo que no merecía atención, pero en el silencio de los años se ha comido las paredes, ha excavado lentamente, ha ido arruinando poco a poco su vida y la mía.

Querría decirle: «¡Cálmate, te lo ruego, para y escúchame! Sé que aún sufres por la hermana que tanto querías, pero ¡yo también sufro! Esto solo es mi manera de hacer frente a un dolor que me supera. Haz un esfuerzo, intenta comprenderme y no me hundas, en lugar de eso, ¡trata de animarme!»). Pero las palabras se atascan en mi garganta, porque, por mucho que reciba el afecto de cientos de personas en el mundo, si no tengo el de mi madre, mi mundo está destinado a derrumbarse.

La idea de decepcionarla es horrible y conlleva un sentimiento de culpa insoportable.

Me paraliza. Me gustaría atrincherarme aquí, protegida entre las cuatro paredes de nuestra casa, y hacerla feliz. Eso es lo que quiero, lo que siempre he querido: hacerla feliz, pero últimamente noto, sin poder evitarlo, que mi felicidad y la suya van en direcciones opuestas.

Crecer es difícil, cambiar es doloroso. Es como morir y renacer con una forma un poco distinta cada día.

Estoy delante del ordenador, reservando los billetes para París, pero tengo miedo de no poder

hacerlo.

Tengo miedo del miedo que siento en este momento, porque lo reconozco y lo siento llegar: es la habitual angustia de la separación.

Me recuerda lo que experimentaba el domingo por la noche cuando era niña.

Después de haber pasado el día en el calor de la casa, recibiendo el afecto de mis padres, el único lugar donde me sentía realmente a buen recaudo, me estremecía la idea de tener que salir y enfrentarme a mis compañeros, a la maestra, al mundo.

Ahora me pasa lo mismo y no sé qué hacer.

Mi corazón está apagado, necesito desahogarme, hablar con alguien que me entienda de verdad y que me dé un buen consejo.

Y en los momentos como este, cuando me siento sola en el mundo, añoro terriblemente a Stella.

Lo primero que se me ocurre es llamar a Samuele. Por la razón que sea, pensar en él me hace cosquillas en el corazón. No me pregunto por qué, lo llamo sin más.

—Hola.

—Caramba, hola.

—Me voy a París —digo sin más preámbulo. Pienso que voy a sorprenderlo, pero, en cambio, él es el que me sorprende.

—Bien, solo espero que vuelvas.

Sonrío incrédula.

—Claro que volveré, solo estaré fuera unos días.

—¿Qué te pasa? ¿No estás contenta? Pareces nerviosa.

¿Cómo es posible?

Suspiro.

—Sí, bueno... acabo de decírselo a mi madre y a ella le parece fatal. Además, el hecho de que viaje sola ha acabado de sacarla de quicio, y ahora no dejo de darle vueltas y...

—El miedo es contagioso, pero recuerda que solo eres frágil si permites que los demás te convenzan de que lo eres.

—Sí, pero...

—Creo que estás haciendo algo fantástico, no puedes tirar la toalla ahora. Nunca olvides que eres libre, Sole: nadie puede darte la felicidad. Y la felicidad de los demás no depende de ti. Si están descontentos, si te juzgan, si no aprueban tus decisiones, incluso si se trata de tu madre, son muy libres de actuar así, pero tú debes seguir adelante. Lo único que puedes hacer, que debes hacer, es brillar para ti misma. Es lo único que necesitas para ser feliz. El amor jamás es dependencia, jamás. El amor es libertad.

No sé cómo lo hace, pero con unas cuantas palabras inspiradas Samuele siempre consigue aliviar mis heridas y mis miedos y, si he de ser franca, eso me asusta un poco.

—Bah... —gruño.

—Bah ¿qué?

—Bah, tengo que pensármelo.

—Bah, me parece bien.

—Es que es complicado —le explico—. ¡Creo que estoy viviendo una crisis de identidad sin precedentes! De repente ya no sé nada. No sé quién soy, quién quiero ser. Nada. Un caos primordial, ¡eso es lo que soy!

—Bueno, me parece maravilloso.

—Ah, ¿sí?

—Sí, solo del caos puede nacer una estrella danzante —exclama con vehemencia. Y luego me explica—: Lo dice Nietzsche: «Y nace del caos que tienes dentro de ti, de tu continuo cambiar de forma, de tu ser algo fluido, como un río en crecida. Solo de esta manera se puede engendrar una estrella danzante, algo maravilloso, insólito, inmenso. Solo con el caos dentro podrás devenir lo que eres, la manifestación de tu esencia única e irrepetible».

Samuele vuelve a sorprenderme. No sé cómo puede saber siempre lo que debe decirme, lo que necesito en cada momento.

Es un poeta de la vida, un filósofo de las emociones.

Un transeúnte que persigue su verdad, que se salta las convenciones con valentía.

Dulce y brillante, Samuele es la manifestación real y auténtica del caos, de un mundo interior riquísimo, hecho de arte, pasión, cultura, sufrimiento, música, locura, un movimiento continuo y fascinante capaz de generar, él sí, estrellas danzantes cada vez que posa el pincel sobre la tela. Cada vez que me mira.

Una fulguración, fuegos artificiales que estallan en una noche oscura.

Me hundo en sus palabras y ahora están en mi piel.

Lo que dice refleja perfectamente lo que soy, da la impresión de que me conoce desde siempre. Stella ha muerto, todo mi mundo murió con ella, las reglas, todo desapareció, se perdió en la nada, y es precisamente desde aquí desde donde debo empezar de nuevo, y la única manera de lograrlo es haciendo emerger mi verdadero yo.

De esta forma encuentro el valor necesario para mover un dedo y comprar el billete para mi primer viaje en solitario.

Un instante y el miedo pasa. Un clic y alzo el vuelo.

Mi padre me acompaña a la estación a las cinco y treinta de una mañana fresca de principios de septiembre. La luz es tenue y ligera, la del alba. La ciudad todavía no se ha despertado, los únicos que nos hemos levantado somos nosotros dos y el pesado fardo de angustia que nos persigue hasta la puerta de la estación.

Mi padre no es feliz, se lee en sus ojos pequeños y brillantes, en los labios, que aprieta en un silencio que rezuma ansiedad. Pero, a diferencia de mi madre, él me comprende.

Sé que estará inquieto hasta que vuelva, que pasará los próximos tres días pegado al teléfono, esperando mis noticias, pero además sé que, en el fondo, le parece bien, porque es algo que debía suceder tarde o temprano.

Anoche mi madre ni siquiera se despidió de mí y esta mañana, cuando fui a su habitación, se volvió fingiendo que aún dormía.

Sé que fingía porque apenas salí del cuarto oí que lloraba entre las sábanas.

Marcharme ha sido más duro de lo que imaginaba: la idea de dejarla allí, sola y amargada, recordando probablemente el día en que su hermana emprendió un largo viaje del que nunca regresó, me pesa.

El sentimiento de culpa es una termita que me está devorando la mente desde que salí de casa.

En este momento me asalta la familiar sensación de querer abandonarlo todo y volver a refugiarme en mi rincón del mundo, cálido y al amparo del dolor y el peligro.

Comprendo que es el momento de resistir y para hacerlo me apoyo en las palabras de Samuele: «No puedes tirar la toalla. Estás demasiado cerca de Stella para dar marcha atrás».

Es cierto, estoy más cerca de Stella que nunca. Además, haciendo lo que ella quería, ir a su mágica París, lo estaré aún más. Así me tragaré de una vez el nudo que tengo en la garganta y que me ahoga y viajaré hacia ella, porque echo mucho de menos a mi mejor amiga y lo que más deseo es sentirla cerca.

—Está bien, adiós. Te llamo cuando llegue —le digo a mi padre antes de que uno de los dos se eche a llorar.

—Sí, espera un momento, quería darte esto.

De la bolsa de piel saca una cajita con una cámara compacta. Ahora sí que voy a echarme a llorar de verdad.

—Gracias —murmuro.

—La necesitarás para tu... ¿cómo se dice?

—Blog.

—Eso es, para el blog.. No me acordaba.

Sonríó tratando de contener las lágrimas. Respiro hondo.

—Cuida de mamá, por favor. No quiere contarme nada y ya no sé qué hacer.

—Por supuesto, me ocuparé de ella, tú piensa solo en ti. En este momento es lo más importante. Hunde sus ojos en los míos y siento que me invade una sensación de calor y amparo.

—Creo que seguiré pintando la casa, ¿sabes? Aún me queda el piso de arriba, quiero terminar

el trabajo que empecé hace unos meses.

Siento que la cabeza me da vueltas por un instante.

—Ah, de acuerdo... —Me encojo de hombros, no sé por qué me lo dice justo ahora.

—El trastero. —Me mira fijamente—. Hay que ordenar el trastero. Está lleno de baratijas... y de cajas viejas.

Sonríó con el corazón pletórico.

—Gracias.

Ahora sé lo que haré en cuanto regrese.

—Ten cuidado, cariño —me dice—. Si nos necesitas, ya sabes dónde encontrarnos.

Se despide con un abrazo y luego se marcha apresuradamente y yo se lo agradezco, porque siento la tentación de ceder y el deseo de echarlo todo por la borda amenaza con vencerme.

Decido sentarme en un banco a leer unas páginas de mi novela preferida mientras espero el tren para relajarme.

Cuando visito Pemberley en compañía de Elizabeth un libro se superpone al mío. Alzo la mirada y mis ojos se cruzan con otros del color del mar, que me escrutan curiosos y divertidos.

—Ten, para el viaje.

Más despeinado de lo habitual, Samuele me mira y sonrío con los ojos, los labios y cada centímetro de su piel.

—Pensé que necesitabas variar tus lecturas. —Echa un vistazo al libro que tengo en la mano y añade sonriendo de nuevo—: Veo que tenía razón.

Vuelve a sonreír y yo no puedo contenerme.

—Gracias. —Es lo único que logro decirle, estupefacta—. Gracias por el detalle. Del libro y de haber venido a despedirme.

—¿En qué nivel de pánico estamos?

—He superado los niveles de alerta —admito—. Es que viajar sola, yo, que jamás he salido de aquí, me aterroriza. —Lo escruto y sonrío—. ¿Tienes algo que hacer el fin de semana? ¿Te apetece venir conmigo? —bromeo.

Él sonrío, pero algo intenso y misterioso asoma a sus ojos cuando dice:

—Un día iremos juntos a París.

Frunzo los labios en una mueca divertida.

—Ah, ¿sí?

Samuele abre desmesuradamente los ojos.

—Te dije que deberíamos casarnos, ¿no?

—Es verdad, disculpa, lo había olvidado.

Nos echamos a reír.

—Sea como sea, ahora debes ir sola. —Se vuelve a poner serio—. Es tu reto. Es tu vida.

Después se inclina y me da un abrazo hundiendo la cara en mi cuello.

Ningún chico me ha abrazado nunca de esta forma, ninguno.

Es una fusión larga y profunda de dos cuerpos, de dos corazones. Su aroma fresco me llena.

Una ráfaga de emociones desconocidas me envuelve y me aturde por completo.

No entiendo si este abrazo significa «adiós, cuídate» u «hola, bienvenida». Lo único que entiendo es que después de este abrazo no volveremos a ser los mismos, porque después de un abrazo tan íntimo es inevitable que un poco de mí se vaya con él y un poco de él venga conmigo.

Al cabo de un tiempo que no sabría cuantificar, Samuele se separa de mí poco a poco, pero sus

manos cálidas siguen ciñéndome la cintura, su cara sigue a pocos centímetros de la mía. Dos respiraciones entrecortadas que se entrelazan, un largo momento suspendido en la eternidad.

Me sobresalto cuando veo que entreabre los labios y la pregunta que viene a continuación me sorprende: «¿Cómo sabrán?».

Luego viene otra más urgente: «Pero ¿qué estoy diciendo?».

Así que retrocedo de forma impulsiva, porque yo pertenezco a Massimo, a pesar de que no me quiere.

No. Me retiro porque temo el sinfín de emociones que se arremolinan en mi pecho.

Samuele me escruta perplejo, atónito y quizá también un poco asustado de mi reacción.

No sé qué decir, pero el altavoz que anuncia que mi tren va a salir del andén número tres sale en mi ayuda.

—Tengo... tengo que marcharme —murmuro apurada—. ¡Hasta pronto! —digo a modo de despedida, agarrando la maleta y echando a andar con torpeza.

Samuele me sigue con la mirada enfurruñado y me pregunta:

—¿Adónde vas?

—Al andén número tres.

Me sonrío y señala con el índice la dirección opuesta.

—Es por allí.

—Uy.

Lo reconozco: estoy confundida, aturdida, completamente turbada por su casi beso, en el que no dejo de pensar durante todo el viaje en tren.

Delante del aeropuerto, el pánico se apodera de mí.

Mi proyecto ha dado un vuelco y en esta ocasión, sin contar con Massimo ni con Samanta a mi lado, me da la impresión de haber pasado a un nivel superior de dificultad.

Tengo miedo de perderme, de equivocarme de fila, de puerta, de vuelo. Tengo miedo de que el inodoro me aspire cuando use el servicio del avión. Tengo miedo de despegar. Tengo miedo de aterrizar. Tengo miedo de llegar a París. Tengo miedo de no llegar a París. Tengo miedo de que me roben, de que me agredan y de que me hagan daño. Tengo miedo de que unos fanáticos me dispares ensalzando a Alá.

Tengo miedo porque me enseñaron a tenerlo, pero luego pienso en lo que me dijo Samuele: «Solo eres frágil si permites que los demás te convenzan de que lo eres».

Dado que ahora estoy sola, ya no soy frágil. Al contrario. Puede que la soledad sea precisamente mi fuerza. Es la única manera de encontrar el valor necesario para comprender quién soy y serlo de verdad.

Esto es lo que he descubierto hasta ahora de mí.

Si me concentro, consigo leer un mapa, pero no entiendo la dirección del metro. Por suerte hablo un poco de francés, antiguas reminiscencias del instituto que creía haber perdido para siempre y que, en cambio, sobreviven polvorientas, pero tenaces, en los recovecos de mi mente. Y cuando no llego con las palabras soy muy creativa con los gestos para hacerme comprender, lo que me obliga a superar también la timidez.

De esta manera, al final llego a la majestuosa e imponente París.

Ahora comprendo plenamente a qué se refería Samuele: es una maravilla.

La que tengo ante mis ojos es una belleza tan inesperada y extraordinaria que me arrolla. Stella tenía razón, lo intuía al instante, nada más salir *du métro*.

Es una ciudad única, que te acoge ofreciéndote lo mejor de sí misma. El estilo monumental de los edificios, la increíble amplitud de las avenidas y las plazas, los artistas y los puestos callejeros. Da la impresión de que todo el mundo se ha dado cita aquí.

Enseguida siento que toca mi corazón, a pesar de no saber del todo por qué.

He quedado con Andras en el café de Flore, en el número ciento setenta y dos del bulevar Saint-Germain, en el barrio de Saint-Germain-des-Prés. Por suerte, llego con cierto adelanto, a pesar de haberme equivocado de calle un par de veces, de manera que me da tiempo a recuperarme.

Cuando, por fin, encuentro el café, me siento a esperar con un delicioso cruasán caliente. Es un lugar mágico y sugerente, con una marcada atmósfera bohemia, de perfecto estilo *art déco*. Lo busco en la guía y descubro que desde 1887 este *bistrot* ha sido lugar de encuentro de artistas, literatos, filósofos e intelectuales como Picasso y Jean-Paul Sartre.

Pienso enseguida en Samuele, estoy segura de que enloquecería en un lugar así, donde se respira historia.

Decido mandarle un mensaje.

«¡Hola! ¡He llegado! ¡Londres es precioso!», le escribo sonriendo como una tonta.

Samuele responde al vuelo: «Estaba seguro de que te perderías: después de lo que pasó con los andenes, dudo mucho de tu sentido de la orientación».

«Bromeo, ¡mira dónde estoy, dime si lo reconoces!» Le envió una foto del local.

«¿Sabes que en este momento te envidio muchísimo?»

Lo reconoce enseguida, Samuele lo sabe todo. Pasamos un rato mandándonos mensajes, me río sola sin darme cuenta, pero me da igual lo que piense la gente, no puedo evitarlo.

Me divierte charlar con Samuele, es natural bromear con él. De las sonrisas que regala queda una especie de explosión de color en el corazón, un aroma a serenidad.

Solo que, apenas pienso en él, recuerdo que hay un beso suspendido entre nosotros, y una sensación extraña, una mezcla de miedo y excitación, me oprime el pecho.

No dejo de preguntarme qué habría sucedido si no me hubiera retraído, si me habría gustado. Esas preguntas bastan por sí solas para dar al traste con todas mis certezas: jamás he pensado en un chico que no fuera Massimo, de forma que, cuando lo hago, me parece estar traicionando los sueños de toda una vida.

Intento distraerme publicando en Facebook las fotos que he sacado hasta ahora y escribiendo mis primeras impresiones sobre esta cautivadora ciudad.

Mando también un mensaje a mi padre, a Serena y a Samanta, contándoles que estoy cerca de Maison Petite, el piso donde vivía Stella, y mientras lo hago me estremezco.

En la esquina varios músicos están improvisando una sesión de jazz y me paro a escuchar la

melodía, que es pura espontaneidad y que me hace pensar en la banda sonora de mi vida.

Antes me sentía como un director de orquesta, capaz de dar vida a una sinfonía perfecta, de sobra conocida. Ahora no, ahora soy pura improvisación. Esta mañana me desperté en mi cama y ahora estoy en París.

Se acabaron los atriles, las partituras, de ahora en adelante solo existirá el sonido a veces dulce, a veces agitado de una melodía que sigue exclusivamente el ritmo de mi corazón.

El timbre del móvil me devuelve a la realidad. Cuando leo el nombre de Massimo en la pantalla iluminada, mi mente se vacía de golpe.

Apenas pulso la tecla para responder, él empieza a gritar:

—¿Puedes explicarme qué demonios estás haciendo ahí?

No permito que su tono rabioso me atemorice.

—Vencer mis miedos —digo en tono seco.

Espero que ahora no se crea con derecho a decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer.

—El valor y la temeridad son dos cosas bien distintas. ¿Quieres que te laven el cerebro como se lo lavaron a mi hermana? —El desprecio que emana su voz me estremece—. Sé que has ido ahí para verlo a él.

Su actitud arrogante me irrita, pero, en lugar de dejar que me intimide, me enfrento a él.

—Solo quería ver dónde vivía Stella, qué hacía cuando estaba aquí —le explico, haciendo un esfuerzo para que no me tiemble la voz—. Siempre criticamos su decisión, dijimos que era impulsiva, pero ninguno de nosotros quiso escuchar y saber los motivos que la habían llevado a tomarla —digo con firmeza—. Así pues, estoy aquí por ella.

Cuando Stella vio a Andras por primera vez dijo que parecía un ángel. Su pelo dorado flotaba en el aire mientras bailaba bajo el *chapiteau* amarillo y rojo del circo.

Se quedó hechizada, totalmente fascinada por las piruetas que ejecutaba a decenas de metros del suelo el maravilloso joven con los músculos de piedra y la ligereza de una mariposa, y cuando terminó el número con un cuádruple salto mortal, ella se quedó sin aliento.

—Tengo que conocerlo —anunció apenas recuperó el habla, en un tono firme que manifestaba que su decisión era inapelable.

No había posibles alternativas ni excusas: el destino había hecho planear delante de ella a ese joven con alas en los pies y ahora ella no tenía la menor intención de perderlo.

Lo esperó fuera, resuelta a conocerlo como fuese. La dejé allí y volví a casa sola.

Cuando veo a Andras entrar en el local con la melena rubia rozándole los hombros y la camisa blanca, no puedo por menos que reconocer que tiene algo angelical.

—¡Hola, Sole! *Bienvenue!* —Viene hacia mí con los brazos abiertos.

Me levanto y le sonrío un poco cohibida.

—Hola.

La última vez que lo vi, en la iglesia donde se celebró el funeral de Stella, no le permití que se acercara a mí. Ahora, sin embargo, todo es diferente, yo soy distinta. Y él, de una forma u otra, lo sabe.

Andras me da tres besos en las mejillas y luego se sienta a mi lado en el pequeño sofá rojo.

Tengo la impresión de estar tomándome un café con un viejo amigo. Un amigo con un sinfín de historias que contar, que ha viajado por todo el mundo, que habla cinco idiomas y que aún está estudiando.

Un espíritu profundo y sensible, un artista: en cierta medida, me recuerda a Samuele.

Prefiero no saber por qué Samuele sigue apareciendo en mis pensamientos y me dejó hechizar por el relato de Andras, que me explica cómo consigue volar hasta cincuenta metros de altura.

Sus exhibiciones en el trapecio triple son una trama de cuatro cuerpos masculinos y femeninos suspendidos en el vacío sin protección, exceptuando la alfombra que hay debajo.

—Dios mío, ¿cómo lo haces? —exclamo turbada—. Menuda suerte la tuya de no tener vértigo, ¡yo me moriría de miedo!

Andras sonrío.

—El miedo a saltar en el vacío se siente siempre, cada vez, pero la maravilla de hacer una acrobacia que te catapulta a otro mundo es más intensa. La sensación de volar es como el amor, hace que me sienta libre y feliz —dice sonriendo, luego me mira con más intensidad—. Justo lo que sentía cuando estaba con Stella.

Ya está, hasta ahora hemos hablado de esto y lo otro, ninguno de los dos nos atrevíamos a

abordar el tema.

Andras empieza a hablarme de ella, de las cosas que les gustaba hacer juntos en la ciudad. Este, por ejemplo, era uno de sus locales superpreferidos, por eso ha querido quedar conmigo aquí: Stella habría hecho lo mismo.

La quería a rabiar, la veneraba, en el poco tiempo que pasaron juntos llegó a ser todo su mundo.

—Stella me habló muchísimo de ti. Tengo la impresión de conocerte de toda la vida. Te considero mi amiga, por eso sigo siempre tu blog. Es más, ¿sabes lo que te digo? Quiero ayudarte. Sé que a ella le habría gustado que lo hiciera —declara. Y a continuación me pregunta con una sonrisa de complicidad—: ¿Te apetece venir conmigo al circo a probar el trapecio?

De manera que aquí estoy. En una carpa de circo en las afueras de París, a cincuenta metros del suelo, en la plataforma minúscula que debo compartir con Andras, que está de pie detrás de mí.

En ocasiones como esta me pregunto si mi madre no tendrá razón, si no me habré vuelto completamente loca.

No sé siquiera cómo he conseguido trepar por la escalera para llegar hasta aquí arriba sin caer ni morir.

—¿Estás lista? —me pregunta Andras después de haber asegurado mi arnés, operación que, espero, haya ejecutado a la perfección, ya que no me he atrevido a mirar.

—No —digo, como siempre, desde el otro lado.

Nunca estoy lista, nunca. A estas alturas sé que el miedo me bloquea, castra mis sueños, corta las alas a la esperanza.

Pero también sé que todo lo que deseo, lo que necesito para crecer está al otro lado del miedo. Sé que ahora tengo que lanzarme. He aprendido que es inútil esperar a que llegue el momento justo. Si esperamos a sentirnos preparados, acabaremos esperando demasiado, incluso toda la vida, y nunca alcanzaremos la otra orilla, lo que anhelamos.

Andras indica con un ademán a su compañero, que está al otro lado, que le pase la barra de acero.

La agarro bien y dejo de respirar.

De repente pierdo la concentración, miro abajo y comprendo que es imposible.

—Si no vuelas hacia lo alto, no te arriesgas a caer, pero tampoco alcanzas el cielo —me susurra Andras al oído. Después aferra mi arnés—. Tres, dos, uno.

Me hace saltar de la plataforma con un empujón.

Cuando me veo ondeando en el vacío, colgada de una barra, solo siento el aire que mueve mi pelo y la increíble sensación de volar, algo parecido a lo que experimenté cuando me lancé con el paracaídas o cuando me tiré de la escollera.

También esta vez comprendo que el momento de mayor peligro es cuando pierdo el miedo, de forma que, donde antes estaba él, ahora solo quedo yo.

Después de haber alcanzado el cielo, ¿qué podrá detenerme?

Andras me acompaña luego a la jaula del tigre Sophie, me explica lo que debo hacer para darle de comer y yo lo hago con naturalidad, como si me hubiera pasado la vida nutriendo tigres de Bengala imponentes y hambrientos.

Dado que se ha hecho muy tarde, comemos algo con la familia y los amigos de Andras. Me siento a mis anchas, es más, me divierto un montón.

Antes de marcharme le pido a Bebé, el payaso, que nos hagamos una foto juntos y se la envió a Samuele.

«Confirmado: estás como una cabra», me escribe, y, como siempre, me hace reír.

Pero la alegría dura poco, se desvanece apenas alzo la mirada y veo aparecer una figura conocida en la carpa.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué haces aquí? —exclamo desconcertada.

Massimo me mira a los ojos parpadeando, como si no pudiera verme bien.

Jamás lo he visto tan nervioso. Me mira, luego mira alrededor, extraviado y confuso.

—No... ejem... no lo sé —farfulla como si se diera cuenta ahora mismo de dónde lo ha llevado la vorágine de la furia.

Andras se acerca con cautela, igual que cuando entra en la jaula de Sophie.

—Hola, Massimo —le dice en voz baja, pero firme—. Qué sorpresa verte aquí.

Massimo me agarra un brazo y me arrastra hacia la salida.

—Vamos —me ordena en un tono que no admite peros.

—¿Adónde? —balbuceo sorprendida.

—¡A casa! —grita con los ojos fuera de las órbitas—. No quiero que te engatuse a ti también.
¡Vamos!

—Es muy tarde y está cansada —tercia Andras con voz serena, amable—. Venid a casa, podéis dormir allí esta noche y mañana os vais.

—¡No! —le contesta Massimo a voz en grito.

—¡Sí! —replico, y me zafo de él con un empujón.

Massimo me mira .

—¡Sole!

—¡Massimo! —respondo. Se acabó esa actitud prepotente y arrogante, no la soporto más—. Todo va bien, ¡de maravilla! Me voy con él y, dado que has venido hasta aquí, deberías acompañarnos. Estar un poco con Andras —añado, pero la firmeza que veo en sus ojos oscuros hace que, por desgracia, mi tono pierda vehemencia—. Esto... creo que te ayudará.

—Sí, por favor.

Andras da un paso hacia delante, luego otro. Avanza con lentitud pero decidido hacia Massimo, justo como hizo hace un rato con el tigre. De hecho, Massimo parece un animal feroz a punto de atacar. Tiene los hombros curvados, sus ojos son dos ranuras, y lo mira de reojo desde detrás de los barrotes de su jaula de rencor. Pero, por la razón que sea, las palabras de Andras abren las puertas y dejan entrar el aroma de una libertad inesperada.

—Tengo que decirle algo... que deciros algo... de manera que me gustaría que vinieras con nosotros, en serio. *S'il-te-plaît*.

Andras no parece nada sorprendido de que Massimo haya venido con el primer vuelo, ahora me doy cuenta.

Sigue mi blog, así que sabe hasta qué punto ha estado cerca de mí en el último período, de manera que, cuando me invitó, probablemente esperaba que él me acompañara.

Durante el trayecto en el coche, Massimo escruta el vacío con ojos sombríos.

Entre nosotros reina un silencio expectante, la calma que precede a la tormenta.

Llegamos a Montmartre pasada la medianoche. Maison Petite es un apartamento minúsculo en el último piso de un edificio pequeño, pero encantador, con una *boulangerie* en la planta baja.

El recuerdo de Stella me asalta apenas pongo un pie en él. Las paredes están cubiertas de un sinfín de fotos enmarcadas de ella.

Reconozco su paraguas con la empuñadura en forma de trompa y supongo que el origami colgado en la pared en forma de unicornio fue idea suya.

—Erais sus ángeles, solo hablaba de vosotros. —Andras rompe el denso silencio que se instaló entre nosotros cuando llegó Massimo—. Estaba deseando deciros una cosa, pero no le dio tiempo.

—Sé que os ibais a casar —suelta Massimo, irritado.

—Pero no sabías que estaba embarazada.

Una bofetada repentina.

—¿Embarazada? —repito con voz trémula, percibiendo con toda claridad el estruendo de un derrumbe, de otro pedazo de mí que se desploma.

Andras asiente con la cabeza frunciendo ligeramente los labios, que tiemblan también. Trata de deshacer el nudo que, sin duda, tiene en la garganta y luego se dirige de nuevo a Massimo:

—Me dijo que estabas tan enfadado porque quería casarse que no se atrevió a decirte que estaba embarazada. —Suspira, pero en su voz no hay rencor, solo tristeza—. Tenía miedo de decepcionarte otra vez, sabía que la vida que había elegido no era la que tú deseabas para ella.

Massimo está desolado, el sufrimiento contrae su cara.

—Pensábamos ir a Italia ese fin de semana para decíroslo, lo acabábamos de saber —nos cuenta Andras sin lograr ocultar la conmoción.

Lo miro y veo a Stella acariciándose la barriga con toda la alegría del mundo pintada en la cara.

Massimo tiene el semblante alterado por el dolor.

—No me habría decepcionado, en absoluto. Solo estaba preocupado... yo... —farfulla, pero luego, al pensar en la persona que debería haberlas oído, sus palabras se desintegran y se desvanecen en la nada.

—Esos días fueron los más bonitos de mi vida. Me iba a casar con la chica más increíble del mundo e iba a tener un hijo con ella, pero después todo terminó en unos segundos —dice Andras—. Yo me quedé detrás, ella quiso sentarse cerca del balcón para ver el panorama y dispararon desde allí. La vida es cuestión de centímetros.

No sé si voy a poder soportar más, ninguno de los tres lo sabemos. Esta habitación es demasiado pequeña para contener tanto dolor.

Con la voz pastosa por las lágrimas, Andras nos cuenta que Stella estaba tratando de organizarse para que el niño pasara temporadas en casa de sus abuelos, delante de su mar, el mar que la había visto crecer.

Andras habría ido a verlos cada vez que hubiera podido, pero ella era feliz en cualquier caso, porque sabía que me tenía a mí, a «la tía más súper del mundo» a su lado para ayudarla con el niño.

En ese momento siento que me voy a derrumbar, que escuchar una palabra más sobre un futuro que nunca se realizará amenaza con matarme.

Massimo ya no dice nada, no me mira, pero me ha cogido una mano y no la suelta.

Cuando Andras abre un cajón, saca una foto y nos la enseña tengo la clara sensación de que me voy a morir.

—Te invitó a París para que la acompañaras al ginecólogo a hacer la primera ecografía. Esta —nos dice mientras nos la tiende. En el fondo gris se distingue una bolita negra.

El hijo de Stella.

El hijo de Stella. Me lo repito, porque aún no puedo dar crédito.

—Quería que fueras tú también, quería que estuvieras cerca —me dice Andras con unos ojos brillantes, que se reflejan en los míos, que están rojos y llenos de lágrimas.

—Ese día fuimos a las Galeries Lafayette porque la consulta del médico estaba al lado. No podíamos ser más felices: acabábamos de oír los latidos del corazón de nuestro hijo por primera vez. Cuando terminó la visita fuimos a brindar con un zumo de fruta a la terraza del centro

comercial, para contarle a París a voz en grito nuestra maravillosa noticia. Unos segundos después estaba solo: ella y mi hijo ya no existían.

Es mucho más terrible que cualquiera de las pruebas que he superado hasta ahora.

Tengo en la mano la primera y única imagen del hijo de mi mejor amiga, de mi hermana, y leo en el borde blanco que la enmarca las palabras: «Mi mejor foto», escritas con la caligrafía redonda de Stella.

Lloro. Es lo único que puedo hacer.

Unas lágrimas cálidas y amargas resbalan por mis mejillas y caen provocando un terremoto con cada gota.

No era suficiente haber perdido a mi mejor amiga, a mi hermana. ¿Por qué debía perder también a un niño inocente?

—Podrías haber estado allí tú también. —La voz de Massimo está oxidada, chirría cuando me habla.

—Sí.

Andras responde por mí, porque yo no soy capaz.

Massimo se levanta ruidosamente de la silla y se dirige hacia la ventana con la mirada extraviada.

Pienso que podría haber muerto con Stella y su hijo y por un instante lo deseo con todas mis fuerzas.

Sé que Massimo piensa lo mismo que yo.

Los dos nos sentimos culpables por algo que nunca podremos cambiar.

Me gustaría remediarlo, pedirle perdón, me gustaría hacer un montón de cosas, pero no puedo hacer nada.

Stella se marchó pensando que su hermano y su mejor amiga estaban hartos de ella y de sus ocurrencias.

Me entra tanta rabia que tengo que taparme la boca para no gritar.

Ha sido una noche angustiosa.

He pasado las últimas ocho horas mirando el techo de su habitación, donde las sombras oscuras se alargaban en las paredes, el suelo, la cama, hasta aprisionar mi corazón agitado.

Hipnotizada, no he podido apartar los ojos del haz de luz que se filtraba furtivamente desde la calle por los postigos y se posa con precisión quirúrgica en las fotos de Stella que cuelgan de la pared.

Mi mejor amiga.

Su hijo que no llegó a nacer.

El futuro juntos que nunca tendremos ni tendrán.

El estruendo de las palabras de Andras no ha dejado de retumbar en mis oídos, hundiéndose en los abismos del alma.

En la oscuridad, los pensamientos eran aún más terribles.

Me he levantado cuando he oído abrirse la puerta del piso.

Anoche Andras nos dejó Maison Petite a Massimo y a mí; él ha dormido en el piso de arriba: nos explicó que es de su hermano y que casi siempre está vacío. Pasa mucho tiempo en el extranjero por motivos de trabajo y alquila la buhardilla para ganar algo. No es circense, es piloto.

—Toda mi familia lo considera la oveja negra. Yo llevo el circo en la sangre, pero a él nunca le gustó esa vida —nos explicó Andras—. Me parece muy valiente por haber querido seguir sus sueños —dijo, y cuando lo hizo noté que el semblante de Massimo se ensombrecía.

—*Bonjour!*

Cuando cruzo tambaleándome la sala, veo a Andras en la cocina. Un aroma inesperado a *baguette* y a bollos calientes me envuelve y me guía hasta él.

Me saluda por encima de una cafetera humeante y de repente comprendo lo que debía de sentir Stella al despertarse cada mañana con un chico adorable que le preparaba el desayuno y se lo servía con la mejor de sus sonrisas.

Comprendo también que cada segundo que paso aquí descubro algo desconocido de mi mejor amiga y encuentro en el bolsillo piezas nuevas de un puzle que creía completo y que, en cambio, es mucho más grande y complejo de lo que me imaginaba.

—Buenos días —la voz ronca de Massimo a mi espalda me sobresalta.

Me vuelvo y veo dos ojos aturdidos y rodeados de negro, que reflejan los míos. La noche que ha pasado en el sofá no debe de haber sido mucho más apacible que la mía.

Siento el incontrolable instinto de abrazarlo, de decirle que estoy como él, tan turbada como él, pero no lo hago.

Noto una punzada en el corazón, la herida aún escuece. Me distraigo mientras Andras pone la mesa para desayunar, mirando divertida las tazas en forma de pie que tiene en la mano. Apuesto a que fue una idea de Stella.

—Perdonad por las tazas, son ridículas, me digo siempre que debería comprar unas nuevas,

pero luego... Luego nunca lo hago —explica.

Muevo la cabeza sonriendo.

—Son preciosas, no debes cambiarlas.

Leo en los ojos de Andras todo lo que ha tenido que soportar solo y pienso que debe de ser muy fuerte, porque, de una manera u otra, ha conseguido salir adelante.

Observo a Massimo e intuyo que está pensando lo mismo que yo.

Su mirada ha cambiado. La rabia que la endurecía se ha desvanecido bajo un velo opaco de melancolía.

—¿Cómo lo haces? Quiero decir, ¿cómo has podido seguir después de lo que sucedió?

Andras esboza una sonrisa.

—Ya lo sabes.

—¿Yo?

—He hecho lo mismo que haces tú todos los días con tus miedos. Lo he afrontado. —Me vuelve a sonreír con aire de complicidad—. He aceptado el dolor y lo he vivido hasta el fondo, sin evitar nada, sin huir de nada. No se escapa de un dolor así. —Lanza un suspiro de rendición—. La única manera de salir de él es atravesarlo.

—Y... ¿dónde encuentras la fuerza? —le pregunto otra vez con voz trémula.

Andras bebe un sorbo de café y responde:

—Recuerdo el tramo de camino que recorrimos juntos, un retazo de vida que ha dejado una huella imborrable en mi alma. La vida termina, el tiempo es limitado, pero el amor no. El amor no termina. —Respira hondo—. Stella puso los cimientos de mi vida por segunda vez partiendo desde cero. A pesar de que ya no está conmigo, mi nuevo yo existe gracias a ella. —Andras vuelve a sonreír y en su sonrisa reconozco una fuerza familiar, una mezcla de valor e inconsciencia, el impulso de quien mira las estrellas incluso desde el fondo del abismo—. Voy a abrir una escuela de trapezistas que se llamará L'Etoile de Paris en su honor —prosigue—. Siempre me animaba a difundir mi arte, de modo que he decidido hacerlo por ella.

Andras nos habla del proyecto, su ancla de salvación, la transformación de su dolor ciego en algo hermoso, y mientras lo hace comprendo que tiene razón: gracias a Stella, él y yo estamos reaccionando al dolor de la misma manera. Ella es la causa y la solución.

—Pienso todos los días en ella y cada día siento que es y será siempre parte de mi vida.

Andras sonríe y levanta la taza que tiene en una mano.

—Incluso en estas tazas.

Es cierto, Stella sigue viviendo entre estas paredes pintadas de color rosa, todo en esta casa habla de ella. En todos nosotros hay algo de ella. Ella se ha marchado, pero el amor que nos unía no, el amor sigue estando aquí.

La presencia de Stella impregna todo el piso, sin que este parezca, sin embargo, un mausoleo: en él no hay muerte, hay vida. A la luz del sol, esta casa da menos miedo.

Se ve que pasó por aquí como un meteoro y que la deslumbró con su luz, al menos por un breve tiempo.

Y hay restos de su paso: las tazas en forma de pie, los cojines, incomodísimos, con dibujos de animales en parte mitológicos y en parte no, los agarradores para la cocina cubiertos de cactus. En este mar de excentricidades, me impresiona en especial una caja de música en forma de torre Eiffel con la melodía de *La vie en rose*.

—Fue lo primero que compró cuando llegó a París, con su inquebrantable optimismo dijo que así marcaba el inicio de su nueva vida de color de rosa —nos cuenta Andras.

Empezamos a hablar de ella, a recordar cuando estaba viva, lo impetuosa, impaciente e impulsiva que era, una auténtica chiflada que adoraba reír ruidosamente y cantar a voz en grito.

En cualquier caso, cuando pensamos en ella no podemos dejar de sentir cuánta vida nos ha dejado. Tenía tanta que le bastaba para los tres.

Me doy cuenta de que ahora es un poco más fácil afrontar su muerte, Andras nos ha enseñado a ver la luz con la que Stella nos iluminó y no la oscuridad en la que nos ha dejado.

Una luz tan clara y hermosa como la del sol de esta mañana, que nos inunda como si fuera un milagro. Y el milagro es que los tres estamos juntos en París, bebiendo café en unas tazas en forma de pie gigante.

Y Stella está aquí con nosotros.

Hemos pasado el día paseando por la ciudad para conocer mejor el mundo de Stella y nos hemos quedado agotados.

Andras se ha ido ya a dormir al piso de arriba, Massimo y yo, en cambio, aún estamos en la sala hojeando los álbumes de fotografías de Stella.

Era feliz de verdad. Eran felices. Estaban perdidamente enamorados. Hasta el cielo suspira en las fotos donde aparecen besándose.

Quién sabe qué se siente cuando quieres a alguien que te corresponde.

He consagrado toda mi vida a un amor en sentido único, oculto, casi vergonzoso. Aún no sé qué significa vivir un amor así, que se puede gritar a los cuatro vientos, libre de resplandecer a la luz del día.

Ignoro qué significa formar parte de las costumbres de alguien, compartir con él tantos recuerdos que llenan todo el tiempo que queda.

No sé qué se siente cuando los corazones se sintonizan y se aceleran por la emoción y la proximidad.

Miro a Massimo, el sueño que jamás se realizará, y siento un nudo en la garganta al recordar sus palabras: «Me has entendido mal. No siento nada por ti. ¡Eres como una hermana para mí!».

No me doy cuenta de que lo estoy mirando hasta que Massimo alza los ojos de las fotos y me escruta con aire interrogativo.

—¿Qué pasa?

Desvío la mirada y me encojo de hombros.

—Nada, estaba pensando.

—¿En este viaje?

—Sí —miento, pero luego añado algo que pienso de verdad—. Teníamos que venir —digo en voz baja.

Su semblante se dulcifica de repente, parece más un niño que un gladiador.

—Es cierto, y lo hemos hecho gracias a ti —responde mirándome fijamente. Sus ojos oscuros brillan en la penumbra.

No dice nada más, me basta saber que está cerca de mí.

Tampoco esta noche puedo dormir.

Esta vez, sin embargo, no es la angustia lo que me corroe el alma, sino el deseo de descubrir todas las huellas que Stella dejó en este lugar para llevármelas conmigo.

Me revuelvo en la cama, inquieta, esperando en vano a que llegue el sueño. Al final me levanto

y vago por la habitación buscándola.

Acaricio un cepillo que aún está en la cómoda, como si Stella fuera a volver a peinarse de un momento a otro. Entreabro la caja de música y el silencio de la habitación se llena con la dulce melodía de *La vie en rose*. Esa era la nueva vida de Stella, una vida rosa, llena de un amor intemporal.

Stella era así. Amaba sin reservas, sin frenos y sin condiciones.

Con la caja de música sonando entre las manos, me siento en la cama delante de la ventana abierta.

La música se difunde en la noche junto a mis pensamientos.

*Quand il me prend dans ses bras,
il me parle tout bas
Je vois la vie en rose.
C'est lui pour moi,
Moi pour lui dans la vie
Il me l'a dit, l'a juré pour la vie
Et dès que je l'aperçois
Alors je sens en moi
Mon coeur qui bat
De nuits d'amour à plus finir
Un grand bonheur qui prend sa place
Des ennuis, des chagrins s'effacent
Hereux, hereux à en morir*

Me levanto y me acerco a la ventana abierta a un París que duerme.

La oscuridad enciende la magia de esta ciudad embrujada y cada minuto que paso aquí comprendo por qué mi amiga eligió *La vie en rose*.

Nunca me habría gustado tanto como ahora encontrar la mía, tener también a alguien que, al abrazarme, me arrastrase a un mundo donde florecen las rosas.

Alguien que cuando me estreche con fuerza contra su corazón detenga el tiempo, el espacio y todos los trenes que están a punto de partir.

Samuele.

Él, con la cabeza siempre en las nubes y su sonrisa interminable.

Él, perfumado de sueños y de pizza.

Él, tan optimista y tan lleno de vida.

Sonríó al pensar que estoy en la ciudad del amor con Massimo, pensando en Samuele a medianoche. ¿Qué me está pasando?

Cabeceo tratando, en vano, de ordenar mis ideas, pero es inútil, porque mi mirada se posa en la mochila que está en un rincón.

Me acerco a ella y saco el libro que me regaló Samuele: por curiosidad o quizá para sentirlo cerca. Lo abro y veo que en la página del frontispicio hay un mensaje escrito a lápiz.

«Lee donde te he puesto la señal y ríe mirando el cielo, te espero aquí. Samu.»

Intrigada, busco el marcapáginas y empiezo a leer.

—Las gentes tienen estrellas que no son las mismas. Para unos, los que viajan, las estrellas son guías. Para otros no son más que lucecitas. Para otros, que son sabios, son problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero todas esas estrellas no hablan. Tú tendrás estrellas como nadie las ha tenido.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando mires al cielo, por la noche, como yo habitaré en una de ellas, como yo reiré en una de ellas, será para ti como si rieran todas las estrellas. ¡Tú tendrás estrellas que saben reír!

Y volvió a reír.

—Y cuando te hayas consolado (siempre se encuentra consuelo) estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo. Tendrás deseos de reír conmigo. Y abrirás a veces tu ventana, así, por placer. Y tus amigos se asombrarán al verte reír mirando el cielo.[\[12\]](#)

Así que ahora yo también sonrío, sonrío de verdad.

Porque esta noche, aquí, sobre los tejados de París, con el cielo por compañero, siento a Stella más cerca que nunca.

Sonrío porque Massimo está en la otra habitación.

Pero también porque Samuele me está esperando.

—Así estarán juntos para siempre.

Massimo se aleja de la tumba mirando al suelo, con los ojos peligrosamente brillantes.

Los dos últimos días han sido un remolino de emociones, estoy trastornada y seguro que él también lo está. Lo sé, lo siento. Lo veo en la manera en que tiemblan sus manos mientras pone la imagen de la ecografía detrás de la foto de Stella y luego cierra la puerta. Con cuidado, con devoción.

Andras nos pidió que lo hiciéramos: antes de marcharse nos dio la imagen de su hijo y nos rogó que la pusiéramos cerca de la de su madre en la tumba.

—Así estarán juntos para siempre —dijo, conteniendo el llanto.

Después le regaló a Massimo el llavero en forma de dinosaurio y a mí la caja de música de Stella, la de la melodía de *La vie en rose*, y me deseó que encontrara la mía.

La lápida de mármol blanco se tiñe con los reflejos anaranjados del anochecer que inunda el horizonte.

La noche cae lentamente sobre el mundo y nos recuerda que nada dura para siempre, salvo el amor.

Por eso arreglo en el jarrón que hay a los pies de la lápida el ramo de rosas blancas que compramos fuera del cementerio.

Massimo me escruta conteniendo el aliento y los dos guardamos silencio mientras los minutos que nos separan de nuestro adiós fluyen a toda velocidad.

Cuando el silencio empieza a durar demasiado y noto que me estoy poniendo demasiado nerviosa, lo rompo:

—¿Te... te vas a quedar unos días? —le pregunto, a pesar de que temo la respuesta.

—No. Me voy esta noche, mañana por la mañana tengo una reunión importante. Pasaré por casa para despedirme de mis padres y para contarles... todo. Luego me marcharé —dice en tono resuelto, después algo en su cara se contrae. Traga saliva, deja de respirar. Cuando habla de nuevo lo hace con un hilo de voz—. Antes, sin embargo, quiero ordenar las cajas, no puedo posponerlo más.

Lo miro a los ojos.

—Sé que lo conseguirás.

—Gracias, Sole..., por todo.

Asiento débilmente con la cabeza mientras acabo de arreglar las rosas en el jarrón, haciendo un esfuerzo para no echarme a llorar.

—Tengo que decirte una cosa —anuncia.

—¿Qué?

—¿Recuerdas cuando filmamos esa película de niños?

—Sí —murmuro, sorprendida del brusco cambio de tema.

En los labios de Massimo se dibuja una pequeña sonrisa.

—¿Te acuerdas de la historia del fantasma que llevaba una rosa blanca a su amada?

Frunzo el ceño, curiosa por saber adónde quiere ir a parar.

—Mmm.

Su sonrisa se ensancha aún más, es maravillosa, entre vergonzosa y pícaro.

—Yo era el que ponía la rosa todas las mañanas para asustarte.

Me sobresalto.

—¡Qué malvado! ¿Por qué lo hacías?

Se encoge de hombros con las manos en los bolsillos.

—No sé, me gustaba asustarte. Me encantaba ver la expresión de terror que ponías cada vez que llegábamos a la casa y veías la rosa. Retrocedías y te escondías detrás de mí. Como si yo pudiera protegerte de los fantasmas, de todo.

Me mira y en sus ojos leo una pregunta silenciosa: «Quién sabe si aún es así».

Me pregunto por qué. ¿Por qué me dice eso justo ahora?

Mi corazón se acelera, mis manos sudan.

Ahí está el gladiador, el irresistible encanto que emana de su manera de ser misteriosa, despiadada y dulce a la vez.

Yo, en cambio, siento una mezcla de sensaciones y no logro descifrar muchas de ellas, sobre todo porque, curiosamente, algunas tienen que ver con Samuele.

Parpadeo tratando de deshacerme de la capa de estupor y confusión que me impide ver las cosas como son. Y, como un rayo, me hago la pregunta más importante de todas: ¿y si hubiera cambiado de opinión sobre mí? ¿Y si París hubiera sido mágico?

Massimo me está mirando fijamente, esperando a que diga algo, pero yo estoy paralizada. Cuando encuentro el valor necesario para preguntarle a qué se refiere, el timbre de mi teléfono nos sobresalta a los dos.

Así que el momento pasa, y el valor también.

Respondo aturdida a una periodista con la voz aguda que me llama para entrevistarme sobre mi proyecto. Le digo que falta poco para el miedo número cien, hablar en público, y que estaré encantada de verla mañana para contárselo todo.

Cuando salimos del cementerio nos dirigimos hacia el aparcamiento donde Massimo ha dejado el coche. Pienso volver a pie a casa, porque queda cerca, pero estoy segura de que lo haría de todas formas aunque estuviera muy muy lejos.

La capa de vergüenza me impide pensar, incluso respirar.

«Te quiero. Te quiero desde la primera vez que te vi. Te pertenezco. Mi corazón no puede ser de nadie más. Eres el chico de mis sueños. Vivo de ti, vivo para ti.»

La vergüenza me atormenta de nuevo cuando recuerdo las palabras que le dije.

De repente, Massimo interrumpe mis pensamientos.

—¿Has pensado algo especial para la prueba número cien?

Me encojo de hombros, contenta de que haya cambiado de tono y de tema.

—Aún no.

Él asiente, pero sin demasiada convicción, como si su mente estuviera de improviso en otro lado.

Seguimos andando, aún en silencio, bajo un cielo agitado.

—¿Cuál es el próximo miedo de la lista?

—Llevar al parque a Omero, el perro de mi vecina.

—Te veo ya muerta de miedo. —Massimo se ríe, y algo en mi pecho se derrite—. Procura no hiperventilar y no trates de atarlo a un árbol y salir corriendo.

—¿Quién quiere atarlo? ¡Lo dejaré allí y se acabó!

Nos reímos, pero la tristeza que nos envuelve es tanta que juraría que puedo tocarla, como si de repente hubiera cobrado vida.

Massimo y yo caminamos hasta la carretera como si fuéramos a cámara lenta. Él da un paso hacia su coche, pero luego se para de nuevo durante casi un siglo.

—OK, me voy —dice, pero no se mueve.

—OK —respondo.

Pasa otro par de segundos.

—¿Seguro que no quieres que te lleve?

Le sonrío.

—¡Sí, sí, estoy casi al lado de casa!

—Entonces, adiós... hasta pronto.

Asiento con la cabeza, el nudo que tengo en la garganta me impide respirar.

—Hasta pronto.

Massimo me abraza y nos estrechamos con tanta fuerza que da la impresión de que nuestros corazones heridos y abollados se recomponen en uno solo.

Así, bajo el cielo ardiente e infeliz, termina nuestro viaje juntos, termina el día. Y termina el sueño.

La primera vez que me di cuenta de que estaba asustada tenía cinco años.

Era una noche de invierno, una como tantas, y estaba cenando con mis padres en la cocina. De repente, vi que mi padre se llevaba una mano al pecho y se desplomaba sobre el plato, que cayó al suelo y se hizo añicos. El ruido me hizo saltar en la silla. Mi madre se puso a gritar y al oír su grito distorsionado y mezclado con las lágrimas mi corazón empezó a temblar.

Se levantó de golpe, sin dejar de gritar, y empezó a sacudir a mi padre, que tenía los ojos cerrados y no respondía.

—¡No mires, Sole, ve a tu cuarto! —me ordenó mi madre con la cara ardiendo y alterada por el espanto.

Eché a correr, subí las escaleras como un rayo, tropecé, caí, volví a levantarme. Recuerdo confusamente que crucé el pasillo tambaleándome, que entré en el trastero en lugar de en mi habitación y que vi el cachorro que mi padre había encontrado hacía un par de días bajo la lluvia, sucio y desnutrido. El que, según mi madre, «quién sabe qué enfermedades tendrá, lo mejor será darlo enseguida, no te acerques a él, Sole, los animales son imprevisibles y puede morderte». En ese momento, sin embargo, me pareció mi única salvación.

Me senté en un rincón en el suelo y lo atraje hacia mí. Lo estreché contra mi pecho hasta que pude oír su corazón latiendo con fuerza bajo la palma de mi mano. Él también estaba asustado, yo lo había asustado.

Aullaba, quizá lo estaba apretando demasiado, pero mientras trataba de distinguir los sonidos que procedían de abajo, no pude aflojar el abrazo.

Las sirenas de una ambulancia que se detienen debajo de casa e inundan la habitación con una luz azul e intermitente. Las voces agitadas de varias personas, entre las que destaca la de mi madre, quebrada por el llanto. La sirena que vuelve a sonar y que se aleja en la noche llevándose la luz azul y dejándome sumida en la oscuridad.

Me quedé inmóvil en esa posición durante un tiempo que me pareció eterno. Cuando en la casa volvió a reinar el silencio solo se oía el corazoncito del perro, que frenaba sus latidos, como el mío.

No estaba sola, él estaba conmigo y me daba valor. Juntos podíamos conseguirlo.

Gracias a la oportuna intervención de mi madre y de los médicos, mi padre también logró superar el infarto.

No obstante, antes de que le dieran el alta en el hospital, mi madre llevó el cachorro a la perrera y les dijo que no podíamos tenerlo porque en casa había una niña pequeña y era peligroso, que cuando creciera podía agredirme. No sabía que el cachorro me había ayudado a afrontar el miedo. Nunca se lo dije, estaba convencida de que era inútil; además, ella sabía cómo protegerme y yo solo era una niña, ¿acaso podía saber cómo hacerlo?

De esta forma, el perro se marchó, pero el miedo se quedó conmigo.

Hoy, en cambio, no.

Nada más entrar en casa, cierro la puerta y dejo el miedo fuera.

No me preocupo siquiera por saber si mis padres están, si mi madre puede aparecer de repente y pillarme in fraganti. Dejo la maleta en la entrada y corro al trastero del piso de arriba.

Ya no soy la niña de cinco años.

Después de la muerte de Stella, ya no soy la chica aterrorizada por el mundo.

Después de París, tampoco soy la de antes. Tengo la impresión de renacer todos los días y hoy la necesidad de saber es más fuerte que el miedo, es más fuerte que todo.

La caja verde está en el estante más alto, si antes hubiera sabido dónde mirar, la habría visto enseguida.

La llevo a la sala, estrechándola entre mis brazos como si fuera una reliquia sagrada, y, en cierta medida, lo es. No sé qué voy a encontrar dentro, pero seguro que contiene todos los fantasmas de mi madre y su tormento suspendido en el tiempo.

La dejo encima de la mesita que está delante del sofá. Me siento y respiro hondo. La verdad siempre atemoriza un poco, pero, después de todo lo que he averiguado sobre Stella, ahora también quiero saberlo todo sobre Maria, la joven de la que heredé los ojos y puede que algo más.

La caja está llena de fotografías en las que aparece, recién nacida, de niña y de adolescente. La constante de todas las imágenes que observo conmovida es mi madre, que sale siempre a su lado.

Estaba con Maria en el hospital el día en que nació y la abrazaba con ternura; estaba con ella mientras daba sus primeros pasos en el jardín de la abuela, mientras iba en triciclo y luego en bicicleta. Estaba con ella en las excursiones en barco o a la montaña, el primer día de colegio, fuera de la verja, y en su confirmación en calidad de madrina.

Mi madre le daba de comer, la cambiaba, jugaba con ella. Fue mucho más que una hermana mayor: era una madre amorosa, una amiga fiel, una confidente maravillosa.

Una foto, en particular, me produce una punzada en el corazón.

Mi madre aparece embarazada, guapa y resplandeciente, mientras Maria le abraza con ternura la barriga. En sus caras radiantes, en la luz sincera que ilumina sus miradas, reconozco un amor puro e intemporal, que arrolla y conmueve. En ellas está presente el temor de la espera, la promesa de una alegría aún mayor.

No puedo imaginar lo que sintió mi madre cuando le dijeron que todo esto había terminado para siempre.

Una desesperación absoluta, un desgarrar sin escapatoria.

Me tiembla el corazón.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y sigo mirando las fotos hasta que mis dedos tocan algo más grueso en el fondo de la caja.

Lo agarro y lo saco. Es el diario de Maria, lo escribió mientras estaba en el cuarto año de instituto, el año en que murió.

Hojeo las páginas amarillentas que huelen a la vida limpia y sencilla de una adolescente de provincias hecha de deberes y exámenes, pero también de fiestas, de excursiones, de primeros amores y de conversaciones con las amigas.

Rompe la monotonía de los días casi idénticos la hoja impresa con el anuncio de un concierto, puesta como marcapáginas el día 6 de abril de 1993, una línea divisoria ideal entre el examen de matemáticas y «el día más bonito de mi vida», como escribe con una caligrafía redondeada y subrayada con color rosa.

El concierto era de los Bon Jovi. Ahora comprendo por qué mi madre no quería que los escuchara. En la entrada hay escrito: «Gracias a mi hermana mayor por haberme regalado El Sueño».

Han pasado veinticinco años, pero puedo sentir la alegría incontenible chisporroteando en mi piel.

Luego, sin embargo, me invade una violenta melancolía al pensar que Maria murió solo pocas horas después. Que mi madre nunca se lo perdonará.

Por fin sé de dónde nacen todos mis miedos y por qué conviven en mí casi desde siempre.

Proceden de que mi madre es consciente de que algo horrible puede suceder cuando menos te lo esperas. Que es necesario proteger, incluso con la vida, lo que más quieres, para que nada ni nadie pueda arrebatártelo. Que el mundo puede terminar en cualquier momento.

Mis miedos son fruto de un sentimiento de culpa inextinguible, de un tormento suspendido en el tiempo, que sigue repitiéndose hasta el infinito.

Están generados por la rabia contra un destino socarrón que destrozó demasiado pronto un amor inmenso.

Están amasados con noches en blanco, lágrimas en la almohada, gritos al cielo y silencios dolorosos.

Ahora sé de dónde proceden todos mis miedos.

Ahora sé quién soy.

—¡Sole! ¡Has vuelto! —Me sobresalto al oír la voz de mi madre. Alzo la mirada y la veo de pie en la puerta, sorprendida de que esté allí. Después, cuando ve lo que tengo delante, su cara se ensombrece—. ¿Qué... qué estás haciendo?

Dejo la caja en el sofá y me levanto. Me mira como si yo hubiera enloquecido mientras me acerco a ella con paso firme. La he pillado por sorpresa, de manera que tengo la certeza de que esta es la única oportunidad de hablar con ella.

—Le regalaste el sueño, mamá. Debes pensar solo en eso. Maria te adoraba y estoy segura de que no le gustaría saber que eres infeliz ni que te sientes culpable. El último día de su vida pudo hacer por fin lo que siempre había deseado. A cualquiera le gustaría morir así.

La cara de mi madre parece deformarse cuando pronuncio su nombre. Maria.

La pesadilla revive en sus ojos como un ramalazo de dolor.

Me siento como si le hubiera dado una puñalada y hubiera sacado a flote lo que ha tratado de enterrar durante todos estos años. Pero si algo he comprendido de la muerte de Stella es que es necesario tener el valor de dejar que el dolor nos atraviese: es necesario acogerlo, indagar sobre él y vivirlo a fondo. Solo así podemos transformarlo en algo diferente, en algo hermoso. Se lo digo.

—No debía suceder, esa es la cuestión, pero sucedió. Tenemos que aceptarlo, mamá. No podemos hacer nada más, ni yo con Stella ni tú con ella. Igual que debemos aceptar el dolor que eso nos ha producido. Sé cómo te sientes. Lo sé porque lo he experimentado en mi piel. Es el fin del mundo, literalmente. Sé que siempre has querido ser fuerte, en cambio, deberías permitirte la vulnerabilidad. Necesitas vivir y compartir tu dolor. Yo lo he hecho, es lo que estoy haciendo a diario. Mi proyecto es mi manera de elaborar la pérdida de lo que más quería en el mundo.

Tengo la impresión de haberle lanzado una flecha y de haber dado en el blanco en su pecho. En su interior, la cuerda se afloja, el arco se extiende, y mi madre se deja caer en la silla, llorando todas las lágrimas que ha contenido hasta ahora.

Me inclino hacia ella y le doy un fuerte abrazo. Sus sollozos retumban en mi pecho y me hacen temblar.

Jamás la he visto tan frágil.

Jamás la he visto tan fuerte.

El dolor es el único camino que nos lleva a renacer.

Es paciente, silencioso. Excava un vacío, anida en nuestros recovecos y espera el momento adecuado para salir.

Si lo ignoramos, es nocivo, puede transformarse en rabia o miedo. Pero si lo dejamos fluir y lo escuchamos hasta el fondo, nos damos cuenta de que nunca es un envase desechable. Tenemos que confiar en el dolor, porque, si lo respetamos y lo aceptamos, se convertirá en el capullo de algo nuevo.

—Habría podido morir con Stella —le digo apenas su llanto se calma un poco—. Me invitó a pasar el fin de semana en París y yo le dije que no —le explico. Después añado con acritud,

dirigiéndome más a mí misma que a ella—: Siempre le decía que no. —Trato de reponerme—. Pienso que esta nueva vida es un regalo y que no puedo malgastarlo. Estoy aquí, ahora, y siento agradecimiento por ello. Por Stella. Por Maria. La muerte nos hace ver la vida con ojos nuevos.

—¡Estás aquí, Sole!

Mi padre se asoma a la puerta, pero al vernos llorar a mi madre y a mí, palidece.

—¿Pasa algo?

Mi madre se levanta y se enjuga la cara, pero no puede hablar, así que lo hago yo.

—Estábamos recordando a la tía Maria y a Stella. Lloramos porque, aunque el tiempo pasa, seguimos queriéndolas igual.

Mi padre asiente con la cabeza y en sus labios se dibuja una leve sonrisa.

—Estoy contenta de que estés también aquí. —Me enjugo las mejillas—. Tengo que decirnos algo... algo que debería haberlos dicho todos los días desde que nací.

Miro de nuevo a mi madre, luego a él. Sonrío. Lo digo:

—Os quiero mucho. Muchísimo. Y agradezco teneros como padres y teneros aquí conmigo, queriéndome y protegiéndome como si fuera la flor más preciosa. Y quiero repetíroslo todos los días, porque si hubiera muerto con Stella, ¡me habría marchado sin decíroslo! La vida es breve, así que quiero decíroslo todos los días.

Los ojos de mi madre se vuelven a llenar de lágrimas.

—Sole... —murmura.

No le dejo añadir nada más. Me abalanzo sobre ella y la estrujo en un abrazo que vale una vida. Nuestros corazones, ahora tan próximos, están unidos por un hilo rojo indestructible, por un cordón umbilical invisible, pero que siempre estará ahí, hecho de muchos momentos maravillosos.

El beso en las rodillas arañadas después de una caída. El champú de camomila con el que me lavaba y masajeaba con cuidado el pelo cuando era niña.

El pijama que aún hoy, como todas las noches, me deja en el radiador para que pueda ponérmelo caliente cuando me acuesto.

El aroma a café que me despierta por la mañana.

Un montón de pequeños detalles que me hacen sentir querida y terriblemente afortunada.

Al final no tenía tantas cosas que explicarle a mi madre, esta es mi razón más importante. El amor, lo que nos mueve a todos.

—Sé por qué no aceptas el proyecto que estoy sacando adelante —digo, separándome de ella—. Tienes miedo de perderme. ¿Crees que yo no tengo miedo por vosotros? —le digo, y luego sonrío y me dirijo a mi padre—: Sobre todo por él, que desafía al infarto todos los días atiborrándose de porquerías. Todas las mañanas me levanto dando las gracias al cielo porque aún estáis bien.

Mis padres son mayores, es evidente. También lo es que no siempre estarán así. Si me paro a pensar, a veces me angustia imaginar todo lo que puede sucederles: accidentes, enfermedades. Muerte.

Pero no está en mis manos hacer nada para impedir lo que quizá les ocurra, lo único que puedo hacer es quererlos de forma incondicional y gozar de todos los días, todos los momentos que paso con ellos.

—Os necesito. ¡Necesito sentir que estáis de mi parte!

Mi madre asiente con la cabeza y eso es mucho más de lo que me esperaba.

—Nosotros estaremos siempre de tu parte, cariño —tercia mi padre.

—¡Mi parte no es la de la nevera, papá! —Me río y los hago reír.

—¡Maldita sea! —exclama él y luego se acerca a mí y me abraza.

Me gustaría poder congelar la imagen de los tres juntos, una fotografía como las que le gustaba hacer a Stella. Esta sería mi foto más bonita, la que entregaría a la eternidad.

Siento que, ahora más que nunca, esto es lo que más necesito. La confianza incondicional de mis padres, la estima de mis capacidades que me ayude a lanzarme con serenidad a la auténtica vida y a desafiar mis límites.

También necesitaría que me dijeran: «Márchate, aléjate de nosotros, encuentra un camino que sea todo tuyo, explora el mundo y no vuelvas hasta que no hayas vivido a fondo la vida. Vive con valor».

Pero sé que ahora la que debe encontrar ese valor soy yo.

El valor de liberarme de su mirada protectora, de la tibieza de este abrazo, un refugio seguro de la intemperie del mundo.

Sé que ahora debo encontrar el valor de cerrar los ojos, tragarme el nudo que tengo en la garganta y alejarme de la joven que he sido hasta ahora.

Pienso que aquel día yo también morí con Stella, mi antiguo yo, porque nunca podré volver a ser la de antes.

Mi mundo ha quedado destrozado y no me queda más remedio que construir otro.

He cambiado.

Andras también ha cambiado. Y Massimo.

El mundo de antes, tal y como era, se terminó. Ahora tenemos que seguir adelante con otro sueño, en otro mundo.

Mis miedos

1. Lanzarme en paracaídas.
2. Subir a la montaña rusa.
3. Entrar en la casa del terror de una feria.
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. Tener una tarántula en la mano.
9. Decir lo que pienso.
10. Recibir críticas
11. Tener una serpiente pitón en la mano.
12. Ir a una fiesta.
13. Ir a una fiesta y emborracharme.
14. ¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!
15. Fumar un cigarrillo.
16. Coquetear con desconocidos.
17. Llevar a Omero al parque.
18. Subir y bajar escaleras de caracol.
19. Usar un baño público.
20. Pasear sola por el bosque.
21. Patinar.
22. Ponerme un delantal ridículo para vender patatas.
23. Sumergirme en un enjambre de abejas.
24. Crear un blog.
25. Ir a urgencias.
26. Hacerme una radiografía.
27. Dormir en el bosque.
28. Hacer pipí en el bosque.
29. Bajar sola al sótano.
30. Decir que no.
31. Hablar (con calma) a mi madre.
32. Estar en la playa en bikini y sin pareo.
33. Ir a un bar sola por la noche.
34. Ir sola al cine.
35. Cantar en un karaoke.
36. Comer picante.

37. Donar sangre.
38. Hacer voluntariado en un comedor social.
39. Ir sola a casa de Samuele.
40. Ir a un concierto de heavy metal.
41. Disparar en un tiro al blanco.
42. Subir en un helicóptero.
43. Asistir a un curso de pastelería.
44. Mirar sola una película de miedo.
45. Inscribirme a un gimnasio.
46. Hacer *free climbing*.
47. Pilotar una canoa canadiense.
48. Caminar por un puente tibetano suspendido en el vacío.
49. Hacer *bungee jumping*.
50. Explorar una cueva.
51. Aprender a llevar un velero.
52. Estar fuera durante una tormenta.
53. Ir al dentista.
54. Conducir un tractor.
55. Hacer una retransmisión en directo en Facebook.
56. Hacer una declaración de amor.
57. Ir sola en el ascensor.
58. Hacerme agujeros en las orejas.
59. Cruzar una puerta giratoria.
60. Tener un saltamontes en la mano.
61. Hacer *rafting*.
62. Hacer submarinismo.
63. Nadar en mar abierto.
64. Comer comida coreana.
65. Ponerme una minifalda y tacones de aguja.
66. Tener el corazón roto.
67. Volver al restaurante para despedirme de Massimo.
68. Ir a París.
69. Viajar en avión.
70. Viajar sola en metro.
71. Visitar sola una ciudad desconocida.
72. Conocer a Andras.
73. Probar el trapeceo.
74. Dar de comer a un tigre.
75. Hacer de ayudante del lanzador de cuchillos.
76. Hacer amistad con un payaso.
77. Estar en el apartamento de Stella y no morirme de dolor.
78. Descubrir la historia de Maria.
79. Conseguir que mi madre me cuente la historia de Maria.

80. Hablar con mi madre.
 81. Hacerme un tatuaje.
 82. Conceder entrevistas.
 83. Probar la ducha sueca.
 84. Conducir una moto.
 85. Participar en una sesión de espiritismo.
 86. Caminar por una escalera mecánica en funcionamiento.
 87. Matricularme en un curso de francés.
 88. Crecer.
 89. Crecer sin Stella.
- ...

He pedido un día de vacaciones. Otro.

Empiezo a pensar que a esta desconocida que tiene mi misma cara y que se está apoderando poco a poco de mi cuerpo no le gusta pasar ocho horas al día sentada en la caja de un pequeño supermercado de provincias.

Ahora el aroma a glaseado que se derrite encima de los cruasanes calientes que Francesco nos entrega a las ocho en punto todas las mañanas me recuerda el de París, y cada vez que lo percibo de nuevo, mi mente vuela allí: a un pequeño piso de color rosa con vistas a la basílica de Montmartre.

La radio, cuya melodía oigo como ruido de fondo durante todo el día, se ha convertido en una nana que adormece: cada vez que me gusta una canción me dan ganas de subir el volumen y cantar a voz en grito, como hice una noche de verano en el paseo marítimo.

Aunque quizá es a mi vida a lo que me apetecería subirle el volumen.

Me siento como Maria en el concierto que llevaba esperando toda la vida.

Tengo la impresión de que, de repente, me he convertido en un gigante en un pueblo de liliputienses: me siento voluminosa y fuera de lugar. Empiezo a pensar que mi sitio no está aquí, pero aún no sé dónde puede estar.

En las últimas semanas he aprendido que el espacio no se circunscribe a un supermercado de provincias, sino que ocupa un horizonte ilimitado. He aprendido que el tiempo no es una monótona secuencia de minutos, sino que se mide por la profundidad de las respiraciones.

El latido de nuestro corazón dicta el ritmo y cuanto más rápido es más parece volar el tiempo.

Adoro a Danilo, a Serena y a los demás; el supermercado de la playa es como una casa para mí y sus clientes son una familia grande, ruidosa y loca.

Pero eso no impide que sienta cierto desasosiego, una inquietud que serpentea bajo la piel, la urgencia de ir más allá y pretender más, un grito de libertad que se abre en mi interior, la necesidad de ser yo misma, sin miedo.

Aquí dentro, los días me resultan ahora interminables.

Por eso he pedido otro día de vacaciones.

A primera hora de la mañana he preguntado a la señora Flora si podía acompañar a Omero a dar un paseo, pero antes de que cerrara la puerta de su casa, desde la que nos saludaba agitando la mano, me había arrepentido ya.

He dado de comer a un tigre de Bengala, pero no consigo llevarme bien con el perro.

Salta, lame, tira, empuja: es impredecible, impulsivo, indomable. Se lo devuelvo a su propietaria después de nueve minutos justos.

Ha sido un rotundo fracaso, pero me imaginaba que sería así: ese maldito perro quiso descuartizarme ya la primera vez que me vio y estaba casi segura de que el puñado miserable de croquetas que había cogido para conquistarlo no iba a servir de nada.

Por eso pensé en plantearme dos desafíos más como reserva para hoy.

He ido a matricularme a un curso nocturno de francés: en los tres días que pasé en París

descubrí que las palabras que sé no son suficientes para expresar las emociones que la ciudad me regaló.

La otra prueba que me propongo afrontar es mucho más difícil.

Le he pedido a Samanta que me acompañe, pero ahora está en algún lado con Lucas, el músico apasionado que ha transformado su vida en una canción de amor.

Ella también ha cambiado, es diferente.

Lleva dentro todos los sueños del mundo, solo que ahora ya no tiene miedo de dejarlos salir y los manifiesta en cada sonrisa, en cada lágrima, en cada mirada de sus grandes ojos curiosos.

Sus sueños la iluminan.

Si algo he aprendido de esta historia es que, como escribe Marianne Williamson, todos hemos nacido para brillar, para hacer resplandecer la luz que llevamos dentro. Y lo más maravilloso es que, cuando dejamos resplandecer esa luz, ofrecemos a los demás la posibilidad de hacerlo también. Nos encendemos como un sinfín de pequeñas estrellas y transformamos la oscuridad que nos rodea en una noche luminosa.

El miedo es contagioso, pero el valor también lo es.

Y cuando nos liberamos de nuestros miedos, al mismo tiempo liberamos a los demás.

Con el humor de un condenado a muerte que recorre la milla verde, me resigno a ir sola al estudio.

Al miedo por lo que voy a hacer se une una melancolía difusa, una desesperada nostalgia por haber dicho adiós a Massimo.

Después de haber compartido con él tantas emociones, ahora me cuesta pensar que todo ha terminado. El hilo negro de mis pensamientos se rompe delante del escaparate del estudio: veo escrito Cleopatra Ink.

Según me contó Cesare el día que me tiré en paracaídas, no es difícil imaginar que el nombre de la reina seductora por antonomasia tenga algo que ver con la «cabrona de su ex».

Cuando entro y Cesare me recibe con un abrazo, la tristeza resbala por mis dedos y se transforma en un miedo arrollador y desconsiderado.

—Hola, pequeña, ¿cómo estás?

—Bien, aunque, no sé por qué, cada vez que te veo siempre estoy a punto de morirme de miedo.

Cesare pone los ojos en blanco y hace una mueca divertida.

—Es normal, produzco ese efecto en las mujeres —exclama, pero luego se pone serio otra vez y me hace la pregunta fatídica—. ¿Qué quieres que hagamos hoy?

Inspiro hondo y le digo lo que quiero: un tatuaje que fije para siempre en mi piel con mi sangre el recuerdo de Stella.

—Perfecto. Cada tatuaje cuenta una historia y la vuestra me parece preciosa, única e inimitable, así que merece ser eterna. Ven.

Cuando Cesare me indica con un ademán que lo siga a su pequeño laboratorio, siento un sudor frío y pienso que me voy a desmayar delante de la camilla.

—No... —oigo que digo con un hilo de voz.

—No ¿qué?

Tiemblo.

—No, no puedo hacerlo. No me encuentro bien.

Cesare me sonríe comprensivo, luego me agarra una mano y me empuja para que entre en la habitación. En este momento creo que lo odio como el día que estábamos en el avión, antes del lanzamiento.

De hecho, como ese día, me pone delante del abismo de uno de mis mayores miedos y luego me empuja para que salte.

—¿Has pensado dónde quieres hacerte el tatuaje?

El miedo toma la delantera y habla por mí.

—No, he cambiado de idea, de verdad.

—Vamos, no te dejes vencer por el pánico, no es nada. Ahora siéntate, apártate el pelo y relájate. Lo haremos aquí, detrás del cuello, así no verás siquiera la aguja.

La aguja. Basta esa palabra para empezar a hiperventilar.

La veo enseguida, puntiaguda y cortante, veo como entra en mi piel y se adentra por las capas de mi epidermis indefensa, de la que saldrá salpicando la sangre. Mucha sangre. Y después la herida, abierta y profunda, se infectará casi seguro y entonces yo...

—No te preocupes —me dice, quizá porque me ha visto palidecer—. Es una aguja pequeña, no te hará daño, casi no la sentirás.

—¿No... no me hará daño? —balbuceo con la garganta seca.

—Claro que no —minimiza él—. Acabo de tatuar una cebolla en la axila de una chica y no ha dicho ni mu.

Suelto una carcajada.

—¿Una cebolla?

Cesare empieza a contarme los tatuajes más extraños que ha hecho para que me relaje un poco.

Después me pregunta por mi proyecto y me relajo aún más.

Pero cuando la aguja entra en mi cuello la siento claramente y me pongo tan rígida como una barra de titanio.

—Los primeros sesenta segundos son los peores, luego, cuando comprendas que no es tan terrible como pensabas, te tranquilizarás y el resto será coser y cantar —dice Cesare, y compruebo que es verdad.

Mientras mi piel bebe con avidez la tinta pulsando bajo los golpes ligeros e incesantes de la aguja, trato de no pensar en el dolor ni en el miedo, sino en el sentido de lo que estoy haciendo.

Estoy escribiendo en mi cuerpo una parte fundamental de mi vida, en estos signos indelebles que quedarán impresos para siempre mis recuerdos de Stella.

Vuelvo a ver el patio de su casa, los geranios en el balcón, y a nosotras, de niñas, jugando al escondite. Las tardes en la playa, su bicicleta de color fucsia y su risa alegre expandiéndose en el viento.

Vuelvo a ver su escúter corriendo por las avenidas de la playa, las conversaciones hasta el amanecer, los besos que ella dio y que yo no di.

Recuerdo el aroma de las *affunniatelle* de su padre, el helado de pitufo que le chiflaba y que, en cambio, yo odiaba, porque era un concentrado de colorantes.

Recuerdo la estación el día en que se marchó a Milán. Y luego a Roma, a Londres y, por fin, a París.

Recuerdo la ecografía de su hijo y me echo a llorar.

Es como si mis pies me hubieran traído ante esta puerta por su propia voluntad.

Ahora, sin embargo, no sé por qué estoy aquí.

Paseando he llegado a la escuela donde enseña Samuele, justo a la hora en que suele salir.

«Lo esperaré y así le enseñaré el tatuaje», me digo.

Al verlo mi corazón se acelera recordando la última vez que nos vimos, cuando estuvo tan cerca del suyo.

Sin embargo, de repente siento un miedo atroz y me gustaría dar marcha atrás, pero en ese momento él sale y me ve.

Lo único que logro hacer es iluminarme con una sonrisa.

—*Bonjour!*

En el cielo las nubes se abren de golpe y un sol gigante alumbra el mundo y mi alma, que da brincos de alegría.

—*Oh, quelle surprise!* —exclama Samuele, llegando a mi lado con dos zancadas sin dejar de mirarme.

Sus ojos también sonrían, como lo hace todo a su paso: los árboles, los pájaros, incluso las paredes. Se me escapa un grito de asombro cuando me levanta y me hace dar vueltas en el aire.

No deja de mirarme, de un modo que es maravilloso.

Da la impresión de que en los días en los que he estado lejos me ha echado de menos como al aire y ahora puede respirar por fin. Da la impresión de que soy la cosa más bonita que ha visto en su vida.

Un estremecimiento de estupor atraviesa mi cuerpo cuando comprendo que yo siento lo mismo.

Entonces recuerdo enseguida a Massimo y me digo que no está bien, que quizá no debería alegrarme tanto de ver a Samuele.

Me hace un montón de preguntas sobre París y yo se lo cuento todo, le hablo del increíble secreto de Stella, de Andras y de su trapecio, de los cruasanes más buenos que he comido nunca.

Charlamos y me doy cuenta de que la tristeza que sentía por la ausencia de Massimo desaparece bajo el timbre cómico y dulce de su risa. ¿Cómo es posible?

Esquivo la respuesta y decido mostrarle mi último acto de valentía.

—Quería enseñarte una cosa, lo acabo de hacer —le digo, y bajo su mirada curiosa doy media vuelta, me aparto el pelo de la nuca y me quito la tirita—. Me he tatuado la constelación a la que mi mejor amiga y yo siempre creímos pertenecer. La estrella más grande es ella, yo soy la pequeña —le explico.

—Es bonito, pero... no está bien —murmura.

Me sobresalto y me vuelvo de golpe.

—¿Qué quieres decir? —exclamo, y empiezo a maldecir mentalmente a Cesare.

—Tú no eres una pequeña estrella. —Una vaga sonrisa flota en su cara y se recoge en sus ojos—. Eres un sol resplandeciente —dice, y luego se inclina hacia mí y me besa. Esta vez sin dudar.

Tras ese beso arrebatador me lleva a un lugar donde nunca he estado y que me deja

maravillada, mi respiración y mi corazón se detienen.

Samuele besa mi miedo y mi valor mientras me pinta el alma con todos los colores del arcoíris. Es una explosión de dulzura.

Ahora sé a qué se refería Samanta.

No sé cuánto duró, no sabría decirlo, pero creo que pasamos horas saboreándonos. Susurrándonos secretos. De esta forma, en una tibia mañana de septiembre, en el verano más mágico de mi vida, con las gaviotas persiguiéndose en el cielo y un tumulto en el corazón, di mi primer beso.

Son tantas las emociones que siento ahora que no sé reconocerlas. No sé si Samuele es el amor de mi vida, pero, sea lo que sea, es un beso inolvidable.

—Ha sido... ejem... ha sido mi primer beso —murmuro con un hilo de voz apenas recupero el aliento.

Él me sonrío en los labios.

—Estaba pensando lo mismo de mí —susurra en un suspiro que me estremece. Luego vuelve a sonreír—. Y este es el segundo —anuncia, y a continuación, me vuelve a besar.

Cuando sus labios acarician los míos es como si me regalaran el mundo y yo ya no sintiera necesidad de nada.

No es lo que imaginaba, pero no puedo parar.

Pienso enseguida en Massimo. Él es el sueño, pero Samuele es real.

Me abraza y no huye. Me busca, me desea: me quiere a mí.

—Ven a mi casa mañana por la tarde, por favor. Tengo que enseñarte una cosa —me susurra en los labios.

Mi corazón se lanza al galope.

No tengo mucha experiencia, pero supongo que es la manera de llevar a una chica a casa para obtener mucho más que un beso.

De repente, siento pánico.

—No sé si debo, en fin, no hace mucho que nos conocemos y...

Samuele, que me conoce mejor de lo que creo que sea posible conocer a una persona, me aferra los hombros y busca mi mirada; de repente parece inquieto.

—¿Sabes lo que decía Nietzsche? —Sonríe—. Sí, otra vez él.

Niego con la cabeza.

—No.

—«Un amor puro piensa al instante en la eternidad, nunca en la duración.» —Sonríe mientras lo dice, después me da el tercer beso y antes de subir al autobús, el cuarto y el quinto.

Y yo los recibo todos y me los llevo conmigo, vuelvo a saborearlos cuando voy camino de casa, en mi pequeña nube de estupor y felicidad.

«Eres un sol resplandeciente.»

Me duermo meciéndome en sus palabras, segura de que entrará en voz baja en mis sueños.

No sé si se está enamorando de mí, no sé si me estoy enamorando de él. Solo sé que me he perdido en el azul de sus ojos y que ahora navego siguiendo puntos de referencia visibles en ese inmenso mar.

Mi búsqueda para descubrir quién soy resulta cada vez más difícil.

Ahora ya no sé si soy Elizabeth Bennet o más bien Marianne Dashwood, la protagonista de *Sentido y sensibilidad*.

Elizabeth en el último momento se casa con su señor Darcy; mi señor Darcy, en cambio, ha declarado abiertamente que no me quiere.

Puede que entonces sea la sensible Marianne, que se enamora de un joven que al final la deja plantada, pero el sentido común prevalece sobre la sensibilidad y ella acepta una felicidad más realista y se casa con un hombre maduro.

Cuando esa crisis de identidad me desasosiega, pido ayuda: «¿Qué debo hacer?».

Samanta y Serena me miran pensativas y en el puñado de segundos que se toman para reflexionar en el almacén solo se oye el zumbido de la radio procedente de la tienda.

Frente a sus caras perplejas siento la necesidad de colmar el silencio, así que trato de explicarme mejor.

—Si voy a casa de Samuele esta noche, supongo que existe la concreta posibilidad de que él quiera... en fin, ya sabéis.

Lanzo una mirada elocuente a Serena.

—Sí, claro. Es obvio —responde Samanta asintiendo con la cabeza, convencida.

—¡Espero que no sea obvio para ti, jovencita! —exclama horrorizada Serena dirigiéndose a su hija, que se echa a reír.

Lo dice en un tono tan cómico que nosotras también nos reímos.

Es otro día flojo en el supermercado. Son casi las ocho y ninguna tiene ganas de empezar la jornada.

—¡Tienes que ir! ¡Es un chico muy dulce, un poeta! —me anima Serena.

—¡No! ¡No puede! —la corrige Samanta ruborizándose—. ¡No lo entiendes! Massimo es su sueño, ¡no puede traicionar un sueño! ¡Tarde o temprano, los sueños se hacen realidad!

Con toda la pasión de sus dieciséis años, con un capullo de amor floreciendo en sus manos, Samanta no acepta compromisos. Daría todo por un principio, movida solo por una emoción.

—Pero ¡si su sueño la ha traicionado a ella! —replica Serena hablando casi como si yo no estuviera allí. Después baja la voz—. Los sueños a veces traicionan —murmura entre dientes, y no entiendo si sigue hablando de mí. Guarda silencio unos segundos y luego me mira con firmeza—. Massimo dijo claramente que no te quería. Así pues, debes pasar página. Hazme caso, ve a ver a tu pintor y dibuja con él una nueva vida. A menudo la realidad es mejor que la fantasía.

Sabe de qué habla: vio como su sueño romántico se estrellaba contra el muro de la realidad. Su amor adolescente, el padre de su hija, ahora vive a más de trescientos kilómetros de distancia y no le habla desde hace dos años.

—¡No, no lo hagas! ¡No puedes hacerlo! —Samanta se pone en pie de golpe, con aire combativo. Su fervor me inspira una ternura infinita y me encoge el corazón—. ¡Eres un ejemplo para todas nosotras! No renuncies a tus sueños.

—¡Hola, señoras! ¿De qué estáis hablando con tanta pasión?

Cuando Lucas entra en el supermercado, todas nos volvemos para mirarlo.

—De sexo —responde Serena en tono seco.

Él alza las manos y recula.

—Está bien, en ese caso, creo que será mejor que me vaya.

—Bien hecho, me parece una decisión sensata —dice ella, tratando en vano de permanecer seria frente a la expresión de confusión que Lucas tiene en la cara.

Samanta se pone en pie de un salto, apurada.

—¡Mamá!

Serena se echa a reír y todos la imitamos.

Vuelvo a casa más confundida que antes y me refugio en las páginas del diario de Maria para distraerme un poco.

Me gusta descubrir entre las líneas de algún mensaje escondido o en la letra de una canción copiada con cuidado lo que sentía, lo que pensaba.

A Maria le encantaba el rock y vestirse de negro, a diferencia de sus compañeras, que vestían ropa de la marca NajOleari. A ella le gustaban los Bon Jovi, a ellas, Laura Pausini. Ella miraba *La guerra de las galaxias*, ellas leían revistas para jovencitas. En pocas palabras, siempre estaba un paso rezagada, siempre fuera del coro.

En parte como Samanta. Como yo.

Unas páginas antes de aquella en que aparece el anuncio del concierto, Maria había escrito la letra de una canción de los Bon Jovi, que, a juzgar por el número de veces que la subrayó, debía de ser una de sus preferidas. Leo algunas de las estrofas marcadas:

*I feel like I'm exploding
Going out of my head
Gonna live while I'm alive
I'll sleep when I'm dead*

Me impresiona, porque es justo como me siento en este momento de mi vida: como si estuviera explotando, perdiendo el juicio. Quiero vivir mientras esté viva, quiero aferrar toda la belleza de la vida. Dormiré cuando esté muerta. Cuando pienso que Maria murió cuando aún tenía tantas cosas por hacer, por decir, por probar, me invade una profunda tristeza.

Pero al menos ahora tengo la confirmación de que Maria murió viviendo y que eso era justo lo que habría querido. Lo que todos debemos desear.

Así pues, al final encuentro el valor que necesito.

En las últimas semanas he experimentado un montón de miedos, pero quizá lo que más temo ahora es no vivir emociones, pasiones, exaltación. Me he pasado la vida viendo cómo vivían los demás mientras yo me guarecía en mi rincón.

Sin embargo, después de haber probado ciertas emociones, como las que el beso de Samuele desencadenó ayer, ahora me da más miedo no volver a sentir las que pensar en lo que puede suceder.

Así pues, le digo a mi madre que voy a salir, pero que no debe preocuparse, que no sucederá nada.

Sé que será así, porque no sería capaz de ir hasta el fondo con él: porque pertenezco a Massimo, aunque él no me quiera.

Durante toda la vida he pensado que él sería el primero y el único.

He soñado que hacía el amor con Massimo tantas veces que me sé el guion del sueño de

memoria.

Me imaginaba que salíamos juntos, pero que, dado que es todo un caballero, él me esperaba.

«Solo cuando te sientas preparada, amor mío», me decía.

Una noche me llevaba a cenar fuera, a un restaurante de lujo, en lugar de a un coreano, para celebrar uno de sus innumerables éxitos en el trabajo.

Pedía dos copas del champán más caro y bebíamos solo un sorbo entrelazando los brazos, mirándonos a los ojos.

—¡Oh, Sole, eres tan guapa! —susurraba con la voz quebrada por la emoción.

Y yo comprendía. Por el brillo de su mirada llena de devoción comprendía que había llegado la noche, que el destino iba a cumplirse.

Así pues, le acariciaba una mejilla y le murmuraba: «Vamos a tu casa, Massimo. Te lo ruego».

La expresión de sorpresa y felicidad que aparecía en su hermosa cara era indescriptible.

Una vez en su casa, me invitaba a sentarme en el sofá y me pedía con un beso apasionado que lo esperara un momento.

Unos instantes después, volvía sin chaqueta ni corbata y me aferraba una mano pidiéndome con un ademán que lo siguiera.

Me llevaba al cuarto de baño, donde me esperaba una bañera llena de agua hirviendo y pétalos de rosa, iluminada tan solo por el palpitante resplandor de decenas de velas encendidas.

En esa atmósfera mágica e intemporal, nos abrazábamos durante largo tiempo, explorándonos desesperadamente con las manos y con los labios para luego poder recordar cada instante.

Nos desnudábamos poco a poco y cada prenda caía al suelo con un poco de pudor, hasta que nuestros cuerpos y nuestras almas quedaban completamente desnudos.

En un largo baño caliente, Massimo cubría de besos y suaves caricias cada centímetro de mi piel.

Después me llevaba a la habitación, donde me tumbaba con delicadeza en la cama, dándome a entender con una mirada ardiente lo que iba a suceder.

Entonces hacíamos el amor dejando que nuestros cuerpos se fundieran con un sentimiento puro e incondicional que nos iba a unir para siempre.

—Te quiero, Sole —me decía al oído, balbuceando y con la voz quebrada por el llanto—. Te quiero con pasión. Te pertenezco. Mi corazón no puede ser de ninguna otra mujer. Vivo de ti, vivo para ti.

Yo lo tranquilizaba diciéndole:

—Soy toda tuya, Massimo.

El sol salía demasiado pronto a la mañana siguiente y nos sorprendía abrazados y desnudos, incapaces de levantarnos de la cama después de una noche perfecta.

Suspiro al recordar el sueño, que trae a mi mente la noche en que Stella me contó que había hecho el amor por primera vez con Andras.

Me llamó poco después de medianoche, apenas hacía unos días que se conocían, pero para ella fueron suficientes. Pasaron juntos la última noche antes de que él se marchara de nuevo con el espectáculo.

No le dije nada, pero su comportamiento me pareció absurdo.

Yo, que desde hacía años cultivaba el amor que sentía por su hermano en silencio, en la sombra, entre los pliegues de mi corazón, no concebía cómo podía haberse entregado así a un chico al que casi no conocía, en unos cuantos días.

A la mañana siguiente, Stella vino directamente a verme para contarme lo que, sin vacilar,

definió como «la noche más superfantástica de toda su vida».

—¡Es todo tan natural, como si nos conociéramos desde siempre, Sole! —Suspiró con los ojos brillantes, abrazando la almohada. Yo estaba sentada en la cama a su lado y la miraba desconcertada—. Un alma dividida en dos corazones locos y palpitantes, eso es lo que somos. — Suspiró de nuevo—. ¡Es increíble, no sabes qué se siente cuando quieres así!

Esa frase me hirió. Yo, que quería a su hermano en sueños desesperados, le respondí resentida:

—Quizá lo sepa, ¿tú qué sabes?

—No, no lo sabes, fíate —me respondió, poniéndose seria de repente—. No tiene nada que ver con lo que lees en los libros. El señor Darcy solo es un personaje, ¡él es un hombre de carne y hueso! No lo sabes, porque no serías la misma después de un amor así. ¡Dios mío, no te imaginas lo que daría por que un día tú pudieras vivir lo mismo!

Subo la escalera, toco el timbre y un arrebató incontrolable de miedo me hace retroceder un paso.

No puedo hacerlo, pero, y si lo deseara de verdad... Dios mío, no, no puedo.

Retrocedo otro paso y otro más.

Movida por una ansiedad repentina llevo a la escalera e instintivamente me volvería y echaría a correr. Si no lo hago es porque Samuele abre la puerta y, cuando lo veo, me echo a reír.

Así, por nada. Un segundo antes me estaba muriendo de miedo y luego me río como una loca.

No podría hacer otra cosa, porque el joven que está en la puerta está pintado de verde de pies a cabeza. La cara, el pelo, los brazos, la ropa: es una especie de Increíble Hulk, pero gracioso, nada amenazador.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto cohibida.

—Tengo una indigestión de verde.

—Ya veo —digo sin poder controlar el hipo.

A pesar de que enseguida comprendo que se refiere a la frase de Picasso que me citó hace unas semanas, no entiendo a qué viene esto ahora.

Samuele sale al rellano, me agarra una mano y la mancha de verde. Después me acompaña dentro, manchando la escalera, el picaporte, las llaves, la puerta y el suelo.

Enseguida noto algo distinto respecto a la última vez que estuve aquí. Todo sigue en desorden, pero ahora hay caballetes por toda la habitación que sujetan unos cuadros de colores chillones.

—Mientras estabas en París no hice otra cosa que pensar en ti —murmura Samuele a mi lado, sobresaltándose. Su mirada recorre lo que hay delante de nosotros—. Así que pinté estos.

Como siempre, los cuadros de Samuele atraviesan la realidad, la superan y van directos al alma del que los contempla, pero estos son... No sabría cómo definirlos. Lo único que sé es que te inundan de luz. Sí, todos esos colores te encienden, los sientes resbalar en tu interior y sabes que no saldrán nunca de allí.

Es una pintura casi febril, que expresa el fermento del espíritu para celebrar la vida en una exaltación maravillosa.

—Me he desbloqueado. Me has desbloqueado.

Samuele se acerca a mí y me mira con esa locura suya que estalla en una sonrisa.

—El retrato que te hice fue la primera cosa que logré pintar después de varios meses vacíos. Tú me inspiraste. Tú me inspiras.

¿De verdad es así? ¿Inspiro a las personas? ¿Le inspiro?

Entonces me lo imagino aquí solo, quizá de noche, llenando de vida las telas blancas, con la luna por toda compañía. Me acariciaba con el pensamiento a pesar de que estaba lejos, porque yo estaba a solo un paso de su corazón rebosante de colores.

—André Derain decía que la esencia de la pintura es la luz. Es evidente que tú eres la mía.

Tardo un instante en comprender que tal vez ha llegado el momento de que abra la boca.

—Guau, no sé qué decir... Son preciosos. —Miro alrededor, me sumerjo en la explosión de

color y locura—. No sé qué decir, de verdad.

—No es necesario que digas nada —contesta y luego me mira con tanta intensidad que me hace vacilar más que la belleza que emanan sus cuadros.

Samuele me atrae hacia él y me abraza con fuerza antes de darme un beso que supera todo lo imaginable. Creo que mi corazón no va a poder soportar una emoción similar, siento que esta se arremolina y sube desde lo más profundo de mí hasta llenarme por completo. Con una emoción así, no queda siquiera espacio para el miedo.

Me sumerjo en ella y la saboreo al máximo, suspendida en un instante de desenfrenada libertad, de velocidad, de euforia febril. Casi tengo la impresión de que dejo de tocar el suelo mientras Samuele me pinta la ropa y la piel de verde, acariciándome la cara, el pelo, el cuello. Y luego cada vez más abajo, los hombros, el pecho, la barriga. Me parece que mi cuerpo cobra vida bajo sus manos. Dibujando mi perfil con los dedos, Samuele crea arte, igual que hace con sus telas blancas. Jamás me he sentido tan hermosa.

Resbalo por una cascada de sensaciones desconocidas y potentes; no creo que pueda impedir lo que va a suceder. Samuele, en cambio, lo hace.

—Está bien, basta —dice, separándose de mí de repente.

—¿Qué?

—No quiero ir más lejos y si seguimos así, creo que podría perder el control.

Se retrae de nuevo, dejándome sin aliento y sin palabras.

—No quiero que hagas el amor conmigo para tachar un punto de tu lista, para comprobar si eres valiente. O porque él te ha dicho que no te quiere. Quiero que lo hagas porque no puedes evitarlo.

Parpadeo aturdida, sus palabras inesperadas me arrollan.

—No soy el señor Darcy, no soy un personaje de un libro. Soy real e imperfecto, como la vida.

Se me escapa una risita.

—También eres verde.

Se ríe.

—Exacto. ¡Verde a más no poder!

Cuando me despierto, el sol ha salido ya.

Anoche nos comimos una pizza sentados en el sofá, viendo viejas películas y debimos de quedarnos dormidos.

—¡Samu! ¡Nos dormimos! —digo, zarandeando a Samuele por la camiseta.

Él abre los ojos confundido, parpadeando sin cesar. Apenas me ve, esboza una sonrisa angelical, a pesar de que aún tengo la cara desfigurada por el borde del brazo del sofá.

No sé cómo le voy a explicar a mi madre que, a pesar de haber dormido en casa de un chico, no ha sucedido nada porque él no quiso.

En otras circunstancias, la mera idea de tener que enfrentarme a ella me angustiaría, pero en este momento el extraño torpor que me envuelve es más fuerte. No logro formular pensamientos racionales, solo consigo saborear la invencible sensación de estar flotando en una nube.

Por una vez no me siento aterrada ni me hago preguntas que no soy capaz de responder.

Por una vez no tengo miedo.

No, la verdad es que me angustio durante unos segundos, cuando veo que el reloj marca las ocho menos cuarto.

Me levanto enseguida, mascullando que es muy tarde y que me van a despedir, mientras busco los zapatos entre las cajas de pizza que hay tiradas por el suelo.

A mi espalda, Samuele disfruta de la escena sin tratar de disimular lo mucho que le divierte.

—Eres muy valiente —dice, riéndose apoyado en el marco de la puerta—. ¿De verdad quieres salir así?

Al ver mi expresión confusa me coge de la mano y me lleva al espejo que hay a la entrada.

Estoy verde.

El pelo, la cara, el vestido, los brazos, el pecho. ¡El pecho!

Además, voy despeinada y mi ropa jamás ha estado tan arrugada. Estoy hecha un desastre. En circunstancias normales podría echarme a llorar, en cambio, me echo a reír con Samuele, que se planta delante del espejo a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro.

Parecemos miembros de una especie extraterrestre, desconocida para el resto del mundo. Puede que en parte lo seamos.

No sabría decir cuál de los dos está en peores condiciones.

Tampoco sabría decir cuál de los dos tiene la sonrisa más grande estampada en la cara.

Puede que Massimo siga siendo siempre el sueño inalcanzable de mi vida, pero hay noches como esta que pintan de verde el alma y parecen realmente un sueño.

Construir un mundo nuevo es difícil.

He comprendido que para hacerlo hay que cambiar las piezas viejas de uno mismo por otras nuevas. El problema es, precisamente, que son nuevas: no las conoces ni sabes dónde van, ni cómo encajarlas, de manera que cometes más de un error y debes deshacerlo todo y volver a empezar desde el principio.

He abierto el corazón para llenarlo de cosas nuevas, pero ahora tengo que ordenarlas, como si fuera una repisa vacía. He de comprender cuál es la mejor manera de disponer las sensaciones desconocidas que he experimentado en las últimas semanas, he de poner a buen recaudo en mi interior cada instante que me ha dejado sin aliento.

Entonces ¿dónde pongo el lanzamiento con paracaídas? ¿Cerca del salto desde la escollera? Y el abrazo conmovido de mis padres, ¿dónde puedo meterlo? El beso de Samuele merece un lugar especial, sin duda, pero ¿cuál?

¿Dónde puedo poner mi declaración de amor a Massimo, con los labios trémulos y el corazón abierto de par en par? ¿Y la noche que pasé en el bosque, bajo las estrellas, y el helicóptero con el que sobrevolé las maravillas de mi tierra, y París? ¡Dios mío, París! ¿Qué lugar corresponde a la ciudad que me ha robado el corazón? El aroma fragante de las *baguettes* calientes, la música de jazz en las esquinas, ¿dónde puedo ponerlos para no olvidarlos nunca?

Tengo tantos aromas, sabores, colores y emociones a los que debo encontrar un lugar que no estoy segura de que mi corazón pueda contenerlos todos.

De hecho, tengo miedo de perder alguna pieza cuando, en mañanas tan liadas como esta, corro con la bicicleta para no llegar tarde al trabajo.

La empresa además resulta inútil, porque entro en el supermercado cuarenta y cinco minutos tarde después de la apertura, con la coleta deshecha y un tumulto en el pecho, ante la mirada sorprendida de todos.

—¡Lo siento muchísimo! —es lo primero que digo apenas veo a Serena, que está en mi puesto en la caja número uno.

Su mirada es elocuente, pero su sonrisa maliciosa aún lo es más.

—No es lo que piensas —me apresuro a precisar susurrando.

Serena se ríe.

—Eso es justo lo que se dice en estos casos.

—¡De verdad, te lo juro! ¡Solo hemos dormido! —trato de explicarle, pero, a juzgar por su sonrisa, solo estoy empeorando mi posición. Además, el rubor que siento subir por mi pecho no mejora sin duda la situación.

Intento rehacerme, concentrarme en la compra de la señora Tartaglia, pero cada vez estoy más distraída.

Si pienso en Samuele, sonrío. No sé por qué, pero es automático. Pienso en él y mis labios se entreabren sin que pueda hacer nada para impedirlo.

Danilo no me dice nada, pero la profunda decepción que se lee en su cara me impresiona. Sé

que no puedo seguir así durante mucho más tiempo y que voy a tener que tomar una decisión.

No había vuelto al restaurante de Giorgio desde que regresé de París. Cuando abro la puerta acristalada, veo un lugar completamente diferente, a tal punto que, por un momento, me cuesta reconocerlo.

Los manteles blancos y rojos han sido sustituidos por unos modernos manteles individuales en varias tonalidades de azul. Han apartado las mesas de la barra y delante de esta ahora hay unos taburetes blancos que nunca había visto. Las paredes están pintadas de azul claro. En el lugar donde estaba el perchero para los abrigos veo una pianola y un micrófono con un cartel colgado que reza: «El jueves por la noche piano bar».

Sonríó al ver todas estas transformaciones.

Es cierto que no es posible resistirse al cambio. Me viene a la mente la teoría de Darwin: «La especie más fuerte no es la que sobrevive, sino la que responde mejor al cambio».

Para sobrevivir a la muerte de su hija, Giorgio y Patrizia han tenido que adaptarse también a la nueva situación. No hay que tener miedo de buscar la luz si se quieren olvidar los días oscuros.

Cuando entro, Lucas está midiendo la ventana que da a la playa, Giorgio está detrás de él regañándolo porque, según dice, se equivoca en todo, pero luego lo ayuda con el metro y sigue sus indicaciones sin rechistar.

Ugo, claro está, vigila las obras entrometiéndose en cada operación. Son fantásticos.

Apenas me ve, Patrizia me sale al encuentro y me da un fuerte abrazo.

—¡Está precioso, felicidades! —exclamo.

—A Lucas se le ocurrió pintar las paredes. Después nos hizo escuchar varias de sus canciones y le preguntamos si le apetecía animar un poco el ambiente.

Siento una alegría repentina.

—¡Qué bonito, Patrizia!

—Ya. —Mira a su marido—. Nunca lo reconocerá, pero se está encariñando con ese chico de una manera increíble. —Me mira de nuevo y una sonrisa dulce y afectuosa se dibuja en sus labios—. Lucas es justo lo que necesitábamos. Gracias.

Cuando Patrizia se aleja un poco para prepararle un cortado al señor Colavita, me acerco a Giorgio, que ahora está de pie al lado de la caja.

—¡Me han dicho que todo va sobre ruedas con Lucas! —le digo encantada.

—Sí, lástima que siempre esté pensando en esa música extraña que hace y que tenga que repetirme mil veces las cosas —protesta en un tono bonachón que me hace sonreír.

—Puede, pero ¿debe de gustarte un poco esa música extraña si le has pedido que toque aquí!

—¡Bueno, claro! —contesta como si fuera obvio—. La verdad es que cuando le propusimos que tocara en el local, al principio dijo que no. Después hablamos. —El orgullo que delata su voz me enternece—. No quería actuar porque temía lo que pudieran pensar sus amigos. —Esa idea absurda le hace abrir desmesuradamente los ojos—. ¡Ah, pero yo se lo dije! —exclama ufano.

—¿Qué le dijiste?

—Que da igual lo que piensen los demás. Poco importa que sean sus amigos, sus padres, quien sea. Debe ser como quiere ser, no como quieren los demás. —Da un puñetazo a la barra—. Que Dios me perdone, pero no volveré a cometer el mismo error.

—¿A qué error te refieres?

—Desde que murió mi hija no dejo de pensar en el pasado y de reprocharme los errores que he cometido en mi vida —murmura, moviendo la cabeza y mirando compungido la barra—. Obligué a Massimo a hacer las maletas y lo subí al primer tren que partía con rumbo a Milán. Quería que hiciera carrera, que ganara dinero y tuviera éxito. Y lo consiguió, siempre ha sido tan orgulloso que era imposible que fracasara. Mi mujer dice que temía decepcionarme, pero él jamás me habría decepcionado... solo que nunca tuve el valor de decírselo. Ni de pedirle perdón. Por eso cuando me dijiste que ese chico tenía un sueño y que yo podía ayudarlo de alguna forma a realizarlo, lo acepté enseguida aquí. Me juré a mí mismo que haría lo que fuera para animarlo. Es mi revancha.

No imaginaba que Massimo había emprendido su carrera porque su padre lo había obligado, no hasta ese punto. Por un momento, la noticia me desestabiliza.

Después de esta confesión inesperada, Giorgio también parece turbado. Los monstruos del pasado deben de atormentarlo mucho si ha bastado un simple comentario mío para incitarlo a contarme sus miedos más oscuros.

Parpadea, sacude la cabeza como si se estuviera despertando de un sueño. Un momento de debilidad, su indestructible armadura cede un poco.

—Disculpa el desahogo, olvida lo que te he dicho. —Se encoge de hombros y se aparta de la barra—. Será mejor que vuelva con ese chico, si no, a saber la que me organiza.

Cuando Giorgio se va, guardo silencio un instante.

Por lo visto, todo el mundo tiene miedo a algo en esta vida. Todo el mundo. Cada uno de nosotros. Incluso un tipo duro como Giorgio. Y un gladiador como Massimo tuvo miedo de decirle que no a su padre. Estoy asombrada.

En cuanto sirve el café, Patrizia, que ha seguido la escena desde lejos, se acerca a mí.

—¿Todo bien? —me pregunta al verme pensativa.

—Ejem... sí... —digo entre dientes, aún turbada por la profunda revelación.

Ella se encoge de hombros.

—Echamos mucho de menos a Massimo. Supongo que a ti te pasa lo mismo —dice, tratando de adivinar mis pensamientos.

Al ver que me escruta con la mirada, me ruborizo.

«¡Dios mío, él le ha contado el ridículo que hice!»

—¿Él... él te lo ha dicho? —farfullo aterrorizada.

—No. Massimo no me ha dicho nada. Stella me contó que estabas enamorada de él.

¿Stella? ¿Stella?

Mi mente no sabe cómo registrar esa información, pero en la sonrisa confortadora de Patrizia encuentro un poco de la serenidad que necesito para preguntarle:

—¿Cuándo?

—Cuando teníais más o menos doce años y estabais rodando aquella película. Me explicó que te había observado atentamente.

Un momento: ¿Stella sabía que yo estaba enamorada de Massimo y nunca me dijo nada?

—Me lo dijo la última vez que él volvió a casa —me explica Patrizia mientras la miro con incredulidad—. Se había dado cuenta de cómo lo mirabas, de cómo te ponías roja cuando estabas con él. Después de enterarme, yo también lo noté.

—Y... y ¿por qué no me lo dijo nunca? —balbuceo.

—Le daba miedo —me revela sonriendo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Le daba miedo decirte lo que pensaba, le daba miedo que tú te lo tomaras a mal.

—¿Por qué?

Suspira.

—Stella estaba preocupada por ti, ¿sabes?

—¿Temía que sufriera si él no me correspondía?

—No —responde, y lo que añade después me conmociona—: temía que te hubieras convencido de que estabas enamorada de él solo porque había sido prácticamente el único chico que habías tenido cerca durante la mayor parte de tu vida y que habías conocido a fondo. Temía que te hubieras obsesionado con la idea de Massimo y que eso te impidiera querer a alguien de verdad. A alguien real, no a uno de los personajes de esos libros que tanto te gustan. Pensaba que no estabas realmente enamorada de Massimo, sino de la idea de querer a alguien.

Necesito aire, necesito mi mar.

Las ideas zozobran con el fragor de la resaca, mientras los pajaritos que tengo al lado de los pies se acercan a la orilla buscando comida.

Así que Stella —mi hermana, mi mejor amiga— sabía lo que yo sentía por Massimo, pero estaba convencida de que me había enamorado de un sueño, de la idea que tenía de él.

Estoy conmocionada.

Yo, que pensaba que lo sabía todo de ella, descubro más cosas ahora de las que descubrí cuando estaba viva. Quizá, por mucho que quieras a una persona, siempre habrá pequeños secretos que te separan de ella.

Y quizá también tenemos secretos con nosotros mismos, aspectos de nuestra alma que dejamos en la sombra, lados que no queremos —o que tememos— sacar a la luz.

¿De verdad he hecho esto con Massimo?

Me esfuerzo en pensar en él, pero el trasiego que hay en mi corazón me confunde.

Lo he querido en silencio, en la distancia, durante todos estos años. Pero ¿el amor es eso?

A pesar de lo mucho que me molesta, trato de pensar si no será cierto lo que ha dicho Patrizia, lo que dijo Stella.

Massimo es mi señor Darcy; siempre lo he llamado así en mi cabeza. Fue el primero y casi el único chico que tuve cerca durante la infancia y la adolescencia. Apenas hablaba con mis compañeros de clase, lo justo y necesario sobre los deberes. Estoy casi segura de que al menos la mitad de ellos nunca había oído mi voz y que la otra mitad no sabía siquiera mi nombre.

Era como Samanta el día que la conocí: la mayoría de mis coetáneos me asustaba tanto que en clase me transformaba en una especie de camaleón y trataba de confundirme con el pupitre.

Me aterrorizaba la comparación con las demás chicas, que eran más monas, más desenvueltas y más simpáticas que yo.

Me aterrorizaba que un chico se acercara a mí, porque, si lo hacía, comprendería hasta qué punto no estaba a la altura de sus expectativas. Así pues, mejor estar sola, pasar desapercibida.

Massimo siempre fue una constante, una certeza en mi vida de niña primero y de adolescente después.

Era mayor que yo, tenía otros amigos, era guapo, inteligente, y estaba seguro de sí mismo.

Para mí vivía encima de un pedestal, era inalcanzable: quizá por eso no le tenía miedo, porque sabía que, dado lo alto que estaba, nunca podría verme.

Me estremezco.

¿Y si el miedo hubiera edulcorado realmente la verdad?

¿Fue eso lo que hice?

¿No quería enfrentarme a la realidad y por eso me refugié en un mundo paralelo?

Miro en el caos que tengo dentro, pero no encuentro respuestas, solo una larga lista de dudas y preguntas y, por mucho que me moleste reconocerlo, de miedos.

Ahora también tengo miedo. Noto como este se arrastra dentro de mí, a estas alturas lo conozco

perfectamente.

Tengo miedo de apuntar a ese faro en mi pecho, de mirarme dentro de una vez por todas, de comprender lo que siento por Massimo. Y por Samuele.

Tengo miedo de lo que puedo descubrir.

De manera que, aquí estoy, una vez más delante de este mar, pensando en el miedo que habita en mi interior, que está dentro y alrededor de mí.

Incluso Giorgio, la persona más decidida y resuelta que conozco, es víctima de él.

Así pues, el miedo es realmente una emoción primaria: del más minúsculo y sencillo ser vivo al hombre más fuerte en apariencia, nadie es inmune a él.

Observo el comportamiento de los pajaritos de la playa, que escapan del agua cada vez que las olas lamen la orilla.

A uno de ellos en especial, el más pequeño, le aterroriza el mar, lo comprendo porque guarda la debida distancia, lejos de las olas y de sus compañeros. Permanece solo, a buen recaudo.

Me recuerda a mí.

Todos avanzan y yo me quedo rezagada, anclada al miedo.

Al oír el timbre de mi teléfono, algunos pajaritos alzan el vuelo, pero el mío, el que se parece a mí, sigue contemplando el mar a lo lejos.

Miro la pantalla del móvil: es un número desconocido con el prefijo de Milán.

¿Será Massimo?

Me invade una extraña sensación, es increíble que me llame justo ahora, que estoy pensando en él.

—¿Sí? —respondo con voz temblorosa.

—Hola, me llamo Nora. La llamo de la redacción de *Domingo siempre es domingo*. ¿Hablo con la señora Maria Sole Santoro?

Frunzo el ceño, incrédula.

—Sí.

—Estupendo. ¿Conoce el programa?

—Sí..., claro.

—Bien. Quería invitarla a participar en él dentro de tres semanas para hablar sobre el proyecto que está llevando a cabo para vencer el miedo. Hemos visto su blog y nos encantaría afrontar este tema con nuestro público. ¿Le gustaría participar?

Un domingo por la tarde en directo en toda Italia.

No sé si soltar una carcajada o echarme a llorar. Solo sé que la idea me deja sin aliento.

En los segundos que tardo en dar la respuesta, mis ojos vuelven a posarse en el pajarito que está en la orilla. De repente parece hacer acopio de valor. Es un visto y no visto. Se acerca a la orilla para agarrar un pedacito de almeja, pero, como no es bastante rápido, una ola lo arrolla.

«Eso mismo me pasará a mí», me digo.

Si acepto, será una derrota delante de todo el mundo. Soy torpe, desmañada, tímida e insegura: no puedo hacerlo, me acribillarán a insultos.

El pajarito capta de nuevo mi atención. Sacude las plumas, se vuelve a armar de valor y lo intenta de nuevo.

¿Cómo reprochárselo? ¿Qué sería la vida si, al menos, no tratáramos de superar nuestros límites, si no tratáramos de ir siempre un poco más lejos?

Si no lo hiciéramos, nos quedaríamos bloqueados, inmóviles en la orilla, y nos privaríamos de un sinfín de posibilidades.

Cierro los ojos, respiro. Me lanzo, igual que el pajarito.
—De acuerdo.

—¿Molesto?

—Estoy trabajando, pero dime.

Oigo un crujido al fondo que parece el ruido que hacen las olas al romper. ¿Qué hace Massimo en la playa? ¿No ha vuelto a Milán? Y la que oigo a lo lejos, ¿es la voz de una chica? ¿Quién es?

Y yo, ¿qué debería sentir ahora? ¿Celos?

Mi mente parte con la habitual avalancha de preguntas destinadas a no recibir respuesta. Una ráfaga de signos interrogativos a los que debo poner enseguida punto final.

—Me han llamado de *Domingo siempre es domingo* —digo.

—¡Genial! —exclama Massimo al otro lado de la línea, con la voz del que se ha levantado de golpe.

—Sé que conoces a mucha gente, así que me pregunto si no es cosa tuya.

Estoy segura de que sonrío.

—Digamos que solo he acelerado las cosas, ellos habían oído hablar de ti en la red.

—Bueno, gracias —digo. Después, sin saber siquiera lo que pretendo, añado—: ¿Vendrás?

—No lo sé. Estos días estoy muy ocupado... el trabajo... no sé si podré.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Me gustaría. A ella le gustaría también.

—Lo sé —contesta en un tono grave, que me hace vibrar.

Siento la necesidad urgente de desdramatizar.

—Además, ¡así podrás asistir en directo al mayor ridículo de todos los tiempos!

«Después del que hice contigo», me gustaría añadir.

Massimo se echa a reír.

—Lo harás muy bien, ya lo verás.

Cuando cuelgo estoy como en trance.

Ahora que sé lo que pensaba Stella, hablar con Massimo me produce una extraña sensación.

Me pregunto qué habría sucedido si no le hubiera hecho la absurda declaración que cambió el curso de los acontecimientos de forma irreversible. ¿Estaría con él ahora?

¿Y Samuele?

Trato de escuchar la voz de mi corazón, pero solo oigo un gran estruendo. Sigue así el resto de la mañana y en el trabajo no doy un palo al agua. Danilo debe de quererme mucho si me sigue aceptando aquí en estas condiciones. Sé que no puedo seguir aprovechándome de su paciencia y de su buen corazón: cada cambio tiene su precio.

Cuando salgo a comer recibo una llamada telefónica. Ojalá sea Massimo, que quiere decirme que me acompañará a la transmisión.

«Vamos, por favor, no puedes faltar. No puedes...»

Cuando, haciendo acopio de valor, miro la pantalla, veo que me están llamando de Campomarino y la desilusión que siento me aterra.

—Hola, Sole. Soy el profesor Manocchio. ¿Te molesto?

Confusa, me pregunto qué puede querer de mí el director de mi antiguo instituto.

—No, dígame.

Escucho sus palabras incrédula, pero también una pizca feliz.

Me cuesta creer que quiera invitarme a hablar a sus alumnos el próximo mes sobre la manera de afrontar el miedo.

—La adolescencia es una época, cuando menos, aterradora —me dice, y he de darle la razón: en mi caso fue una pesadilla.

Mientras el profesor Manocchio habla, mi mente vuelve a las aulas que mis ojos espantados siempre vieron como una jungla, donde me sentía como una gacela continuamente amenazada por depredadores más fuertes.

Me sentía muy diferente, fuera de lugar.

Me gustaría poder ver ahora a la quinceañera que fui, que tanto necesitaba que la abrazaran y la reconfortaran, y decirle que nadie es perfecto y que todos, absolutamente todos, tenemos miedo de algo.

Ya no puedo decírselo a la niña que fui, pero puedo decírselo a los chicos y chicas de hoy.

Puedo hacerlo porque sé el esfuerzo inhumano que a veces llegamos a imponernos tratando de ser merecedores de la aprobación, la estima, la atención y quizá el amor de los demás.

Puedo hacerlo porque conozco la herida que se abre en tu interior si, de una forma u otra, estás convencida de no ser nunca bastante: bastante mona, bastante a la moda, bastante despierta.

Puedo hacerlo porque siempre me he sentido inadecuada, hasta que aprendí a aceptarme como soy: con todos mis defectos, mis límites y mis miedos. Entonces descubrí que yo soy precisamente mi fuerza. Yo y nadie más.

Esto es lo que les diré a esos chicos.

Les diré que no hay que esconderse en la jungla, sino salir corriendo libres al encuentro de la vida que deseamos; que no hay que rendirse a la monotonía y a la mediocridad solo porque tenemos miedo. Hay que probar, intentarlo siempre: quien no prueba, quien no se pone en juego pierde de antemano. Crecer es dejar la orilla segura para navegar hacia los propios sueños atravesando con valor el océano del miedo.

Les diré que no existen personas más bellas que los soñadores.

Entonces pienso en Samuele, el rey de los soñadores, que volvió a encontrar la inspiración gracias a mí.

Pienso en Samanta y en sus amigas, en Lucas, que a diario encuentran su valor en el mío. A su edad yo también necesitaba a alguien que me animase a lanzarme desde las estrellas.

¿Y si volviera al instituto? No como estudiante, sino como profesora.

¿Y si volviera al infierno, al lugar donde maduraron, crecieron y enraizaron mis peores miedos, donde las inseguridades lo invadieron todo, como la mala hierba en el jardín del alma?

Esta idea basta por sí sola para que el miedo vuelva a emerger.

Entonces comprendo que es el camino que debo seguir, porque he aprendido que tengo que hacer siempre lo que me da miedo hacer.

Y es justo ahora, después de una llamada casual, cuando me viene a la mente algo que jamás habría imaginado.

La vida es imprevisible, maravillosa.

Enseñaré filosofía en el instituto.

Samuele ha sido el primero al que le he contado mi idea y le ha parecido fantástica. Yo no sé si es fantástica, solo sé que me estoy apasionando mientras pensamos juntos en qué estudios tendré que emprender y, sobre todo, imaginamos lo que enseñaré a mis alumnos.

Por los recuerdos que tengo del instituto y por lo que me explica Samuele, sé que la extraordinaria peculiaridad de la filosofía es que te libera la mente. Se acabaron los esquemas preconcebidos, los prejuicios y, por tanto, el miedo. Del miedo no nace el pensamiento crítico o autónomo, tampoco el crecimiento interior. La única manera de purificar la mirada, de hacer resplandecer el pensamiento para encontrar la propia visión del mundo, la propia verdad, es venciendo el miedo.

Me gustaría que sintieran estupor frente a las cosas, la capacidad de dejarse sorprender, de escuchar su voz, que asumieran una actitud maravillada frente a la vida, los demás, todo lo que es diferente, el mundo. Me gustaría que aprendieran a vivir con mayor conciencia, con menos temor.

Me gustaría que el instituto fuera un lugar menos horrible para los chicos y chicas que se parecen a mí cuando tenía su edad. O a María. O a Samanta. Es mi misión.

Sueño mi futuro entre los pupitres del instituto cuando Samuele me acaricia distraído la cintura mientras se inclina para sacar un huevo de la nevera.

Un gesto sencillo, natural, que me devuelve a la realidad. Como si dijera: «Soy yo, ¿me sientes?».

«Claro que te siento, creo que ya no logro sentir nada más.»

Tumbados en el sofá, Samuele insiste en que le hable de mi nuevo proyecto y luego me da ideas y consejos útiles, porque él sabe un montón de cosas. Es mi Samupedia, como lo llamo yo.

Me gusta su manera de llenar las palabras con colores que me hacen ver el mundo como nunca lo había visto hasta ahora.

—¿Cuándo empezaste a pintar? —le pregunto en un momento determinado, deseosa de saberlo todo sobre él.

—Siempre he dibujado, pero la muerte de mi madre, cuando tenía dieciséis años, lo convirtió en la razón de mi vida. Ver cómo se apagaba poco a poco, devorada por una enfermedad cruel que no le dejó escapatoria, me desintegró también. Así que me refugié en los libros, en el arte, y comprendí que solo una tela blanca podía recoger y neutralizar los monstruos interiores que me aterrorizaban. Cuando, al terminar el bachiller, le dije a mi padre que quería estudiar bellas artes, se rio en mi cara. Dirigía la empresa que había fundado su padre, donde, además, trabajaban mis dos hermanos mayores: como ves, tenía el destino trazado. Siempre recordaré la expresión de burla y disgusto que puso: me dijo que era un inconsciente, un ingrato, un inmaduro. Me dijo que se avergonzaba de que fuera su hijo y que si pretendía seguir adelante con mi propósito, no me molestara en volver. Así que no volví.

Samuele tuvo el valor de hacer caso omiso de las expectativas de su familia para respetar su verdad.

Sus palabras retratan a un joven que, cuando ama, lo hace con todo su ser, con toda su alma. Pero si hieres, si traicionas ese amor, nunca te perdonará, porque un amor así no se tira.

Él no lo haría, jamás traicionaría a nadie, menos aún a sí mismo.

Me cuenta que hizo un montón de trabajos humildes para mantenerse durante los estudios, para perseguir su sueño, la razón de su vida.

¿Tuvo miedo? Claro que lo tuvo.

Durmió varios meses en el pasaje subterráneo de la estación o en la playa. Una noche, unos mendigos borrachos lo agredieron y pasó quince días en el hospital. Solo.

Su corazón ha estado herido varias veces, pero es tan inmenso como el cielo y nada ni nadie podrá ofuscarlo. Samuele se ha reforzado en el combate. Hoy tiene sueños y estrellas en los ojos y sabe componer poesía con su vida.

Da forma a su destino a través de sus obras. El mundo necesita desesperadamente personas tan valientes como él.

Pienso en lo diferentes que son Samuele y Massimo, también en esto.

El gladiador renunció a su sueño por miedo.

El soñador jamás habría podido hacerlo, habría muerto.

Creía que, llegada a este punto de mi proyecto, habría comprendido muchas cosas sobre el miedo y sobre el valor para afrontarlo, pero mientras escucho la historia de Samuele me doy cuenta de que no es así.

Él sí que no tiene miedo del miedo. Él sí que supera los límites, cada vez un poco más. No teme que no lo entiendan, ni mostrarse por completo en la tela, ni brindar al mundo un retrato mucho más íntimo que el desnudo que me hizo.

No tiene miedo porque hay un fuego, algo sagrado y luminoso dentro de él que lo reclama.

Comprendo que debo inspirarme en él para escribir lo que diré en el programa.

Todos los días me enseña con su arte cómo se vive la vida con el corazón. Todos los días me enseña el verdadero valor.

—Como quizá salta a la vista, nunca he vivido con nadie —dice, recorriendo la habitación con la mirada cuando retoma su historia.

Sonrío.

—¿Las novias que has tenido no vivían contigo? —le pregunto con descaro, curiosa.

Su voz adopta un tono ligero, casi divertido.

—¿Aquí dentro? ¡Sin vacunas es imposible! —exclama, y a continuación se encoge de hombros—. Una vez probablemente tuve un gato, pero luego se perdió...

Nos reímos, después él se vuelve a poner serio.

—Bromeo. La verdad es que a una de ellas le habría gustado venir a vivir conmigo..., pero yo no quería.

Lo provoqué.

—¿Te daba miedo comprometerte?

—No, temía que no fuera la justa y no me equivoqué —responde con firmeza. Luego reflexiona unos segundos para decidir cómo explicármelo—. Ella era como un día tibio de primavera con una brisa ligera moviendo las nubes en el cielo. —Me sonrío—. Pero yo quería el sol.

Paso los días en un estado similar al nirvana, como si dentro de mi pecho se estuviera celebrando el carnaval de Río de Janeiro. Son días salvajes, una explosión de colores. Días de exageración y locura, con el volumen al máximo. Vivo bailando.

Me siento arrugada, despeinada, viva. Puede que esto sea la felicidad.

No sé si Samuele es mi novio, solo sé que paso con él la mayor parte del tiempo.

Cuando no trabajo, voy a su casa.

Su piso se ha convertido en un lugar suspendido en el tiempo y en el espacio, donde la respiración se transforma en largos suspiros trémulos. Me nutro de sueños, de besos y de pizza. Samuele me besa siempre el lunar, uno que es diminuto, que está justo debajo de una oreja. Nadie puede verlo, salvo él, que me ve con los ojos del alma.

Y luego pinta para mí cielos y sueños maravillosos, tan reales que no logro salir de ellos.

Siento que está convirtiendo mi vida en una obra de arte.

Cada día me enseña a captar los detalles, lo inesperado en todo lo que me rodea, a encontrar lo insólito incluso en la cotidianeidad. Me enseña el estupor y la maravilla.

De esta forma, el aburrimiento ya no existe, la monotonía se transforma en una sensación desconocida de excitación febril, el despertar de una poderosa emoción. La banalidad se transforma en belleza.

Antes quería controlarlo todo, ahora, en cambio, estoy experimentando que lo imprevisto, lo inesperado, no es necesariamente un mal, al contrario, puede incluso brindar nuevas oportunidades.

Siempre he pensado que Massimo era el único amor de mi vida, pero ahora está sucediendo algo inopinado.

No sé lo que es, pero la sensación es increíble.

Es el estremecimiento que sientes cuando entonas una canción en un local abarrotado de gente, la necesidad de aire cuando bailas hasta perder el aliento. Es el instante en que alcanzas el cielo y a continuación te lanzas al vacío sin caerte, porque sabes volar.

La verdad es que Samuele me está domesticando, como le sucedió al zorro en *El principito*. Me empuja a ir más allá, me enseña que los verdaderos sentimientos existen en los pequeños gestos cotidianos. Me enseña cómo hay que cuidar a los que queremos ofreciéndoles nuestro tiempo, el regalo más precioso.

Dice el zorro:

Cazo gallinas y los hombres me cazan a mí. Todas las gallinas se parecen y todos los hombres son iguales; por consiguiente, me aburro un poco. Si tú me domesticas, mi vida estará llena de sol. Conoceré el rumor de unos pasos diferentes a todos los demás. Los otros pasos me hacen esconder bajo la tierra; los tuyos me llamarán fuera de la madriguera como una música.[13]

Samuele y yo estamos aprendiendo a acercarnos lentamente el uno al otro en un recorrido similar al que une al zorro y al principito.

Al igual que ellos, también nos estamos «domesticando» con unos ritos que solo nosotros conocemos y que permiten que el corazón pueda prepararse para latir con más fuerza, para sentir con mayor intensidad el porvenir.

De esta forma, cada día, cada instante es siempre único y diferente de los demás, y vivimos plenamente los momentos extraordinarios.

Un extraordinario día cualquiera se inicia poco a poco.

Mientras me froto los ojos somnolientos, el aroma a café que flota en el aire enciende mis pensamientos.

Es domingo y, como cualquier domingo de un tiempo a esta parte, me siento feliz, porque voy a pasar el día con Samuele.

Así pues, con el corazón abierto y curioso me levanto, me visto y me reúno con él en la playa, donde hemos quedado.

Damos un paseo por la orilla, compramos pescado y luego vamos a casa para cocinarlo. Desde que Samuele manchó de verde la puerta, las escaleras y el descansillo, la portera casi no nos saluda: Samuele está convencido de que ella urde una venganza cruenta y terrible contra él y, con toda probabilidad, también contra mí.

—Pero ¿yo qué culpa tengo? —le he preguntado.

—Lo hice por ti, ¿es culpa tuya! —ha respondido riéndose.

De esta manera nos hemos pasado la comida sumidos en una disquisición filosófica medio en serio sobre el nexo de causalidad. Después nos hemos comido un helado.

Al anoecer hemos pedido que nos trajeran una pizza y ahora estamos viendo una película.

Mejor dicho, estoy mirando una película. Samuele está sentado en el suelo, mirándome a mí en silencio. Lo hace a menudo y no me molesta. Si he de ser franca, yo también lo hago con frecuencia.

Su mirada me abraza por completo. Me abraza el cuerpo y el alma. Lo sé, lo siento.

Es intenso, insistente.

En cierto momento, me vuelvo enfurruñada.

—¿Qué pasa?

Sin dejar de mirarme, Samuele se limita a responder:

—Nada. Te quiero.

Lo dice con calma, no es un impulso. Como si fuera una certeza.

Y yo sé que es cierto, porque me siento realmente querida por primera vez.

Y es una sensación maravillosa, igual que llegar a casa después de un largo viaje.

Samuele se levanta, se acerca a mí y me besa.

Es pura pasión, y en esta pasión, en esta vorágine de labios que acarician y de manos que buscan, siento que tiemblo de deseo de la cabeza a los pies.

De repente se para y me mira igual que la otra vez, cuando tiñó el mundo de verde.

Sin embargo, en este momento no recuerdo un solo punto de mi lista de miedos. No hay ninguno más, ningún proyecto, ninguna prueba aún por experimentar. Solo estamos él y yo y esta sensación asombrosa que hace estallar el alma.

—No puedo evitarlo —murmuro sin desviar mis ojos de los suyos.

Samuele asiente con la cabeza.

—Yo tampoco.

Me besa de nuevo con más ardor.

Su boca ávida en la mía, sus manos en el pelo, en la cara, por todas partes, el fuego que prende y me invade.

El miedo resbala por mi piel, lo siento entero, pero a la vez siento que ha llegado el momento. A partir de ahora, cada instante forma parte del futuro, de la nueva yo que empuja para salir.

Ha esperado mucho tiempo embutida en el vestido estrecho y sofocante del miedo, pero ahora está lista para liberarse. Aquí, en esta habitación pequeña y cálida, llena de un deseo irresistible.

Con sus besos cada vez más apremiantes e impacientes, Samuele dibuja el amor en todo mi cuerpo y borra todos los temores.

Me siento viva. Estoy viva. Jamás he estado tan llena de vida como ahora.

Cuando susurra mi nombre, me acaricia, me mira y me abraza, alzo el vuelo.

Me abandono, ahora sé que ya no tendré que imaginar, sé que ya no tendré que limitarme a soñar, porque todo es cierto, real. Él está aquí, lo estoy tocando y me está tocando.

Nos miramos en silencio mientras nos desnudamos sin decir palabra.

Samuele me acaricia la cara con una delicadeza infinita y yo le sonrío, lista para vivir esta noche fantástica.

La noche más superfantástica de toda mi vida.

También en Milán, a casi setecientos kilómetros de casa, el miedo me acompaña en cada paso que doy. Solo encuentro la fuerza necesaria para moverme en el calor de las personas extraordinarias que han venido conmigo.

Samuele me coge de la mano y me acompaña al interior de los estudios de televisión como si yo fuera una estrella y él mi guardaespaldas personal. Hasta se ha peinado para la ocasión.

Además, han venido mis padres y los de Stella, Samanta, Lucas y Serena, Danilo y su mujer. Todos están casi más emocionados y atemorizados que yo.

Massimo, sin embargo, no ha venido.

De repente siento una terrible melancolía.

Echo de menos a Massimo, me gustaría que hubiera venido, porque este proyecto era también suyo al final y me parece imposible que no esté aquí para asistir a su conclusión.

Después de todo, hemos compartido momentos y emociones, hemos afrontado juntos la muerte de Stella y todo el dolor que esta causó.

Juntos subimos a la montaña rusa y nos tiramos de la escollera, tenemos una canción desentonada y una cena que olvidar, carcajadas detrás de la cámara de vídeo y una noche en el bosque silencioso bajo un cielo estrellado. París es nuestro.

París es nuestro y añoro a Massimo.

Pero, por encima de todo, hoy echo de menos a Stella, con locura.

Me gustaría verla saltar de alegría diciendo que está superfeliz.

Me gustaría que me sugiriera algo divertido que decir, que pueda llamar la atención del público y me evite la catástrofe.

Me gustaría que me cogiera la mano y me repitiera que todo va a ir bien.

Me gustaría que estuviera aquí.

Añoro a mi mejor amiga, pero no a la chica que era cuando estaba con ella.

Por eso ayer me corté el pelo, lo último que me unía a la antigua Sole.

Era la prueba noventa y nueve.

A pesar de que se oponía, después de suplicárselo un sinfín de veces, mi madre al final me acompañó a la peluquería.

Hoy ella también es diferente. Ha accedido a ir a un psicoterapeuta para que la ayude a superar el luto y, con él, sus mayores miedos.

Mientras Marisa me cortaba el pelo, me eché a llorar y mi madre conmigo. Las dos sabíamos que no era un simple corte de pelo, sino un rito de paso. Fue la prueba evidente de que mi viejo yo se estaba marchando. No era una cita con el peluquero, era un adiós.

Un mechón tras otro, las lágrimas me surcaban la cara, se despedían de la chica tímida e insegura que siempre se había escondido del mundo detrás de esa melena.

—Vaya cambio, ¿eh? —exclamó Marisa al final con aire satisfecho.

Porque, ¿qué es una vida sin cambios?

El cambio es vida. Cambiar es inevitable.

Mi madre también está cambiando.

Después de la peluquería fuimos juntas al cementerio para saludar a Stella y, por primera vez, también a Maria.

—Íbamos a llamarte Vittoria —me reveló mi madre de repente—. Debías ser nuestra victoria después de tantos años de exámenes y terapias para tenerte. Pero después, Maria murió y el día en que naciste tu padre dijo que debíamos llamarte como ella. Por eso te pusimos Maria Sole: Maria en recuerdo de la tía de la que habías heredado los ojos y Sole porque nos iluminaste en el momento más sombrío de nuestra vida.

Esa es la verdad con veinticinco años de retraso.

Mi madre ha empezado a abrirse, quizá porque ya no siente la necesidad de protegerme de todo y de todos, dado que he demostrado que puedo arreglármelas sola. Por fin ha dejado de considerarme su niña frágil y tímida, porque ya no lo soy.

—Pareces mayor —me dijo con los ojos empañados, acariciándome el pelo, pero las dos sabíamos que no se refería solo al nuevo corte.

He crecido.

Crecer es difícil, también doloroso. Significa vencer el miedo y avanzar en todo momento, superando los propios límites y acercándonos cada vez más a nuestros sueños.

—¿Sabes? Creo que nunca acepté tu proyecto porque era la prueba evidente de que había fracasado como madre —me confesó a bocajarro. Cuando le pregunté a qué se refería, le costó tragarse el nudo que tenía en la garganta—. Todos los miedos que tenías, la escasa autoestima y el sinfín de inseguridades te los transmití yo, porque siempre he sido superprotectora, miedosa, maníaca del control. Son el resultado de la manera en que te he educado, como si una inminente catástrofe se cerniera siempre sobre ti. Sin darme cuenta, con mi afecto desmesurado te transformé en rehén de mis miedos. Perdóname. En estos días estoy hablando de eso con el doctor D'Uva y por fin he comprendido que no puedo prever lo imprevisible. No puedo hacerlo contigo ni podía hacerlo con Maria.

Sé que estoy haciendo lo correcto porque me muero de miedo.

La eterna batalla que se combate en mi interior me hace incluso temblar. Reconozco las sacudidas que me desgarran en lo más profundo mientras la parte de mí que quiere crecer lucha contra la que está asustada y prefiere seguir encadenada en su prisión con tal de sentirse segura.

Y mi mundo tiembla.

Y yo tiemblo.

«Voy a hacer un ridículo espantoso», me digo. Sé ya que me voy a embarullar y que no lograré decir todo lo que quiero. ¿Cómo puedo hacerlo? Tengo la mente vacía.

¿Por qué tendría que interesarle a toda esa gente lo que voy a decir? Pensarán: «¿Qué quiere ahora esa cría? ¿Por qué le dan todo ese espacio? ¿Qué puede enseñarnos una cajera de supermercado, qué sabe ella de la vida?».

La marea de inseguridad vuelve a subir en mi pecho, pero Samuele la intercepta antes de que me sumerja.

—¿Quieres beber algo? ¿Un poco de agua, un calmante para caballos? —dice, y me hace reír, aliviando un poco la tensión.

—Agua, gracias.

Me da un pequeño beso y va a por ella.

Samanta se queda en el camerino para hacerme compañía o —más probablemente— para asegurarse de que no pongo pies en polvorosa.

—¡Vamos, tranquila, todo irá bien! —dice para infundirme calma.

—¿De verdad lo crees?

—¡Nooo! —oigo que exclama.

Alzo la mirada de mis apuntes para decirle que no se anima así a alguien que está aterrado. Cuando mis ojos se cruzan con los suyos, repentinamente luminosos, veo que estos apuntan a un lugar a mis espaldas.

Me vuelvo y la sorpresa me corta la respiración.

Massimo está parado en la puerta.

Está guapísimo. Viste unos pantalones negros y una camiseta gris antracita que ciñe su cuerpo perfecto y hace que parezca una especie de bronce de Riace. Al hombro lleva una bolsa negra que parece pesar mucho.

Samanta se abalanza sobre él y no puedo reprochárselo.

—¡Cuánto me alegra que hayas venido! ¡No podías faltar!

Él le sonríe y abre los brazos para estrecharla entre ellos de una forma que me conmueve.

Ella lo abraza con fuerza, fortísimo. Se encariñó mucho con él durante el tiempo que estuvimos juntos. Cuando él se separa de ella con un beso ruidoso, alza la mirada, se acerca a mí y me saluda con dos besos en las mejillas.

—Hola.

—Hola.

—¡El nuevo look te sienta muy bien! —dice con amabilidad, y yo noto que me ruborizo como una tonta mientras me mira.

Tengo la impresión de que volvemos a estar como al principio. Nosotros tres, una cámara y un pequeño y loco proyecto que nos ardía en los dedos. De repente, un arrebato de nostalgia invade la habitación y mi corazón.

—Tesoro, ¿puedes dejarnos un momento solos, por favor? —dice Massimo a Samanta, esbozando una dulce sonrisa.

—¡Claro que sí!

Cuando Samanta sale del camerino, él se aproxima a la mesa.

—¿En qué nivel de terror estás?

—En el de infarto, ahora es solo cuestión de minutos.

Sonríe, pero luego se pone serio.

—No debes tener miedo, Sole, ahora te voy a demostrar por qué —me dice con una chispa en la mirada que no comprendo.

Lo observo confusa mientras saca la tableta de la bolsa, la deja encima de la mesa y la enciende.

Con las notas de una melodía clásica inicia un vídeo que me deja sin aliento desde la primera imagen: una vista de Campomarino.

Ante mis ojos incrédulos se suceden las imágenes paradisíacas del mar de mi ciudad, luego de las rocas de la Morgia Quadra, el Rivo, que fluye con lentitud. Y además el Pozzo della Neve, el hayal de Costa delle Carpine y la mágica Pozzilli.

Siguiendo los lugares que hemos visitado para mi proyecto, Massimo ha realizado un vídeo que muestra el carácter único y la belleza de nuestra tierra.

En varias escenas reconozco a Nicole: luce un vestido blanco y pasea por la orilla de la playa, como una sirena que emerge de las olas.

Me quedo sin palabras al ver los pueblos fortificados, las montañas, los lagos y los bosques. Pero también el arte, la cocina, la historia y algunos fragmentos de la vida cotidiana, entre la tradición y la modernidad.

Es un viaje de un puñado de minutos por lo que yo considero mi casa y ahora sé que también lo es para Massimo, porque en esas imágenes perfectamente montadas hay algo más que el puro talento. Hay auténtica pasión y amor profundo por nuestra tierra.

La emoción que me va invadiendo estalla en la escena final.

El vídeo se cierra entre las olas de nuestro mar, con una frase que hace que me dé un vuelco el corazón: «Molise, una tierra por descubrir».

Son mis palabras. Massimo se ha inspirado en lo que le dije para crear una obra maestra de imágenes que arrebatan el alma.

Tengo un nudo en la garganta y, a pesar de que el vídeo se ha terminado y debo decir algo, no me siento capaz.

—Al final he decidido participar en el concurso —declara Massimo a mi lado—. No sé lo que pasará, pero alguien me dijo una vez: «No debo tener miedo de fracasar, porque el verdadero fracaso es no haberlo intentado siquiera».

Busca mi mirada y, cuando la encuentra, no la abandona.

—Por eso no debes tener miedo, Sole, porque inspiras a las personas. ¿Ves lo que has hecho conmigo? Tenía miedo de fracasar, por eso nunca seguí mi sueño. Temía decepcionar a mi padre y defraudar las expectativas que tenía respecto a mí. Me asustaba marcharme, pero también volver.

Sacudo la cabeza tratando de tragarme el nudo que tengo en la garganta.

—No has decepcionado a tu padre, me lo ha dicho —murmuro con la voz ronca—. He hablado con él: te echa mucho de menos y le gustaría que volvieras.

Su cara se ilumina.

—De hecho, pienso volver —afirma, y luego nos miramos fijamente, sin lograr apartar los ojos el uno del otro ni de añadir una palabra.

El tiempo se detiene. Estoy emocionada.

El corazón me empuja a anular la pequeña distancia que nos separa, pero, cuando me dispongo a hacerlo, entra el técnico y me dice que me toca dentro de cinco minutos.

—Vamos, lo que haces es magnífico y ya es hora de que todos lo sepan. Y de que sepan quién eres. ¡Y de que se enteren de que Molise existe! —exclama Massimo sonriendo.

Me pierdo en esa sonrisa.

—De manera que lo que más temías era decepcionar a tu padre...

—No, eso no. —Niega con la cabeza. Sin apartar sus ojos de los míos, se acerca a mí, me agarra una mano y entrelaza sus dedos con los míos. Mi corazón echa a correr—. Mi mayor miedo eres tú, porque cuando me reencontré contigo me perdí —me dice con voz grave, ardiente—. Porque pienso que, de todos nosotros, tú eres la que, en el fondo, tiene menos miedo. Tú no haces las cosas por hacerlas ni porque todos las hacen, ni porque debes hacerlas. No te da miedo ser tú misma, pero tampoco te da miedo cambiar. Eres mucho más valiente de lo que crees y, gracias a ti, he descubierto que tengo un montón de miedos. Tengo miedo de lo que pueda pensar mi padre, de no ser como a él le gustaría que fuera. El problema es que, a la vez, tengo miedo de no llegar a ser lo que quiero. Me asustan los tigres y mis sueños, pero, por encima de todo, me asusta lo que siento por ti, porque tengo la impresión de que me abriste los ojos cuando me dijiste que estás enamorada de mí. Por eso empecé a verte bajo una luz diferente, como nunca te había visto, y he descubierto que te quiero. Te quiero porque sabes ser fuerte como una leona, pero pones pies en polvorosa cuando una paloma se acerca a ti. Te quiero porque me conviertes en una persona mejor y, por primera vez en mi vida, me gusta el hombre que soy cuando estamos juntos. Ahora yo también te quiero con locura. Te quiero, Sole. Te quiero.

La realización de mi sueño me deja sin aliento. No puedo creerme que Massimo acabe de hacerme la declaración que llevo esperando toda la vida. Es tal mi incredulidad, mi asombro, que no logro decir nada. Pero Massimo no necesita palabras cuando se inclina para besarme. Es un beso lento, profundo, sin vía de escape.

—Aquí tienes tu primer beso, el beso inolvidable de tu verdadero amor —me susurra en los labios.

De esta forma, con un retraso de unos diez años, la realidad y la fantasía coinciden.

Justo ahora, cuando lo había desechado, el sueño me arrolla con la fuerza de un beso.

Estoy sentada en un pequeño sofá de color blanco, al lado de la presentadora, sin saber cómo he acabado aquí.

Estoy tan aturdida por lo que ha sucedido en los últimos diez minutos que he entrado en el estudio sin darme cuenta.

Cuando el técnico inicia la cuenta atrás, mi cerebro se queda completamente en blanco.

Cinco segundos más y tendré que hablar ante millones de telespectadores.

Cuatro segundos, tengo el corazón en la garganta, las manos sudadas.

Tres segundos, mi mente se vacía.

Dos, tiemblo al mirar al público que hay en la sala.

Uno, ¿dónde está Samuele?

—¡Bienvenidos de nuevo, amigos! —exclama la presentadora con énfasis y su voz me saca de mi ensimismamiento—. Ahora vamos a hablar de algo que nos afecta a todos: el miedo. Todos tenemos miedo de algo: de los grandes espacios, de la altura, de los insectos, de los animales peligrosos o del contacto físico. El miedo dominó la vida de Maria Sole Santoro desde que era pequeña: le aterrorizaban las arañas, las serpientes y muchos animales más, temía también a la multitud, la opinión de los demás, la velocidad, los cambios o no estar a la altura de las circunstancias, por ejemplo. Todos esos miedos, tantos, le impedían vivir con plenitud. Lo sabía de sobra su mejor amiga, Stella, que era justo lo contrario: descarada y valiente, amante del riesgo, una entusiasta que se entregaba en cuerpo y alma a cualquier cosa para saborear la vida a fondo. Por desgracia, Stella murió de forma inesperada. Para superar esa dolorosa pérdida y hacer algo en honor de su amiga, que siempre la había animado a superar sus límites y a perseguir sus sueños, Maria Sole se lanzó a realizar un proyecto interesante: afrontar por fin uno a uno todos los miedos que le impedían vivir una vida normal. Después de haber encontrado cien maneras de lanzarse desde las estrellas, hoy esta joven está aquí con nosotros. Demos un gran aplauso a Maria Sole Santoro, que, después de haberse enfrentado a noventa y nueve miedos, ¡hoy se enfrenta aquí al número cien!

El público estalla en un aplauso y una luz deslumbrante me enfoca directamente la cara.

Quiero huir.

Tengo la garganta seca y el corazón a mil por hora, y me tiemblan las manos. Cuando la presentadora me hace la inevitable pregunta: «Dime, Sole, ¿ahora tienes miedo?», me gustaría responderle con sarcasmo: «¡Venga, mírame! ¿Qué te parece?», pero, claro está, no lo hago y le digo con sinceridad:

—Un montón.

El público se ríe y me pregunto qué es lo que le parece tan divertido, porque la verdad es que me encuentro fatal. Tengo el corazón en fibrilación, lo siento latir por todas partes.

—Vamos a ver, Sole, tú que lo conoces bien, ¿puedes decirnos qué es el miedo? —me pregunta de nuevo la presentadora—. ¿Cómo lo definirías?

Trato de hacer acopio de todas mis fuerzas para concentrarme.

Hago un esfuerzo y respiro profundamente, una, dos veces, dejando que la ansiedad que siento salga también con el aire.

Después me lanzo.

—Es un prejuicio —digo, intentando evitar que me tiemble la voz. No lo consigo del todo, pero aun así decido seguir—. Imaginamos que algo puede ser peligroso, pero eso no significa que lo sea de verdad. Al contrario, según mi experiencia, en la mayoría de los casos el miedo a hacer algo es desproporcionado respecto al verdadero peligro. Por lo general, el miedo es una emoción primaria que tiene una función protectora, útil para la supervivencia, que nos ayuda a estar alertas y nos salva de los peligros, pero cuando este mecanismo defensivo nos paraliza y nos impide realizar nuestros proyectos y vivir la vida que querríamos, debemos enfrentarnos a él.

Me paro y respiro, maldiciéndome mentalmente, porque me habría gustado decir muchas más cosas, pero solo me ha salido eso.

Sin embargo, la presentadora parece satisfecha y, con una expresión de curiosidad, me hace otra pregunta:

—Bien, si el miedo es un prejuicio, ¿cómo se puede extirpar? ¿Cómo se puede vencer el miedo?

Me encojo de hombros como si pretendiera decir: «Lo siento, pero no funciona así».

—El miedo no desaparece, forma parte de nuestro instinto. En mi recorrido he comprendido que el miedo no se elimina, al contrario, huyendo de él no hacemos sino aumentarlo. En cambio, es necesario mirarlo de manera profunda, tomando conciencia de él y admitiendo que existe —respondo—. Conociendo nuestros miedos lograremos que estos resulten menos temibles y más fáciles de dominar. Si aprendemos a percibir cómo se manifiestan, comprenderemos cómo y cuándo tratan de apoderarse de nosotros sometiendo nuestra mente.

La presentadora frunce el ceño y pregunta:

—¿Quieres decir que si hacemos el esfuerzo de afrontar el miedo a menudo y con constancia, todos los días, en tu caso, este adquiere una nueva dimensión?

—Sí, he experimentado que encarando el miedo reducimos el papel que este tiene en nuestra vida y damos espacio a otras emociones más positivas y constructivas, como la curiosidad, el asombro, el entusiasmo y un fuerte sentido de libertad.

—Mmm. —La presentadora me escruta pensativa con el índice apoyado en los labios—. ¿Y cómo se supera o, al menos, se reduce el miedo, Sole? —me pregunta.

—Haciendo justo lo que nos asusta. El miedo solo se supera atravesándolo —contesto, utilizando las palabras de Andras—. Lo que debemos hacer es salir de nuestra zona de confort y correr cierto riesgo. Y por riesgo no entiendo algo que nos pone en peligro, sino algo que conlleva cierto esfuerzo emotivo, algo que, por miedo, precisamente, procuramos evitar, a pesar de que deseamos hacerlo, porque quizá nos ayudaría a realizar un sueño.

—¿Y qué es el valor? —prosigue la presentadora.

—El valor no es ausencia de miedo, sino actuar a pesar del miedo, afrontar el riesgo aunque estemos aterrorizados. El valor es como un músculo, hay que entrenarlo. Poco a poco, día a día, es necesario ir poniendo el listón cada vez más alto. De esta manera, no tardaremos en darnos cuenta de que, cuanto más nos enfrentemos al miedo, más valor tendremos, y de que, a medida que el valor aumenta, aumenta también nuestra capacidad de hacer frente a otros miedos. Es un círculo virtuoso, en pocas palabras.

—¿Quiénes son, en tu opinión, los valientes?

—Los soñadores. Son los más valientes de todos. Los que, a pesar del miedo, navegan con las

velas desplegadas hacia sus sueños.

Mientras digo esto, mis ojos buscan a Samuele, el rey de los soñadores, entre el público.

Recorro con la mirada las primeras filas, reconozco a Massimo, a mis padres, a Samanta, a Lucas, a Serena, a Giorgio y a Patrizia, a Danilo y a su mujer, pero a él no.

Ahora que por fin se había normalizado su ritmo, mi corazón se acelera de nuevo. ¿Dónde está Samuele? ¿Por qué no lo veo? ¿Se habrá sentado varias filas más atrás? ¿Por qué?

La voz de la presentadora me arranca de la espiral de preguntas en la que me estoy precipitando.

—¿Qué te gustaría decirle hoy al público, Sole? —pregunta, centrándome de nuevo en la entrevista.

Trato de recuperar la concentración, pero ahora es más difícil. El hecho de no ver a Samuele entre el público me produce una ansiedad oscura, una alarma suena amenazadora en el fondo de mi alma.

—Me gustaría... ejem... —digo mientras intento sacar el folio que tengo en el bolsillo, pero no lo consigo y empiezo a balbucear. Las manos me tiemblan, detesto ser tan torpe y me obligo a recuperar un poco la calma.

Respiro una, dos, tres veces.

—Me gustaría leeros las palabras que me inspiraron y que me dijo la persona que inició todo esto y mi nueva vida. Espero que os sirvan también, igual que me sirvieron a mí, para encontrar el valor de lanzaros desde las estrellas.

Pienso en Stella, mi amiga, mi hombro, mi guía, mi hermana. Como siempre, en su recuerdo, que mueve mis piernas y mi corazón, encuentro la fuerza que me falta.

Empiezo a leer sus palabras para que vuelen en el viento y encuentren otros corazones a los que besar.

La vida es tan corta... ¡Piensa en todas las cosas que te has perdido en estos años por culpa del miedo!

Jamás has subido a un avión, jamás has viajado a más de cien kilómetros de tu casa. No te matriculaste en la universidad, a pesar de que todos los profesores te animaban a hacerlo y aseguraban que era una verdadera pena que abandonases así los estudios.

Jamás has tenido novio y las dos sabemos que no es cierto que no te hayas enamorado como quieres hacer creer a todos.

Si he de ser franca, siempre he notado estas cosas, pero nunca he querido decírtelas porque tenía miedo de que te lo tomaras a mal (¡yo también tengo miedo a veces!). Pero ahora, con todo lo que me está sucediendo y que no veo la hora de contarte, no puedo callar por más tiempo, aunque luego me odies (¡quizá no sea así si has leído hasta aquí!). Como mejor amiga y hermana, siento el deber de empujarte y animarte a lanzarte de cabeza a la vida con la que sueñas. Hasta ahora has vivido a medias y no puedo permitir que sigas haciéndolo.

Por eso te he comprado este regalo. Ya oigo desde aquí cómo me maldices.

He elegido esta caja y un vuelo para que te lances en paracaídas porque te estoy pidiendo que te tires, Sole (¡también literalmente, en este caso!). Me gustaría que por una vez trataras de relajarte, de no tener miedo a fracasar, de no decir que no, de hacer lo que verdaderamente quieres.

¿Sabes cómo se vence el miedo? ¡Haciendo justo lo que temes!

Eres más inteligente, fuerte y valiente de lo que crees. Ponte a prueba, te sorprenderá lo que eres capaz de hacer.

No olvides el mantra: «¡Haz una cosa que te asuste al menos una vez al día!». Verás como, cuantas más cosas hagas, más fuerza encontrarás para hacer otras. Son pocas las cosas a las que hay que temer de verdad, créeme.

Por eso, no te conformes con tu rinconcito seguro, súbete a la vida. Levántate y corre a apoderarte de lo que deseas, lo encontrarás cuando superes el miedo.

¡Vive mientras estés viva!

¡Y resplandece, Sole, resplandece todo lo que puedas!

El nudo que tengo en este momento en la garganta me ahoga. Casi no puedo contener las lágrimas cuando pienso en lo que Stella ha conseguido hacer por mí: ha seguido sosteniéndome y animándome incluso después de haberse marchado.

Su muerte me ha salvado la vida.

—Me parecen unas palabras maravillosas, escritas por una persona que te quería mucho. —La presentadora me mira conmovida, pero solo el tiempo que dura el primer plano—. Bueno, amigos, estamos a punto de terminar el espacio dedicado a Sole y a su proyecto para superar el miedo — prosigue con vehemencia, dirigiéndose a la cámara—. Antes, sin embargo, me gustaría hacerle una última pregunta a Sole. A decir verdad, se trata de una curiosidad personal —añade mirándose—. Ahora que estás al final de ese largo camino, ¿puedes decirnos cuál es, en tu opinión, el miedo más difícil de afrontar?

—Lo que más temo es el arrepentimiento —respondo intentando controlar la voz. «Un último esfuerzo y se acabó», pienso—. He echado a perder media vida pensando que las cosas llovían del cielo como si fueran regalos inesperados. He comprendido que me equivocaba y que, si quiero algo, debo armarme de valor e ir a buscarlo. No sabía lo bonito que es caer y levantarse, mancharse de colores e imperfecciones, porque nadie es perfecto y todos, realmente todos, tenemos miedo de algo. Por eso hay que vivir a tope, porque no contamos con mucho tiempo. La muerte de mi mejor amiga me lo recordó. Si nos concentramos en las cosas bonitas y disfrutamos de ellas, si exploramos el mundo, si nos reímos a mandíbula batiente y queremos con locura, sentiremos en el poco tiempo de que disponemos las emociones que habríamos tardado un siglo en sentir y, al final, no nos arrepentiremos de nada.

Cae el silencio, las luces se apagan y la maxipantalla que hay a mi espalda se enciende.

—Para terminar esta bonita entrevista te hemos preparado una sorpresa, Sole. —La presentadora me escruta con una sonrisa indescifrable—. En tus pruebas hemos visto que la música puede darnos la energía que necesitamos. Así pues, hemos elegido una canción especial para poner punto final a esta entrevista. Una canción con un mensaje importante: hay que intentar no tener nada de lo que arrepentirse y disfrutar a tope de todo lo que la vida nos ofrece.

En la pantalla empiezan a pasar las imágenes de todos los desafíos que he afrontado en los últimos meses.

Me echo a llorar.

Lloro al ver mi cara aterrorizada mientras tengo en la mano una tarántula, cuando grito desesperada en la bajada más empinada de la montaña rusa, acompañada de Massimo, cuando casi me quedo sin respiración delante de un tigre de Bengala, cuando me tiro al suelo debajo de una bandada de palomas volando, cuando cierro los ojos antes de tirarme desde una escollera.

Lloro mientras la batería martilleante de la canción vibra en mi pecho y los coros alaban la libertad, la que sentí al saltar de un avión, porque no fue un simple lanzamiento en paracaídas, sino una inmersión en la vida.

Lloro porque, a pesar de las caídas, de los huesos rotos, de los ojos enrojecidos por el llanto, lo importante es vivir cada momento con intensidad.

Es necesario comer tierra y ensuciarse las manos, es necesario que se desuelen nuestra alma y nuestro corazón. No hay que retroceder nunca. Quien vive apasionadamente cada instante no malgasta ese don precioso que es la vida.

Lloro maravillada. Lloro porque, sin saber cómo, he llegado al final de la aventura más grande e increíble de mi vida. He afrontado cien miedos en los cien días más dolorosos, felices, sorprendentes, difíciles y entusiasmadores que he vivido hasta ahora.

Mientras las imágenes fluyen por la pantalla, por primera vez me olvido por un instante de todo y de todos y me quedo sola. Me olvido de Stella, de Massimo, de Samuele, de Samanta y de todos los que han estado a mi lado en este viaje, porque, si bien me han acompañado, las piernas que se movían a pesar de que vacilaban eran las mías; las manos que derruían el muro de la vergüenza a pesar del miedo paralizante que sentía eran las mías; el corazón que se volcó por completo, que marcó el ritmo de un valor desesperado con cada latido, que hoy me hace decir, mejor dicho, gritar «Estoy viva», era el mío.

Es cierto, somos polvo de estrellas.

Pero el polvo no viene del cielo, sino de nosotros. Se compone de valor, fuerza y determinación: lo llevamos dentro y puede auparnos a la cima del mundo.

Mis miedos

1. Lanzarme en paracaídas.
2. Subir a la montaña rusa.
3. Entrar en la casa del terror de una feria.
4. Tirarme desde una escollera.
5. Tirarme desde un patín acuático.
6. Dar de comer a las palomas.
7. Pasar de un vagón a otro del tren.
8. Tener una tarántula en la mano.
9. Decir lo que pienso.
10. Recibir críticas
11. Tener una serpiente pitón en la mano.
12. Ir a una fiesta.
13. Ir a una fiesta y emborracharme.
14. ¡Ir a una fiesta, emborracharme y bailar!
15. Fumar un cigarrillo.
16. Coquetear con desconocidos.
17. Llevar a Omero al parque.
18. Subir y bajar escaleras de caracol.
19. Usar un baño público.
20. Pasear sola por el bosque.
21. Patinar.
22. Ponerme un delantal ridículo para vender patatas.
23. Sumergirme en un enjambre de abejas.
24. Crear un blog.
25. Ir a urgencias.
26. Hacerme una radiografía.
27. Dormir en el bosque.
28. Hacer pipí en el bosque.
29. Bajar sola al sótano.
30. Decir que no.
31. Hablar (con calma) a mi madre.
32. Estar en la playa en bikini y sin pareo.
33. Ir a un bar sola por la noche.
34. Ir sola al cine.
35. Cantar en un karaoke.
36. Comer picante.

37. Donar sangre.
38. Hacer voluntariado en un comedor social.
39. Ir sola a casa de Samuele.
40. Ir a un concierto de heavy metal.
41. Disparar en un tiro al blanco.
42. Subir en un helicóptero.
43. Asistir a un curso de pastelería.
44. Mirar sola una película de miedo.
45. Inscribirme a un gimnasio.
46. Hacer *free climbing*.
47. Pilotar una canoa canadiense.
48. Caminar por un puente tibetano suspendido en el vacío.
49. Hacer *bungee jumping*.
50. Explorar una cueva.
51. Aprender a llevar un velero.
52. Estar fuera durante una tormenta.
53. Ir al dentista.
54. Conducir un tractor.
55. Hacer una retransmisión en directo en Facebook.
56. Hacer una declaración de amor.
57. Ir sola en el ascensor.
58. Hacerme agujeros en las orejas.
59. Cruzar una puerta giratoria.
60. Tener un saltamontes en la mano.
61. Hacer *rafting*.
62. Hacer submarinismo.
63. Nadar en mar abierto.
64. Comer comida coreana.
65. Ponerme una minifalda y tacones de aguja.
66. Tener el corazón roto.
67. Volver al restaurante para despedirme de Massimo.
68. Ir a París.
69. Viajar en avión.
70. Viajar sola en metro.
71. Visitar sola una ciudad desconocida.
72. Conocer a Andras.
73. Probar el trapeceo.
74. Dar de comer a un tigre.
75. Hacer de ayudante del lanzador de cuchillos.
76. Hacer amistad con un payaso.
77. Estar en el apartamento de Stella y no morir de dolor.
78. Descubrir la historia de Maria.
79. Conseguir que mi madre me cuente la historia de Maria.

80. ~~Hablar con mi madre.~~
81. ~~Hacerme un tatuaje.~~
82. ~~Conceder entrevistas.~~
83. ~~Probar la ducha succa.~~
84. ~~Conducir una moto.~~
85. ~~Participar en una sesión de espiritismo.~~
86. ~~Caminar por una escalera mecánica en funcionamiento.~~
87. ~~Matricularme en un curso de francés.~~
88. ~~Creer.~~
89. ~~Creer sin Stella.~~
90. ~~Dar una conferencia en el instituto.~~
91. ~~Defender a Samuele delante de la señora Marini.~~
92. ~~Besar a alguien.~~
93. ~~Ser yo misma.~~
94. ~~Comer la pizza con piña y patatas fritas que le gusta a Samuele.~~
95. ~~Volver al instituto.~~
96. ~~Pasar la noche con Samuele.~~
97. ~~Relajarme.~~
98. ~~Hacer el amor.~~
99. ~~Cortarme el pelo.~~
100. ~~Hablar en público.~~

El momento en que me siento así, como si estuviera en la cima del mundo, con alas en los pies y la cabeza en las nubes, dura un abrir y cerrar de ojos.

Comprendo que Samuele se ha marchado. No ha asistido a la entrevista y, cuando mis padres y mis amigos vienen a abrazarme, él no está entre ellos.

No está y yo me siento perdida.

Lo busco con la mirada, pregunto por él, si lo han visto, si saben dónde puede estar, pero nadie sabe nada.

Mi corazón, inquieto de repente, quizá sepa más que ellos.

Con las manos sudadas, enciendo el teléfono para llamarlo, pero él lo tiene desconectado. Sin embargo, recibo un mensaje. Lo abro, a pesar de que mis dedos tropiezan y preferirían no hacerlo.

«Me advertiste. Enseguida me dijiste que vivías para él y yo, como un estúpido, pensé que podía hacerte cambiar de idea, que los momentos que habíamos pasado juntos también habían significado algo para ti. No consideré el riesgo de fracasar y me tiré sin paracaídas. He tenido demasiada seguridad en mí mismo, debería haber tenido más miedo.

»Qué ironía, ¿no? A veces, el miedo es bueno, ayuda a sopesar mejor el peligro y a evitar decepciones.

»Disfruta de tu nueva vida sin miedo, pero hazme un favor: no me busques, Sole. No me busques nunca más.»

Un puñado de palabras que me deja petrificada.

Samuele vio el beso que le di a Massimo. La conciencia de este hecho es como una patada en el estómago que me desintegra.

Un sentimiento de vergüenza y de lo más oscuro y despreciable que puede haber en el alma humana se precipita en mi pecho como una bola de cemento y no se mueve de ahí. Recuerdo lo que dijo sobre su padre: «Cuando me hieren, no perdono».

No puedo respirar, mis rodillas flaquean. Me estremezco.

—Hola, ¿la estrella está aquí?

La voz alegre de Massimo me devuelve bruscamente a la realidad.

Me vuelvo y lo veo entrar con dos zancadas en el camerino. El chico que ha poblado mis sueños desde que tengo memoria me sonríe ahora con más afecto y sinceridad que nunca.

Hace solo unas semanas habría dado lo que fuera por que me sonriera así. Ahora no lo sé. En este momento ya no sé nada.

—Massi... —murmuro con dificultad, con la voz quebrada.

Él se inclina hacia mí y me abraza con todas sus fuerzas. Hace solo unos meses me habría peleado a puñetazos con cualquiera con tal de recibir un abrazo como este. ¿Y ahora?

—No puedes imaginarte lo orgulloso que estoy de ti —me dice con la voz rebosante de emoción—. Ella también lo estaría.

Nuestro amor por Stella vuelve a palpar entre nosotros y la sensación familiar de estar en casa por un instante me tranquiliza.

Massimo me quiere. Tengo que repetírmelo, porque aún me cuesta creérmelo después de haber pasado tantos años convenciéndome de lo contrario.

—Vamos, te invito a cenar, tenemos que celebrarlo. ¿Estás lista?

Me pregunta si estoy lista para compartir una velada con él y puede que mucho más. Si estoy lista para estar con él, algo que hasta ahora solo había imaginado.

Después de todo, hemos compartido momentos y emociones, hemos afrontado juntos la muerte de Stella y el enorme dolor que generó.

Ahora Massimo me habla de amor, me coge de la mano, y sus ojos luminosos me muestran lo que siempre he soñado.

Epílogo

Tres meses después

Está a punto de amanecer, pero en Montmartre el cielo aún es de color negro.

Esta noche sopla un viento extraño en los tejados de París y con un estremecimiento me susurra sus pequeños secretos.

La ciudad sigue durmiendo y desde la terraza disfruto del espectáculo de esta ciudad mágica que resplandece solo para mí. Es mi parte preferida de la casa, me enamoré de ella la primera vez que Andras nos trajo aquí.

—Esta buhardilla siempre está vacía, mi hermano nunca viene, de manera que nadie puede disfrutar de esta vista. Es una lástima.

Tenía razón, por eso decidimos alquilarla enseguida. No hay que desperdiciar la belleza. Jamás.

Vivimos aquí desde mediados de octubre, desde que asisto a la facultad de Filosofía de la Universidad París-Dauphine.

A pesar de que de eso solo hace dos meses, ya nos sentimos dos *vrais parisiens*.

Todas las mañanas nos levantamos pronto, desayunamos con las *baguettes* recién sacadas del horno de la *boulangerie* que hay debajo de casa, que por sí solas merecen que nos hayamos instalado aquí.

Después corremos hacia el metro, nos damos un beso apresurado (a decir verdad, siempre son muchos más, a tal punto que solemos perder el metro y adelante, cada uno inicia su jornada.

La universidad me gusta, he conocido a varios compañeros simpáticos, que me ayudan cuando mi francés escolar y yo nos bloqueamos.

Por la tarde trabajo de dependienta en una perfumería, luego, cuando vuelvo a casa, dedico un poco de tiempo al blog, que sigue dándome un montón de satisfacciones inesperadas.

La noche, sin embargo, es toda nuestra.

Da igual si cenamos en casa o fuera, lo importante es estar juntos.

Durante el fin de semana emprendemos pequeñas aventuras para descubrir los alrededores, dando paseos en bicicleta o en moto. Andras es un guía extraordinario y a menudo nos acompaña en las excursiones fuera de la ciudad.

Stella tenía razón: esta ciudad es mágica, irresistible, te hechiza sin remedio.

Esta noche, además, es realmente surrealista, parece suspendida en el tiempo.

Puede que sea porque es Nochebuena, pero desde aquí arriba resulta fascinante.

Apoyada en la barandilla de hierro fundido, me arrebujó en la manta con la que me he envuelto mientras escucho la dulce melodía de su caja de música.

Ensimismada, contemplando el horizonte, solo oigo a mi corazón, que por fin canta libre y ligero *La vie en rose*.

*Quand il me prend dans ses bras,
Il me parle tout bas
Je vois la vie en rose*

Pienso en él, en el hombre al que pertenezco. Está durmiendo dentro, ajeno por completo a lo que va a suceder en nuestra vida.

París ha sido la primera en saberlo y ahora me escruta en silencio, deseosa de saber cómo le daré la noticia cuando se despierte. No lo sé.

Aún incrédula, bajo la mirada hacia el palito que sujeto con una mano desde hace un cuarto de hora. Abro el puño y lo vuelvo a mirar por enésima vez.

Dos líneas de color rosa, nítidas y marcadas, que no dejan lugar a dudas.

Embarazada.

Estoy embarazada.

En este momento siento tantas emociones que no logro descifrarlas todas, pero, entre ellas, la primera que reconozco es la de siempre, la más familiar, la compañera de toda mi vida: el miedo.

Mi mente vuelve a esa mañana de septiembre, cuando conté con orgullo a millones de personas que había logrado afrontar cien miedos.

Después del programa, sin embargo, enseguida me di cuenta de que nada había terminado, de que la lista de miedos era infinita y de que mi proyecto no había finalizado. Al contrario, acababa de empezar.

El miedo me bloqueó una vez más, pero no era un miedo como los demás, lo reconocí enseguida. Era un miedo furioso, incontrolado, incontenible, que me trituraba el corazón.

Era el miedo ciento uno y, quizá, el peor al que me había enfrentado hasta entonces.

Mientras Massimo me hablaba en aquel camerino, al fondo del pasillo, tenía la impresión de que no podía respirar.

—¿Qué te pasa?

Massimo dejó de abrazarme y se apartó un poco para mirar las lágrimas que habían empezado a resbalar por mi cara.

Ya, ¿qué me estaba pasando?

¿Qué era el tumulto que sentía dentro? ¿Por qué cada respiración me parecía vacía, como si hubieran aspirado todo el aire de la habitación?

—Me he enamorado —le dije de buenas a primeras, porque me acababa de dar cuenta. Miré a Massimo y, cuando mi mirada se cruzó con sus ojos serenos, hice un esfuerzo para precisar, a pesar de saber que iba a herirlo—. De ti no, de otro. Lo siento, lo he comprendido ahora que se ha marchado y me cuesta respirar.

Samuele me había dejado y al irse se había llevado la luz. De esta forma, el mundo se había quedado sin color, era monótono, gris, apagado. Y yo temía perder al único chico al que había querido de verdad.

Quizá fuera eso el amor, en lugar de una devoción absoluta, de una fantasía que duraba una vida. Era el corazón que estaba a punto de partirse en dos ante la idea de que él ya no estaba conmigo.

—Has llegado tarde, lo siento. Yo ya no soy yo —le revelé a Massimo.

Siempre recordaré cómo me miraba mientras le confesaba que ya no le pertenecía, que mi corazón ya no era suyo, que no vivía para él ni lo quería con pasión.

La respiración quebrada, la mandíbula contraída y todos los músculos rígidos, como si se estuvieran preparando para el golpe. Massimo no dijo una palabra, se limitó a asentir con la cabeza con circunspección, pero era evidente que gritaba en su interior.

Sin añadir nada más, él y su orgullo herido se retiraron en silencio.

Sabía lo que sentía, porque era la misma desilusión que había experimentado yo hacía apenas unas semanas.

Verlo así me encogía el corazón, pero no podía hacer nada.

Yo había cambiado y mis sueños habían cambiado conmigo. Lo que deseaba la vieja Sole ya no existía, porque ella ya no existía.

Agarré el bolso para salir de allí lo antes posible, sin darme cuenta de que estaba abierto, de manera que lo que llevaba dentro cayó al suelo.

Volví a meterlo todo de prisa y corriendo: las gafas de sol, la cartera, el móvil. Todo, salvo mi ejemplar descolorido de *Orgullo y prejuicio*.

Lo cogí y lo dejé encima de la mesa.

Ahora yo era la protagonista de mi vida y sentía en mi cabeza el mismo vértigo amoroso que experimentaron Cathy por Heathcliff, Marianne por John y Elizabeth por el señor Darcy. Pero por fin había comprendido que no era una de ellas.

La heroína era yo, por primera vez era la protagonista de mi historia, que yo misma escribía.

El corazón que latía enloquecido cada vez que Samuele me miraba como si fuera de verdad la única luz que iluminaba su vida era el mío. Los labios que temblaban esperando sus besos eran los míos. Los ojos llenos de él, los dedos que se entrelazaban con los suyos mientras hacíamos el amor eran los míos.

Tenía que buscarlo, era lo único que debía hacer, a pesar de que me había escrito que no lo hiciera. Pero ¿cómo podía no hacerlo si me había alterado los sentidos y el corazón?

Necesitaba decirle que lo sentía por todas partes: en la piel, en la cabeza, entre los dedos. Lo sentía en el viento del mar todas las mañanas cuando iba a trabajar, en una taza de café.

Lo sentía en el mundo, porque Samuele me había domesticado y ahora todo el mundo me hablaba de él. Y tenía que decírselo.

Antes de esa noche jamás había conducido más allá de veinte kilómetros a la redonda desde mi casa. Jamás había conducido por una autopista ni, mucho menos, de noche: la oscuridad me angustiaba, no lograba ver bien el carril.

Pero en el aparcamiento de los estudios de televisión no había pensado en nada de todo eso: había cogido el coche de mi padre y había ido directa a la autopista.

Esa noche conduje casi setecientos kilómetros sin parar. En mi pecho ardía un fuego desconocido, que quemaba el miedo, que lo quemaba todo.

Llegué a casa al amanecer.

Entré enseguida en el garaje, cogí los cubos de la pintura con que mi padre había pintado la casa la primavera anterior y me volví a marchar.

Cuando llegué al edificio donde vivía Samuele encontré la puerta abierta: el personal de una ambulancia se estaba llevando a la señora Marini debido a un pequeño malestar.

«Al final todas las maldiciones que nos ha mandado se han vuelto contra ella», pensé.

En cualquier caso, su ausencia era providencial para lo que pensaba hacer.

Subí corriendo la escalera y llamé al timbre.

Cuando Samuele me abrió, me costó un poco reconocerlo. Tenía la cara tensa, el ceño fruncido y dos círculos negros alrededor de los ojos debido a la noche insomne.

Su mirada me aterrorizó.

—He tenido una indigestión de verde, pero también de rosa, de azul, de amarillo, de naranja... de todos los colores —le expliqué.

—Entiendo.

Nunca lo había visto así, estaba triste y furioso a la vez, era presa de una mezcla de emociones destructivas que estuvieron a punto de destrozarme. Hice acopio de valor y le dije:

—Coloreaste mi vida y ahora estoy tan llena de ti que voy a reventar. Y te quiero. Te quiero de verdad, con este corazón confuso y este cuerpo que vive, late y respira.

Se echó a reír en tono burlón.

—Me parece irónico que me digas eso después de que te viera con...

—Sé que nos viste y lo siento. Massimo vino a decirme que me quería y me besó. No me lo esperaba, me pilló desprevenida. Lo siento. Lo siento. —Suspiré—. Créeme, con todo el corazón. Te juro que lo siento.

Dejó que mirase en mi interior, sabía cómo hacerlo, siempre lo había hecho.

Sentí que su mirada me penetraba y que, al final, veía mi amor.

Era un amor que dejaba maravillado. Era como un cuadro, como una de las telas que pintaba Samuele: no era necesario explicarlo, porque se explicaba solo con su fuerza, con su verdad extraordinaria.

Esperé mientras lo observaba, mientras sentía la pasión que pulsaba en mi interior.

—Le expliqué que es demasiado tarde y que, por increíble que pueda parecer, ya no sueño con lo que he soñado toda la vida. Porque ahora sueño contigo, te quiero a ti. No me asusta que me digas que no sientes lo mismo por mí ni aceptaré un no como respuesta, porque, al igual que yo, sabes que estamos hechos el uno para el otro. Mientras venía hasta aquí pensé en una frase de Nietzsche: «Lo que es decisivo se cumple a pesar de todo y...».

Samuele me interrumpió.

—¿Puedo decir algo o vas a hablar solo tú?

—Adelante —dije, y guardé silencio.

Los ojos de Samuele se posaron en el charco de color que había a mis pies.

—Estás manchando todo el rellano. Me temo que cuando lo vea la señora Marini vas a pasar un mal cuarto de hora.

No le dije que una ambulancia acababa de llevarse a la plasta de la portera y que, con un poco de suerte, esta iba a estar ausente durante cierto tiempo.

Vislumbré su habitual sonrisa en esas palabras murmuradas con dulzura. Samuele había entendido que era la verdad y había encontrado en sí mismo el valor necesario para perdonarme.

Ya se sabe que para amar hay que ser valiente. Y, en ese rellano, había amor suficiente para pintar un arcoíris.

De esta forma, al ver su valor, saqué también el mío.

—Entonces, invítame a entrar. En tu casa, en tu vida —le dije.

Samuele abrió la puerta de par en par.

Me fui a vivir con Samuele esa misma mañana. Hacía pocas semanas que nos conocíamos, pero

ahora sabía que esto no era importante. Nietzsche dijo que: «Un amor puro piensa al instante en la eternidad, nunca en la duración».

No sabía lo que podía suceder, si la convivencia funcionaría o no, lo que dirían mis padres o la petulante de la señora Marini.

Tenía miedo, era obvio, pero sabía que con Samuele a mi lado hasta el miedo sería más dulce.

No siempre es fácil, en absoluto.

Hay días en los que la nostalgia de casa es tan fuerte que subiría al primer avión con un billete de solo ida que me dejase directamente entre los brazos de mi madre.

A pesar de que hablamos todos los días por Skype, echo mucho de menos a mis padres. Pero mañana volveré a verlos, Samuele y yo volvemos a casa por las fiestas.

Volveré a abrazar a mis padres después de dos meses por primera vez. Mi madre está organizando la comida de Navidad desde hace al menos un mes, creo que ha invitado a media ciudad.

Está mejor, lo siento en su voz, en el modo en que guarda silencio y me escucha mientras le cuento mis días. Tengo la impresión de que nos llevamos mucho mejor desde que vivimos en dos países diferentes.

También echo mucho de menos a Samanta y a Serena. Hablamos mucho, pero estoy deseando darles un abrazo. Samanta está muy nerviosa, porque pasado mañana viajará a Roma con Lucas y pasará allí la Nochevieja con su padre, dado que por fin Serena ha tenido el valor de dejarla ir. Serena también está muy agitada: cuando me despedí, Danilo decidió reorganizar el supermercado y le propuso el puesto de directora. Serena tiene sin duda las capacidades y el carácter que requiere esta función, así que estoy segura de que esta oportunidad le viene como anillo al dedo, no solo por el aumento de sueldo, sino porque, además, tendrá que volver a ponerse en juego. Será un nuevo inicio para ella y para Samanta.

Estoy convencida de que Danilo ha tomado una magnífica decisión.

La verdad es que también lo añoro a él, echo de menos nuestras charlas cuando abría el supermercado e incluso la manera en que se quejaba sin cesar, diciendo que iba a tener que cerrarlo por quiebra.

En ciertos momentos, la nostalgia que siento por Giorgio y Patrizia y por su pequeño local en la playa me produce un nudo en la garganta. Pero al que más echo de menos es a Massimo.

Después de ese día en Milán no hemos vuelto a vernos. En estos meses lo he llamado un par de veces, pero siempre ha interrumpido rápidamente la conversación. Según Patrizia, se siente herido en el orgullo y debo darle un poco más de tiempo. Lo haré, porque sé que vale la pena.

He sabido que quedó el segundo en el concurso organizado por la región y que ganó una discreta suma de dinero. Con él abrió un servicio de fotografía y vídeo en Campomarino que por lo visto está teniendo mucho éxito. Además, me han dicho que ha empezado a salir con Nicole.

Mañana los veré a todos, también a él, y deberé comunicarles la noticia.

Abro el puño y vuelvo a mirar las dos pequeñas líneas de color rosa.

Y de nuevo vuelvo a sentir la familiar y desconcertante embestida del miedo.

¿Cómo reaccionará Samuele? ¿Se sentirá feliz? Y el niño, ¿estará bien? ¿Y yo? ¿Podré afrontar el embarazo? ¿Seré una buena madre?

¿Qué haremos ahora?

No lo sé, en este momento no puedo responder a ninguna de esas preguntas. Lo único que hago es intentar que el pánico no se apodere de mí y disfrutar, en cambio, de la sensación fantástica de saber que dentro de mí está creciendo una vida.

Ahora sé lo que sentía Stella cuando se moría de ganas de darme la noticia superimportante, porque la verdad es que no hay nada más superimportante que esto.

Echo de menos a Stella. Me gustaría que estuviera aquí, buscando las palabras más adecuadas para decírselo a Samuele, para ayudarme a criar a este niño con su irrefrenable alegría.

He de hacer un esfuerzo inmenso para no abatirme por lo que sucedió y resignarme a ser feliz por haber tenido la suerte de vivir con ella al menos cierto tiempo. Ahora sé que el dolor no termina, pero tampoco el amor.

Lo único que puedo hacer es tratar de vivir también por ella, con la sonrisa en los labios y el corazón valiente.

Siento que la sombra de la muerte que me ha acompañado durante meses me abandona frente a la maravilla que supone la nueva vida que pulsa en mi interior.

En esta hora suspendida entre la noche me despido de Stella.

«Por fin te dejo marchar, pero conservando la risa, los momentos felices y el afecto con el que siempre te recordaré.

»Te dejo volar hacia lo alto, al lugar que debes ocupar en el rincón más luminoso del firmamento, pero antes quiero darte las gracias.

»Gracias por haberme ayudado a descubrir que yo también sé volar.

»Gracias por haberme enseñado a tocar el cielo y a lanzarme desde él.

»Por haberme dado valor para acariciar nuevos y maravillosos sueños.

»Gracias, un millón de gracias por todo.

»Ahora vete, Stella. Vela por todos nosotros y guíanos con tu luz.

»Adiós, amiga, adiós, hermana.

»Sé que no debo tener miedo para que estés a mi lado y no lo tendré. Si lo tengo, será en cualquier caso más fuerte la curiosidad y el deseo de probar cosas nuevas, como tú me enseñaste.

»Te prometo que siempre lo intentaré.

»Te prometo que lo primero que le enseñaré a este niño será que las cosas más bonitas de la vida están más allá del miedo.

»Te prometo que brillaré todo lo que pueda, pero prométemelo tú también. Brilla, Stella, así cada vez que mire el cielo, sabré dónde sonreír.»

Agradecimientos

El miedo ha sido una constante en mi vida. Desde que era niña, siempre he tenido miedo de todo: de las arañas, de la oscuridad, de la altura, de decir lo que pensaba, de lo que pensaban los demás, de equivocarme, de no lograr realizar mis sueños o de lograrlo.

Así pues, fue fácil describir las sensaciones de Sole, porque son las que siempre he experimentado.

¿Cómo olvidar el dolor de barriga que sentía los domingos por la noche, porque el lunes tenía que ir al colegio y eso me obligaba a dejar el confortante calor de mi casa para lanzarme al mundo exterior?

Aunque, a decir verdad, aún no estoy muy segura de que mis compañeros se dieran cuenta alguna vez de que iba a clase con ellos.

Con todo, creo que, debido al nacimiento de mi hijo y a la publicación de mi primera novela, el último período de mi vida ha sido el más espantoso, incluso peor que cuando iba al instituto (y con eso lo digo todo).

He tenido que enfrentarme a un montón de miedos nuevos: desde el de no saber ser madre hasta el de que mi novela no gustase a los lectores.

Pero, inesperadamente, más que marcar una etapa fundamental de mi trayectoria como escritora, mi comienzo en las librerías fue sobre todo un estímulo para crecer como persona. Por primera vez tuve que hacer un esfuerzo para vencer la timidez y hablar en público (a pesar de que en mis primeras presentaciones balbuceaba más que hablaba), tuve que subir sola a un avión, cuando la cosa más temeraria que había hecho hasta entonces era subir a los coches de choque de la feria.

En el último año he viajado en tren, taxi y autobús tratando de no confundirme y no acabar vagando sola en algún lugar desconocido. Pero, por encima de todo, he tenido que ser valiente para poder separarme de mi hijo por primera vez y dejarlo en casa.

Así pues, la historia de Sole nace de la parte más verdadera y auténtica de mí.

Escribirla me ha ayudado a comprender de dónde nacen los miedos con los que convivo desde siempre y a hacer las paces (más o menos) con todas mis debilidades.

Por suerte, en este largo recorrido me han acompañado muchas personas.

Así pues, gracias a mi agente Vicki Satlow y a su colaboradora, Martina Moretti, por el apoyo que me han dado en mis momentos de pánico.

A todo el equipo Garzanti, en especial a Elisabetta Migliavada y a Adriana Salvatori, por haber sabido afrontar con paciencia todas mis inseguridades, cuando en la fase de edición dudaba de cada palabra.

Gracias a Alessandra Bazzardi, la primera persona que, hace años, creyó en mí, y también a Diego Galdino por haber iniciado todo esto.

Gracias a mis amigas Corinne Savarese, Alice Bianchi, Ilenia Provenzi y Sara Lucarelli por haber seguido la génesis de esta historia desde el primer borrador y por haberme animado a seguir adelante.

Gracias a mi familia: mis padres, mis suegros, mis tíos Antonella y Renato, Sandra y Giuliano,

Tommaso y Laura. Vuestra cercanía ahuyenta todos los miedos.

A mis tíos Enrica y Piero, que me protegen dondequiera que estén.

Gracias a Riccardo, mi fortaleza. A tu lado me siento segura.

Gracias a Diego. Eres mi mayor fuente de miedo, pero también mi reserva de valor más profunda e inesperada.

Cada día me obligas a mirarme dentro y a encarar los miedos que habitan en mi interior. Me pones siempre frente a nuevas pruebas, obligándome a extender mis límites cada vez más. Gracias porque me estimulas a crecer más que nadie.

Por último, gracias a Sole, la protagonista de este libro, mi álter ego. Su historia ha sido para mí un estímulo increíble: mientras la escribía vivía una situación insostenible en el trabajo, y un día me pregunté: «¿Qué haría Sole en mi lugar?».

La respuesta que me di fue extrema: me despedí al instante.

Y eso fue lo mejor (y lo más loco) que he hecho en mi vida.

Así pues, espero que esta historia os anime también a tratar de realizar vuestros deseos, sin que por ello lleguéis a despediros, claro.

Os deseo que encontréis un único, singular y magnífico momento sin miedo. En ese instante se hacen las cosas más impensables.

Es como cerrar los ojos y lanzarse hacia nuestros sueños.

Espero que estas páginas os estimulen para brillar sin miedo, sin posponer las cosas, sin arrepentiros de nada.

Esta es vuestra vida, la nuestra. Ahora o nunca.

Con afecto,

CHIARA

Una historia sobre la importancia de saborear cada momento y de no dejar escapar las oportunidades que te brinda la vida.



«¡Haz una cosa que te asuste al menos una vez al día!»

Estas son las palabras que Sole encuentra en la carta que Stella, su mejor amiga, le escribió justo antes de irse a París, inmediatamente después de la única pelea de sus vidas y pocos días antes de morir en un atentado.

Devastada por la pérdida, Sole decide aceptar el regalo que Stella le dejó junto con la carta: un salto en paracaídas, (a ella, que odia volar y tiene terror a las alturas). Siguiendo su consejo, durante cien días, Sole tratará de vencer todos sus miedos: desde subirse a una montaña rusa, hasta viajar sola a París o atravesar un bosque por la noche bajo un cielo estrellado. O besar al hombre amado. Porque, tal como decía Stella, para vencer el miedo, no hay nada como hacer exactamente lo que temes. También en el amor.

Chiara Parenti es licenciada en filosofía, periodista, bloguera y novelista. Es autora de un manual de escritura, (su gran pasión), coautora de varios ensayos y autora de novelas para público juvenil y adulto. En Ediciones B ha publicado *El lenguaje oculto de las piedras*.

Título original: *Per Lanciarsi dalle Stelle*

Primera edición: septiembre de 2019

© 2018, Chiara Parenti

Autora representada por The Agency srl

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Patricia Orts, por la traducción

Diseño de portada: Mario Arturo

Imágenes de portada: composición digital a partir de las imágenes de iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6654-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

- [1] *Sole* significa «sol» en español. (N. de la T.)
- [2] *Stella* significa «estrella» en español. (N. de la T.)
- [3] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [4] Es uno de los personajes principales de *Los novios*, la novela más famosa de Alessandro Manzoni. Es un religioso cobarde, perezoso y esquivo, que huye de las dificultades. (N. de la T.)
- [5] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [6] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [7] Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, traducción, prólogo y notas de Pedro Voltes Bou, Madrid, Espasa Calpe, 1953. (N. de la T.)
- [8] Erasmo de Rotterdam, *Elogio de la locura*, traducción, prólogo y notas de Pedro Voltes Bou, Madrid, Espasa Calpe, 1953. (N. de la T.)
- [9] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [10] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [11] Jane Austen, *Orgullo y prejuicio*, traducción de Marta Salís, Barcelona, Alba Editorial, 2013. (N. de la T.)
- [12] Antoine de Saint-Exupéry, *El principito*, traducción de Bonifacio del Carril, Barcelona, Salamandra, 2006. (N. de la T.)
- [13] Antoine de Saint-Exupéry, *El principito*, traducción de Bonifacio del Carril, Barcelona, Salamandra, 2006. (N. de la T.)

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Sin miedo a las estrellas

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Mis miedos

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Mis miedos

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Mis miedos

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Mis miedos

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Mis miedos

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Mis miedos

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Mis miedos

Capítulo 64

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Chiara Parenti

Créditos

Notas